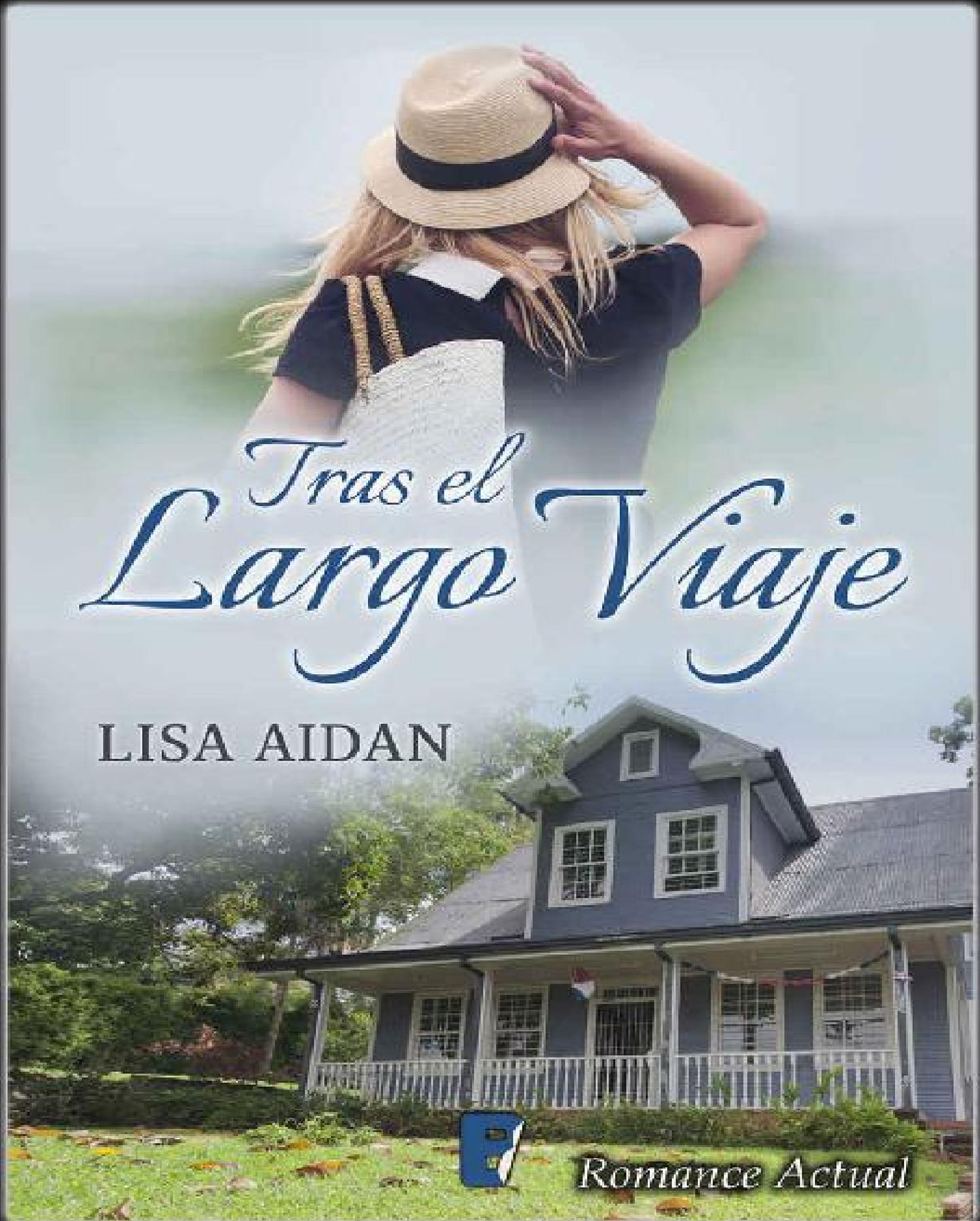


Selección RNR



*Tras el
Largo Viaje*

LISA AIDAN



Romance Actual

Tras El Largo Viaje

Lisa Aidan



SÍGUENOS EN
megustaleer



@megustaleerebooks



@megustaleer



@megustaleer

Penguin
Random House
Grupo Editorial

“Viajar solo sirve para amar más nuestro rincón natal.”

Noel Clarasó (1899—1985)

AGRADECIMIENTOS

Cualquiera diría que, tras más de una docena de libros, este espacio debería ser más sencillo, sin embargo, esto no es así. Se hace difícil expresar en unas pocas líneas toda la gratitud que encierra mi corazón.

Mis queridos terremotos, Mr. Husband, gracias. Gracias por respetar esta necesidad casi enfermiza de explicar historias y por añadir toda esa felicidad a mi vida y ese punto de locura familiar que me aporta la cordura que necesito.

A mi familia, porque ayudan y apoyan en cada paso del camino, acompañando y siguiendo en la sombra y fuera de ella. Sois muy grandes.

A ese, mi pequeño, reducido círculo (no puedo decir diminuto porque sois extraordinarias todas vosotras) de personas especiales que tanto me enseñan acerca de la amistad, la sororidad, el cariño y la hermandad entre personas que no comparten sangre, pero sí otras muchas cosas.

Y no podría faltar, Lola, mi editora, esa persona que, aunque esté tan o más ocupada que una, siempre tiene un minuto. Gracias por confiar de forma constante en mí, en mi trabajo. No sabes cuánto hace falta que haya más gente como tú en el mundo.

Al resto de personas que conforman la editorial y que ayudan a que hoy podáis disfrutar de esta historia que ha llegado hasta vosotros.

Y a vosotros, los lectores. Sois el mejor amigo invisible que puede tener un autor.

Por tanto, por todo: Gracias.

CAPÍTULO 1

Cuando el avión había tomado tierra esa madrugada, Lili cargaba a sus espaldas casi dos días enteros de viaje. Tomó la decisión visitando la Gran Barrera de Coral; en concreto, en una de aquellas pequeñas islas coralinas paradisíacas.

Desde hacía aproximadamente un año, Wade, su hermano pequeño, había regresado al que siempre fue su hogar; lo sabía porque esa fue una de las condiciones que le impuso a su abuela para que volviera, aunque en aquel entonces no se sintió preparada. El pesar continuaba demasiado presente aún, sin embargo, en la actualidad, todo aquello formaba parte del pasado. Además de ver a su hermano después de cinco años de separación, su mejor amiga, Jenny Buckard, se casaría al cabo de unos pocos meses.

El momento de su regreso había llegado.

Esperando en la cinta de recogida de equipajes, rememoró el día en que se marchó de su hogar, de su país, en aquel mismo aeropuerto; con una maleta de ropa y el corazón destrozado por la pérdida.

Por entonces la aflicción era tan profunda que se le antojó insoportable permanecer en aquel lugar. Perder a su madre debido a aquella maldita dolencia con la que había combatido de forma incansable, batalla tras batalla, la mayor parte de su vida, fue un golpe muy duro en el seno de su familia.

A sus diecisiete años, Lili hacía demasiado que había asumido el cuidado de Wade y de su padre que, poco a poco, mientras su mujer luchaba, fue sumiéndose en su propia triste y solitaria enfermedad hasta que, un día, no soportó más continuar sin la que había sido el amor de su vida y puso fin a la suya para así poder reunirse con ella dejando tras de sí una nota, como toda explicación, a sus dos hijos.

La tarde en que encontró a su padre sin vida fue el segundo peor día de toda su existencia, aunque en aquellos momentos desconocía todavía que un tercero estaba al llegar.

Pocos días después del entierro de su padre junto a la tumba de su amada esposa, enterrada apenas tres meses antes, su abuela materna hizo acto de presencia por primera vez desde que Lili podía recordar. La mujer, de buena cuna como lo había sido Leila, su madre, antes de que la familia le diera la espalda por haber decidido casarse con su padre, Shawn Rogers, por amor, llegó con sus abogados, sus imposiciones y sus normas.

Por aquel entonces Lili todavía era menor y aquella desconocida era, en definitiva, su único

familiar vivo, por lo que nadie dudó en darle a la mujer su custodia y la de Wade, así como tampoco lo hicieron al arrebatarle el control de la fortuna familiar que su padre había logrado tras años de duro trabajo.

Cuando Halstrom envió a su hermano a un internado lejos de ella, Lili, cansada de gastar energías inútilmente, no lo pudo sobrellevar, recogió a toda prisa la ropa que fue capaz de reunir en una sola bolsa y partió sin mirar atrás. Allí donde fue, tarde o temprano recibía noticias de ella por uno u otro método, por lo general, procuró no aceptar nada que tuviera que ver con aquella desconocida pariente que pretendía tomar el control de sus vidas, cosa que no aceptaba ni consentiría de buen grado.

—Disculpe.

La voz de un pasajero atrajo su atención de nuevo al presente, el hombre rozó su hombro con delicadeza y se cruzó delante de ella para poder estirar el brazo y recoger su maleta de la cinta. Resultaba evidente que estaba acostumbrado a viajar, vestía un traje gris claro con una camisa verde oscuro y zapatos negros. Todo el conjunto resaltaba el color dorado de su cabello que lucía húmedo y recién peinado. De él emanaba el aroma de su loción para después del afeitado, señal de que se había aseado nada más bajar del avión.

Divagando acerca de ello, vio aparecer su mochila entre el resto de las maletas y fue inevitable que una sonrisa sobrevolara sus labios; se veía tan diferente entre los demás equipajes como ella se percibía.

Aquella mochila la había acompañado por todo el mundo. En cada nueva tierra que pisó adquirió un parche de tela que luego cosió en la solapa o en los laterales. En su día le pareció algo bonito para recordar su paso por tan variopintos lugares y acertó. Cada vez que observaba uno de aquellos retales bordados venían a su mente recuerdos de lo vivido allí.

Tomó el asa de la mochila en un puño y la levantó para sacarla de la cinta, acto seguido y asiéndola con ambas manos, la alzó un poco más para colocarla en su espalda. Una persistente vibración provocó que buscara de forma automática en el bolsillo de la chaqueta tejana que llevaba. Encaminándose hacia la salida del aeropuerto, comprobó la pantalla de su teléfono móvil que le indicaba, mediante una alarma programada hacía mucho, que ese día era el cumpleaños de Rina Buckard, la hermana pequeña de Jen, su mejor amiga.

Al tomar la decisión de volver de un día para otro, no pensó detenidamente en el día de su llegada, ni en aquella coincidencia. No tenía nada preparado. Tampoco quiso que su regalo fuera algo comprado a toda prisa en el Dutty Free del aeropuerto. Se dijo que más tarde buscaría alguna tienda para comprarle a la pequeña algo que fuera digno de ser regalado.

Ahora quería encontrar un taxi, llegar a casa y meterse debajo de un chorro de agua caliente.

Qué extraño le resultó pensar en esos términos: llegar a casa. Tuvo muchas casas a lo largo de aquellos cinco años, cada una distinta de la anterior. Desde una tienda de campaña, a una choza, o una cabaña en un árbol; incluso vivió en una casa flotante. Aunque regresar al lugar donde había crecido era algo que todavía sentía lejano.

Quizás se tratara del cansancio acumulado pues, aunque había logrado dormir la mayor parte del trayecto en avión antes de su única escala, apreciaba el abotargamiento de su mente por la fatiga que comenzó a hacerle mella no podría decir exactamente cuándo.

Decidida a no caer vencida por la extenuación, buscó una cafetería abierta en las cercanías del aeropuerto donde desayunó sin prisas. A esas horas todos los comercios permanecían cerrados por lo que debía abordar el momento de retomar su camino hacia casa de forma definitiva.

El trayecto en taxi fue más corto de lo que recordaba, aunque era consciente de que los kilómetros que separaban su hogar del aeropuerto eran los mismos que cinco años antes.

A su llegada ya había amanecido; la suntuosidad de los primeros rayos de luz solar, bailando sobre la fachada que tan bien conocía, le encogió ligeramente la boca del estómago. Le fue necesario respirar hondo para asimilar tener los pies en el lugar en el que se encontraba de nuevo, a pesar de estar convencida de que aquello le supondría algo más que unas profundas respiraciones y tiempo.

Por suerte se le ocurrió programar una alarma antes de acomodarse en el sofá del salón ya que fue un sobresalto, por el ruido que esta hacía, lo que la despertó.

A una desubicada Lili le costó varios segundos procesar el lugar en el que estaba y darse cuenta de que se trataba de su propia casa, que no era ningún sueño.

Una punzada cargada de angustia y añoranza le traspasó el pecho. Apagó la alarma y, dándose prisa por la hora tardía que era ya, fue a asearse.

No había contado con caer rendida, ni con dormirse en el sofá; mucho menos había previsto presentarse sin un regalo para la joven Rina. En aquel momento las tiendas del pueblo ya habrían cerrado.

Con el habitual clima de la zona, que no había olvidado que hacía por aquellas fechas, optó por utilizar un vestido blanco, con un bonito estampado de flores en tonos amarillo y verde, de tirantes, cuya falda le acariciaba los muslos justo por encima de las rodillas. Se calzó unas viejas botas algo desgastadas de cuero, de un tono marrón claro y lo complementó con la misma chaqueta tejana entallada que venía usando antes, durante el último tramo de su viaje. Dio unos toques con bálsamo a sus labios, algo secos, antes de salir en busca de la casa de los Buckard.

Recordó y usó el camino habitual, ese que en sus años de colegio e instituto recorrió en incontables ocasiones. No avisó a nadie, ni anunció su llegada y, aunque Jen sí conocía sus planes de regresar, deliberadamente nunca le concretó fecha alguna en sus conversaciones. Tampoco precisó ese dato con su hermano. Decidió que sería mejor si fuera una sorpresa. Además, de esta forma podría tomarlo con calma, sin presiones, y hacer las cosas a su propio ritmo y manera.

Llegó a la calle donde se encontraba la residencia de la familia Buckard; al tratarse el suyo de un pintoresco pueblo, las distancias se podían realizar andando por amplios y hermosos paseos.

Lo que en un inicio creyó que sería una reunión familiar para celebrar el onceavo cumpleaños de Rina era, de hecho, algo que tenía todos los visos de ser una gran fiesta en el jardín de atrás,

tan común en las celebraciones de su pueblo natal, a juzgar por la cantidad de vehículos aparcados en la calle, normalmente tranquila y vacía.

Caminó a través del césped, en dirección a la parte trasera de la casa de su mejor amiga. Una imagen del recuerdo de fiestas más íntimas que protagonizaron allí en el pasado salió volando de su cabeza para chocar de forma diametral con la que encontró ante sí. Necesitó varios minutos para poder procesar todo lo que veía.

La decoración consistía en unos globos blancos, muchos, que tenían el número once grabado en tinta negra, unas tiras de luces redondas, también blancas, que ofrecían una bonita, agradable e íntima iluminación al lugar, puesto que era de noche, otorgándole un aspecto etéreo y sofisticado de cuento de hadas.

Junto a la barbacoa de obra se habían colocado dos mesas plegables de pícnic, con un mantel en tonos rosa y amarillo pastel sobre las que podía encontrarse un variado surtido de canapés dulces y salados así como también golosinas diversas.

En otra mesa, con el mismo mantel, junto a los bancos que rodeaban la hoguera que solían encender las noches en las que las temperaturas eran más frescas o cuando Jen y ella querían sentirse como si estuvieran de campamento, se apreciaban regalos de distintos tamaños y formas con toda clase de envoltorios. Desde serios y sobrios a extravagantes y llamativos.

La gente charlaba, animada y jovial, aquí y allá al ritmo de la música más comercial mientras un reducido grupo de niños y niñas bailaban en la zona que, según parecía, se destinó a ese fin.

—¿Lili? ¿Eres tú? —La voz, cargada de incredulidad, la sobresaltó.

Brindó su entera atención a la pareja que se aproximaba mirándola de hito en hito. Se trataba de los Newman, el matrimonio encargado del mantenimiento de la casa de sus padres y de su hogar. Qué extraño continuaba siendo aquel pensamiento.

Meditó acerca de lo que encontró a su llegada, la casa había estado a oscuras, vacía y en silencio esa madrugada. No vio ni escuchó a nadie, aunque no le pareció extraño en aquel momento dada la temprana hora de su aparición.

La mujer, visiblemente emocionada, la rodeó con un sentido abrazo, como solía hacer cuando de pequeña caía al suelo estando bajo su cuidado.

Barbara Newman había ayudado a su madre desde que Lili tenía uso de razón, cuando se fue procuró que tanto ella como Frank, su marido, quedaran encargados del cuidado de su preciado hogar.

—Mi niña... ¿De verdad eres tú? ¿Cómo no nos has dicho que venías? Hubiéramos ido a recogerte, hubiéramos...

—Qué sorpresa y alegría verlos, Sr. y Sra. Newman —interrumpió las palabras de la mujer que lucía espléndida en un vestido morado de dos piezas.

No quería analizar demasiado a fondo sus actos en aquel momento.

—Por favor, Frank y Barbara —repuso el hombre vestido en un traje verde oscuro ligeramente desgastado por el uso—. ¿Cuándo has llegado? —Terminó.

—Esta mañana —respondió de inmediato—. De madrugada —añadió al ver el gesto contrariado de la pareja.

—Qué mal me siento ahora. Hemos estado todo el día ayudando al sheriff Buckard a preparar la fiesta de la pequeña Rina y no entramos en la casa principal desde ayer —expuso Barbara, apenada.

El matrimonio residía en la casa de invitados, en la zona de la piscina.

—No tenéis de qué preocuparos —empezó a tutearlos—. Me senté en el sofá y, por lo visto, caí dormida hasta hace algo más de una hora —confirmó comprobando su reloj de pulsera— que fue cuando desperté. O, mejor dicho, resucité.

—Si hubiéramos sido advertidos de tu llegada... —empezó a hablar Frank.

—No estaba del todo segura de poder llegar hoy. —Esperó que la excusa, aunque burda y desesperada, les convenciera como explicación—. Por eso preferí no decir nada al respecto.

Se dijo para sí misma que aquello no era del todo una mentira. Solo a medias.

—¿Ya has visto a Jennifer?

—No. Acabo de llegar —explicó—. Estaba empapándome de esta bonita decoración cuando nos hemos encontrado —desvió la conversación—. ¿Habéis dicho que es cosa vuestra?

—No creas. —La señora Newman restó importancia moviendo ambas manos de arriba abajo—. Solo hemos ayudado.

—Mi talentosa esposa lo ha organizado prácticamente todo —señaló Frank con visible orgullo.

—No es para tanto. —El sonrojo de la aludida relució incluso bajo la tenue iluminación—. Rina merecía una gran fiesta, pero con el sheriff trabajando y sin su madre...

—Entiendo —afirmó apoyando una mano, buscando reconfortar a la mujer, sobre su brazo—. Ha sido un gesto precioso —afirmó sin ambages.

Sin esperararlo, ni poder evitarlo, las palabras le anudaron la garganta. La señora Buckard se fue casi seis años antes de que su madre pereciera, cuando Rina era todavía un bebé. Y nunca se volvió a poner en contacto con sus hijas; por lo que sabía, un día le llegaron al padre de su mejor amiga, el sheriff, los papeles del divorcio y poco después supieron que se había vuelto a casar. Eso fue todo. El vacío que su abandono dejó era palpable aún; con más motivo, si cabía, en momentos como aquel, en festejos de índole familiar.

—Bueno —dijo—, ha sido un placer encontraros, pero debería buscar a la futura novia —añadió refiriéndose a Jen.

—Por supuesto —repuso Barbara antes de volver a abrazarla—. Me alegro de que, por fin, estés en casa.

La culpabilidad invadió a Lili, en verdad le resultaba difícil saberse allí, por mucho que lo deseara con todas sus fuerzas, y de regresar al lugar que la había visto nacer y crecer después.

Tras despedirse del matrimonio localizó a la mujer que sentía más cercana en su corazón, bailando con un grupo de amigas de su hermana pequeña, cerca de la mesa donde se encontraba en abundancia la comida.

Echó a andar en su dirección, con la mirada posada en ella. Una sonrisa se asentó en su rostro y crecía con cada nuevo paso; era fácil percatarse también del interés que su presencia suscitaba entre los presentes que, a su paso, la reconocían.

Cuando la mayor de las hermanas Buckard puso sus ojos en ella ambas se paralizaron en donde estaban, como si una fuerza invisible las retuviera.

De pronto sintió miedo de la reacción que su mejor amiga pudiera tener. Las palabras se atoraron en el fondo de su esófago negándose a ser pronunciadas. Jen inició el movimiento con un grito de auténtico júbilo nacido de la enorme sorpresa, como si de forma repentina supiera que lo que tenía ante sí era real y no una visión producto de su traicionera imaginación.

Corrió hacia donde Lili se encontraba con los pies anclados en la tierra, sus miradas fijas la una en la otra; entonces lo vio, allí estaba, percibió el temblor en la barbilla de Jennifer que ponía de manifiesto su emoción e indicaba que, de un momento a otro, comenzaría a sollozar para luego terminar llorando. En ese instante sus propios ojos la traicionaron anegándose en unas más que sentidas lágrimas que se empeñaron en salir y resbalar por su rostro.

Jen se lanzó a su cuello rodeándola con una fuerza inusitada que apenas podía recordar haber sentido antes. Gritaba su nombre sin parar como si ella fuera una aparición que pudiera desvanecerse de un momento a otro. Por su parte, envolvió la cintura de ella, probablemente más fuerte de lo que pretendió, aunque proporcional a la misma energía que la otra joven ejercía sobre su cuello.

Su mejor amiga, la mujer que era como su hermana, y ella se habían reencontrado tras varios años y miles de kilómetros de distancia.

A pesar de haber mantenido el contacto por teléfono, correo electrónico e incluso por alguna que otra videoconferencia realizada cuando era posible, el sentimiento de separación no menguó un ápice, ni de ella, ni de su hermano Wade con el que también había mantenido contacto de forma regular. Cualquiera hubiera esperado que la distancia mitigara el cariño que se tenían o mermara su profunda amistad, nada más lejos de la realidad.

Ellos eran lo que había quedado de su vida anterior. Eran, también, todo lo que había tenido, en más de una ocasión, para seguir adelante cuando las cosas se habían torcido de una u otra forma.

—Estás aquí. Estás aquí de verdad —musitaba Jen con incredulidad.

—Sí. —Lili se limitó a decir la única palabra que le salía. No era de extrañar que esta fuera un monosílabo.

—Mírate. —Sin dejar de sujetarla por los hombros, su amiga dio un paso atrás para que su vista la abarcara por completo—. Estás guapísima.

Ni una ni otra podían apartar sus manos de los brazos y hombros de la mujer que tenían en frente, la necesidad de saber que aquella escena era real y no un espejismo pesaba de forma inconsciente.

—Y tú —respondió a su halago—. Vas a ser la novia más bonita que este pueblo haya visto jamás —afirmó.

—Voy a llorar —anunció la joven cuyas manos continuaban en sus brazos y de la que no le separaban más de veinte centímetros.

—Ya estás llorando —ratificó Lili—. Y yo también —aseguró.

—¿Por qué no me habías dicho que volvías hoy? Te hubiera ido a recoger —amonestó su actual comportamiento y forma de proceder.

—No tenía claro cuándo vendría, Jen. Al final tomé la decisión, pero no sabía cuánto tardaría en llevarla a cabo.

—Estabas en Australia, ¿no?

—Ajá —corroboró—. Recién llegada desde la Gran Barrera de Coral —pronunció aquello con majestuosidad, como el lugar del que había partido merecía.

—¿Cómo es?

Pudo ver el brillo refulgir en los ojos de la mujer al mencionar su último destino, sabía por sus conversaciones que su mejor amiga quería conocer de primera mano más de uno de sus destinos de aquellos años de viajera itinerante, pero aquel en concreto, más.

—Preciosa —admitió.

—De todas formas debiste decírmelo. —Volvió a regañarla.

—No quería sentirme presionada. Ya sabes, por la hora de llegada, el tiempo que podría suponer a alguien que esperara fuera y todo eso —explicó.

—Ya lo sé —suspiró resignada—. Te has vuelto demasiado nómada. —A pesar del contenido, sus palabras estaban llenas del cariño que se tenían.

—He llegado de madrugada —expuso—. Y estaba durmiendo como un tronco hasta hace un rato. —Se encogió de hombros.

—¡Lili! —Rina chocó contra ella como un tren de mercancías al tiempo que la rodeó en un fuerte abrazo capaz de romper costillas mientras su cabeza reposaba a la altura de su pecho.

—¡Dios mío, Rina! —exclamó con sincera sorpresa—. Qué mayor y qué grande estás. Las fotos y los vídeos no te hacen justicia.

—Te he echado de menos —sollozaba la pequeña apretando su cabeza contra ella humedeciendo su chaqueta—. Mucho.

—Y yo a vosotros —confesó. Miró de su amiga a la niña que podría cortarle la respiración si aplicaba un poco más de potencia con sus brazos a su alrededor.

—Ya no te marchas —dijo de pronto—. No vas a hacerlo ¿verdad?

—Cariño, creo que la recién llegada necesita recuperar el uso de sus pulmones. —La fascinante voz masculina indujo a Lili a alzar la vista por encima del hombro de su amiga. Allí estaba el hombre que poseía tan agradable instrumento vocal, el padre de Jen y Rina, el sheriff Luke Buckard.

—No pienso dejarla ir hasta que diga que se queda —habló la pequeña, más resuelta de lo que la había escuchado nunca.

—Rina, no voy a ir a ninguna parte. He venido para quedarme —aseguró acariciando la cabeza

de la niña mientras compartía una mirada con su amiga y el padre de ambas.

Los brazos de ella la estrujaron aún más y la hermana mayor de la pequeña se sumó terminando las tres en un entusiasmado y húmedo, debido al llanto, abrazo de grupo.

—Qué alegría que hayas vuelto. Al fin estás en casa —susurró Jen más para sí que para ella.

De nuevo aquella punzada de culpabilidad que sentía desde que sus pies tocaron tierra la atravesó haciendo su doloroso acto de presencia.

—Sí —respondió, aunque fue incapaz de hacerlo mirando directamente en sus ojos.

—¡Oh, Dios! —La futura novia se llevó las manos a la boca como si terminara de recordar algo en aquel mismo instante—. ¡Voy a buscar a Wade! ¿Has visto a tu hermano? Está aquí —habló tan deprisa que lo mejor fue esperar a que terminara.

—No. Todavía no he podido verlo —murmuró.

—¡Voy contigo! —La cumpleañera ofreció su ayuda y ambas se alejaron juntas en busca de su hermano pequeño.

—Bueno —articuló el sheriff casi en un suspiro alargando la última letra. Vestía ropa de calle, se fijó. Su atuendo consistía en unos vaqueros, zapatos de color marrón oscuro, cinturón a juego y una camisa azul cielo ni demasiado estrecha, ni holgada. Su cabello trigueño, todavía húmedo caía hacia los lados rizándose ligeramente en sus sienes.

—Bueno —repitió ella sin saber muy bien qué hacer o decir tras sentir un desconocido e inesperado impulso ante su presencia.

—Creo que lo propio es recibirte con un abrazo para darte la bienvenida oficialmente.

—Sí, ese parece ser el saludo oficial hoy —añadió con una sonrisa azorada.

—Y nadie debe ir en contra de la autoridad —bromeó el hombre.

Él abrió los brazos y en esta ocasión fue Lili la que avanzó hacia ellos como si se tratara de un imán de grandes dimensiones atrayendo su cuerpo. Sus torsos entraron en contacto y con una facilidad pasmosa los brazos rodearon al otro. Respiró el aroma del sheriff compuesto por loción para después del afeitado entremezclado con el de ropa limpia y jabón.

Sin ser del todo consciente de sus propios movimientos, ladeó la cabeza para apoyarla en su hombro y escondió la nariz en su cuello para inhalar de nuevo y con fuerza aquella maravillosa mezcla de olores provenientes de su piel.

Por primera vez desde que emprendiera su viaje de vuelta, desde que pisó la casa que la vio crecer o, incluso, desde que puso un pie en su país de origen, experimentó la calidez renovadora del hogar, se sintió verdadera y absolutamente en casa.

Se abandonó al abrazo, a su necesidad de recuperar aquella percepción dejando la culpabilidad a un lado, experimentó la caricia de la robusta mano del sheriff en su cabello con cada poro de su piel. No pudo contener un emocionado y profundo suspiro de alivio y regocijo.

—Ah, casa. —El comentario escapó de entre sus labios verbalizando la evocación de lo que sucedía en su interior.

—Sí. Estás en casa —respondió a sus palabras; esas que no creyó haber pronunciado en voz

alta.

Percatándose de que, muy posiblemente, se estaba aferrando a él con más entusiasmo del debido durante demasiado tiempo o, al menos, más del que podría considerarse socialmente aceptable, deshizo su abrazo con un recatado paso atrás.

—No sé si está bien decirlo, ni siquiera si es correcto o no —habló de forma impulsiva pretendiendo explicar su reciente comportamiento o el impulso que la había guiado, no lo tenía claro todavía—, pero no me había sentido realmente en casa hasta que lo he abrazado, señor Buckard.

—Luke, por favor. Y no pasa nada, conozco bien la sensación a la que te refieres.

—¿Lili? ¡Lili! —Wade apareció con la esperanza reflejada en cada curva de su cara, flanqueado por Jen y Rina, interrumpiendo así las atropelladas palabras del sheriff que parecía tan cohibido como ella se sentía en aquel preciso momento.

Abrió los brazos de forma automática al ver a su amado hermano quién no se lo pensó, con el ímpetu de sus dieciséis años voló hacia ella en una carrera que no podía perder. Sintió la desesperación en el abrazo de Wade, la necesidad de contacto, muy parecida a la que acababa de experimentar ella en brazos de Luke Buckard. Besó su cabello y acarició la espalda del adolescente tratando de transmitirle esa paz y esa calma que necesitaba tanto como ella. Había echado tanto de menos aquello, el contacto físico y real con sus seres queridos...

—Mi hermanito. —Las lágrimas volvieron a poblar sus ojos hasta rodar por su rostro—. Estás hecho todo un hombre —reconoció—. Y más guapo de lo que recordaba. Las fotos que tengo deben ser antiguas —bromeó.

En aquel círculo cerrado de las personas más importantes que tenía en su vida, no quedó un lagrimal seco ante el reencuentro de los hermanos.

—Son de hace cuatro días —aclaró él secando su rostro en la cazadora de ella pues no parecía dispuesto a dejarla ir ni para secar los surcos que las lágrimas estaban dibujando en su cara.

—Entonces debe tratarse de mi teléfono. —El sheriff y ella compartieron una mirada en la que no hicieron falta las palabras, su complicidad fue evidente—. Pareces tan mayor...

—Vas a quedarte, ¿verdad?

Las personas a las que tanto amaba le hicieron llegar la misma petición, otra vez quiso aplacar los posibles temores que pudieran albergar.

—Por supuesto. Vengo a quedarme —admitió—. Contigo —subrayó.

Continuaron unidos un rato más pues los años de separación habían creado una necesidad cruda y profunda. Desde que abrazara al padre de su mejor amiga minutos antes, podía saborear la sensación plena de que, al fin, estaba en casa. Con su gente. Aquellas cuatro personas eran toda la familia que le quedaba.

CAPÍTULO 2

Después de tomar una ducha y cambiar su uniforme reglamentario como sheriff por su ropa de civil, Luke bajó a la fiesta que, gracias a la inestimable ayuda de los Newman, habían organizado a su hija menor, Rina. Sin ninguna sombra de duda Barbara había realizado una gran labor al ayudarlo con las decisiones de cada aspecto y detalle del evento. Y llevándolo a cabo después.

Rina le había parecido realmente iluminada por la felicidad al llegar de trabajar. Cuando empezó a planear la fiesta del onceavo cumpleaños de su hija, esta expresó una única petición. Quería que fuera una fiesta más adulta alegando su falta de deseo por decoraciones infantiles como hasta entonces.

Admitía sin reparos que se encontró perdido hasta que Barbara Newman le ofreció su providencial ayuda una noche que pasó por su casa para recoger a Wade.

Ver crecer a sus hijas era algo que aún le chocaba y, desde la huida de su exmujer, el corazón se le constreñía de vez en cuando en este tipo de eventos. Jennifer ya era mayor, toda una mujer que, además, muy pronto se convertiría en esposa, fundando su propio hogar y formando una familia. A Rina aún le quedaban unos años para eso, aunque la pequeña ya llevaba tiempo diciendo que lo que en verdad deseaba era viajar como Lili, la mejor amiga de Jen y muy querida por todos ellos, había hecho los últimos años.

La amiga de su hija había sido demasiado joven cuando ella y su hermano sufrieron la terrible pérdida de sus padres. Alguna suerte de instinto le decía que su forma de vagar por el globo no respondía más que a una forma de huir hacia delante. Durante los últimos años, como a Jennifer, se le había encogido el estómago cada vez que conocieron que la joven se hallaba envuelta en situaciones de riesgo por encontrarse en países a los que azotaba un huracán o cualquier otra desgracia, natural o no. Pensar que su pequeña se planteara siquiera seguir sus pasos...

Decidió que, por el momento, era mejor aparcar esos persistentes pensamientos, todavía tenía tiempo hasta que algo de aquello pudiera hacerse realidad. Ya encontraría el modo de quitárselo de la cabeza.

Bajó a la fiesta pues, como anfitrión que era, no podía faltar por más tiempo; además, esa mañana le había reservado un baile a la homenajead.

Le agradó comprobar cómo todo el mundo parecía estar pasándose bien, sus invitados estaban contentos y no tenían más que palabras de elogio hacia la decoración, tan distinta a lo esperado. Se encargó de que sus vecinos y amigos supieran de quién era el verdadero mérito.

Barbara Newman y su marido Frank estarían en boca de todos debido al gran trabajo que habían hecho ayudándolo a que Rina tuviera la fiesta que quería y merecía y que él, debido a su trabajo, no tenía tiempo de preparar adecuadamente.

Llevaba unos pocos minutos haciendo acto de presencia en su jardín trasero cuando una melena rubia despertó su interés. Trató de fijarse mejor en la dueña de aquel cabello, portaba un sencillo vestido corto y una chaqueta tejana. Si ella resaltaba entre la multitud, sus gestos lo hacían aún más. El movimiento de su cuerpo al andar, las ondas que efectuaba su pelo, el movimiento de sus manos...

Trató de moverse en su dirección entre la gente que lo saludaba y que lo detenía para intercambiar impresiones acerca de los últimos acontecimientos del pueblo y del clima, para poder ver el rostro de la mujer que continuaba siendo una incógnita para él. Estaba casi convencido de que debía tratarse de una desconocida, aunque los Newman parecían conocerla bastante bien, si debía juzgar por el sentido abrazo que presencié. Tal vez se tratara de algún familiar de Barbara que no tenía el gusto de conocer.

Mantuvo una conversación intrascendente con la señora Ria y su hija mientras trataba de seguir la pista de aquella misteriosa mujer por el jardín, aunque, en cuanto se quiso dar cuenta, la había perdido de vista. Se había esfumado.

¿Quién sería?

Hacía mucho que nadie había despertado de ese modo su curiosidad. Poco después su mirada halló a su hija mayor, observó la parálisis que invadió a Jenny y el modo en que su rostro se contraía de emoción.

Al verla correr sus instintos de alerta se despertaron, sin embargo, la alarma terminó al verla abrazar a otra mujer; precisamente a la dueña de aquella melena que había acicateado su, por mucho tiempo dormido, interés.

Entonces... No, no podía ser. Aquel gesto debía significar que...

Con una sorpresa dividida en fases, las mismas que le llevó atar todos los cabos, lo atravesó como un rayo al principio, luego le sujetó la garganta y, posteriormente, le dejó un desagradable sudor frío en la nuca que se extendió lentamente por sus hombros. Finalmente todo quedó claro para el sheriff y supo que aquella atractiva desconocida solo podía ser una persona, alguien a quién, en realidad, ya conocía: Se trataba de Lili Rogers, la mejor amiga de su hija.

Llegar a esa conclusión lo dejó por un momento en estado de shock.

En primer lugar, apenas podía creer que no hubiera sido capaz de reconocer a la joven. Si bien era cierto que, aunque se escribía regularmente con Jennifer y recibía actualizaciones y noticias a través de ella, él en particular, no la había visto en cinco años. En segundo lugar, tampoco alcanzaba a comprender la repentina curiosidad hacia ella, esa atracción le parecía, ahora, fuera de lugar. Y, en tercer lugar, lo embargó una emoción sincera, por ella, su hermano y por sus hijas, pues le constaba que la habían echado mucho de menos. En múltiples ocasiones pasaron por largas horas de desvelos al dejar de recibir noticias de ella o si se perdía la conexión

establecida.

La ristra de sentimientos se fue sucediendo en oleadas en el interior de Luke. Se trataban, en su mayoría, de emociones encontradas, sin embargo, la alegría por saberla de vuelta, sana y salva, prevaleció por encima de todo lo demás. Se permitió saborear cada una de aquellas emociones que se superponían en él mientras observaba a la joven interactuar con Rina y Jennifer.

Sus pasos lo llevaron hasta el lugar en el que se encontraban las chicas, donde la recién llegada estaba recibiendo un abrazo constrictor por parte de su hija pequeña. Por el bien de Lili, intervino.

—Cariño, creo que la recién llegada necesita recuperar el uso de sus pulmones. —Lanzó un comentario bromista con la intención de distender el ambiente que se percibía cargado de emociones, de aquellas que se le agolpaban a uno en la garganta.

La joven alzó su cabeza y sus miradas coincidieron, el persistente impulso que tuvo a bien refrenar, se incrementó con la cercanía.

Rina protestó, lo supo porque en alguna parte, de algún modo, alcanzó a escuchar su voz en la distancia, aunque apenas logró hilar la respuesta que Lili ofreció, hipnotizado con el movimiento de su cabello y su brazo que no dejaba de acariciar la cabeza y hombros de la niña mientras miraba de uno en uno a sus hijas y a él con una sonrisa vacilante.

Su hija mayor se sumó al abrazo creando un sándwich humano con su querida amiga.

Cuando al fin se separaron hablando entre lacrimosos susurros, Jennifer pareció recordar al hermano de su amiga y se ofreció a buscarlo, Rina la acompañó dejándolos solos de repente.

—Bueno —dijo tratando de recuperar la normalidad y ofrecerle tiempo a que secara su rostro con la mano evitando así seguir su primer impulso de hacerlo él.

¿Desde cuándo le costaba tanto mantener sus acciones bajo control?

Veía bajo un nuevo prisma cada pequeño movimiento que su cuerpo trataba de hacer y debía pensar muy bien cuál podía realizar, y si era o no conveniente.

¿Aquello le había ocurrido siempre?

Porque si así era, no había sido consciente de ello hasta ese momento.

—Bueno —repitió Lili echando un vistazo alrededor.

Envió de una patada al fondo de su cerebro esa voz que analizaba cada cosa que deseaba hacer y que solo servía para cohibirlo y habló de nuevo.

—Creo que lo propio es recibirme con un abrazo para darte la bienvenida oficialmente. —Lo mejor, y más sencillo, era actuar como si nada, como siempre.

Lili se volvió hacia él, ni los ojos ligeramente hinchados ni las lágrimas que aún brillaban en ellos restaban atractivo a sus facciones.

—Sí, ese parece ser el saludo oficial hoy. —Volvió a sonreír.

Luke se dio cuenta de que su sonrisa provocaba que salieran a la luz unos muy bien definidos hoyuelos en sus mejillas y que la peca que la joven tenía allí, junto a su nariz, se elevara al tiempo que sus ojos, inusitadamente grandes, se cerraban casi por completo con aquel gesto,

dibujando unas lindas líneas en sus extremos.

Su frente era ancha igual que su nariz, aunque la forma que tenían sus cejas, como de abrazar el arco del ojo casi hasta el final con una definida y fina línea, además del modo en que su cabello caía a los lados de su rostro, junto con aquella hilera de dientes blancos que podían verse entre sus labios, finos, hacían que transmitiera una agradable sensación de calidez a quien la rodeara.

—Y nadie debe ir en contra de la autoridad —replicó manteniendo el mismo tono de antes.

Aquello estaba bien, era normal; actuaría del mismo modo con cualquier amigo que se encontrara después de mucho tiempo sin verlo. Abrió los brazos, pero no fue capaz de moverse del lugar, aunque eso no fue necesario. Ella resolvió moverse primero para rodear su torso con los brazos y sostenerse en su espalda con aquellas manos de finos y largos dedos.

Un tibio y agradable calor lo envolvió de inmediato. Cerró sus brazos en torno a la chica que se recostaba en su hombro y cuyo aliento sintió rozando su cuello allí donde terminaba la camisa y comenzaba su piel. El sutil y ligero roce produjo nuevas sensaciones que no estaba preparado para afrontar. No en ese momento, no con aquella joven.

Por primera vez en sus treinta y nueve años de vida, el sheriff experimentó lo que era tener todo cuanto era verdaderamente necesario. Curiosa percepción aquella que deseó no dejar de sentir.

Permanecieron así, unidos, rodeándose el uno al otro como si nada ni nadie pudiera acceder a esa nueva dimensión que acababa de crearse de la nada, donde los sonidos se habían apagado y solo se escuchaban sus respiraciones que se acompañaban y el sonido de la sangre que pulsaba a través de su cuerpo y rebotaba en sus oídos.

Acarició el cabello que caía por su espalda, más allá de una pretensión de ofrecer calma, siguió las órdenes de su mano que se moría por acariciar la sedosa melena desde que la vio entre la multitud.

La joven suspiró provocando que su sensibilizada piel se erizara en un escalofrío que recorrió su pecho para terminar instalándose en el centro mismo de su ser cuando escuchó las palabras que lo acompañaron.

—Ah, casa.

El susurro resonó en su mente como si se tratara de un grito realizado con un megáfono, no hubo forma de contener esa impresión, como si su pecho estuviera a punto de rebosar de orgullo y de satisfacción. Se sintió completo.

—Sí. Estás en casa —dijo más para sí que para responderle.

Se sintió horriblemente vacío y frío en el momento en que ella reculó poniendo punto final a aquel contacto que, hasta ese instante, no supo cuánta falta le había hecho. Fue el modo de descubrir que aquella cotidiana acción nunca consiguió alcanzar algunos de los más recónditos recovecos de su alma, recomponerlos y sanarlos, todo a la vez como sí le ocurrió entonces. Y supo que, lejos de aquellos brazos, no volvería a encontrar esa plenitud.

—No sé si está bien decirlo, ni siquiera si es correcto o no, pero no me había sentido realmente

en casa hasta que lo he abrazado, señor Buckard.

Permaneció en silencio sorprendido todavía por el poder del contacto que acababan de compartir, cuando el significado de sus palabras alcanzó el sentido común que pugnaba por escapar de él.

—Luke, por favor —pidió. Que lo llamara por su apellido resultaba tan lejano que lo odió—. Y no pasa nada, conozco bien la sensación a la que te refieres.

La tranquilizó o, al menos, lo intentó, se dijo.

—¿Lili? ¡Lili! —La voz emocionada de Wade, su hermano pequeño rompió la barrera de la atmósfera que se había creado.

Observó cómo ambos se fundían en un abrazo. El amor que se profesaban era tan evidente como que el sol existía. Al verlos, conociendo la historia que los dos tenían a sus espaldas, las lágrimas acudieron raudas a impregnar sus pupilas. Las de todos los allí reunidos, en realidad.

La hermana mayor empezó a tomarle el pelo a su hermano menor arrancando risas humedecidas a cada uno de los miembros que se habían congregado. Sus miradas se cruzaron de nuevo, dejando en evidencia su recién descubierta complicidad.

—Vas a quedarte, ¿verdad?

Como Rina, Wade tenía la misma inquietud por manifestar.

—Por supuesto. Vengo a quedarme. Contigo.

La respuesta fue contundente y sin dobleces, lo que, junto con la mano de largos dedos que despeinaba al adolescente, parecía haber logrado tranquilizar el miedo del chico y el suyo.

«Vengo a quedarme. Contigo». Las palabras de Lili resonaban en su mente todavía la tarde posterior a la fiesta de cumpleaños de Rina. Como sheriff no había terminado su turno, conducía por las principales calles durante su ronda como era habitual mientras su cabeza daba vueltas a aquella promesa.

En cierto momento, creyó haber visto dolor en la mirada de la recién llegada y no dejaba de preguntarse cuál sería la causa, aunque tampoco dejaba de repetirse que aquel no era asunto suyo y que, lo que fuera que pudiera estar atormentándola, saldría antes o después, que acabaría por desahogarse con Jennifer. Por algo eran amigas. Y las verdaderas amistades se ayudaban y apoyaban entre ellas en las dificultades, ¿no era así?

Claro que no podía pasar por alto de que se trataba de la joven que, con diecisiete años, dejó todo atrás y se fue a ver mundo. La misma chica que le plantó cara a dos chicos mayores que pretendieron propasarse con su hija y con ella la noche de su baile escolar, cuando ambas tan solo contaban con quince años, y que terminó por enviar a uno de ellos a realizar una pequeña visita a urgencias.

¿Era probable que la chica, ya convertida en mujer, que siempre había cuidado de su Jenny, actuara movida por razones que su hermano y su hija desconocían?

El atardecer caía sobre el pueblo, del que era el encargado de mantener el orden y la paz,

ofreciendo una gama de matices anaranjados a sus calles que se convertían en el lugar y momento perfectos para terminar la jornada laboral y salir a pasear dejándose envolver por aquella mágica iluminación. El movimiento de una melena rubia en el retrovisor provocó que desviara la mirada con interés al tiempo que reducía la velocidad para así poder dedicarse a saciar su curiosidad por saber si se trataba de ella, aunque de todas las veces que le había parecido verla durante su jornada, ninguna de aquellas mujeres resultó ser la joven en realidad. Desde la noche anterior parecía que el número de cabelleras rubias hubiera aumentado en el pueblo.

La dueña de esta que vigilaba gracias al espejo se volvió para ceder el paso a una niña que pedaleaba en zigzag sobre una bicicleta rosa chillón sin ruedines, con unas largas serpentinas ondeando a lado y lado del manillar y un cesto detrás del sillín.

Allí estaba, era ella.

Sus dedos se cerraron en torno al volante y antes de que pudiera siquiera pensarlo dio la vuelta para aparcar al otro lado de la calle, justo en frente de donde se encontraba, sin más intención que saludar a una vecina que recién había regresado al pueblo. O eso fue lo que se dijo para explicar su falta de control ante tan inesperada acción.

—¡Lili! —Llamó a la joven cuando esta sostenía la puerta de la tienda a la que estaba a punto de entrar.

Se volvió, buscando el lugar de procedencia de quién la llamaba y al hacerlo, su mirada se posó en él, la sonrisa automática que le regaló al reconocerlo fue más potente que una ráfaga de disparos.

—¡Sheriff! Qué casualidad encontrarnos.

—Es un pueblo pequeño —respondió tratando de quitar importancia al asunto.

—Es cierto. Quizás no sea tanta casualidad, al fin y al cabo —rió mostrando sus hoyuelos e iluminando el atardecer solo para él.

Se fijó en la tienda a la que había estado a punto de entrar.

—¿Necesitas algo de la juguetería?

—En realidad... —Bajó su mirada hasta la punta de sus gastadas botas marrones—. Estoy buscando un obsequio para Rina —explicó—. Ayer las tiendas estaban cerradas cuando llegué y luego ya fue tarde para comprar un regalo que valiera la pena.

—Entiendo.

—Así que espero resarcirme comprando algo que haga que sonría durante días.

Compartieron una breve mirada antes de alejar la vista del otro.

—¿Y cómo llevas el *jet lag*? Jenny comentó que estabas en Australia. O ¿me equivoco?

—Sí, pasé unas semanas en La Gran Barrera de Coral —corroboró—. En cuanto al *jet lag*, más que llevarlo, él me lleva a mí. ¿Y tú? ¿Sigues de patrulla? —preguntó lanzando una mirada a su uniforme y luego al coche oficial estacionado al otro lado de la calle.

—En realidad estaba a punto de terminar mi turno. ¿Quieres que te eche una mano con ese

regalo? —No supo definir de dónde surgió el ofrecimiento, si de la caballerosidad o del más puro egoísmo.

—¿Podrías? Sería magnífico. No me atrevía a pedirte ayuda —admitió Lili antes de reír de aquella forma que hacía a su cabello ondear al movimiento de su cabeza.

—Por mí no hay problema —aclaró—. No tengas reparos, puedes pedirme ayuda siempre que la necesites.

Al terminar de hablar se percató de la profunda verdad que encerraban sus palabras y que había admitido con aplomo, determinación y sin rubor alguno. Tal vez había sido demasiado enfático.

—No sabes cuánto te lo agradezco.

Lili respondió como si nada. Quizás, de nuevo, esa voz en su cabeza estaba sacando cualquier nimiedad de quicio.

—Entonces... ¿Vamos? —Señaló la puerta del establecimiento que habían dejado de lado.

El recorrido por la tienda fue de lo más entretenido, ella se tomó su tiempo para valorar las distintas opciones y consultó su opinión cada vez antes de tomar una decisión. Estaba claro que tenía en cuenta tanto los sentimientos de su hija como su tarea de progenitor. Lili poseía una mente despierta y analítica, no era una persona que se tomara las cosas a la ligera. Saltaba a la vista. A pesar de todo, era como si viera a la mujer ante él por primera vez, en realidad.

Rieron, mucho, aunque también compartieron opiniones respecto a los juguetes que un niño, de según qué edad, debería o no tener. Finalmente, con su consentimiento, la joven se decantó por un reloj inteligente infantil. El factor determinante fue que poseía una pequeña cámara y a Rina le entusiasmaba tomar fotografías, a pesar de que aún era demasiado joven para tener su propia cámara o teléfono de última generación. Se trataba de un gran regalo ya que disponía, además, de una agenda y un rastreador de GPS en caso de que fuera necesario utilizarlo.

Cuando salieron de la tienda la joven se volvió hacia él con la pequeña bolsa entre sus manos.

—Muchas gracias, sheriff. Además de conseguir comprarle un buen regalo a Rina lo he pasado muy bien —admitió sin inflexiones.

—Oh, no ha sido nada. También lo he pasado bien —terció él.

Estaban en mitad de la acera, a unos pasos de la tienda de la que acababan de salir.

—Entonces... Será mejor que vaya a darle esto a la cumpleañera antes de que pase más tiempo todavía y acabe odiándome por no haber comprado un regalo antes.

Mientras Lili reflexionaba en voz alta, él no podía dejar de pensar en que no quería que aquel momento terminara.

—¿Por qué no te llevo? —Debía aprender a mantener la boca cerrada, se reprendió mentalmente. Las palabras habían salido de entre sus labios sin que supiera siquiera que iban a ser pronunciadas. Tenía que comenzar a ejercer un control de hierro sobre el inconsciente. Luke señaló con el pulgar su coche patrulla—. Quiero decir, solo tengo que pasar por la central cinco minutos y luego voy a casa —explicó los motivos de su propuesta.

—No hace falta, no quiero ser una molestia —negó, pero su cuerpo se inclinó hacia delante lo

suficiente para que se diera cuenta y tuviera el valor suficiente para reiterar.

—No es molestia. —«¿Cómo podría serlo?», pensó—. Vamos en la misma dirección.

Mantuvo su expresión tan neutra como su trabajo le había demostrado que era necesario tener en ciertas ocasiones.

—En ese caso... ¿Cómo negarme? Gracias.

Por suerte había aceptado su oferta, de haber continuado insistiendo, muy probablemente, se hubiera visto presionada y era lo último que pretendía, aunque él ni siquiera debería estar pensando esas cosas. Por Dios Santo, esa chica podría, literalmente ser su hija. Claro que había pocos hombres de su edad con hijas tan mayores, pero así eran las cosas cuando un chico se convertía en padre demasiado pronto.

Su exmujer y él fueron padres jóvenes, muy jóvenes; él acababa de terminar el instituto y Sabine se encontraba en el último año cuando Jennifer nació. Para mantener a su familia decidió olvidar la universidad y comenzar a trabajar. Después de pensar mucho tiempo en cómo podría conseguir un futuro mejor para su familia, resolvió que lo mejor para todos sería que entrara en la academia de policía para convertirse en agente. Y eso fue lo que hizo en cuanto las cosas se estabilizaron un poco para ellos.

Fueron unos meses duros de estudios y entrenamientos en un momento en que las cosas en casa no terminaban de ir todo lo bien que él hubiera querido, pero al terminar obtuvo un puesto en la policía de su pueblo. Desde entonces había trabajado, día a día, para ofrecer una buena vida a sus chicas, incluso después del abandono de su mujer quién nunca fue feliz junto a él.

Había muchas cosas que podía entender con respecto a Sabine, de hecho ya no estaba dolido por haber sido dejado de aquel modo, largándose con uno de sus amantes, porque lo que Luke siempre quiso fue que sus hijas no presenciaran ninguna de sus múltiples peleas o discusiones. Sin embargo, Jenny empezaba a ser consciente de las tensiones que había entre ambos, y su todavía mujer cada vez era menos cuidadosa al esconder sus citas extraconyugales.

Por su parte, tenía la conciencia tranquila. Intentó por todos los medios salvar lo que quedaba de su matrimonio, por sus hijas, a pesar de los engaños. Con el tiempo aceptó que su relación llevaba rota mucho más tiempo del que él había querido creer. Debía agradecerle, eso sí, el hecho de que no peleara por la custodia de las niñas, se la cedió por completo. Aunque le dolió por ellas, entendió que era lo mejor para todos.

Sabine quería una vida acomodada junto a su amante rico y no soportaba arrastrar su pasado allí donde fuera, por lo que rompió con todo, incluso con sus propias hijas. Pero todo aquello había pasado hacía mucho y no tenía ni idea del motivo por el que, después de tanto tiempo, su mente volvía a dar vueltas y reflexionaba acerca de lo sucedido en un pasado cada vez más lejano.

El trayecto a comisaría fue rápido. Se apeó del vehículo y, al no escuchar el sonido de la otra puerta al cerrar, se asomó a la ventanilla que mantenía medio abierta.

—¿No bajas? Solo será un momento, pero no puedo quedarme tranquilo si te dejo aquí fuera,

sola.

—Si eso hace que te quedes más tranquilo...

¿Eran imaginaciones tuyas o estaba coqueteando?

No podía ser. Tenía que dejar de pensar de ese modo.

¿Acaso se había convertido en un viejo perverso?

Debía alejar aquellos pensamientos, encerrarlos en algún rincón alejado. O suprimirlos de algún modo, como fuera.

Atravesaron las puertas de la oficina del sheriff, y encontró tres pares de ojos clavados detrás de él. Sus ayudantes miraban por encima de su hombro a la mujer que lo acompañaba, Lili. Sus ayudantes hombres, puntualizó para sí mismo; Raisha alzó la vista al escuchar la puerta y al verlo continuó con lo que estaba haciendo junto al archivador, sin embargo, Omar y Corey no.

Apretó la mandíbula para no ordenar a sus chicos que dejaran de devorar con la mirada a la joven. Aunque, reflexionó, lo que experimentaba era normal, haría lo mismo si se tratara de una de sus hijas.

—Omar, Corey, puedo ver vuestras babas colgando —dijo en voz alta al pasar por su lado de camino a su mesa.

Raisha sonrió sin apartar la vista de su trabajo.

—Lo siento, Jefe —murmuraron los agentes antes de ponerse repentinamente en marcha.

—Chicos, ella es Lili Rogers —anunció y todos saludaron con un gesto de cabeza a la recién llegada—. Lili, ellos son Omar, Corey y Raisha. —Señaló a cada uno—. ¿Lucy ya se ha ido?

—Sí, Jefe. Tenía noche familiar, ¿recuerda? —Raisha cerró el archivador y comenzó a recoger su escritorio.

—Es cierto —murmuró pensativo—. ¿Te tocaba guardia hoy?

—Sí, voy a salir a patrullar ahora.

—Está bien. ¿Están todos los informes del día en mi mesa? —Se escuchó un sí unánime—. Perdona —dirigió una mirada sobre su hombro—, será solo un momento, puedes sentarte por aquí.

Entró a su despacho y señaló el viejo sofá que alguien donó a la comisaría cuando él era un simple ayudante raso. Lili siguió sus indicaciones y se sentó sin mediar palabra, sin embargo, observaba cada rincón con interés mientras él desbloqueaba el ordenador y se disponía a realizar su propio informe que terminó deprisa, luego repasó los demás comprobando las incidencias y archivó cada cosa en su lugar.

—Creo que nunca había estado en esta comisaría —escuchó la voz de Lili romper el silencio de la pequeña sala.

—¿No? Tampoco te pierdes tanto. —Se encogió de hombros.

—Te queda.

—¿Mmh? ¿Qué quieres decir?

—Que se te ve... que estás en tu ambiente. —Le dio la impresión de que cambió de parecer y

acabó por decir otra cosa.

—Sí, supongo que es cierto —respondió algo confuso al escuchar su declaración.

¿A qué venía aquello de pronto? ¿Qué habría querido decir en primer lugar? ¿A qué se refería?

Dio por concluidas sus tareas del día, se inclinó ligeramente en la silla y abrió la portezuela con llave de su escritorio; allí tenía una pequeña caja de seguridad donde guardaba su arma reglamentaria. La desenfundó, separó el cargador y la dejó sobre el cojín, desmontada, antes de cerrar y hacer lo mismo con la puerta de madera que la albergaba.

Se acercó al perchero de donde descolgó su cazadora.

—Listo. Podemos irnos —anunció.

Atrapó su mirada, Lili parecía ir a la deriva en algún lugar de sus pensamientos, Luke fue testigo del momento exacto en que se percató de que aguardaba por ella, de pie, al lado de la puerta.

Se sonrojó ligeramente y sonrió azorada, se aprestó a levantarse y, caballeroso, él abrió para que la joven pudiera salir en primer lugar cerrando después detrás de ellos.

Se debatía entre invitarla o no a cenar y las posibles implicaciones de ello, cuando su teléfono sonó y optó por dejar de lado la pelea que mantenía consigo mismo para atender la llamada.

CAPÍTULO 3

Cuando se había encontrado con el sheriff más temprano, había sido toda una revelación para Lili. Verlo con el uniforme caminando hacia donde se encontraba, justo antes de entrar en la juguetería, le cortó la respiración, debía asumirlo y admitirlo.

Sabía que aquel era su uniforme de siempre, el mismo que llevaba viendo desde pequeña cuando fue a la escuela a darles clases de educación vial, o cuando había ido a recogerlas a Jen y a ella al colegio para ir a estudiar a su casa; o incluso, cuando se habían cruzado por el pueblo.

Aquel era el padre de su mejor amiga, ¡por lo más sagrado! El mismo señor Buckard que las regañó cuando fueron a escondidas a otro pueblo porque a Jen le gustaba un chico que asistiría a una fiesta allí, el sheriff que lidió con los padres de aquellos chicos que trataron de propasarse en el baile cuando uno de ellos acabó en urgencias debido a una llave inmovilizadora que ella le hizo por intentar levantarle el vestido a su amiga. Debía tratarse de la nostalgia de haber vuelto a casa, se dijo.

Lo que estaba sintiendo no era atracción, no debía.

No podía serlo.

Su cabeza le estaba gastando una broma pesada porque, mientras se decía todo aquello, no hacía más que recordar la sonrisa que vio en la juguetería y la forma tan absolutamente natural y magnífica en que reía.

Tenía que reconocer que, objetivamente, Luke Buckard era un hombre atractivo. Mucho. Alto, le sacaba una cabeza a ella, que solía destacar entre la media de chicas que conocía; su cabello tenía un tono de rubio oscuro que contrastaba con el azul de sus ojos. Tenía una nariz larga y afilada y unas orejas ciertamente pequeñas. En su frente podían apreciarse ligeras entradas en su cabello, a ambos lados, aunque no le restaba atractivo. Las pocas arrugas de expresión que poseía no hacían más que tornar su rostro más interesante.

Solía tener una expresión agradable, era una persona confiable, amable, y todo el mundo conocía ese punto de su personalidad; tampoco podía negar el hecho de que era un hombre fuerte, varonil como pocos, sus marcados músculos se apreciaban con definición en brazos y piernas aun debajo del traje que usualmente vestía.

Pero ¿en qué estaba pensando?

La noche anterior confesó sin tapujos que al abrazarlo se sintió por fin en casa. ¿Cómo había sido capaz de decir algo como eso?

Ah, pero sus labios... Con aquel color rosado fuerte y su grosor... Solo verlo reír estremeció algo en su interior.

Continuaba dando vueltas a toda aquella marejada de pensamientos que ocupaban su mente mientras él trabajaba con el ordenador, en su despacho. Le había ofrecido asiento en aquel cómodo sofá de color verde oliva donde le esperaba desde hacía unos minutos.

Tan cortés como cabría esperar, la presentó a los ayudantes que se encontraban en la comisaría cuando llegaron.

La carta que recibió en Australia, y que con ahínco intentaba apartar en las profundidades de su cerebro, llegó de pronto a su mente. En ella, su abuela le aseguraba que no le quedaba demasiado tiempo, apelaba a su empatía y conciencia. Sí, la misma que les había despojado a su hermano y ella de la herencia de sus padres, la misma que los separó y trató de controlarla para que hiciera lo que ser un Halstrom requería, su abuela anunció que era imprescindible su regreso para pasarle el testigo. Lili no quería nada de ella más que recuperar lo que había sido de sus padres, y en la actualidad ya lo tenía. La anciana le devolvió el control de las empresas y operaciones de su padre hacía un año, junto con la custodia de su hermano. Si, después de tanto tiempo, había cedido ante ella no era por otra causa que la enfermedad que acusaba a su único pariente vivo aparte de su hermano, eso y nada más era lo que le había hecho cambiar de opinión; igual de que estaba segura, solo la enfermedad pudo hacer que la peripuesta mujer accediera a sus peticiones. Pese a todo, antes o después debería enfrentarla y dejar en claro que no quería nada, ni de la familia Halstrom, ni de ella.

Si al menos hubiera intentado ser una abuela para ellos, para Wade...

Antes de que pudiera darse cuenta, el sheriff había terminado y se encontraba de pie, mirándola, junto a la puerta metálica.

Lili se levantó de golpe, agradeciendo mentalmente que allí no hubiera ninguna mesa de café porque probablemente se hubiera golpeado con el ímpetu que utilizó al hacerlo.

Salían cuando el teléfono del policía comenzó a sonar. Él se adelantó, alejándose unos pasos en dirección a un casillero que contenía varios juegos de llaves, allí colgó un llavero simple del que pendían dos sencillas llaves plateadas mientras mantenía una conversación que ella no acertó a escuchar, ni puso énfasis en hacerlo, por teléfono.

Siguió cada uno de sus movimientos con la mirada. Lo vio despedirse de sus oficiales con la mano, en un saludo general; lo imitó al tiempo que cruzaban las puertas de la comisaria hacia el exterior.

Se dirigía al coche patrulla en el que habían llegado cuando notó el peso y el calor de la mano masculina en su hombro, aun a través de la chaqueta tejana que vestía. Se volvió, el rostro del hombre estaba más cerca de lo que había esperado, la garganta se le secó de golpe y tragar saliva fue todo un reto. Él señaló otro vehículo, una vieja *pickup* de color rojo que ya no relucía como antes pero que se veía bien cuidada, recordaba aquella ranchera.

Se dispuso a abrir la puerta del acompañante, pero él fue más rápido, la abrió para ella, aunque

su gesto provocó que se rozaran. Podía sentirlo demasiado cerca, el calor de su cuerpo, el aroma que desprendía llegaron a su cerebro provocando un hormigueo involuntario en las puntas de sus dedos; reprimió el impulso de volverse y hundir su mano en el cabello corto del hombre para comprobar si realmente tenía el tacto que pensaba mientras pegaba su cuerpo para sentir más de aquel calor que desprendía.

Debía de estar volviéndose loca. No era momento de pensar en nada de eso, y mucho menos con respecto al sheriff.

Finalizó su llamada antes de ocupar el asiento del conductor, ella no se enteró de con quién hablaba ni de nada de lo que había dicho, demasiado trabajo le estaba costando permanecer tranquila junto a él, sin hiperventilar por el ir y venir de sus hormonas, y actuar con naturalidad.

¿Qué era lo que le estaba ocurriendo?

Ya no era una adolescente, hacía bastante que dejó de serlo, era mayor para encapricharse de alguien inalcanzable.

—Jenny me ha dicho que te invite a cenar. —Examinó sus manos, la forma en que sostenía el volante, en la que los tendones se movían debajo de su piel cuando se dio cuenta de que le dirigía una mirada interrogativa—. En realidad lo que ha dicho es que te quedas a cenar. Sin discusiones.

—¿Perdona, qué? —Había permanecido embobada observando el color de sus ojos, pensando en lo mucho que se parecían a las aguas de la isla de la Gran Barrera en la que había estado justo antes de volver.

—Jenny. Cena. En mi casa —resumió en pocas palabras.

—Oh, sí, claro —aceptó, sintiéndose realmente idiota.

—Genial. Tendremos que parar a comprar algo de camino —añadió. ¿Más tiempo con él? Apenas podía creer en su suerte, se debatía entre saltar de alegría o huir. Todavía no sabía cuál de las dos reacciones ganaría—. Me apetecen unas costillas del Alvarado ¿y a ti?

—Hace años que no las pruebo. —Sonrió con entusiasmo al escuchar la mención a su plato preferido de su restaurante favorito. Y todas las preocupaciones acerca de lo que le ocurría a sus sentimientos con respecto a ese hombre, todo lo que concernía a su abuela, desaparecieron. Momentáneamente, al menos.

—Decidido entonces.

Al ver la sonrisa de medio lado que compuso supo que quería verla de nuevo. Muchas más veces. Podría engañarse o no hacerlo, pero una cosa le había quedado clara y era que aquel hombre le gustaba más de lo que estaba dispuesta a consentirse. Más de lo que podía permitirse.

El problema llegaba entonces, desde ese momento en que lo había reconocido; porque hacerlo no le ayudaría en nada. Debería esperar a que se le pasara o a que esos sentimientos se difuminaran antes o después.

Así, dispuesto sobre el papel, parecía una tarea fácil, ¿verdad?

El restaurante estaba atestado, El Alvarado hacía la mejor carne a la parrilla en kilómetros alrededor y siempre estaba lleno. Guió a Lili entre la gente colocándose de medio lado, manteniendo una mano en su espalda, protegiendo también, de ese modo, uno de sus flancos. Se dirigieron a la parte de la barra que se encontraba más cerca de la cocina y en la que la gente solía estar menos apretujada.

—¡Sheriff! Tú por aquí y con buena compañía...

Troy, el encargado, realizó un repaso a la silueta de la mujer que lo acompañaba, deteniéndose en su busto más de la cuenta, haciendo que le dieran ganas de sacarle un ojo a puñetazos.

¿Desde cuándo era él una persona tan violenta?

—Cuidado, Troy —advirtió—. ¿Cómo estáis para encargar algo de cena para llevar? —preguntó refiriéndose al volumen de trabajo de la cocina.

—Ya sabes, el jefe siempre se queja, pero termina haciéndolo todo —Se encogió de hombros con resignación.

—¡Te estoy escuchando! —La contundente voz llegó hasta ellos alta y clara.

Roman, el dueño y cocinero del local, miraba a su encargado blandiendo una espátula en el aire hacia él, mientras que con unas largas pinzas metálicas en la otra mano daba la vuelta a unos trozos de carne que tenía haciéndose en la parrilla—. Tómale nota al sheriff y deja de vagar —ordenó el hombre frotando el sudor de su frente con el antebrazo. El gesto hizo que su gorro de rejilla se inclinara hacia un lado. Roman continuaba utilizando aquel tocado en la cocina, aunque hacía mucho que su cabeza no lucía una cabellera abundante.

El encargado les ofreció la carta, no obstante él la conocía de memoria. Era costumbre ofrecerla a todos los clientes. Realizaron el pedido sin necesidad de mirarla, ella también recordaba cada plato y especialidad a pesar del tiempo que estuvo fuera.

—¿Y para beber mientras esperan? —ofreció Troy.

—Un té frío estará bien, si tienen —Lili se adelantó para asegurarse de ser escuchada entre el ruido de la multitud.

—Y si no lo tuviera te lo buscaría, preciosa. —Troy se inclinó en la barra coqueteando con ella.

—Las hormonas a raya, Troy —advirtió de nuevo acompañando este segundo aviso de una mirada severa—. Otro de esos para mí. —Tamborileó los dedos sobre la madera de la barra, impaciente. No porque les sirvieran, más bien porque el encargado se largara.

—En seguida.

Se alejó en busca de sus bebidas y Luke se tomó el tiempo de observar al hombre. Troy debía ser entre cinco y diez años más joven que él, lo que lo convertía en un mejor partido para una joven de veintipocos años de lo que alguna vez podría serlo él.

Roman salió de la cocina haciendo uso de la puerta batiente y les puso delante una bandeja con patatas gajo, recién hechas, y unas alitas.

—Para la espera —dijo. Y le dedicó un guiño a la joven que lo acompañaba.

—¡Gracias! —Exclamó ella con alegría.

—Bienvenida a casa. —La emoción traslucía en el tono del cocinero. Era evidente que la recordaba. Había gente nueva en el pueblo, como Troy, él llevaba viviendo allí algo más de cuatro años, era normal que no conociese a Lili pero Roman, que había nacido y vivido allí toda la vida, también conoció a los padres de ella y la vio crecer desde aquella cocina, su lugar de trabajo.

—Eres el mejor, Roman. —La sonrisa que le dedicó al dueño de El Alvarado le hizo sentir cierta pesadez en el estómago.

—Por supuesto que lo soy —pronunció sin dejo alguno de vergüenza el hombre mientras empujaba la puerta para volver a su lugar habitual frente a la parrilla y los fogones de su enorme cocina.

—Mmmm... Alitas Alvarado. No sabes cuántas veces he pensado en ellas —reconoció la joven olfateando el aroma que se elevaba desde la bandeja que había dejado delante el dueño del lugar —. Y estas patatas, ¿no son deliciosas? —Tomó una, sopló frunciendo los labios, de una forma que le pareció tan sensual como casual, para enfriarla un poco y la mojó en la salsa que solía acompañarlas antes de ofrecérsela.

Sorprendido, mordió con cautela el gran gajo de patata dejándolo a la mitad. Lili sonrió complacida, introdujo el resto del trozo en el especiado condimento y se lo llevó a la boca entero dejando un poco de deliciosa salsa en la comisura de sus labios.

Inconsciente, limpió la zona con el pulgar. Ella se paralizó o eso fue lo que le pareció y solo entonces se dio cuenta del inadecuado movimiento que acababa de ejecutar. Había sido involuntario, ni lo pensó. Limpió su dedo con la ayuda de una servilleta y volvió la cabeza hacia la gente que cenaba en las mesas repartidas por el local para intentar recuperar la compostura o, al menos, el control sobre sus actos.

Las bebidas llegaron y, poco a poco, la escena que había ocurrido hacía unos segundos se fue difuminando permitiendo que se instalara la calma de nuevo.

Para cuando los paquetes con el pedido les fueron entregados, el contenido de la bandeja había desaparecido. Dieron cuenta de él en silencio y evitando que sus ojos se cruzaran de nuevo. No sabía lo que ella podría estar pensando, pero creyó que sería más conveniente si nadie hacía mención de lo ocurrido.

Dejaron el encargo, cuatro bolsas que repartieron de forma equitativa entre los dos, en el asiento de atrás, cada uno por su lado del vehículo. Estaban a punto de montar en el coche cuando unas voces los hicieron dirigir su atención hacia el lugar del que provenían.

Se trataba de una pareja que parecía mantener una disputa. El hombre, blanco de unos treinta años, vestido con polo, tejanos y deportivas blancas presentaba evidencias visuales de haber estado bebiendo, tales como la cara enrojecida y su falta de equilibrio al caminar, además de la pastosidad de su voz. Agarró a la mujer, de aproximadamente la misma edad que él, vestida con suéter rojo y pantalones negros, del hombro mientras ella caminaba dos pasos por delante,

alejándose.

No era una escena que, como policía, pudiera pasar por alto. Rodeó el capó de su coche y se colocó junto a Lili sin apartar los ojos de aquella pareja.

—Lili, sube al coche —ordenó con la autoridad que ejercía a diario.

—Puedo ayudar —objetó ella.

—No. Quédate aquí.

La mujer de la que no había apartado la vista desde que la pareja llamó su atención, se zafó de la mano en su hombro, pero su acompañante insistió sujetándola del brazo esta vez. Cuando ella se volvió y lo empujó con su mano libre, Luke ya estaba a pocos metros de distancia.

—¿Hay algún problema? ¿Necesita ayuda señorita?

La mujer miró en su dirección, tenía el maquillaje corrido por todo el rostro, pintalabios incluido.

—¿Y tú quién eres? —El hombre le dirigió una mirada de desprecio—. Nadie te ha llamado madero, date el piro.

—Disculpe, hablo con la señorita. ¿Necesita ayuda? —Ignoró conscientemente los ojos del sujeto.

—Claro que no la necesita. Está con su hombre.

—Creo que sería conveniente que la soltara. —Empleó el tono autoritario que se necesitaba en situaciones como esa.

—Es mi chica.

—Suéltame, Rick. Me estás haciendo daño. —Ella habló por primera vez.

—Déjela ir, ya lo ha escuchado —exigió.

—¿O qué?

—¿O qué? —Esa clase de tipos conseguían sacarlo de sus casillas—. Deje ir a esta mujer o no le agradará lo que ocurra a continuación —advirtió.

La cara de la mujer se retorció en un gesto de dolor, Luke se acercó al sujeto y colocó su mano en la muñeca de forma que sus dedos pudieran presionar puntos estratégicos, los necesarios para hacer que la abriera liberando a su pareja. En el momento en que ella se desprendió del agarre soltó la mano del sujeto.

—Cerdo. Déjanos en paz. Nadie te ha llamado.

—¡Cállate, Rick! Estás borracho. Me largo a casa. Gracias, sheriff.

—Tú no vas a ninguna parte. —El tipo se abalanzó en pos de ella, él intervino veloz para reducirlo. Utilizó una llave sin dificultad, pero la ebriedad del sujeto le dio fuerzas y se levantó, arrastrándolo con él dando pasos hasta la pared más cercana y luego arrancó a correr con la cabeza por delante hacia ella. Apenas pudo creer lo que pasaba.

—¡Rick!

—¡Luke!

Escuchó dos voces que se complementaban. El golpe que se llevó en un lado de la cabeza lo

abatió momentáneamente. Cuando abrió los ojos, el hombre se encontraba agarrando la muñeca de la mujer y gritando con la mano alzada.

—¿Y tú qué haces pidiéndole ayuda a un poli?!

—¡Eh! —Lili hizo que el sujeto se volviera con un grito seco—. No te atrevas a golpearla —amenazó—. ¿Eres de esa clase de alimañas cobardes? ¿Lo es? —Preguntó a la chica esta vez—. Diría que sí lo eres. —Devolvió su mirada con un gesto de desagrado en el rostro hacia él—. El sheriff te ha dicho que la sueltes. —El tono inflexible de la joven lo impresionó.

—¿Y tú quién coño eres?

—La mujer que te está ordenando que la dejes ir.

Alzó la barbilla, estaba imponente.

—A mi no me da órdenes ninguna mujer.

—Como suponía, toda una joya. Chica, búscate otro que no sea un capullo integral.

El comentario de Lili consiguió cabrear al sujeto quién dejó ir a su pareja de inmediato y se volvió hacia ella. Con las manos en sus rodillas, Luke se impulsó para ponerse de pie, caminó hasta ellos asegurándose de mostrar unos pasos firmes y volvió a reducir al tipo, luego le puso las esposas.

—Tú vas a comisaría esta noche, amigo. Lili, llama a la central. —Extendió hacia ella su teléfono para que hiciera la llamada desde allí.

Esperaron a que Raisha llegara con el coche patrulla, metieron al hombre en el asiento de atrás y solo entonces, respiró tranquilo.

—Te seguiremos con el coche. Ese tipo es peligroso —advirtió a su agente antes de ir a buscar su propio vehículo—. Señorita. —Buscó a la joven pareja del detenido—. Si quiere poner una denuncia, ahora es el momento. Estos tipos no se detienen, no mejora con el tiempo, cada vez van a más. Si usted quiere, acompañe a la agente e interponga una denuncia. Luego puede pedir una orden de alejamiento como medida de precaución.

No halló respuesta por su parte; sin embargo, verla subir junto a Raisha en el coche patrulla fue más que suficiente.

—Luke. Luke. —Lili lo llamó mientras él dirigía sus pasos hacia su fiable ranchera—. Espera, Luke —exigió ella y plantó los pies en el suelo delante de él y abrió los brazos estirándolos hacia los lados convirtiendo a su cuerpo en una barrera humana.

—¿Qué haces? Tenemos que seguirlos. He de ayudar a Raisha.

—Dame las llaves.

—¿Qué?

—Les seguiremos, ayudarás a Raisha. Pero dame las llaves. Yo conduzco.

—Lili...

—Luke, escúchame. Te has golpeado la cabeza y has perdido bastante sangre así que no permitiré que conduzcas. Dame. Las. Llaves.

Una cosa era evidente, la mujer que tenía ante sí no se amilanaba fácilmente, supo que no daría

su brazo a torcer así que cedió ante su petición. Aunque algo en su interior lo impelía a poner a prueba su determinación.

—¿Con que esas tenemos, señorita Rogers?

Se acercó un paso dejando que sus alientos se entremezclaran.

—Esas tenemos —replicó ella aguantando su mirada, sin ceder ni un ápice.

Le sobrevino una náusea y reparó en el mareo que estaba sintiendo desde hacía unos minutos. Hizo ver que se daba por vencido, aunque la realidad era que hacía rato que lo había hecho. Extrajo las llaves de su pantalón y se las ofreció antes de dar media vuelta, subir y ocupar el asiento del copiloto.

Llegaron a comisaría al mismo tiempo que Raisha bajaba del coche y lo rodeaba para tomar al sujeto y entrarlo para procesarlo.

Bajó en cuanto Lili detuvo la *pickup*, incluso antes de que apagara el motor. Ayudó a la agente a vaciarle los bolsillos al hombre y luego lo metieron en una de las celdas de detención.

—¿Te encargas tú desde aquí?

—Por supuesto, jefe.

—Mañana escribiré mi informe. —Se despidió.

Encontró a Lili de brazos cruzados junto a la puerta.

—Tiene que verte un médico —habló en cuanto el metal chocó entre sí, advirtiendo del cierre a sus espaldas.

—No es para tanto.

—Necesitarás el parte médico para completar tu informe, ¿cierto?

Su comentario lo detuvo. Tenía que concederle que sabía jugar sus cartas.

—Pero no se lo digas a Jen o echará abajo el hospital con sus gritos de impaciencia y angustia —aceptó.

Cruzaron juntos la calle.

—Puede ser muy intensa, sí —reconoció ella.

En pocos minutos, gracias al poco flujo de tránsito nocturno por aquella zona, estaban en un box en las urgencias del hospital, esperando que lo visitaran. Estaba sentado a medias a los pies de la camilla con una pierna apoyada en el suelo y la otra colgando en el aire.

Lili permanecía de pie a su lado con rostro sombrío. Se volvió de pronto hacia él y puso una mano con cuidado en su frente, junto al lugar donde su cabeza había besado la pared.

—¿Seguro que no te duele?

Colocó la otra mano en su mejilla.

—Tienes las manos frías.

—No es cierto —replicó—. Tú tienes la cara caliente.

Sus miradas se buscaban una vez tras otra y se encontraban irremediabilmente. Sería por el golpe en la cabeza, pero a cada momento que pasaba con ella la conexión que tenían se le hacía más evidente y la diferencia de edades entre ambos perdía importancia.

—A ver qué tenemos aquí. —El doctor apareció como una exhalación seguido por una enfermera. Leía su registro de entrada en una carpeta que dejó sobre la camilla—. Así que un tipo te lanzó contra una pared.

—Sí. Se encuentra en custodia.

—Bien, haremos un informe de lesiones. Primero tenemos que lavar la zona si queremos ver la herida. Parece que has perdido bastante sangre —comentó.

—Sí —respondió Lili, adelantándose a él.

El médico le dedicó una mirada y luego buscó la suya con una sonrisa de complicidad masculina que se negó a aceptar.

La enfermera lavó los bordes del área dañada que continuaba sangrando, el doctor lo atendió, observando detenidamente la zona de la contusión.

—Parece que ha sido un buen golpe. ¿Has tenido náuseas, mareos o pérdida de conciencia?

—Sí.

—¿Cuál de ellos?

—Los tres. Creo que solo ha sido un momento.

El médico se volvió hacia Lili buscando confirmar su respuesta.

—Como un minuto o dos —añadió ella.

—De acuerdo. Sheriff, tenemos una conmoción cerebral. —Observó sus pupilas con una luz—. Siga mi dedo. Bien, necesitará unos puntos y deberá guardar reposo un par de días. Alguien tendrá que mantener un ojo en usted, vigilarle. Si las náuseas o los mareos empeoran, o si se presentan nuevos síntomas, deberíamos verlo de nuevo aquí en urgencias.

—De acuerdo.

—Deberán despertarlo cada cuatro horas, por lo menos esta noche, para asegurarnos de que no hay ninguna complicación más.

—¿Solo una noche? —quiso asegurarse Lili.

—Sí. Bien, ya tenemos aquí los puntos —dijo el médico cuando vio aparecer a la enfermera con una pequeña bandeja metálica con distintos objetos en el interior.

—¿No va a anestesiar la zona? —interrumpió la mujer que lo acompañaba con espanto cuando vio que el médico se disponía a coser la herida.

—No se suele usar, para cuando empieza a hacerle efecto ya estará camino de casa.

—Está bien —comentó él—. No tienes que mirar si te da impresión.

—No me da impresión. No entiendo que tengan que hacerte más daño.

Con una mirada del médico la enfermera abandonó el box y regresó al momento con una jeringuilla.

—Bien, veamos, trataremos de anestesiar la zona primero. Solo puedo aplicar pequeñas cantidades. —El hombre hablaba con la seguridad que le confería su experiencia—. Tiene a una leona a su lado, enhorabuena —murmuró entre dientes para que sólo él pudiera escucharlo.

En esos momentos se encontraba tan cansado que ni siquiera pretendió hacer el esfuerzo para

sacar al doctor de su error al extraer conclusiones que no eran.

Más tarde, cuando la camioneta se detuvo en el camino de entrada de su casa, bajó y se dispuso a llevar las bolsas de comida dentro.

—Espera, espera, espera.

—¿Qué pasa?

—Quítate la camisa.

—¿Qué?

—Quítate la camisa, vamos. —No respondió. Su mente estaba como un lienzo completamente en blanco—. ¿Quieres que a Jen le dé un soponcio? —siguió Lili ante su falta de respuesta—. A ver, baja la cabeza. —Hizo lo que le pidió y acercó su rostro. Ella lo tomó con ambas manos y giró a conveniencia su cuello para poder ver la zona—. Bien, no se ven restos de sangre y el parche no deja que se vea la herida.

Cuando lo dejó ir aun lo miraba expectante. Empezó a desabrochar los botones y ella extendió la cazadora que había olvidado en el asiento de atrás, junto a la comida, ante él. Por costumbre siempre llevaba una camiseta de algodón blanca sin mangas debajo del uniforme.

—Bien, te pondremos la chaqueta. Abróchate, que no se vea que no llevas la camisa. Y en cuanto puedas vas a cambiarte. Yo me la llevaré a escondidas al lavadero y trataré de quitar toda la sangre posible antes de meterla en la lavadora.

—Dudo que todo esto sea necesario —pensó en voz alta.

—¿Debo mencionar cuando a Bethany se le salió el hueso del codo en una excursión en bicicleta por la montaña en secundaria? —preguntó Lili—. Yo estuve ahí y no fue agradable —aseguró—. Te recuerdo que los de la ambulancia le dieron un sedante a Jen.

Realmente debía estar dispuesta a convencerlo como fuera si aludió a la memoria de aquel día en que lo avisaron de la escuela y, al ir a recoger a su hija, dormía como un tronco en el regazo de su mejor amiga.

—Es verdad. Tampoco quiero que Rina se asuste —reflexionó.

—Tranquilo, da la versión que quieras, yo la apoyaré.

Aquella mujer era sorprendente. Se había enfrentado a un tipo borracho y violento, mantuvo la calma en todo momento y procuró que fuera atendido como era debido. Por si fuera poco, casi mordió al doctor por no usar anestesia local antes de cerrar la herida. Recordó las palabras que le murmuró.

¿Cuántas sorpresas más escondía Lili Rogers?

Lo ayudó a colocarse la cazadora, le puso dos bolsas con comida en las manos, ella tomó el resto, escondiendo su camisa entre ellas, y después de respirar profundamente relajó los músculos de su rostro, sonrió con amplitud y avanzó hacia la entrada principal con paso firme.

CAPÍTULO 4

Cruzó la puerta principal de casa de los Buckard con la comida como único escudo. Como esperaba, Rina y Jen acudieron a la entrada.

—¿Por qué habéis tardado tanto? —Su mejor amiga buscaba respuestas, hasta que su mirada siguió por detrás de su cabeza, vio a su padre y su rostro se tornó del color de la tiza.

—¡Tengo hambre! —Se quejó la más joven acercándose.

Lili sabía lo que veía su amiga, un parche quirúrgico blanco en la parte superior de la frente de su padre, aunque también conocía lo que ellas no podían ver, y mucho más de lo que quisiera. Recordó cómo el sheriff había reducido a aquel tipo y el modo en que se levantó y corrió hacia la pared. Cuando vio al policía con los ojos cerrados en el suelo, un miedo descarnado se apoderó de ella y empezó a rezar porque estuviera bien. No supo cómo, detuvo al borracho el tiempo suficiente para que él se recuperara y lo esposara.

—¿Qué te ha pasado?! —Jen acababa de encontrar su voz después de la impresión.

—Oh, no es nada, un pequeño rasguño al detener a un individuo. Nada grave.

Observó la escena un instante, en la que padre e hija se sostenían el uno al otro por los codos, ella buscando ver mejor su herida y él buscando tranquilizarla.

—Ah, hola, Lili. ¿Te ayudo con eso? —Sean, el futuro marido de Jennifer y también excompañero de la escuela, se ofreció.

—Oh, no hace falta, gracias. Yo lo llevo.

Huyó a la cocina, dejó las bolsas en la encimera sin dejar de atender a la entrada por si la seguía alguien; al ver que no era así, cogió la camisa y fue al lavadero que se encontraba en la puerta de al lado. La puso en la pila y abrió el grifo del agua dejando que cayera sobre ella diluyendo el líquido carmesí por el desagüe. Su teléfono vibró en el bolsillo de su chaqueta avisando de la llegada de una notificación, lo extrajo con cuidado, utilizando solo dos dedos, desbloqueó la pantalla y miró el mensaje, se trataba de un correo electrónico del que leyó las primeras líneas, era del ayudante de su abuela, la instaban a reunirse con ellos. Otra vez. Sin finalizar la lectura del contenido, lo eliminó. Antes o después, pensó, se darían cuenta de que no tenía ningún tipo de interés en los Halstrom.

El tiempo apremiaba, decidió que frotando podría salir más deprisa y resolvió añadir jabón quitamanchas, frotó hasta que le pareció que se había diluido casi por completo. Luego puso un poco más de jabón sobre el lugar afectado de la prenda y la metió en la lavadora antes de secarse

las manos y salir de allí cerrando la puerta. El corazón le iba a cien por hora.

De regreso a donde había dejado las bolsas con la cena, escuchó las voces provenientes de la entrada, el sheriff trataba de zafarse de las preguntas de sus hijas para ir a cambiarse. Empezó a extraer platos y boles de los armarios para poder poner la mesa cuanto antes para la cena.

Encendió el horno para así calentar el contenido de las bandejas de El Alvarado y empezó a sacarlas de las bolsas y a disponerlas sobre la encimera.

—Esto es el resto. —Sean dejó las bolsas, que le había dado el señor Buckard, a su lado.

—Gracias, Sean.

—De nada. Creo que el sheriff solo quería dármelas para poder huir.

—Sí, procura no preocupar a Jen o sentirás su amor —bromeó mientras continuaba con su tarea.

—¿Verdad? —Estuvo de acuerdo él—. Esa faceta suya es...

—Adorable en extremo, sí. Así es nuestra Jen —repuso con una sonrisa.

—Ah, sí, sí.

—Papá dice que tú lo viste y que no es para tanto, ¿es eso cierto?

Jennifer entró como un vendaval en la cocina acompañada de Rina. Tragó saliva con tal de contener sus propios miedos antes de enfrentar su mirada. Le había prometido que apoyaría su versión, pero no fue consciente de lo mucho que le iba a costar cuando ella misma estaba asustada todavía por haberlo visto inconsciente en el suelo.

—Por supuesto. No fue nada. —Continuó en su tarea de destapar la cena antes de decidir el orden en que sería calentada.

—Lili.

—Oye —atajó antes de venirse abajo—, ¿crees que podría quedarme tan tranquila si fuera algo grave? Vamos, sabes que os considero mi familia.

—Hablando de eso... Rina, ve a avisar a Wade.

—¿Wade? —alzó las cejas sorprendida.

—Sí, lo llamé más temprano y Sean fue a buscarlo para que pudiera cenar con nosotros.

—Está jugando con la videoconsola en el salón —anunció el prometido de su amiga—. Se puso los cascos y eso fue todo.

—Sí, mi hermano es así, cuando empieza a jugar se olvida del mundo. Ya puede estar cayéndose la casa a pedazos que él no se dará cuenta y continuará jugando.

Wade apareció en la cocina con la parsimonia de cualquier adolescente medio, se acercó a él y lo abrazó, aun no se acostumbraba a verlo en persona, a tenerlo físicamente al lado. Y cada vez que lo tenía cerca le invadía una fuerte necesidad de estrecharlo fuerte como si aquello pudiera recomponer el lazo entre los dos. Lo llevó con ella mientras él fingía molestia a pesar de que no hacía nada por deshacerse de los brazos que lo rodeaban y trataba de esconder una sonrisa.

—Rina, Sean, podríais ir poniendo la mesa. —Su amiga comenzó a organizar.

—Wade me ayudará —añadió Lili, siempre pensando en pasar todo el tiempo que fuera posible

con su hermano.

Colocando las bandejas en ambas rejillas del horno, se tomó un momento para respirar aliviada por haber conseguido desviar la conversación y aplacar la preocupación de Jennifer y de Rina, aunque para ello hubiera tenido que mentir un poco.

—Y chicos; contadme, ¿cómo van los preparativos para la gran boda?

Sabía que pisaba terreno seguro, la futura novia podría pasar horas hablando de la boda, y todo lo que tuviera que ver con ella, incluso en sus conversaciones por correo o en video llamadas uno veía que aquello la entusiasmaba.

Mientras la cena se calentaba, hablaron de invitaciones, acerca de los diferentes colores en tonos pastel que compondrían las mesas y los adornos, de los locales que habían ido a ver, de la lista de invitados...

—Y tiene el morro de decirme que no puede venir. La he avisado con meses de antelación, ¿hizo ella lo mismo? No. Me llamó. ¡Llamó! Ni siquiera me envió una invitación. A un mes de su boda y me rogó que fuera.

—Sé que eso te cabrea, Jen, pero puede que tenga algún motivo que todavía no quiere hacer público. Estoy convencida de que cuando lo conozcas te arrepentirás de haberte enfadado. Y si lo piensas bien, es un cubierto menos que pagar.

—Lili tiene razón. —El sheriff Buckard estaba de pie en la puerta de la cocina. Por la humedad de su cabello, se había dado una ducha. Vestía unos pantalones de deporte azul marino, una camiseta gris y una sudadera a juego con los pantalones. Si no se equivocaba se trataba del mismo conjunto que usaba desde sus días en la academia.

El parche continuaba en el mismo sitio y ella también, por muchas ganas que tuviera de ir a comprobar personalmente si lo había mantenido seco o no. En lugar de hacer eso y delatar su preocupación, se inclinó a comprobar si la cena estaba lista.

Se enfundó las manoplas y puso las primeras dos bandejas de patatas sobre la madera en la encimera, cerró el horno para que el resto continuara cogiendo temperatura. Colocó las patatas en una bandeja de cerámica y pidió a Wade que las llevara a la mesa.

—Vamos a necesitar más de esas. —El padre de su amiga fue hacia ella y se agachó para abrir el mueble de al lado del horno, donde guardaban las bandejas de servir —Esto será suficiente —dijo dejando sobre la encimera un montón de ellas unas dentro de otras.

—No deberías hacer esfuerzos. —Se giró para que nadie más en la cocina salvo él escuchara su murmullo.

—Sacar unas bandejas no es un esfuerzo —puntualizó el policía en el mismo tono confidencial.

—¿Va todo bien? —Jen los observaba desde el lado de la mesa donde estaba de pie.

—Sí. Solo le estaba preguntando a tu padre si las costillas ya estarían —comentó inventando cualquier excusa, la primera que acudió a su cabeza.

Se agachó para abrir el horno y fue a retirar la bandeja para comprobar esto último olvidando que se había quitado las manoplas después de sacar las patatas. En cuanto su mano entró en

contacto con el aluminio de la bandeja de comida para llevar, notó el ardor en las yemas de sus dedos.

—¡Ay!

—¡Lili!

Los dedos del sheriff rodearon su antebrazo. Cerró el horno de una patada y se la llevó de prisa a la pila donde abrió el grifo y metió su mano debajo.

Al momento se formó un revuelo a su alrededor.

—No pasa nada. Estoy bien —buscó el rostro de su hermano—. He olvidado que no llevaba la manopla. ¡Qué tonta!

Intentó quitar importancia a lo que acababa de suceder, que, debido a la cercanía del padre de su mejor amiga, había actuado sin pensar y ahora sufría las consecuencias.

—Jennifer, coge un bol y ponle hielo.

—Sí. —Hizo lo que su padre ordenó—. Aquí tienes.

El sheriff colocó el bol en la pila y dejó que se llenara de agua antes de cerrar el grifo. Todavía sostenía su mano, le dio la vuelta para ver cómo estaba su palma. Tuvo suerte, solo se había quemado las yemas y no parecía grave, aunque fueran tres los dedos afectados.

—Han sido solo las yemas —masculló Lili.

Él rodeó su palma con cuidado y de ese modo la ayudó a hundirla en el agua helada. Con sus manos unidas apenas percibía el frío, solo un importante alivio en sus dedos accidentados, el resto estaba siendo invadido por un agradable calor.

—Jenny, ve sacando la cena del horno. Los demás podéis ir sentándoos a la mesa.

Las palabras del señor Buckard fueron como un bálsamo para todos los presentes, menos para ella. La cercanía le estaba erizando el vello del cuerpo.

Su amiga terminó de disponer todo en la mesa mientras su mano era acariciada por los cubitos y ella era incapaz de levantar la cabeza por miedo a que su mirada mostrara algo más que dolor al hombre que tenía al lado, cuyo hombro rozaba el suyo y cuya barbilla tenía unas inmensas ganas de acariciar desde que, en el hospital, puso una mano en su mejilla para ver más de cerca los daños en su cabeza. El roce áspero del vello facial que aparentemente rasuraba cada mañana encendió algo en ella que no debería.

—El botiquín está arriba. Empezad a cenar si nosotros, en seguida bajamos —anunció el hombre mientras envolvía su mano en un trapo de cocina manteniendo sujeta su muñeca.

La guió sin dejar de sujetarla a través de las escaleras y el pasillo hasta el cuarto de baño principal.

—Puedo hacerlo yo —razonó—. Por favor, ve con los demás y descansa. El doctor ha dicho que debes hacer reposo.

—No estoy levantando pesas, ni he salido a correr, solo voy a poner un poco de crema en esas quemaduras. Y unas tiritas.

—Por eso mismo, es algo que puedo hacer sola —remarcó.

—Sí, estás acostumbrada a hacer demasiadas cosas tú sola —masculló él.

—¿Qué acabas de decir? —Su comentario, dicho con fiereza, entre dientes provocó que se tensara.

—Nada. A ver, aparta el trapo —El contraste entre su tacto dulce, atento y suave con el tono que utilizaba, la confundía. Era como recibir dos mensajes contradictorios al mismo tiempo.

Retiró el trozo de algodón que cubría su mano que desde hacía un rato estaba volviendo a arder.

—Te he oído —insistió. Quería que le explicara a qué había venido ese exabrupto.

—Lo sé. El baño no es tan grande —respondió él, seco, otra vez.

—Entonces, ¿a qué ha venido?

—¿A qué? Pues, no sé. Tal vez porque antes te dije que te metieras en el coche, pero no me hiciste caso. Ni me escuchaste y lo siguiente que veo es cabreaste a un tipo que estaba borracho y era visiblemente violento. O tal vez sea por la forma en que le hablaste al doctor en el hospital. O, no sé, puede que sea porque, por un momento, has pensado que tenías súper poderes y no se te ocurre otra cosa que meter la mano en el horno sin utilizar una manopla. Ni siquiera has cogido un trapo, por el amor del cielo.

—¿Cómo...? —Apenas podía ocultar lo dolida que su ataque verbal la había hecho sentir—. ¿Sabes lo que sentí al ver a ese tipo estrellarse contra la pared contigo encima? Tenía miedo ¿de acuerdo? Quedaste inconsciente y no podía acercarme para ver como estabas, pero, por encima de todo, tú querías proteger a aquella mujer y no podía dejar que ese imbécil se saliera con la suya, así que traté de ganar tiempo.

—Y casi te golpea —señaló él sin apartar la vista ni detenerse en las curas que estaba haciendo en su mano.

—Pero no lo hizo —repuso Lili.

—Porque lo reduje a tiempo —apuntó haciendo que su enojo creciera un poco más.

—¿Y quién fue la que ganó ese tiempo para que pudieras hacerlo? Y sí, en el hospital, al ver que te iban a coser sin anestesia ni nada, me preocupé. Por ti —espetó con el corazón a punto de salirse por la boca de la impotencia y el enfado que experimentaba con una intensidad como no recordaba haber sentido.

—Hubiéramos terminado antes si simplemente me hubieran cosido —dijo el sheriff.

—Pero te habría dolido.

—Tampoco es para tanto. —En esta ocasión, él se encogió de hombros, algo huraño.

—Oh... Vosotros, los hombres os creéis muy machos por ser unos bestias. Pues permíteme que te ponga al día, la medicina hace avances a diario para evitar que tengamos que sufrir innecesariamente.

—¿Y el horno? ¿Qué ha sido eso de ahí abajo? ¿Cómo se te puede ocurrir pensar en meter la mano dentro sin usar ninguna protección? —Recriminó de nuevo, avivando una discusión que, tenía que ser consciente, iba perdiendo.

—Eso ha sido un accidente. —Le tocó a ella el turno de ser hosca—. Pensé que tenía puestas las manoplas todavía. Y si tú no hubieras estado haciéndote el forzudo con las bandejas, tal vez me habría dado cuenta. —¿No decían que no hay mejor defensa que un buen ataque?

—¿Ahora es culpa mía?

—Solo digo que me ha preocupado que pudieras marearte, eso es todo.

Lili le arrebató la crema para quemaduras de la mano y trató de abrirla, resultó una tarea más complicada de lo que pensó inicialmente sin poder usar más que el pulgar y el meñique de su mano derecha.

—Dame. Antes de que te hagas más daño.

El sheriff le quitó el bote, lo abrió y se puso un poco de crema en la punta del índice. Luego cogió su mano y con delicadeza, a pesar de la discusión que había empezado a caldear el ambiente en el cuarto de baño, pasó ese dedo por encima de las heridas dejando un rastro de fresco unguento.

Puso crema en cada quemadura, no dejó ni un milímetro sin cubrir, sin presionar demasiado para no ocasionarle más dolor.

El contacto de su piel atrapada entre las toscas manos del hombre producía en Lili un repentino aumento de la frecuencia cardíaca.

El policía trató cada dedo de forma individual y al terminar los cubrió con una tirita.

—Esto debería bastar por ahora. Mañana deberías poner de nuevo esta crema en esas heridas.

—Sí, claro. Gracias. ¿Cómo está la tuya? Sabes que no puede humedecerse.

Adelantó su mano sana para palpar con cuidado el parche y verificar su sequedad.

—Está bien, aunque ha comenzado a pasar el efecto de la anestesia.

—Deberías dormir sin taparte. Tápala. La herida. Es mejor que esté al aire.

¿Sería posible que un simple comentario pudiera sonar tan poco apropiado? De todas formas, consiguió arreglarlo entre balbuceos, aunque debió parecer medio retrasada.

—Sí.

Se encontraban demasiado cerca el uno del otro en aquel cuarto de baño que parecía reducir su tamaño cuanto más tiempo estaban solos ahí dentro. El sheriff alzó la cabeza para mirarla, sus manos todavía continuaban en contacto.

El aire se tornó en electricidad en un instante, un escalofrío recorrió su espina dorsal y no hubo nada en su mente durante unos segundos que no fueran los ojos de un azul como el del cielo antes de una tormenta y sus labios, carnosos y rosados.

Olvidó la cena, donde estaba e incluso quién era. Su cuerpo actuaba por cuenta propia, el imán de su mirada la atrajo, lentamente. Estaba a su merced.

El estridente sonido de una melodía que provenía de sus pantalones de deporte hizo que de pronto se encontraran a más de medio metro de distancia. Él atendió la llamada y comenzó a recoger las cosas que había sacado del botiquín dándole la espalda. Lili salió del cuarto de baño esbozando un escueto, y casi inaudible, gracias. ¿Qué acababa de pasar?

¿Lo había soñado?

¿Lo habría imaginado? No. ¿No eran imaginaciones tuyas, cierto?

Habían estado a punto de besarse. Si no fuera por aquella llamada...

¿De verdad se habrían besado?

¿Con el señor Buckard? ¿Con el padre de su mejor amiga?

¿Qué diablos le estaba ocurriendo?

No, seguro que se trataba de algo que solo había sucedido en su imaginación. Probablemente el sheriff solo había tratado de tranquilizarla y ella había sacado de contexto toda la situación.

Sí, sería eso. ¿Pero por qué sacar las cosas de quicio cuando se trataba de aquel hombre?

¡Dios! Encima había discutido con él acerca de lo que había pasado aquella tarde y admitió haber estado muerta de miedo y de preocupación por él. ¡Menuda tonta!

Bajó las escaleras y se dirigió a la cocina donde todos esperaban dando buena cuenta de la cena.

Con una sonrisa forzada, entró alzando los tres dedos que mostraban orgullosos las tiritas que cubrían sus recientes quemaduras, aunque no le dolían tanto como su pecho por pensar en el ridículo que acababa de hacer en el cuarto de baño al intentar besar al padre de su mejor amiga, un hombre que solo la había curado. Era imposible que él no se hubiera dado cuenta ¿o sí?

¿Podía fingir que no había ocurrido lo que había ocurrido? ¿Podría inventarse una excusa para ello? ¿Cuál?

¿Qué excusa sería lo suficientemente convincente para negar que había tratado de hacer lo que su cuerpo había intentado minutos atrás?

Bromeó con su hermano acerca de su reciente metedura de pata, aunque en realidad no podía recordar ninguna de las palabras que le dijo, solo podía pensar en el hombre que se encontraba en la planta superior hablando por teléfono.

¿Y si tenía novia? ¿Y si estaba hablando ahora mismo con ella?

¡Oh, Dios!

No había nadie en el mundo que sintiera tanto bochorno como lo hacía ella en aquel preciso momento.

Nunca había llegado a plantearse algo como eso. Desde que la madre de Jennifer y Rina los dejó, jamás pensó en cómo aquello habría afectado al padre de estas, solo pensó en su amiga y hasta ahora tampoco se había planteado que aquel hombre pudiera haber rehecho su vida.

¿Pero por qué estaba dando vueltas a todo aquello justo entonces?

Tal vez, lo que ella creía que había estado a punto de pasar, no había sucedido así que no debería sentirse avergonzada, ¿cierto?

Eso era, no hablaría del tema, porque no había nada de qué hablar. Sencillamente, aquel lapsus no había existido. Punto.

¿Y si él quería hablar de ello?

¿Qué haría? ¿Qué podría hacer?

Pretendería que no recordaba lo ocurrido, haría ver que no sabía de lo que le estaba hablando. Sí, eso era lo mejor.

Lo más seguro para todos, para ambos. Para ella.

—De acuerdo, Raisha. Nos vemos por la mañana.

La llamada de su ayudante terminó minutos después, tras una breve consulta. Guardó el aparato en su bolsillo, a mano, donde siempre lo llevaba. Ah, había olvidado decirle que debía guardar reposo un día o dos, aunque daba igual; por la mañana iría a comisaría y dejaría todo en orden. Pondría a Megan al mando mientras duraba su descanso. La agente Megan Prim era como su mano derecha, tenía casi tantos años de servicio como él y los demás la respetaban.

Recogió el botiquín que había usado para curar la mano de Lili y se volvió a observar el lugar en el que habían estado hacía apenas un momento. Antes de recibir la llamada de la agente Cameron sus rostros se encontraban a pocos centímetros, milímetros diría, tan cercanos que bastaba un ligero movimiento para que se rozaran.

Y casi lo hicieron, sus labios por poco tocan los de la joven. Durante un segundo pareció que iba a suceder, que las ganas que sintió se reflejaban en igual medida en ella, pero al ser interrumpidos, regresó la cordura.

¿Aunque, había sido eso realmente lo que había ocurrido?

¿Lili había querido besarlo tanto como él o se trataba de un mal entendido? ¿Ella había pensado que él trató de besarla?

—Genial, Luke. —Se llevó las manos a la cara, avergonzado por su comportamiento y se frotó el rostro tratando de borrar todo rastro de vergüenza de él.

Debía ser a causa de la conmoción, ¿cómo, de otra forma, podría explicarse que un hombre de su edad tratara de besar a la amiga de su hija? Jamás habría pensado que sería uno de aquellos tipos que siempre andaban tras las faldas de una jovencita.

Era un comportamiento reprobable. ¿Pero y si...?

¿Y si ella había sentido lo mismo?

El ambiente en el cuarto de baño de pronto se había vuelto íntimo estando uno frente al otro, con sus manos en contacto. En cuanto sus ojos se hallaron saltaron chispas. Era imposible que sólo él lo hubiera sentido, ¿verdad?

Como fuera, en lo que tenía que pensar desde entonces en adelante era en cómo iba a actuar. Lo mejor, y más sensato, sería encarar el tema y hablar con ella a solas lo más pronto posible para aclarar la situación.

¿Pero aclararla en qué sentido? Eso era lo que le gustaría saber. Por un lado estaba el sentido común y por otro lo que en verdad querría.

Tenía dos opciones, dejar las cosas como un mal entendido y negar absolutamente todo desde entonces y para siempre o dejar la puerta abierta por su parte a que ocurriera algo entre ellos o no, lanzando de ese modo, la pelota al tejado de Lili. ¿Era posible que considerara aquello

realmente?

¡Era la mejor amiga de Jennifer!

Tenía la edad de su hija. De acuerdo que siempre había estado ocupado trabajando y estuvo poco tiempo en casa, pero aun así, las había visto crecer, la había visto crecer. Sí, cuando su hija alcanzó la adolescencia rara vez la volvió a ver, pero Jenny lo mantenía informado de lo que sucedía en las vidas de ambas, igual que hizo cuando su mejor amiga se marchó. La última imagen que tenía de Lili antes de verla en la fiesta de cumpleaños de Rina era de cuando tendría unos doce años. Lo sabía, había tratado de hacer memoria al respecto. Qué curioso era eso de vivir en un pueblo pequeño y conocer la vida de la gente que lo rodeaba a uno, aunque podría no verlos en realidad durante largos períodos de tiempo.

Tratar de juntar cada parte de aquel galimatías empezaba a darle dolor de cabeza. Porque si había una cosa acerca de lo que no tenía dudas era de que se sentía atraído por Lili Rogers. Era algo que no podía evitar, la joven lo había tomado por sorpresa y no había nada que la apartara de sus pensamientos. Intentó recordar cómo se sintió cuando conoció a Sabine en el instituto. A pesar de haberse enamorado al poco tiempo de empezar a salir como solo un chaval podría hacerlo, se daba cuenta de que, comparando las emociones que experimentaba en ese instante, aquellos sentimientos del pasado solo alcanzaban a ser una tercera parte de los que lo recorrían por dentro en la actualidad.

Al conocer el abandono de Sabine, el día que los dejó a él y a las niñas, realmente dolió. Sufrió mucho durante largo tiempo. Había querido a la madre de sus hijas y se dio por entero a su familia. Las palabras que su exmujer le dijera en su día hacía mucho que consiguió aceptarlas, pero hasta el momento presente no las comprendió.

Cómo haría para lidiar con el lío que crecía en su cabeza cada vez que Lili estaba cerca, ese era otro tema. Señor, se había enfadado tanto con ella cuando vio el modo en que se enfrentaba a aquel tipo violento que se levantó, luchando en contra del mareo y las náuseas, para detenerlo y evitar que le hiciera daño. Recordaba la conversación que habían tenido en el baño, ella admitió haber sentido miedo por él y mencionó su preocupación también. Sonrió. De algún modo aquello, esa confesión, lo hacía sentir mejor. Bajó las escaleras y se dirigió a la cocina.

—¿Por qué sonrías, papá?

La pregunta de Rina lo devolvió a la realidad.

—Oh, por nada.

—Lili nos ha dicho que has recibido una llamada —comentó Jenny.

—Sí, del trabajo. Tenían que hacerme una consulta.

—Ya veo. Come, se está quedando frío.

—Buen provecho.

Llenó su plato con las diferentes variedades de El Alvarado que encontró sobre la mesa. Cogió una costilla asada con las manos y antes de llevarla a la boca miró en dirección a Lili, ella estaba añadiendo salsa a la suya, usando una sola mano.

Vio que Sean la observaba también, Wade hacía lo mismo, aunque de una forma más disimulada y pensó que se debía a que todos estaban preocupados por las recientes quemaduras en su mano derecha.

CAPÍTULO 5

«Así que el sheriff había bajado sonriendo, ¿cuál sería el motivo?», se preguntaba Lili en su fuero interno.

Después de que se uniera a los demás para cenar, no volvieron a cruzar palabra, ni siquiera en la conversación que surgió una vez que estuvieron todos juntos.

En el porche de la casa de los Buckard se debatía entre mencionarle a Jen, o no, el hecho de que debían vigilar el sueño de su padre y despertarlo cada pocas horas. Había salido a observar las vistas que la noche regalaba. Era una costumbre que adquirió años atrás, salía al balcón o se dirigía al patio de atrás de su casa para observar lo que la noche tenía que ofrecer, era algo que conseguía calmar su espíritu. Y continuó haciéndolo incluso cuando se encontraba a kilómetros de su hogar. Aquellos momentos de introspección, de meditación silenciosa y de dejar vagar sus pensamientos a la deriva le habían ayudado en muchas ocasiones a mantenerse cuerda, a resolver situaciones y sentimientos internos que trataban de confundirla.

—Oh, estás aquí. —El sheriff realmente se sorprendió al detectar su presencia.

Sobresaltada, se giró, aunque solo pudo distinguir la silueta masculina pasados unos instantes en que, con la ayuda de las luces del interior de la casa, comenzó a apreciar algunos detalles en las sombras.

—¿Te he asustado? No era mi intención —dijo ella a media voz.

—Oh, no, yo debería disculparme por sobresaltarte.

Lili volvió su rostro hacia algún punto en el vacío, más allá del porche. Continuó donde estaba, sentada en el escalón, junto a la barandilla, era un lugar que conocía bien.

—No pasa nada. Esta es tu casa al fin y al cabo. Solo necesitaba...

—Airearte. Lo entiendo. —El hombre ocupó el lugar a su lado—. Yo también salgo al porche y me siento un rato a solas cuando necesito pensar.

—Y ahora yo estoy ocupando tu espacio —comprendió sin necesidad de que mediaran más palabras entre ellos—, lo siento. Volveré dentro.

—No es necesario —respondió veloz—. Puedo compartir este lugar.

Lo miró un instante y le pareció identificar una sonrisa en su rostro. Así, en la penumbra, era mucho más sencillo estar a su lado. Su presencia de alguna forma la hacía sentir segura.

Después de un momento de silencio, él volvió a hablar.

—¿Puedo hacerte una pregunta?

—Por supuesto.

Ahí estaba, pensó. Sacaría a relucir lo sucedido en el cuarto de baño y no estaba segura de si sería capaz de mentir como necesitaba hacerlo para salvaguardar su dignidad.

—Conozco la versión que le has dado a Jennifer pero no puedo evitar pensar... ¿Por qué has vuelto? ¿Por qué ahora?

Su pregunta la pilló con la guardia baja. Después de haber pasado el último día y medio tratando de descifrar qué diantres le estaba ocurriendo desde que volvió a ver a ese hombre que estaba trastocando su mundo, recordó el motivo original de su regreso y su rostro se ensombreció. Menos mal que la oscuridad era su aliada, pensó.

—Es complicado. Es por todo y por nada en concreto en realidad. Necesitaba recuperar mi hogar, pero al mismo tiempo... Se trata de mi abuela. No le queda demasiado tiempo.

Resumió mucho los acontecimientos, no quiso hacer un relato pormenorizado porque tampoco sabría por dónde comenzar.

—Entiendo. Sentí mucho lo de Leila. Y lo de Shawn. Nunca tuve la oportunidad de decírtelo.

—Gracias.

El silencio se instaló de nuevo.

—¿Es por eso que permitió a Wade dejar esa escuela y volver?

El sheriff parecía estar dando vueltas a la nueva información, intentando encajar las piezas que seguramente conocía por Jen.

—Algo así. Tiene una forma extraña y bastante única de demostrarlo, pero somos la única familia que le queda.

—Algo me dice que esa no es la explicación completa.

Compartieron una mirada durante varios minutos, estudiándose.

—Eres perspicaz, sheriff —concedió.

—Por algo me dieron el puesto —sonrió con autosuficiencia.

—Lo cierto es que no me fui porque quisiera —confesó—. Me fui porque ya no tenía nada aquí después de que la gran y desconocida, hasta entonces, abuela Halstrom enviara a Wade al internado. Ella tomó el control de todo —explicó—. De los negocios de mi padre, de la fortuna familiar y de las inversiones que habían realizado mis padres, e incluso pretendía hacer lo mismo con nuestras vidas. Controlarnos a Wade y a mí. Yo... Peleé como pude, quería conservar las cosas tal y como eran antes de perder a nuestros padres, por mi hermano, por la memoria de mi madre y de mi padre, pero era menor de edad, los abogados no podían conseguir gran cosa y sin mi hermano a mi lado, sencillamente me cansé de luchar. Ya no tenía una razón para ello. Así que llené una mochila con algo de ropa y me fui. Por supuesto que eso no era lo que mi abuela había querido, ella quería convertirme en lo que no soy, con un mandato judicial cerró también mis cuentas hasta que cumpliera los veintiuno. Eso dijo —aclaró antes de que él pudiera preguntar al respecto—. Lo único que tenía en aquel momento era el dinero que llevaba encima. Sí —respondió con calma al desconcierto que encontró escrito en su rostro—. Tuve que irme —

afirmó resignada—, necesitaba dejar todo atrás. Compré un billete que me llevara lejos de aquí, lejos de ella. Cuando llegué a mi destino me propuse sufragar todos mis gastos con mi propio esfuerzo y empecé a trabajar. Y hasta hoy.

—Vaya... No sabía nada de eso.

—Porque no se lo conté a Jen, tan solo le di un resumen, no quise preocuparla más todavía. En realidad mis padres nos lo dejaron todo a Wade y a mí —expuso lo que conocía gracias al equipo de abogados que tenía y que antaño trabajó para sus padres—, sin embargo ella tomó legalmente el control al ser yo menor por aquel entonces y me cerró las cuentas como una medida para presionarme y hacer que volviera, pero no estaba dispuesta a que controlara mi vida como hizo con mi hermano. Así que trabajé, abrí una nueva cuenta y cada vez que me cansaba me iba a otra parte. Otra ciudad, otro país, daba igual.

Omitió algunos detalles respecto a los motivos de sus múltiples cambios de residencia por creerlos innecesarios. Lo último que pretendía era darle pena a aquel hombre, aunque era consciente de la crudeza de su historia.

—Y si lo que quería era presionarte para que regresaras, ¿por qué dejarte sin nada?

—Supongo que pensó que al verme sin dinero volvería corriendo. No me conoce y no podía imaginar que eso sería lo último que haría. Entiende que la familia de mi madre es rica, mucho —añadió—. Desde hace generaciones —recordó una de las muchas cartas y notificaciones recibidas con el sello del apellido Halstrom en donde le exponía cuanto poder y fortuna ostentaban—. Mi madre abandonó todo eso por estar con mi padre y su familia le dio la espalda por ello. Incluso mientras estuvo enferma. —Notaba cómo la voz se le partiría de un momento a otro—. No fue hasta que mis padres murieron que mi hermano y yo supimos de la existencia de la abuela Halstrom. Imagino que le sorprendió que no hiciera lo que ella quería, como ella quería. —Se encogió de hombros—. Allí donde fuera, su abogado o su ayudante terminaban por encontrarme —continuó explicando sus miserias, supuso que a causa del bienestar que sentía junto a él, hablar era casi catártico—, me enviaban correos electrónicos, cartas... Al principio fueron amenazadoras, pero con el tiempo el tono cambió y comenzaron a ser informativas y, poco después, se convirtieron en peticiones. Al final hice un trato con ella, volvería si cumplía una serie de requisitos. Les dije que no regresaría hasta que mi hermano estuviera en casa, donde pertenece.

Lo que no decía era que jugó con la comprensión de esos mensajes cruzados pues su abuela siempre la instó a volver para ocupar el lugar de su heredera, sin embargo Lili utilizó ese punto para recuperar lo que le habían quitado. Sabía que antes o después el apellido Halstrom la encontraría para reclamarle que cumpliera con la otra parte del trato, sería el momento en el que debería volver a pelear por proteger lo que era suyo y de Wade; era consciente y no tenía ganas de empezar aquella batalla ni de lidiar con todo lo que ello suponía.

—Pero hace un año o así que Wade regresó. ¿Por qué no volviste entonces?

—Quería asegurarme de que no devolvería a mi hermano al internado tan pronto como yo

apareciera o pusiera un pie aquí. Debía conseguir poner a mi hermano bajo mi custodia, fue otra de mis exigencias una vez que Wade estuvo de vuelta; hace unos meses su abogado me envió los papeles de que esto estaba hecho. Es más, cuando cumplí los veintiuno me devolvió el control de las cuentas de mis padres y de la fortuna que había logrado mi padre con su trabajo, estaban intactas, no realizó ni un solo movimiento y parece ser que dejó que los negocios e inversiones siguieran su curso, pero no quise nada de todo aquello, al día de hoy no he tocado un céntimo. Al saber que Wade ya estaba a salvo y lejos de sus garras, simplemente no era el momento de regresar, no tenía fuerzas para ello —reconoció—. Lo siento, te estoy agobiando con mis cosas y tú solo querías salir y evadirte un rato —se disculpó.

Por primera vez compartía con alguien todo aquello, la comodidad que sentía junto al sheriff era algo desconocido para Lili hasta el momento.

—No tienes nada que sentir. Me sorprende que pasaras por todo eso sola. Si le hubieras explicado algo de todo esto a Jennifer lo habría sabido y...

—¿Y qué? —repuso con deliberada sorna—. No habría cambiado nada. De hecho, no me ha ido mal. Invertí parte del dinero que gané en mi primer trabajo a través del corredor de bolsa de mi padre. Entre eso y mis otras inversiones que fui haciendo con el paso del tiempo en distintos negocios, hace bastante que poseo mi propia pequeña fortuna. Nada en comparación con la de mis padres o la de los Halstrom, pero suficiente para dedicarme en exclusiva a manejarla. Así que al fin y al cabo, en cierto modo, debo estar agradecida —reflexionó.

—Eres impresionante —aseguró él mirándola de un modo que no supo interpretar—. De verdad.

—No creas, solo me gustaba escuchar a mi padre cuando hablaba de trabajo y de sus negocios —sonrió melancólica.

—Era un hombre muy inteligente —concedió el sheriff.

—Sí. Cuando mi madre dejó atrás su apellido por su relación, él se propuso darle todo a cuanto renunció por estar juntos. Se amaban de verdad.

Recordar a sus padres hizo que su aflicción aflorara de nuevo, tragó el nudo que empezaba a formarse en su garganta y apoyó su rostro en sus brazos doblados encima de sus rodillas.

El sheriff carraspeó.

—Bueno, esto no es como todos esos lugares en los que habrás estado alrededor del mundo —cambió de tema.

Lili supo que trataba de hacerle dejar a un lado la tristeza que se enroscó en su pecho y lo agradeció mentalmente.

—A decir verdad, todos los lugares se parecen de noche. —Levantó la cabeza y la apoyó sobre su mano, en esa postura, volvió el rostro hacia él—. Allí donde estuviera me gustaba salir al balcón, mirar por la ventana o sentarme en la puerta a tomar el aire y escuchar los sonidos de cada pueblo o ciudad.

Se dio cuenta de que estaban hablando de igual a igual, de un modo tan sincero como profundo

que ni siquiera con su mejor amiga podía hacer. Siempre había tratado de proteger a Jen, incluso cuando ella misma lo estaba pasando mal.

—¿De verdad?

—Sí, cuando cae la noche uno puede entender lo que de verdad importa —compartió su reflexión.

—¿Y qué es?

—Estar con los tuyos, protegerlos. Aunque no puedas estar con ellos —habló con solemnidad—. Eso es lo que pienso yo, al menos —añadió.

—Pienso lo mismo.

Se miraron el uno al otro y permanecieron en aquella posición largo rato. En la oscuridad de la noche apenas se apreciaban los detalles de su rostro, aun así, se distinguía claramente el óvalo de su rostro, la silueta de su cabello a contraluz, más que suficiente para confortarla y, al mismo tiempo, hacer crecer aquello que su pecho le gritaba que sentía hacia ese hombre.

La escuchó como ninguna otra persona, de hecho nunca explicó sus problemas ni a Jen, no quiso compartírselos con nadie más; hasta esa noche. De algún modo su presencia y la oscuridad la arroparon como un manto de seguridad que le permitió decir en voz alta aquello que rondaba su cabeza.

Lo que Lili acababa de confiarle, la verdadera historia de lo sucedido, era mucho más de lo que él había imaginado en un principio. La muerte de sus padres no solo dejó sumidos en la más profunda de las tristezas a los hermanos Rogers, también obligó a aquella impresionante mujer a pelear, a luchar por lo suyo y a vivir la más amarga derrota a manos de una completa desconocida con la que tenía la desgracia de compartir lazos sanguíneos. Cuán diferentes hubieran sido las circunstancias de no haber tenido ningún otro familiar, pensaba.

Aunque el que ella misma dijera que en el fondo debería agradecer lo sucedido le demostraba cuán madura era la persona sentada a su lado en el porche. Su respeto y admiración hacia ella aumentaron todavía más.

Estaban uno junto al otro, muy cerca, mirándose en la penumbra y al resguardo de la noche. El cabello caía por su espalda atrapando algún que otro destello de la luz que llegaba hasta ellos a través de las ventanas, apoyaba su rostro en su mano cerrada, ligeramente inclinada hacia él.

Lo ocurrido antes en el baño regresó a su cabeza, tal vez porque volvió a sentir el mismo impulso y ganas de besarla o tal vez porque aquel sería un buen momento para hablar acerca de ello. Alejó esa segunda opción de sus pensamientos. No quería hablar. Quería proteger a esa mujer, quería que le contara más acerca de ella, escuchar el sinfín de historias que habría recopilado en sus viajes, tocarla, acariciarla y sí, atesorar esa sonrisa que a pesar de todo no había perdido ni un poco de luz.

Alzó el brazo y se vio a sí mismo apartando un mechón imaginario de su sien, colocándolo junto al resto de su cabello. Ella no se movió, tampoco se sorprendió con su gesto, ni con la

caricia que resiguió su espalda hasta el fin de su melena, al contrario, se inclinó ligera, casi imperceptiblemente, hacia él.

Sin querer detener el impulso ni perder el valor para llevarlo a cabo, también se inclinó hacia ella, acarició su mejilla con los nudillos y hundió la mano en su cabello sosteniendo así su cabeza con delicadeza.

Realizó aquel avance despacio, absorbiendo el momento, permitiendo que aquello terminara antes de comenzar si así lo deseara Lili, asombrado a la par que contento por no haber sido detenido ni apartado, sus labios encontraron los de la joven. Depositó en ellos un beso tan leve como un roce. Una cata que inundó sus sentidos de sensaciones ya olvidadas y, sin embargo, conocidas.

Como si alcanzar ese punto le hubiera supuesto un esfuerzo físico enorme, le costaba mantener la regularidad en su respiración, aún se encontraban tan cerca que su nariz rozaba la de ella. Sencillamente no podía creer que estuviera haciendo aquello cuando sintió la calidez de los labios de Lili sobre los suyos de nuevo.

Luke la besó de vuelta, en esta ocasión fue un beso de tentativa, pretendía confirmar lo que aquella boca con un ínfimo roce despertaba en él.

Los besos se sucedieron, la intensidad se incrementó y cuando aquella sensación no fue suficiente para saciar la sed que aumentaba y crecía en su interior, tuvo que probarla, saber a qué sabía. Lamió la comisura de su labio superior y recibió, pasmado, la caricia húmeda de su lengua. Cerró el espacio que los distanciaba, otorgando a sus respectivas lenguas la privacidad de la cueva que entre ambos creaban para conocerse, para saborearse.

Sintió la mano de la mujer acariciar su barbilla, él sujetó con más fuerza la mano que tenía enterrada en su cabello, quería sentir aquellas hebras sedosas entre los dedos.

No hubo lugar para las palabras, continuó descubriendo nuevas sensaciones en la boca que nunca imaginó poder echar de menos, en los brazos que jamás pensó que lo rodearían así, en las manos que nunca se le pudo ocurrir que lo tocaran con tanta urgencia.

El descubrimiento de tan inesperadas emociones lo dejó sin fuerzas para resistirse, para terminar aquello que no debió comenzar. Explorar la sinuosidad de su boca, dejarse llevar por la locura era, con diferencia, lo más egoísta que había hecho en su vida, y una vez que había comprobado lo mucho que aquello le gustaba no estaba dispuesto a renunciar a ello con facilidad.

Los sonidos de la noche, la tranquilidad y la calma que los rodeaban, contrastaba con el galope frenético de su corazón, con la quemazón de sus manos por explorar otros territorios de su anatomía, aunque aquello sí que lo evitó. Se forzó a mantener sus manos quietas en el lugar en el que se encontraban. Ya era suficiente con haber lanzado por los aires su sentido común al hacer aquello, no quería más actos por los que torturarse cuando terminara del mismo modo en que había comenzado.

No sabía como Lili podría reaccionar, ¿le daría un bofetón? Sin duda se lo había ganado a

pulso y lo merecía. Merecía que lo golpearan por haber tocado a la muchacha que apretaba su boca contra la suya entrelazando sus lenguas con idéntica intensidad.

—¿Habéis visto a mi hermana? Deberíamos irnos a casa ya.

Las voces del interior de la casa llegaron hasta ellos, devolviéndolo a la realidad del censurable acto que estaba cometiendo. Apoyando una frente contra la otra, con las respiraciones todavía aceleradas, detuvieron el beso que habían compartido.

—Es Wade. Tiene razón, tenemos que irnos, es tarde.

—Sí.

Fue todo lo que atinó a decir, no podía negar la invariable verdad que encerraban sus palabras. La joven no lo aparentaba, pero puede que estuviera tan conmocionada como lo estaba él. Por mucho que no quisiera, por mucho que le gustaría continuar allí, en aquella penumbra con ella, no podía ser porque la realidad se imponía.

Ella fue la primera en ponerse en pie, sacudió su ropa como en un acto reflejo, repitió sus movimientos y se levantó a su lado; al mirar hacia abajo, a su rostro, atisbó sus labios ligeramente hinchados, lo que inflamó algo en él de nuevo.

Llevó su pulgar al lugar afectado tomando su mentón en su mano. Resiguió la delgada línea que separaba su labio inferior de la barbilla, ella lo miró de vuelta y sin darse cuenta depositó un último beso sobre su piel todavía cálida por su reciente contacto.

—Estoy fuera, Wade —advirtió la joven en voz alta sin romper el encuentro de miradas.

Se alejaron algo más de un paso el uno del otro, Lili se aproximó a la puerta y él se recostó en la barandilla junto a los escalones de entrada.

La puerta principal se abrió.

—Oh, ahí estabas. —Jennifer se asomó encendiendo la luz del porche.

—Sí, estaba tomando un poco de aire fresco. ¿Listo, hermanito? Se inclinó para hablar con el chico que se encontraba detrás de su amiga.

—Sí.

—Cuando quieras, entonces. —Alzó un brazo para recoger bajo él a su hermano menor colocándolo encima de sus hombros, el chico acudió como si fuera un acto mil veces repetido, tan habitual como respirar—. Lo siento se ha hecho tarde. Tendré que acostumbrarme a tus horarios.

—Puedo llevaros. —Se ofreció Sean.

—Aún tenemos cosas de la boda que discutir —comentó su hija mayor.

—Es tarde para que vayáis caminando a casa —intervino él en un acto reflejo—. Subid al coche, os llevaré. Jenny, asegúrate de que Rina se lave los dientes antes de meterse en la cama.

—¡Papá! Ya no soy una niña. —Todos escucharon la queja de la pequeña desde el interior.

—Dalo por hecho —susurró su hija mayor para evitar que su hermana la escuchara.

Recogió las llaves de la *pickup* del recibidor y cerró la puerta dejando a su hija al mando junto a su prometido.

Al bajar los escalones comprobó que ambos hermanos aguardaban juntos allí.

—No es necesario que nos lleves, podemos ir andando. No está tan lejos.

—Es de noche, no voy a dejar que deambuléis por ahí solos.

—Wade sube al coche —ordenó la joven a su hermano, el chico obedeció de inmediato—. Por lo menos deja que yo conduzca.

—¿Por qué? —La miró extrañado.

—¿Qué hay de tu conmoción?

—Ligera conmoción —corrigió—. Estoy bien. Sube al coche, te lo demostraré.

Sin más discusión ni razonamiento posible, Lili subió al asiento del copiloto y abrochó su cinturón no sin antes preguntar a su hermano si también lo había hecho. Realizaron el corto trayecto en coche en silencio. No se cruzaron con ningún otro vehículo, cosa habitual a aquellas horas de la noche.

Llegó a la entrada de la casa de los Rogers y enfiló el camino hasta la puerta principal donde se detuvo.

—Gracias sheriff. —Wade fue el primero en hablar. Bajó del coche y entró en la casa, Lili abrió la puerta y se apeó también, él hizo lo propio y rodeó el capó.

—Es tarde, deberías entrar —comentó sin querer hacer hincapié en nada más.

—Sí. Gracias por traernos. Ten cuidado en la vuelta y...

—¿Qué? —Ninguno parecía muy dispuesto a marcharse.

—No le he dicho nada a Jen, pero... Alguien debería controlarte y despertarte como ha dicho el doctor.

—Eso es sencillo, llámame —propuso—. Utiliza mi número de móvil, no el de mi casa. Por cierto, ¿lo tienes?

Lili negó con la cabeza. Él abrió la puerta del copiloto, buscó papel y bolígrafo en la guantera, siempre tenía una libreta de repuesto allí y algún bolígrafo.

Anotó su número personal y arrancó la hoja para ofrecérsela. Ella cogió el papel de entre sus dedos y sin mirar el contenido, lo dobló antes de guardarlo en el bolsillo de su cazadora.

—Entonces, buenas noches —Lili saludó con la mano al tiempo que empezaba a subir los cuatro escalones de la entrada de su casa.

—Buenas noches. —Se despidió a su vez.

Subió al coche y abrochó su cinturón, permaneció unos segundos allí hasta que la luz de la planta baja se apagó.

Hizo el camino de vuelta a su propiedad con la imagen de Lili dándole las buenas noches incrustada en su cerebro. Aparcó en el camino de entrada de su casa, en el mismo lugar que antes y al mirar hacia su entrada y ver el escalón donde hacía menos de media hora había besado a la muchacha, todo se recreó de nuevo en su mente.

La conversación previa, la caricia, el tacto de su pelo y el de sus labios contra los suyos. En un acto reflejo mordió su labio, como si su cerebro estuviera tratando de recordar las mismas

sensaciones vividas. Recordó también cómo había finalizado y el momento en que la llevó a su hogar. No habían hablado de lo que había sucedido, era más, Lili había actuado como si nada hubiera pasado, aunque lo cierto era que lo había hecho y ahora debía encontrar el modo de afrontarlo.

Entró en casa, dio las buenas noches a su hija y a su prometido, todavía enzarzados en el salón hablando de los detalles de su boda, bastante próxima en el horizonte, subió las escaleras hacia el segundo piso y se encerró en su habitación.

Se sentó a los pies de la cama sin dejar de sentir el peso de la mano de la mujer en su rostro ni el dulce y especiado sabor, debido a la cena, del interior de su boca.

Tenía exactamente el mismo dilema que lo había empezado a consumir anteriormente con el añadido de que, ahora que conocía el sabor y el tacto que lo esperaban con solo atreverse a tomar lo que deseaba, no era capaz de renunciar a ellos. Quería más, necesitaba más.

¿Qué se suponía que debía hacer un hombre en su situación?

¿Y si Lili pensaba que era un viejo verde?

Antes no habría pensado en cosas como aquella y lo cierto era que él no era tan mayor, pero al tratarse de quién se trataba, de una mujer que bien podría ser hija suya, una mujer a la que había visto crecer, no podía evitar sentirse como un auténtico asaltacunas.

Y en cierto modo, todo aquello daba igual. La atracción que sentía hacia ella provocaba que olvidara todo sentido común, todo argumento racional y lo que prevalecía eran las sensaciones que despertaba su presencia, su mero pensamiento. Esas que llevaban tanto tiempo adormecidas.

No era tan engreído como para pensar en sí mismo como en un santo. No lo era. Era un hombre que había cometido errores y que cometería otros tantos en el futuro. Si bien no tuvo ninguna relación seria desde la marcha de Sabine, su exmujer, ello no implicaba que hubiera dejado de tenerlas en absoluto. Salió en alguna que otra cita, algunas habían terminado en sexo, otras no, aunque no sintió el impulso de tener nada más. En aquellas ocasiones se trataba de dos adultos que necesitaban compañía y, sí, un desahogo.

En esta ocasión era distinto, con Lili todo lo era. No sabía si podrían llegar a tener algún otro tipo de relación, siendo sincero con su conciencia, no deberían, ni siquiera debería querer que algo como eso ocurriera.

Y sin embargo, allí estaba, pensando en el modo de poder compaginar su vida, su trabajo, con una relación; y no una cualquiera, una que le supondría afrontar un buen número de oposiciones, impedimentos y reprobaciones.

¡Por lo más sagrado! Debería arrestarse a sí mismo por haberla besado. Tampoco podía negar el hecho de que quería volverlo a hacer.

A sabiendas de todo lo que le gritaba el sentido común, cogió su teléfono móvil, se tumbó hacia atrás en la cama y marcó el teléfono de casa de los Rogers.

En mitad del segundo tono, alguien descolgó.

—¿Diga?

Era un susurro femenino, una voz que estaba llegando a conocer muy bien, una voz que comenzaba a anhelar cada vez más.

—¿Lili?

—¿Sheriff Buckard? —Parecía genuinamente sorprendida.

—Sólo quería que supieras que he llegado a casa sin contratiempos.

¿A quién pretendía engañar? Solo había necesitado escuchar su voz. Después de un breve silencio en el que pudo escuchar una puerta cerrándose ella habló de nuevo.

—¿Qué hubieras hecho si fueran Wade o los señores Newman quienes respondieran al teléfono? —Quiso saber su interlocutora.

—Habría preguntado por ti, por supuesto —respondió con una sonrisa en la cara, era algo que no podía evitar. Escuchar su voz le hacía sentir bien.

—Por supuesto —repitió ella con un suspiro.

—De todas formas no han contestado ellos ¿verdad? —Frotó su estómago con la mano libre, ese lugar en el que nacían los escalofríos que le producía el solo pensar acerca de la chica al otro lado de la línea.

—No, no lo han hecho. Deberías descansar —instó.

—Es cierto, mañana tengo que ir temprano a la comisaría a dejar todo listo.

—¿Acaso escuchaste algo de lo que dijo el doctor? —Lo regañó.

—Todo. Sin embargo hay papeleo que es inevitable, hay que hacerlo y más si voy a tomarme un par de días.

—Ah, ¿y no puedes hacerlo en casa? No sé, llama a alguien que te lleve los documentos que te hagan falta...

—No funciona así, Lili —respondió complacido por su preocupación. Al percibir el silencio repentino dudó de que la llamada no se hubiera cortado—. ¿Sigues ahí?

—Sí, estoy aquí. ¿Tardarás mucho en dejar terminadas esas gestiones?

—¿Por qué? —Quería volver a escuchar esa dulce preocupación por él en su voz—. ¿Quieres acompañarme? Deberías —dijo sin esperar una respuesta por su parte—. Así podrías asegurarte de que no me maree ni nada por el estilo. Ya sabes que el médico dijo que alguien debía vigilarme...

—Estás jugando sucio —amonestó, aunque sin demasiado ímpetu.

—No es cierto.

—Sí, lo es. Descansa, sheriff. Te llamaré dentro de cuatro horas, ten el teléfono a mano.

—Está bien. Hasta luego, Lili.

Cuando la llamada finalizó tuvo que ahogar una risa que nació jubilosa en su garganta pues a aquellas horas no quería despertar a Rina.

Habían conversado como si nada, con naturalidad. Tal vez estaba equivocado y ese era el modo de afrontar lo sucedido y sus recién descubiertos sentimientos.

—Ah —suspiró—, Lili Rogers. Vas a volverme loco —murmuró todavía sonriente y, con la

facilidad adquirida con el pasar de los años, se durmió.

CAPÍTULO 6

Ah, la voz del sheriff Buckard era tan sexy por teléfono como en persona, tal vez incluso más, ya que por teléfono parecía que cada palabra que pronunciaba le acariciaba el oído de una forma de lo más personal e íntima.

Habían colgado y ella aún continuaba con el teléfono inalámbrico en la mano, sujetándolo con fuerza contra el pecho, tenía la necesidad de abrazar algo, de sentirse abrazada.

Cuando la besó no trató de evitarlo, o de alejarse, quería saber cómo era ser besada por aquel hombre, quiso sentir sus labios y cuando su lengua perfilaba sus labios, salió a su encuentro sin reservas. De todos los besos que alguna vez le habían dado, aquel fue el único que dejó su mente completamente vacía de pensamientos, quedó vacía de cualquier otra cosa que no fueran las sensaciones que el contacto le producía.

Besar a aquel hombre tal vez fuera la mayor locura que había cometido en su vida y en sus veintidós años ya suponía unas cuantas, sin embargo, no sentía arrepentimiento alguno por haberlo hecho.

Sería imposible sentir algo como aquello entre el maremoto de emociones que su solo contacto le produjo. Curiosidad, perplejidad, incredulidad, alegría, una enorme sed que más tenía que ver con las necesidades más primarias del ser humano que con las fisiológicas, todo aquello y mucho más era lo que su cercanía y sus besos le produjeron. Al contrario de lo que en un principio pensó, no sintió vergüenza, ni antes, ni durante, ni después de que se besaran.

Ni siquiera las cartas que encontró de su abuela al llegar a casa, ni los tres nuevos correos de su abogado y de su ayudante, consiguieron mermar un ápice su humor aquella noche.

Nada podía apartar de su mente cada detalle del beso con el sheriff, el camino a casa en su coche y la torpe despedida que había protagonizado. La forma en la que habló con ella después, tan tranquilo y seguro como siempre, le dio la suficiente templanza como para seguir su ejemplo y, en lugar de enterrar la cabeza y morir de la vergüenza como creía que haría, mostrarse tal cual era, sin dejarse amedrentar ni abrumar por lo que sentía o por lo que creía que debería sentir, en lugar de aquello que bailaba en su estómago y en su pecho desde su reencuentro la otra noche.

No podía creer, pensando en lo sucedido en el porche de los Buckard, que le hubiera contado toda la historia previa a su marcha del pueblo. Nunca había podido hablar tan franca y honestamente con nadie, ni con Jen. Lejos de saberse juzgada, fue escuchada con paciencia. Una idea cruzó su cabeza al pensar en aquello.

«¿Y si el sheriff la había besado por compasión? ¿Qué tal si él ya tenía una relación, pero al tratar de consolarla, la besó? Esas cosas pasaban».

«¿Era él un tipo que haría tal cosa?».

Lo dudaba. Pero hacía demasiado tiempo que no había estado con un hombre, desde Río de Janeiro, hacía ya casi dos años de aquello, pensó horrorizada al darse cuenta de la cantidad de tiempo transcurrido. Mientras vivió en Río, conoció a un artista francés, él viajaba en busca de inspiración. Tristan había sido un amante maravilloso, un poco retraído tal vez. Ambos decidieron tener sexo sin ataduras a sabiendas de que él pasaría solo un mes en el país, y en el momento de conocerse ya llevaba casi dos semanas allí. Durante semana y media, su estancia en Río se hizo más llevadera, aunque al terminar el plazo él le pidió que lo acompañara, que lo siguiera, pero Lili no había querido más desde el comienzo. De hecho si había entablado aquella relación fue teniendo en mente la certeza de que había una fecha límite en la que debían ponerle punto final, de modo que ninguno se implicara demasiado sentimentalmente.

Desde entonces, no había vuelto a estar con nadie, tampoco había sentido necesidad de hacerlo. Hasta que había vuelto y abrazó a Luke Buckard.

¿Por qué tenía que ser él? ¿Por qué no otro?

Su amiga fliparía si le dijera lo que su padre le hacía sentir con solo una mirada; principalmente porque ella nunca había mostrado deseos ni ningún tipo de interés hacia hombres más de unos pocos años mayores que ella.

Si lo pensaba racionalmente, ¿cuántos años se llevaban en realidad? Ni siquiera lo sabía a ciencia cierta, sabía que los Buckard tuvieron a Jen siendo aun muy jóvenes y el sheriff no tenía nada que envidiar a ningún chico más joven que él o de la edad de ella. ¡Ah! Pero continuaba siendo el padre de su mejor amiga. Y el respetado sheriff del pueblo.

¿Qué pasaba si empezaban a salir?

No quería perder a su mejor amiga, ni ser la piedra en el zapato de Luke.

¿Qué podría hacer? ¿Qué debería hacer?

¿Sería más simple y más sencillo para todos que se alejara de él, que lo evitara? ¿Por cuánto tiempo se podía evitar a alguien en un pequeño pueblo como el suyo?

Cambió su ropa de calle por el pijama mientras una duda tras otra inundaban su mente y se acostó después de programar el despertador.

—Deja de preocuparte, Lili. —Se impuso—. El sheriff no quiere iniciar ninguna relación de todos modos. Solo ha sido un beso de consuelo. Un estúpido beso de consolación.

Centrándose en aquellas palabras, usándolas como mantra, se quedó dormida, aunque el sueño que tuvo no ayudó demasiado a su causa, ya que besar una y otra vez al hombre que había poblado sus pensamientos antes de caer rendida ante Morfeo no era el mejor modo de olvidar lo que había sucedido en aquel acogedor y oscuro porche.

A la hora señalada, se despertó con el sonido de la alarma y sin levantarse de la cama, solo poniéndose de medio lado, marcó el número que le había dado al despedirse y que anotó en un

trozo de papel. Lili ya lo había introducido en la memoria de su teléfono móvil y en la agenda del teléfono inalámbrico de su casa.

Al primer tono le entró el pánico y la duda. ¿Qué iba a decirle?

Al tercer tono, descolgó.

—Sheriff Buckard al habla —arrastró las palabras a causa del sueño.

—¿Sheriff? Soy Lili. Rogers —añadió con la secreta intención de que no la confundiera con nadie más. Inmediatamente se arrepintió de haberlo hecho. Parecía una adolescente la primera vez que hablaba por teléfono con el chico que le gustaba, aunque no era la primera vez que cruzaba palabras con él, ni por teléfono ni en persona.

—Llámame Luke, ¿quieres? —Suspiró pareciendo cansado—. ¿Ya han pasado cuatro horas?

Le escuchó moverse, probablemente estaría buscando la hora en algún reloj, seguramente en su despertador.

—Sí. ¿Cómo te sientes? —Mordió el interior de su labio, estaba agitada y nerviosa.

—Dormido.

—Quiero decir tu cabeza. —Puso los ojos en blanco—. ¿Cómo está tu cabeza?

—Aún no lo tengo claro.

—¿No?

—No. ¿Qué clase de tipo besa a la amiga de su hija y lejos de sentirse mal por ello quiere volver a hacerlo? —Aquella confesión, hecha así a bocajarro, la tomó con la guardia bajada, algo en su interior se reblandeció—. Soy lo peor —prosiguió. Casi podía verlo echando un brazo sobre sus ojos para cubrirse.

—No eres lo peor —replicó—. ¿Qué clase de chica besa al padre de su amiga y no se arrepiente de haberlo hecho? Yo soy lo peor —afirmó.

—Tú no puedes ser lo peor —respondió él con tono muy serio.

—De acuerdo, será mejor que dejemos de decir eso —propuso—. Estamos entrando en un bucle infinito —rió.

—¿Vas a venir a vigilarme mañana? Antes no has respondido.

—Creo que no deberíamos volver a vernos. Sería lo más sensato —respondió dejándose llevar por la lógica, pensando en el bienestar no solo de ellos si no de todos los que los rodeaban.

—¿Eso es lo que quieres? —El dolor en su voz se traspasó hasta su oído y de allí al centro de su ser a través de la línea, haciendo que su corazón se encogiera un poco, como si un puño invisible lo estrujara.

—No he dicho eso —aclaró.

—Entonces ven mañana. Tenemos que hablar de lo que ha pasado —añadió él como si fuera preciso ofrecerle más argumentos para que aceptara.

Después de darle vueltas durante unos segundos, se dijo que debía hacer al menos aquello, hablar como dos personas adultas y responsables que eran acerca de la locura que habían cometido.

—Descansa, te llamaré por la mañana. —Con esas palabras colgó la llamada consciente de dejar su pregunta por responder. Otra vez.

Lili había vuelto a hacerlo. Colgó sin darle una respuesta.

—Ah, qué frustrante eres, mujer —habló en voz alta. Solo.

Su voz medio dormida aún resonaba en sus oídos, la idea de no verla más resultaba de lo más aterradora para él en aquel momento. Necesitaba verla, tocarla, besarla de nuevo. Cuando había mencionado que lo más sensato sería no verse, una alarma se agitó en su interior, todo su cuerpo se negó a la idea y quiso gritar.

Le dolía la cabeza y, haciendo caso del buen doctor, se tomó un calmante para ello antes de poder volver a dormirse.

La alarma sonó despertándolo de golpe. Se sentó en la cama y se frotó el sueño de los ojos y del resto de la cara con las manos, era su forma de despejarse.

Como hacía cada mañana, se dio una ducha, luego cambió el parche de su frente por otro seco después de hacer las curas necesarias y se vistió de calle, con unos tejanos viejos y una camisa de color mostaza. Antes de que saliera de su habitación, el teléfono que había dejado en su mesita de noche sonó.

Al mirar la pantalla sonrió, respiró hondo para controlar aquel estado de felicidad en el que se sumía con la mera expectativa de hablar con ella y respondió.

—Buenos días —saludó.

—Eh... Buenos días —respondió su interlocutora algo confusa—. ¿Ya estás despierto?

—Así, es. Gajes del oficio, supongo.

—¿Y tu cabeza?

—Algo pesada, pero en general parece que bien.

—Eso está... bien. Supongo.

—De acuerdo. Salgo ahora. Así que tienes diez minutos para estar lista.

—¿Qué?

—Nos vemos ahora, Lili.

Y sin más, colgó. Imaginaba la cara que habría puesto con su advertencia. Eso era lo que ocurría cuando uno trataba de evitar responder al sheriff Buckard.

Bajó a la cocina donde encontró una cafetera recién hecha y a sus hijas desayunando en la mesa.

—Papá, no llevas tu uniforme —observó Rina.

—Muy aguda, hija, sigue así y tal vez en unos años llegues a detective.

—No seas sarcástico con ella. ¿Por qué no llevas tu uniforme? ¿Es que no vas a ir a trabajar?

—Tengo que tomarme un par de días de reposo —señaló la zona tapada de su frente—. Órdenes del doctor. Y antes de que digas nada, es solo por precaución. Nada más.

Llevó la taza que usaba todos los días hasta sus labios y bebió a sorbos su contenido.

—Está bien, de acuerdo. Pero si es algo tan grave como para apartarte del trabajo, tal vez debería quedarme para ver que estés bien.

—No es tan grave. Es solo el procedimiento. —Continuó bebiendo—. Iré a la comisaría a arreglar el papeleo y luego solo haré reposo. Lo prometo.

—Pero...

—No hay peros. Todo sigue igual, así que cuando terminéis, lleva a tu hermana al colegio y vete derecho al trabajo.

Terminó el contenido de su taza y la dejó en la encimera con un poco de agua antes de abandonar la cocina.

Cogió su cazadora, las llaves del coche y salió mientras silbaba.

Al llegar a casa de los Rogers, por un momento se dio cuenta de que continuaba pensando en aquella casa como la propiedad de Shawn y Leila, aunque ya no era así en absoluto, ahora era propiedad de Lili. Aparcó delante de la puerta principal, como la noche anterior, y bajó para tocar el timbre.

Antes de que llegara al último escalón, la puerta se abrió y se encontró a Wade seguido de su hermana.

—Sheriff. —El adolescente lo saludó, aunque no pudo esconder su sorpresa.

—Wade, Lili, buenos días.

—Buenos días —saludaron casi al tiempo ambos hermanos.

—¿Vamos?

Mirando hacia la mujer señaló su coche con el pulgar al lanzar la pregunta.

—Iba a acompañar a mi hermano al instituto. Además su tutor quiere verme más tarde...

—No hay problema, os llevaré.

—Pero...

—¡Mola! —La protesta de Lili quedó silenciada por su hermano—. Gracias, sheriff.

—Llámame Luke, chaval. Ahora no estoy trabajando —explicó.

El chico saltó al asiento trasero de la ranchera y su hermana, visiblemente decaída, pasó a su lado.

—Juegas sucio.

—¿Quién está jugando? —preguntó en tono inocente.

«Y si lo estuviera haciendo, ganaría de calle», sonrió para sí con aquel pensamiento. Cuando la mirada de la joven lo fulminó, le guiño un ojo por toda respuesta. Volvió tras el volante, abrochó su cinturón y puso rumbo al instituto.

—¿Cómo es que ha venido a buscar a mi hermana, sheriff? Quiero decir, Luke —añadió el chico al mirarlo a través del retrovisor.

—Porque ayer le prometió al doctor que me atendió en urgencias que me echaría un ojo mientras me tomaba un par de días de reposo.

Señaló el lugar golpeado de su cabeza.

—¡Hala! ¿En serio alguien debe vigilarlo?

—Es solo por si acaso.

—Tampoco creo que sea realmente necesario —interrumpió Lili.

—Ah, pero eso fue lo que dijo el doctor. —Sonrió al responderle. Sabía que había ganado y que se había salido con la suya.

Tal vez estaba actuando de un modo un tanto infantil, pero no estaba dispuesto a darse por vencido.

—¿Y a qué hora tienes esa reunión con el profesor?

—Hacia las diez y media.

—Genial, entonces tenemos tiempo de pasar por la comisaría. Tranquila, llegarás a tiempo.

La mujer parecía hundirse cada vez más en el asiento del acompañante. Llegaron al instituto y se despidieron del adolescente antes de ir camino al centro, donde se encontraba la comisaría.

Paró en la esquina de su cafetería predilecta y bajó un momento seguido de las preguntas de Lili.

—¿Pero qué haces? ¿A dónde vas ahora?

Levantó un dedo en su dirección, como respuesta era un gesto universal que todo el mundo podía entender sin necesidad de utilizar palabras. Consiguió dos cafés grandes y dos trozos de tarta, uno de arándanos y otra de crema con nueces que le sirvieron en una bolsa para llevar.

Abrió la puerta del acompañante y le dio los cafés a la mujer que lo miraba pasmada; con cuidado, dejó la bolsa en sus rodillas. Estaban demasiado cerca y ella no apartaba los ojos de él. Luke se retiró, cerró la puerta y volvió a su asiento.

—¿Qué? —preguntó al ver de reojo el desconcierto reflejado en su cara—¿Pensabas que iba a besarte?

Ella emitió un gruñido en lugar de una respuesta coherente. Fue tan adorable que le arrancó una carcajada.

Llegaron a la parte de atrás de la comisaría, donde aparcaban los coches particulares, dio la vuelta de nuevo al capó, abrió la puerta del acompañante a sabiendas de que a Lili le resultaría imposible moverse si no quería derramar nada y alargó los brazos para coger los vasos de cartón que sujetaba, al mismo tiempo que introducía la cabeza en el interior de la cabina y rozaba sus labios con los de ella.

Tenía pensado robarle un breve y casto beso, pero se transformó en algo más profundo casi al instante. Antes de que perdiera el control de la situación, alzó la cabeza, se echó hacia atrás unos centímetros y colocó los vasos sobre el techo metálico. Ella sostuvo la bolsa y salió del coche en un salto.

—Habías dicho que no ibas a besarme.

—No, te pregunté si pensabas que iba a hacerlo.

Acarició el lugar de su mejilla donde aparecía aquel hoyuelo cada vez que sonreía y volvió a besarla, dejándose llevar por el hormigueo que le informaba de lo mucho que deseaba hacerlo.

—Buenos días —pronunció entre dientes.

—Buenos días —respondió ella—. Tienes que dejar de hacer esto.

—Hablabamos más tarde de ello. Ahora tengo otras cosas que tratar.

Cerró con llave y le dio una taza de café a cambio de la bolsa que ella portaba.

Cruzaron la puerta de la comisaría por tercera vez en veinticuatro horas, los agentes que ya habían finalizado su turno estaban allí junto a los que comenzaban en aquel momento.

—Raisha, Lucy, Fred, Megan, buenos días.

—Buenos días, sheriff —se escuchó un coro de respuestas.

—¿Y esa apariencia, sheriff? —Lucy dedicó una mirada perspicaz a su atuendo y posteriormente a Lili.

—Sí, anoche el sujeto que tenemos invitado en nuestras celdas se las arregló para golpearme contra una pared, así que por orden del médico debo guardar reposo un par de días. Megan, te quedas al mando. Ahora relleno el papeleo. Raisha, dejaré el informe hecho antes de irme. ¿De acuerdo?

Comentó a la agente que estaba a punto de marcharse después de hacer el relevo a los agentes del turno de día.

—Sí, jefe.

—¿Es algo por lo que debemos preocuparnos? —preguntó Lucy de nuevo.

—No, solo es una medida de precaución. Además Lili Rogers, amiga de la familia y presente durante el incidente, se ha ofrecido a vigilar que cumpla las indicaciones médicas.

Ninguno de sus agentes hizo otra cosa que saludar de lejos a la recién llegada. No se le escaparon las miradas suspicaces de Lucy y de la agente Prim. Raisha no mostró cambio alguno al respecto.

—Bien, pasaré al despacho para acabar cuanto antes con ello, cualquier cosa, ya sabéis, a Megan. Lili, por aquí.

Hizo que lo siguiera a su oficina, dejó la bolsa con los pedazos de tarta en el sofá y la invitó a sentarse con un gesto cortés.

La agente Prim, quién sería la encargada de sustituirlo, los siguió y aguardó de pie junto a la puerta. Bebió un sorbo del todavía humeante café antes de entrar en materia.

—Quiero que me mantengas informado de lo que ocurra.

Encendió el ordenador y mientras esperaba a que arrancara tomó otro sorbo de café.

—Hecho.

—Los turnos ya están asignados y las horas que pueden hacerse, aceptadas. No se hacen horas extras a no ser que sea causa de fuerza mayor, pero para estar seguros consúltame antes.

—De acuerdo. Comprendido, jefe.

—Bien, tendré los documentos rellenos en un momento.

—¿Puedo preguntar algo, jefe? —La policía miró en dirección a la mujer que ocupaba un lugar en el asiento de su despacho de forma significativa.

—Claro —respondió directo.

—¿Desde cuándo sigues las indicaciones del médico por un golpe?

—Desde que el arrestado estaba intimidando, tratando de someter y golpear a una mujer en plena calle. Con casos como este hay que ir según el manual. Y si hay más cargos contra él que los que le pueda suponer la denuncia de la víctima, eso solo golpeará más duro su expediente.

—Cierto —repuso la agente—. Una postura muy inteligente, jefe.

—Además, un par de días de descanso obligatorio no pueden sentar mal a nadie, ¿no?

Cuando el ordenador estuvo prendido, comenzó a rellenar el formulario, Megan se acercó y se colocó a su espalda con la cabeza por encima de su hombro. Levantó la cabeza y vio que Lili continuaba en silencio en el sofá sin tocar la bolsa de papel que contenía las porciones de tarta que había comprado para ella y sin apenas haber tomado más de un sorbo o dos de su taza para llevar.

La joven miraba a cualquier parte de la vieja oficina excepto al lugar en donde se encontraba.

—¿No tienes hambre? Abre la bolsa, lo compré para ti.

Ella lo miró un momento, luego a la bolsa y le devolvió una mirada interrogativa, en algún momento dirigió su vista sobre su hombro, hacia su compañera y la desvió de nuevo hacia algún punto fuera de aquella oficina con gesto indiferente.

¿Había dicho algo malo? ¿Algo fuera de lugar? Cuando se disponía a preguntarle acerca de esto, la policía detrás de él distrajo su atención preguntando una nimiedad acerca del documento que estaba cumplimentando.

Al volver a mirar de reojo a Lili, vio que daba un buen bocado a la tarta de crema y nueces y sonrió.

Terminó y mandó imprimir el documento y las copias correspondientes, la agente lo recogió todo de la impresora y lo dejó en la mesa donde ambos lo firmaron y esa parte quedó lista. Ya solo faltaba realizar su informe del incidente con el detenido nocturno y podrían irse.

Su compañera salió del despacho no sin antes despedirse con una gélida mirada hacia la mujer que aguardaba en el sofá, que no pasó por alto.

¿Acaso habría ocurrido algo entre ellas que no supiera?

—¿Os conocíais de antes?

—¿Mhm? —Lili estaba más concentrada en las estanterías de la pared que se encontraba junto a su mesa que en cualquier otra cosa.

—Que si conocías a Megan de antes —repitió mientras comenzaba a teclear.

—No. Creo que no.

—Ah, es que he visto algo raro en la última mirada que te ha dado antes de irse —comentó—, y he pensado que igual era por algo.

—Es por algo, aunque no por lo que crees.

—¿Eh? —Ahora se encontraba completamente perdido.

—Megan, ¿tiene pareja?

—Actualmente, no, que yo sepa. Tampoco le he preguntado.

—¿Cuánto hace que trabajáis juntos?

—Bastante —Se negó a decir la cifra real de años.

—Ahí lo tienes.

—No te sigo.

—Hay dos opciones. Opción uno, está marcando el territorio con todo ese numerito de hacer ver que estáis haciendo el informe juntos y de colocarse justo encima de tu espalda, lo más cerca que el decoro y el espacio interpersonal hace posible o bien, opción dos, está pillada por ti. Probablemente sea un secreto que, por alguna razón, quiere mantener, imagino que por respeto a ti, y aún no te lo ha dicho.

—Solo es una compañera de trabajo.

—Has sido tú el que ha preguntado. No va conmigo eso de marcar territorio con las personas. Ni somos animales, ni las personas son propiedades.

La reciente conversación lo había descolocado por completo. Lili había deducido todo aquello tras unos breves minutos en presencia de su compañera. Tenía razón en que de algún modo Megan había actuado de forma extraña, pero de ahí a pensar que podría gustarle... No podría verla de otra forma que no fuera como una compañera de trabajo, y sin embargo la mujer que permanecía tranquilamente sentada en su sofá hablaba tan despreocupadamente acerca de ello.

—Terminado. —Acabó rápido y dejó el terminal apagado—. ¿Nos vamos?

—Bien.

—¿La otra tarta no te gusta? —preguntó al ver que la bolsa no estaba vacía.

—La estaba guardando para ti, tienes que desayunar algo también.

—De acuerdo, salgamos de aquí. —Cogió la bolsa y su café con una mano y con la otra abrió la puerta metálica para que saliera delante de él.

Se despidió de sus agentes y fueron en pos del coche. Dejó su vaso y el de Lili en el capó y le dio a ella la bolsa del almuerzo. Se encontraban frente a la puerta del copiloto, ella de espaldas a la ventanilla, él a un paso que se dispuso a acortar de inmediato.

—Me la comeré si me la das.

—¿Perdón?

—Ya me has oído. Si quieres que me la coma, tendrás que dármela tú. —Miró su reloj de pulsera—. Y yo de ti me daría prisa si quieres llegar a tu reunión.

—Está bien —claudicó.

Riendo incrédula abrió la bolsa y extrajo el contenido, sin miramientos colocó el pedazo de tarta frente a su cara. Luke sostuvo su mano y empezó a comerla despacio, con pequeños bocados. Irremediamente la mano de Lili se manchó y en cuanto terminó el último bocado sin dejar de mirarla directamente a los ojos, se dispuso a lamer cada mancha. No dejó ni rastro de tarta en su palma, pero la broma le salió cara y su libido se había encendido como una barbacoa en el campo un domingo. La sintió temblar a través del contacto con su mano y no se negó el

placer de besarla.

El sabor de los arándanos se mezcló con el de la crema, tan dulce que supuso una explosión para sus sentidos. La rodeó con los brazos y la acercó más a su cuerpo, quería minimizar el paso del aire entre ellos. Ella puso las manos en sus hombros, pero lejos de oponerse se abandonó a la caricia de sus bocas.

—Desayuno, listo —Alzó la cabeza, respiraba como un buzo recién salido del agua, tratando de mantener el paso tan firme como le fuera posible, se metió en el coche rezando para que su erección se hiciera imperceptible cuanto antes.

Bajó la ventanilla al notar que la mujer no trataba de moverse.

—¿Vas a quedarte ahí o vas a subir? No querrás llegar tarde... —advirtió.

Con una mirada hosca, subió al coche y abrochó su cinturón.

CAPÍTULO 7

Llegó al instituto diez minutos antes de su reunión con el tutor de su hermano, buscó la sala de profesores que le mencionó por teléfono, era consciente, demasiado, de la presencia del sheriff a su espalda.

Encontró la puerta indicada y llamó utilizando los nudillos; cuando escuchó voces del otro lado, asomó la cabeza. Tres pares de ojos la estaban mirando expectantes. Una mujer mayor y dos hombres sentados en distintos lugares de la sala, cada uno parecía ocupado en las tareas que ella interrumpió. En cierto modo se sintió decepcionada, ella había estudiado allí también, pero no conocía a aquellas personas. Tal vez, en secreto, esperaba encontrar a los profesores que tuvo, la gente que también la conocía o quizás había pensado que todo permanecería tal cual estaba cuando lo dejó y aquel era un sentimiento habitual de desarraigo.

—Buenos días. Disculpen busco al señor Lazare, Andrew Lazare.

—Soy yo —mencionó el más joven de los hombres. Tendría poco más de cuarenta años, su cabello era corto, negro y rizado, un tipo de rizo muy pequeño y marcado.

Vestía un traje verde oliva que complementaba con una corbata amarilla, una camisa blanca y unos zapatos de piel marrón oscuro.

—Ah, encantada. Hablamos el otro día por teléfono, soy Lili Rogers, la hermana de Wade.

El profesor recogió sus cosas y se despidió de sus compañeros con un ademán.

—Sí, sí. La estaba esperando, señorita Rogers. Sígame por favor, iremos a mi clase, está vacía ahora. —El profesor miró por encima de su hombro a Luke—. Oh, hola.

—Profesor, no sé si conoce al sheriff Buckard.

Los presentó.

—Francamente he oído hablar acerca de usted, pero no tenía el gusto.

Los dos hombres se dieron la mano.

—Es un gusto saludarlo, profesor —El policía respondió cortés.

—Ah, sí. Como le iba diciendo a la señorita Rogers, mantendremos la reunión en la clase.

—Él no está aquí por...

—Oh, yo no...

Luke y ella se pisaron la frase.

—Ah —pronunció el profesor como si comprendiera.

Seguro que tenía dificultades para entender la situación, si debía juzgar por su expresión.

—Soy un amigo de la familia. Verá, un tipo al que intentaba detener me golpeó ayer en la cabeza y me dejó inconsciente; el médico dijo que alguien debe vigilarme las próximas setenta y dos horas. La señorita Rogers se ofreció.

—Por eso está aquí. Pero él no participará en la reunión, esperará fuera.

—Ah. ¿Y lo detuvo? Siempre he pensado que su trabajo debe de ser duro.

—Oh, por supuesto, lo hice. Mi oficio tiene estas cosas de vez en cuando. Imagino que como el suyo, profesor. Lidiar con todos esos adolescentes no puede ser fácil.

—No lo es, pero en su mayoría son buenos chicos.

Hablaban mientras seguían al hombre por los pasillos hasta que se detuvo frente a una de las aulas.

—Hemos llegado.

—Bien —comentó ella agobiada por lo que le había parecido una conversación de tira y afloja típica masculina, aunque el sheriff había ganado, a su parecer, debido a su magnanimidad hacia el trabajo del maestro.

Entraron y el profesor dejó las carpetas y papeles que llevaba cargando desde la sala de profesores encima del escritorio mientras la invitaba a tomar asiento en una de las sillas que hacía tiempo había ocupado, aunque parecía tan lejano, como si de una vida anterior se tratara y, pensó, tal vez así fuera.

No había reconocido a ninguno de los profesores que había visto hoy, con nostalgia recordó las caras de algunos de los que le dieron clase entre aquellas mismas paredes.

—Me dicen que estudió usted aquí también —comenzó el hombre.

—Así es. Aunque parece que fue hace mucho.

—No tanto. —La halagó—. No sé si lo sabrá, pero más de la mitad de la plantilla se jubiló y muchos de nosotros llevamos aquí entre uno y tres años.

El señor Lazare cogió una silla y la situó enfrente de la suya.

—Oh, vaya. Esa es la razón por la que no me sonaban las caras que vi antes. Es una lástima, guardo buen recuerdo de mi paso por el instituto —sonrió afable.

—No lo dudo. —La observó unos segundos de más—. Bueno, hablemos de Wade.

—Exacto.

Había empezado a sentirse incómoda, centrarse en su hermano haría que aquella sensación se desvaneciera. Esperaba.

—Es un gran chico —sentenció el hombre sentado en la silla de enfrente—. Lo cierto es que esta es una primera reunión de contacto con la familia o tutores legales; en su caso, ambas.

—Correcto. Hace unos meses que tengo la custodia de mi hermano.

—Y por eso estamos aquí. Para establecer la situación en casa y velar por los intereses de Wade.

—Verá, como sabe, regresé de viaje hace poco y en cuanto he llegado he comenzado a ponerme al día de todo. Sé que Wade lleva un año aquí, me comenta que está muy contento y

que no se parece en nada al internado en el que estaba antes.

—¿Puedo preguntar por qué lo envió su anterior tutora legal a un internado?

—Como sabe, nuestros padres murieron. Quise quedarme con la custodia de mi hermano, pero era menor y teníamos un pariente vivo, mi abuela, imagino que la habrá conocido.

—No he tenido el gusto. Todo lo trataba a través de terceras personas.

—Vaya, lamento escuchar eso. Más aun tratándose de la educación de mi hermano. En fin, ella creyó que lo mejor para Wade era alejarlo de los recuerdos, del dolor y enviarlo a un internado; aunque nosotros no queríamos. Así que en cuanto tuve la edad suficiente, pedí la custodia de mi hermano y mientras la obtenía, acordamos que él volviera a casa como quería.

—Vaya, es usted tan joven y aun así ha pasado por todo eso.

No quería que pensara que había descuidado a su hermano o su bienestar por el hecho de haber estado fuera tanto tiempo o de no haber estado allí cuando él regresó. De alguna manera las explicaciones que estaba dando, aunque sabía que no tenía por qué, eran todas las justificaciones que se había explicado a sí misma durante todo aquel tiempo.

—No es una situación agradable. Por supuesto, tengo ayuda. La mujer que ayudó a mi madre a cuidarnos sigue con nosotros y es quién ha estado velando por mi hermano hasta mi regreso.

—¿Y cómo es la situación en casa ahora que usted ha regresado?

—¿Con mi hermano? Muy buena, tratamos de encontrar nuestra normalidad, pero vamos paso a paso. Ya sabe. Él es un chico muy responsable. Y tampoco perdimos el contacto. Nunca. Aunque yo estuviera lejos y él en aquel internado, nos escribíamos postales, cartas y, cuando era posible que él recibiera llamadas, también le llamaba. Siempre he permanecido pendiente de Wade.

—Veo que quiere mucho a su hermano.

—Somos todo lo que tenemos el uno para el otro. Es la única familia que me queda.

Logró decir aquello sin que las lágrimas acudieran al encuentro de sus pupilas.

—Tengo que decir que sus notas han sido excelentes desde el día en que llegó y que a día de hoy, no ha cambiado.

—Me alegra oír eso. Quiero que vaya a una buena universidad. Por ello sabe que no puede saltarse la rutina de estudiar un poco cada tarde incluso si no tiene deberes.

—Pues ha funcionado.

—¿Hay algo más que debemos hablar acerca de Wade?

—Diría que eso es todo. Ciertamente, debo admitir que estaba preocupado de que alguien tan joven se hiciera cargo de un adolescente, pero veo que mis prejuicios actuaron antes de tiempo.

—No supo cómo encajar sus palabras así que permaneció con una sonrisa educada en el rostro y guardó silencio—. Si hubiera algún cambio en los próximos meses, se lo notificaré sin falta.

—Es muy amable de su parte, profesor. Creo que es importante que tanto desde el instituto como desde casa trabajemos conjuntamente por el bien del futuro de Wade.

—Si le surge alguna duda o tiene alguna consulta que hacer, estaré aquí. Para lo que necesite.

Espero que si algún cambio en el comportamiento de su hermano ocurriera, sepa que puede contar conmigo, con el centro, quiero decir, para darle el apoyo necesario.

Se levantó para despedirse, el hombre la imitó y alargó una mano hacia ella, la encajó en un apretón cordial que por algún motivo le resultó demasiado largo.

—Gracias, profesor Lazare.

—Oh, llámeme Andrew.

—Andrew, entonces.

La acompañó hacia la puerta y abrió para que saliera primero. El sheriff Buckard aguardaba apoyado en la pared de enfrente con los brazos cruzados sobre el torso.

El corazón de Lili se saltó un latido ante esa estampa. Encajar su mirada directa era algo a lo que aún no estaba acostumbrada. El azul de sus ojos parecía haberse oscurecido un poco. ¿O eran imaginaciones suyas?

Lili había entrado en el aula para su reunión con el profesor «demasiado encantado» de conocerla. Era un buen lector de las intenciones y comportamientos de las personas, tal vez por sus años de experiencia en el cuerpo de policía, y su instinto le gritaba que al profesor le gustaría conocer más a fondo a la señorita Rogers. Solo recordar el modo en que pronunció su apellido, necesitó apretar la mandíbula para no dejarse llevar por su carácter. El control era otra de las partes de su persona que había aprendido a mantener con años de práctica bajo cualquier circunstancia en especial, en momentos de tensión.

De alguna manera ver como otro hombre miraba a la mujer de aquel modo, con interés, provocaba que se erizara como un puerco espín; aunque supiera que no tenía derecho a ello, así lo hacía sentirse.

Estar junto a ella era como volver a perder el control de todas sus emociones, ese control que tanto le había costado domar y mantener a raya.

La puerta del aula tenía una pequeña ventana rectangular desde donde se podía observar lo que sucedía dentro.

En lugar de sentarse detrás del escritorio, como era habitual ver en aquel tipo de reuniones, el señor Lazare tomó una silla y se sentó frente a Lili. En ese instante agradeció mentalmente que no usara uno de aquellos vestidos que portaba los días anteriores. Hoy utilizaba unos pantalones negros de pitillo con zapato plano también negro y una blusa ancha de color blanco debajo de una chaqueta de piel también blanca.

Eligió esperar apoyando su espalda en la pared al otro lado del pasillo, porque estar pegado al cristal de la puerta era patético, en cambio desde el otro lado, también podía ver lo que sucedía allí dentro y no parecía un acosador.

La mujer llamaba la atención. Aunque vistiera un saco o una bolsa de basura lo continuaría haciendo. Y estaba perdiendo la cabeza por ella, se recriminó Luke.

Aun sabiendo que no debería, pensar en ella, tenerla cerca, le despertaba los instintos más

primarios. Desde que probó sus labios solo quería volver a hacerlo, se había convertido en una necesidad tan básica como respirar. Reconocía que había metido la pata al hacer algo así, que nunca debió dejarse llevar y aun así, ni se arrepentía ni quería continuar silenciando esa parte instintiva que le pedía que se mantuviera tan cerca de Lili Rogers como le fuera posible.

Una parte de su cabeza le decía que aquello no estaba bien, pero la otra lo mandaba todo a la porra y la buscaba.

¿Qué iba a hacer al respecto?

Vio como el profesor adelantaba el cuerpo mientras ella hablaba y cerró los puños para evitar entrar en la habitación e interrumpir la reunión. Por las reacciones de ambos, la joven parecía por momentos incómoda ante el escrutinio de aquel tipo. Si le ponía una mano encima estaba dispuesto a pararle los pies, con violencia a ser posible.

¿Pero qué era lo que estaba pensando? Él, que siempre había tratado de solucionar cualquier conflicto mediante el uso de la palabra y el diálogo antes que con otros métodos.

Observó cómo se alejaban de sus asientos y se encaminaban hacia la puerta, siguió la mirada del otro hombre, la forma en que se posaba sobre el rostro femenino, en su espalda, necesitó tirar de esa parte de su personalidad que le otorgaba autocontrol sobre sus acciones para no irrumpir y romperle la cara al tipo, en especial cuando al darle la mano, la retuvo más de lo socialmente aceptado.

La puerta se abrió, la mujer abandonó el aula en primer lugar y sus miradas se encontraron de frente.

Quería coger su mano y llevársela de allí cuanto antes, en cambio, mantuvo el semblante neutro.

Ella caminó hacia él, sus mejillas se arrebolaron ligeramente dándole un aspecto etéreo que sepultó su sentido común un poco más profundo, si eso era posible. Se detuvo a un paso de él, por su parte se distanció de la pared y se interpuso entre aquel hombre y ella creando una barrera con su cuerpo.

—¿Ya has terminado? —preguntó excluyendo de forma expresa al profesor.

—Sí.

—Ha sido un placer conocerla y poder hablar con usted, señorita Rogers —volvió a alzar la mano en su dirección. Luke la interceptó por ella.

—Estoy seguro —masculló—. Nos vemos, profesor. —Se despidió del hombre apretando ligeramente de más su mano—. ¿Vamos, Lili?

Ella respondió con un gesto lento de la cabeza y comenzó a caminar por el pasillo hacia la salida, adaptó su paso al de la mujer y volvieron al coche.

—¿Próxima parada?

—Tengo papeles que revisar en casa. En el despacho de mi padre.

Si aquello era una suerte de excusa para alejarse de él y de la conversación que debían mantener, estaba de lo más equivocada.

—A tu casa entonces.

Llegaron a la gran casa señorial de fachada blanca y aparcó junto a la entrada del garaje, dejando la entrada principal y el camino a esta, despejados.

Siguió a Lili al interior, los techos eran altos, las estancias amplias y decoradas con buen gusto. Ningún espacio se veía abarrotado ni recargado. La casa y todo en su interior dejaba entrever el nivel económico acomodado de la familia Rogers a pesar de su sencillez.

—Voy a avisar a la señora Newman, debe de estar en la parte de atrás.

Mantuvo su presencia un paso por detrás de ella. Observó la tensión en su espalda al mirar entre la correspondencia, desechó algunos sobres en la papelera que había junto al estrecho mueble del corredor y lo guió hasta la cocina. Caminó más allá de la mesa y los fogones, a través de las enormes puertas francesas abiertas que daban a un patio que conocía bien, allí habían celebrado la despedida del año y el 4 de julio cada año, desde que Jennifer iba a primaria hasta que Leila y Shawn fallecieron.

Era extraño, pensó, de todas las veces que había estado allí, apenas estuvo en el interior de la casa, siempre asistió con motivo de alguna celebración y entraba por la puerta de atrás.

—Ah, Barbara. —Encontró a la mujer que ejercía como ama de llaves de la familia.

—Lili, ¿ya estás de vuelta?

El trato informal y cercano era algo a lo que los Rogers nunca habían renunciado. A pesar de que fueran una de las familias más ricas de la región, puede que del país, nunca utilizaron eso como una excusa o un escudo para distanciarse o diferenciarse del resto de vecinos. Al contrario, participaban activamente en la comunidad contribuyendo en distintas causas que necesitaran de donaciones externas.

—Sí, ha sido rápido.

—Oh, sheriff. —La mujer se quitó los guantes de jardinería y sacudió su ropa mientras se acercaba a estrecharle la mano.

—Luke, por favor. No estoy de servicio.

—¿A qué debemos la visita?

—Un arresto se complicó y me golpeé la cabeza.

—Tiene una ligera conmoción y alguien debe vigilarle un par de días, ya sabes —añadió Lili.

—Y ella se ha ofrecido —continuó él.

—Porque no queremos que Jen ni Rina se asusten innecesariamente—terminó ella.

—Entiendo.

—Estaremos en el despacho de mi padre, tengo papeles que revisar.

—Oh. Acaba de volver a casa, ¿tan pronto te vas a poner a trabajar?

—Solo trato de ponerme al día.

—Está bien, ayer lo limpié a fondo y está listo. No te esfuerces demasiado.

—Tranquila. Te dejamos continuar entonces. Quería avisarte de que estaremos por aquí.

—En un rato os llevaré un aperitivo.

—No te molestes, si tenemos hambre o sed, lo prepararemos nosotros.

—Pero es mi trabajo. Lo hago con gusto.

—Está bien, nada excesivo —claudicó antes de ir en busca de aquel lugar en el que parecía no tener más remedio que sumergirse.

—Hasta luego, Barbara —añadió él antes de seguirla.

El despacho se encontraba en un lateral de la casa, justo al lado de una gran sala repleta de libros y con estanterías tan altas en las paredes que requerían el uso de escaleras que estaban dispuestas delante.

—Esa es la biblioteca. A mis padres les encantaba leer, los dos pasaban horas ahí, en especial los días en que mi madre no se encontraba bien. —Atrapó una mirada melancólica de la mujer hacia el interior de la sala—. El despacho está aquí.

La habitación era muy parecida a la contigua, las estanterías eran del mismo color, igual que la mesa que presidía la estancia. Había un par de butacas, un sillón, una mesita de centro y una ventana desde donde se podía ver una parte del jardín y los árboles que rodeaban los márgenes de la casa.

Lili se acercó a la mesa, se quedó de pie delante de ella. Con mano trémula acarició la madera de su superficie y tocó la lámpara antigua que allí se encontraba. Sobrecogido por el íntimo momento que presenciaba, se aproximó a ella y la abrazó por detrás.

Notó en su propio pecho el estremecimiento que la recorrió y supo que trataba de esconder su llanto.

—Está bien. Es normal que los eches en falta. Puedes llorar cuanto necesites.

Hasta ese momento no se percató del enorme esfuerzo que aquella joven realizaba, el tremendo valor que requería tanto el haberse ido y afrontar la vida por su cuenta, sola, sin nada más que el dinero en su bolsillo, como regresar y hacerse cargo de todo cuanto sus padres dejaron atrás.

Si el dolor que la mujer delante de él pudiera estar sintiendo se asemejaba al que él experimentaba por ella, no comprendía cómo alguien podía sobrevivir a tal desgarró emocional. Solo alguien extremadamente fuerte sería capaz de semejante hazaña.

Alguien con la fortaleza que ella había mostrado con absoluta normalidad desde su regreso. Ahora comprendía un poco mejor sus razones para irse y para haber alargado la fecha de su regreso hasta el momento presente.

Apoyó la mejilla en la parte superior de su cabeza y apretó los brazos alrededor de su cuerpo tratando de confortarla, de ofrecerle su propio calor. Notó la humedad en las mangas de su camisa fruto de las lágrimas que Lili derramaba en silencio.

Escuchó unos nudillos que llamaban a la puerta.

—Espera aquí, no te muevas —murmuró contra su pelo y en un acto reflejo depositó un beso en lo alto de su coronilla.

Abrió apresurado, antes de que Barbara entrara y encontrara a la joven en su actual estado en el que las emociones la superaron.

—Yo lo llevo.

—¿Lili se encuentra...?

—Todo está bien —interrumpió su frase a medias—. No te preocupes.

Cerró la puerta sosteniendo la bandeja con una mano y tratando de impedir la visión de la mujer del interior de la sala con su cuerpo, por suerte tenía las espaldas anchas.

Llevó la bandeja con un surtido de pastas y dos tazas de té junto a la tetera recién hecha a la mesa de centro y volvió junto a la joven cuyas lágrimas estrujaban su corazón.

Ella se volvió con la cabeza gacha hacia él, recostándose en su pecho, como si los brazos respondieran órdenes provenientes de otra parte, la rodearon y la atrajeron un poco más.

—Lo siento. Yo no pretendía que vieras esto. Pensé que podría...

Sintió las manos de la mujer en su espalda, cerrando el círculo que se había creado entre ellos.

—Está bien. No tienes que ser de piedra, nadie quiere eso.

—Pensarás que todavía sigo siendo solo una niña —pronunció con amargura.

—No. Creo que eres alguien que ha lidiado con más de lo que debería —afirmó—. Que te has enfrentado a demasiadas cosas sola durante más tiempo del que nadie podría. Eso es lo que pienso.

—Gracias. Vaya, soy yo quien debería estar pendiente de ti y no sé cómo ha terminado siendo al revés.

—Eso es lo que hacen las personas, se apoyan unas a otras.

—Supongo que tienes razón.

Tomó el rostro húmedo entre sus manos, apartando con aquel gesto el cabello de sus facciones.

—Lili Rogers, ¿por qué me da que siempre has sido el hombro en el que los demás pueden apoyarse, pero no quién busque el de otra persona para poder desahogarse?

—Imagino que siempre fue así. Con mi madre enferma, mi padre apoyándola, buscando los mejores tratamientos y Wade tan pequeño... Encargarme de mi hermano fue lo más natural y luego me preocupaba la salud de mi padre que, con el tiempo había empezado a resentirse, hacerme cargo también fue lo más normal para que él pudiera estar fuerte mientras seguía a mamá donde tuviera que ir.

—Pero tenías amigos, podías pedir ayuda. Jennifer es tu mejor amiga. En cambio, ahora me doy cuenta de que nunca te apoyaste en ella tampoco.

—Jen, su casa, su familia, eran mi refugio —admitió—. No quise que los problemas de mi familia, nuestra situación, me alcanzaran allí. Es egoísta, lo sé.

—No. No lo es. Lo entiendo. Querías ser como los demás. Jenny era tu oportunidad para serlo.

Verbalizó lo que creyó entender acerca de sus motivos. Acarició sus mejillas con los pulgares retirando los restos de lágrimas de su rostro.

—Sí —reconoció Lili—. Escucharla, apoyarla y evitar que se metiera en líos era lo que me hacía sentir un poco más como el resto. Normal. Me mantuvo cuerda cuando de otro modo, no sé lo que habría podido hacer sin esa ancla con el mundo.

Escuchar con sus propias palabras en las que se reflejaba sin tapujos la soledad y la pena por la que tuvo que pasar sin ayuda, siendo el referente para otros, con la carga que eso suponía, le resultó demoledor.

—Dios, ven aquí.

Asaltó su boca, el acto que realizó no podía recibir otro nombre. Su lengua encontró la de Lili y se enredaron en una batalla donde nadie ganaba, donde nadie perdía; una batalla donde lo único que se perdía era el corazón de uno donde, a cambio, se ganaba mucho más.

CAPÍTULO 8

—Dios, ven aquí.

Las palabras que Luke pronunció, antes de arrasar su boca y sus sentidos con un beso casi tan primitivo como el deseo de pertenencia y posesión que la asaltaba en cuanto pensaba en él, fueron el acicate que su dolido corazón necesitaba para revivir definitivamente.

El abrazo en el que se fundieron no dejaba lugar para nadie más que no fuera él, que no fuera ella, no había espacio tampoco para pensamientos ajenos a cualquiera de ellos dos.

El resto del mundo era innecesario, como también lo eran la comida o el aire. Teniendo al otro, el resto carecía de significado.

Sus labios borraron los retazos de tristeza y soledad de su mente y de su alma, esos que había arrastrado durante tanto tiempo que no podía recordar el momento exacto en el que comenzaron a fraguarse.

—Luke... —suspiró contra su boca.

Las millones de sensaciones que una sola persona era capaz de sentir y de producir en otra eran sencillamente asombrosas cuando se trataba de la indicada.

¿Pero era él el indicado?

¿Cómo podía ser el padre de su mejor amiga el hombre que hiciera que su corazón aleteara rebosante de vida? Pensar en el daño que le causaría a Jen si se enterara de que lo había besado hizo que se alejara de él de inmediato.

Chocó contra el escritorio y buscó apoyo en este con una mano mientras se llevaba la otra a la cara, tapándose los traicioneros labios que querían más de aquel embriagador sabor que encontraron en la boca del hombre ante ella.

—No podemos —balbuceó—. Esto... No estoy segura de que sea correcto.

Necesitó hacer uso de toda la fuerza de voluntad que poseía para no lanzarse a sus brazos en busca de refugio, en busca de su calor, ese que le había calado hasta los huesos y estaba convencida de que ya nunca podría olvidar.

—Tienes...

El policía comenzó a hablar pero se detuvo y para su consternación llevó con lentitud una mano a su frente, al lugar que sufrió el golpe la noche anterior.

—¿Luke? ¿Estás bien? —Se tambaleó hacia atrás—. ¡Luke!

Más veloz de lo que pensó que podría llegar a ser, agarró su brazo y pasó una mano por su

espalda para evitar que cayera. Lo llevó al sofá más cercano y lo ayudó a sentarse.

—¿Estás mareado? ¿Cómo te sientes?

Preocupada hasta el tuétano, ocupó el lugar a su lado y acarició la zona dañada con delicadeza. Él tomó su mano y se la llevó a los labios.

—Solo ha sido un mareo. Nada grave.

—Pero...

—El doctor dijo que podía ocurrir, ¿recuerdas? —La tranquilizó él.

—Me has asustado —confesó.

—Lo sé, puedo verlo —dijo en un tono suave destinado a calmar su miedo—. Lo siento —se disculpó a continuación.

—No tienes que sentirlo. Toma, bebe un poco de té.

—No soy un inválido, Lili —declaró—. Y no es el maldito té lo que necesito entre mis manos ahora mismo —añadió.

—Luke, no. Esto... No deberíamos haber dejado que ocurriera.

—Pero ha pasado —repuso—. ¿Qué vas a hacer, esconderte?

—Mucha gente puede salir herida con esto. ¿Cómo podría estar bien? —Puso sus miedos en palabras.

—¿Y quién diablos dice que no lo esté? —No estaba dispuesto a dejar que las dudas los distanciaran, pero eran tantas...

—Yo... No quiero herir a las personas que me importan. No quiero hacer daño a Jen.

—¿Prefieres hacértelo tú??

—No es eso. Es...

—Entonces, ¿qué es?

Se había enojado, su indecisión, sus contradicciones, lo habían hecho enfadar, era comprensible; sin embargo ella no podía dejar a un lado todo lo que sentía y que tiraba de ella en varias direcciones.

—¡No lo sé! —Bufó alterada—. ¿De acuerdo? Tengo muchas cosas que solucionar, a las que hacer frente, papeles con los que ponerme al día de una buena vez y esto que siento desde que volví, esto que está pasando contigo y conmigo no tiene ni pies ni cabeza —Su explicación había sonado mal, trató de arreglarlo—. Quiero decir, estaba abocado al desastre antes de imaginarlo. Y permitir que siga adelante, o fomentarlo, sería una enorme negligencia por nuestra parte. —A juzgar por la mirada turbia que recibió de Luke Buckard por primera vez, supo que no había mejorado nada con su razonamiento.

—Abocado al desastre. ¿Eso piensas?

—Es lo que estoy tratando de explicar, ¿cómo puede estar bien algo que va a hacer daño a tanta gente?

—No. No te escudes en ellos. Di la verdad. Tienes miedo. ¿Sabes qué creo? Creo que saliste huyendo hace cinco años y que has vuelto esperando que todo esto sea como una gran bola de

cristal donde todo permanece y es inmutable, pero la vida pasa, Lili, y la gente cambia. Las cosas cambian. No puedes pretender que todo quede suspendido en el tiempo como a ti te gustaría que fuera. —Se levantó, pero su mirada continuaba taladrando el fondo de sus pupilas—. ¿Piensas que yo quiero sentir esto por alguien que podría ser mi hija? ¿Por su mejor amiga? No, pero soy lo bastante valiente como para afrontarlo, para no echarme atrás y asumir las consecuencias que tengan que venir, si es que hay alguna. —Hizo una pausa, supo que debía hablar, interrumpirle, decir algo, pero le fue imposible—. En el fondo sigues huyendo —prosiguió—, por cuánto más continúes haciéndolo ya es cosa tuya. Avísame si algún día dejas de hacerlo y decides afrontar lo que sea que es esto. O lo que podría ser.

El policía, que se había puesto en pie a mitad de su discurso, se dirigió a la puerta con semblante hosco una vez pronunciada su última palabra, sin embargo, antes de que llegara hasta ella, la hoja de madera se abrió.

—Luke, espera. —Su petición quedó suspendida en el aire que cada vez más pesado flotaba en la habitación.

—La señorita Rogers está reunida. —Escuchó a la señora Newman hablar apurada.

Su abuela entró en la estancia seguida por Abel, su hombre de confianza que fue quien abrió la puerta para ella.

Sabía que antes o después debería enfrentarla, pero no había esperado tener que vérselas con ella tan pronto. Su presencia, como la primera vez que la vio, resultaba imponente, con su porte regio, su traje de sastre en tono azul grisáceo y sus zapatos de tacón discreto. Portaba sobre los hombros una estola de pelo marrón que bien podría ser original en lugar de sintética, cosa que repugnaba a Lili. La mujer caminaba con un bastón en la mano a pesar de que se la veía digna en su pose. Su abuela, igual que el día que la conoció, portaba el cabello blanco por el paso de los años, recogido en una especie de caracola en su nuca y no escatimaba en sus complementos. El mango del bastón, por ejemplo, llevaba piedras preciosas incrustadas, sus pendientes eran de gran calidad y mayor precio, igual que el collar de oro amarillo con diminutos zafiros que lucía o el pasador con diamantes engarzados. Todo en ella bramaba poder, dinero viejo, y ya había tenido una ración de cómo actuaban algunas personas frente a ese estatus en el pasado.

Al observarla, vislumbró las diferencias con aquella mujer de hacía cinco años. Había perdido peso y los huesos comenzaban a marcarse demasiado en su rostro, el cuello y en sus manos. Quizás por eso las joyas que llevaba eran más ostentosas que las de la última vez que la vio, para distraer la mirada de sus interlocutores.

La sexagenaria mujer y el sheriff se evaluaron de pie en mitad de la sala uno frente al otro.

—¿No va a presentarse? —exigió siempre altanera la recién llegada.

Bien parecía que acabara de demandar que le rindiesen pleitesía. La vergüenza por el comportamiento desdeñoso de su abuela no se hizo esperar. Identificó el pánico emergiendo en oleadas de ella pensando en el comportamiento que solía adoptar la gente ante la presencia de alguien como ella, alguien que ostentaba riqueza y poder y no lo escondía.

—Con todo el respeto, señora. Usted es la que ha interrumpido y quién debería presentarse, no al contrario.

El sheriff ni siquiera parpadeó ante la arrogancia de la mujer que lo miraba de pies a cabeza con soberbia.

—Es la señora Halstrom. —Abel, su ayudante, tomó la palabra—. Aleida Halstrom.

—Luke Buckard —respondió con sequedad el hombre que, enojado, se alejaba ahora de ella—. Si me disculpan, ya me iba.

El sheriff rodeó a su abuela y a Abel para salir, pasó como una exhalación ante Barbara despidiéndose con un escueto adiós.

Encontrándose entre la espada y la pared no pudo hacer nada para evitar que se fuera de su casa enfadado como cualquiera podría apreciar a simple vista.

—Si está buscando trabajo, no se lo des. Es un maleducado. Menudo descarro tienen algunos.

La altanería de aquella mujer no conocía límites.

—No está buscando trabajo. No lo necesita —repuso crispada—. Ya tiene uno.

—¿Ah, sí?

—Es el sheriff —añadió solo para cerrarle la boca y hacerle ver que Luke Buckard era una persona respetada que ostentaba un cargo importante.

—¿Y qué hacía mi nieta reunida a puerta cerrada y a solas con el sheriff?

—Con todos mis respetos, señora —habló sirviéndose de la misma frase que Luke pronunció al conocerla—, no le debo explicaciones a nadie, y lo que haga o deje de hacer no es de su incumbencia.

Cambio el trato que le dispensaba, si bien la había tuteado en un primer momento debido a la sorpresa y el creciente enfado por su forma de mirar y tratar a Luke, ahora se distanciaba tratándola de usted a pesar de que le había pedido innumerables veces que dejara de hacer eso, pero mientras continuara tratando a la gente como objetos decorativos, no cesaría.

Estaba cansada de la actitud de aquella mujer quien creía que todo se arreglaba con dinero a pesar de que Lili ya le había demostrado sobradamente que no era así. No con ella, por lo menos.

Subió a su camioneta cerrando la puerta de golpe.

—No tiene pies ni cabeza ¿eh? Abogados al desastre, dice. —Golpeó el volante con furia— ¡Ah! —Bramó.

Y lo peor de todo es que tenía razón. Habían permitido que lo impensable ocurriera y ahora que se daba cuenta de que era el único de los dos que estaba dispuesto a dejarse llevar y ver hacia donde los llevaría aquel camino inexplorado, se sentía frustrado vacío y más solo que nunca.

Arrancó el motor y dio marcha atrás para enfilar el camino de entrada y largarse cuanto antes de allí. La había acusado de estar huyendo, pero solo se veía a sí mismo alejándose del lugar. Cada palabra que le dijo, las recordó de nuevo, y el tono y la rabia con que las pronunció. Incluso mientras le decía todas aquellas cosas una parte de él le decía que se callara, que se estaba

equivocando y que estaba a punto de perder algo por lo que valía la pena ser paciente. Pero escucharla decir aquello, ver su miedo y cómo anteponeía a cualquiera antes que a sí misma, que a él, lo enervó hasta tal punto que lo sacó de sus casillas.

Estuvo a punto, un millón de veces, de dar la vuelta antes de llegar a su casa, pero el orgullo se lo impidió.

El mismo estúpido orgullo que le hizo decir aquellas hirientes palabras que pondrían punto final a algo que ni siquiera había comenzado.

Se arrepintió, como nunca había hecho, se odió por tratar a Lili de aquel modo. Si le hubiera dado un poco más de tiempo, si hubiera sido más paciente, más comprensivo, pero no, se había cegado en lo que quería escuchar y cuando no fue así, actuó como un niño, dio una patalita y se fue sellando la historia que no debería haber sido, la historia que en realidad nunca fue.

—Soy un estúpido —dijo mientras bajaba de la *pickup* y entraba en su casa.

Fue directo a la nevera y abrió una cerveza ya que no estaba de servicio. Antes de probarla, miró perplejo la botella y recordó que no podía tomar alcohol durante un tiempo. Vació el contenido dorado en la pila y se dijo que de aquel mismo modo había tirado la relación que podría haber comenzado con la mujer que había roto todos sus esquemas.

Dejó la botella vacía en el cubo para reciclar vidrio que guardaban en la lavandería y fue a sentarse en el sofá.

En realidad quería dejarse caer, pero era algo que por el momento no podía hacer. Así que se sentó y luego se tumbó apoyando la cabeza en el brazo del viejo sofá de la sala.

Miró alrededor, las diferencias con la familia Rogers saltaban a la vista, pero que le dispararan un pie si le importaba de algún modo el dinero que Lili pudiera o no tener.

Y aquella altiva mujer que llegó cuando se iba, ¿cómo dijo aquel petimetre que se llamaba? ¿Halstrom? Aleida Halstrom, eso era. Sepultada en joyas, mirando a la gente por encima del hombro... ¿Era ella la abuela de la que le había hablado?

¿La mujer que envió a Wade a un internado? ¿A qué diablos habría venido?

Ahora sabía que, a causa de sus acciones, cinco años atrás, Lili decidió irse de su casa, del pueblo que la vio crecer y alejarse de todo prácticamente con lo que llevaba puesto y el dinero que tenía en la cartera. La dejó completamente desprotegida y sola en un mundo donde sabe Dios qué podría haberle ocurrido. Repasaba mentalmente las conversaciones mantenidas con Jenny acerca del paradero de su amiga, aquellas noches de preocupaciones y también días completos cuando se hallaba en zonas donde las balas volaban día sí y día también por las calles en ruinas de una lejana ciudad, cuando su nombre constaba en las listas de personas desaparecidas después del inesperado tsunami que arrasó una ciudad, aunque poco después recibieran noticias suyas a través de un correo indicando que se encontraba bien, ayudando en las tareas de reconstrucción. Recordó cada una de las preocupantes situaciones en las que había estado y pensó que, tal como la conocía en ese instante, era más que probable que hubiera minimizado el relato de lo que estaba viviendo para no preocupar a su hija.

Se dio cuenta de que quería conocer la verdad de aquella mujer, quería conocer cada parte de su personalidad. ¿Por qué había tenido que actuar tan impetuosamente?

—¿Qué he hecho? —Pronunció en voz alta lo que su mente llevaba preguntándose desde que salió por la puerta del despacho de la casa de los Rogers—. Soy un completo imbécil.

¿Así eran las cosas? Por primera vez desde que fuera un niño se sentía desamparado, y todo por una mujer que no podía tener, que había entrado en su vida hacía solo tres días para poner su tranquila existencia patas arriba y que, en estos momentos, no quería saber nada más de él.

Dormitó en el sofá hasta que el ruido de la puerta de su casa al cerrarse lo despertó.

—¡Estoy en casa! ¡Papá! ¿Papá, estás ahí? —Jennifer profería alaridos desde la entrada.

Se sentó en el sofá y esperó unos segundos para asegurarse de que no se marearía al levantarse.

—Aquí estoy. Me he dado un golpe en la cabeza, no me he quedado sordo.

—Uy, ¿has descansado? Tienes peor aspecto que ayer.

—Estaba durmiendo y me han despertado tus gritos, ¿qué aspecto esperas que tenga? Deberás tratar mejor a tu futuro esposo —bromeó.

—¡Papá! Y yo que venía a hacerte la comida.

—Está bien, está bien. Tienes una voz preciosa, incluso tus gritos atraerían la atención de Úrsula para añadirla a su colección de tesoros.

—Papá, creo que has visto demasiadas veces *La Sirenita*.

—Y no solo esa, créeme.

Fueron a la cocina donde empezaron a preparar la comida entre los dos, él comenzó a limpiar la lechuga para la ensalada y ella puso una olla con agua al fuego.

—¿Macarrones con tomate?

—¿Por qué no? ¿Y cómo van esos detalles para la boda? Parecías preocupada el otro día.

—Oh, es que esto es un sinvivir, papá. Cuando crees que ya tienes algo cerrado del millón de cosas que hay que hacer, resulta que no es así y vuelta a empezar. Y encima a Sean parece que ni siquiera le importe.

—Al final lo que importa es que os queráis, la boda es secundaria.

—No, la boda es importante. Es el comienzo. Debe ser perfecta.

Iba a responderle que su boda con su madre fue más un trámite que una celebración en toda regla, aunque sí, lo celebraron e hicieron un pequeño banquete, pero pensó en cómo había terminado su matrimonio y en que tal vez por esa razón su hija estaba tan centrada en que ese día fuera ostentoso y lo más cercano a la perfección que pudiera alcanzar el dinero del que disponía.

—¿Ha pasado Lili por aquí?

—¿Lili?

—Sí, estoy pensando en invitarlos a Wade y a ella a cenar otra vez. Con todo lo que pasó ayer apenas pudimos hablar.

Respiró hondo antes de comenzar a hablar porque no sabía por dónde iba a derivar el tema.

—La recogí esta mañana —empezó a modo de tentativa. La cabeza de su hija se levantó como

la de un perro de caza marcando una presa—. Me acompañó a comisaría y luego la acerqué a una reunión que tenía programada con el tutor de su hermano.

—¿Estuviste con Lili? ¿Y eso?

—Bueno, ayer escuchó al médico mencionar que estaría bien que alguien se mantuviera pendiente de mí hoy. Y, para que no te preocuparas, se ofreció.

—¿Cómo pudiste no decirnos eso? Y encima meter a mi amiga. Con lo preocupada que debe estar por si aparece su abuela con a saber qué intenciones ahora que ha regresado como ella quería...

El comentario lo sorprendió y no sólo por la información, por lo perspicaz. ¿Tal vez no fuera necesario que su mejor amiga compartiera todo para que Jennifer supiera lo que pasaba por su cabeza?

—¿Preocupada? ¿Te ha dicho ella que lo está?

—Pues no, pero es mi amiga, la conozco y sé que esa mujer lleva años intentando comprarla para que vuelva. Pero a ella no le mueve el dinero, y no se la puede controlar así.

—Entiendo.

—Aunque su abuela proviene de una familia mucho más rica de lo que pensamos y a saber qué utilizará para obligarla a hacer lo que ella quiere. Es más, me atrevo a decir que a esa señora nadie le había dicho antes que no. Hasta que lo hizo Lili Rogers, claro.

—Sí que parecía tener dinero por condena —murmuró.

—¿Cómo dices? —Jennifer dejó de cortar la lechuga que había lavado—. ¿Has visto a esa mujer?

—Creo que sí. Una señora mayor llegó cuando me iba de su casa después de dejarla allí.

—¡No puede ser! —Fue en busca de su bolso—. Tengo que llamarla. —Se llevó el aparato al oído después de buscar con el dedo en la pantalla táctil—. No contesta.

Jenny se mordió el labio.

—Tampoco quiere decir nada —razonó tratando de aplacar el miedo que leía en los ojos de su hija y que empezaba a remover algo en él todavía por identificar.

—No, es verdad. La volveré a llamar más tarde.

Aunque trató de parecer serena, tranquilidad era un estado que la personalidad de su hija mayor no conocía. Y ver cómo fruncía el entrecejo mientras mordía su labio no hacía demasiado para que él no se preocupara también.

La envarada anciana se colocó de espaldas en la ventana, viendo cómo la brisa jugaba con las hojas de los árboles cercanos. Lili, sin dejarse amedrentar por su presencia se dirigió hacia el escritorio que había sido de su padre, lo rodeó y ocupó el asiento de cuero marrón desgastado por el uso y el paso de los años. Ignoró la punzada que atravesó su corazón y colocando los codos en los lados, entrelazó los dedos sobre su estómago en una pose engañosamente sosegada.

—¿Y qué la trae por aquí, señora Halstrom?

Se negaba a llamarla abuela. Pudo ver cómo se crispaba un músculo en su mejilla durante una fracción de segundo; cuando la tirantez desapareció, se volvió hacia ella.

—Tienes que venir conmigo.

Lili emitió una carcajada estudiada, la misma que había aprendido a usar en sociedad cuando alguien decía algo que no le gustaba, pero no pensaba permitir que la persona en cuestión, ni nadie, se diera cuenta.

—Y eso ¿por qué?

—Si vas a ser mi heredera...

—Nunca he dicho que quiera serlo —atajó—. Cuanto antes quedaran claras las cosas entre ellas, mejor. Y ya que el momento del enfrentamiento había llegado, mejor terminar con aquello cuanto antes.

—¡Eres la última Halstrom!

—Rogers —repuso—. Mi apellido es Rogers.

—Como mi heredera hay cosas que debes saber. Personas que debes conocer.

—No me interesa —descartó—. Creo que podrá encontrar la salida usted misma.

—Mira, niña, hay otras formas de conseguir que me acompañes. No me obligues a usarlas.

Le aguantó la mirada, la mujer de cabello cano estaba perdiendo los papeles y eso era algo digno de ver. Tras unos minutos en los que quedó patente que no iba a dar su brazo a torcer le hizo un gesto con la barbilla a su asistente.

Abel buscó algo en su bolsillo, Lili mantuvo la mirada en la anciana sin cambiar su expresión.

El hombre extrajo un teléfono de última generación y lo dejó sobre el escritorio con la pantalla hacia ella.

Su abuela le hizo una señal con las cejas para que mirara. Volvió la vista a las siete pulgadas y encontró a su hermano, se apreciaba a lo lejos como reía con un grupo de amigos, alguien estaba transmitiendo desde su instituto.

—¿Esto es en directo o es un vídeo? ¡Responde! —Exigió.

La mujer solo pronunció una palabra.

—¿Xavier?

A través de la pantalla pudo ver como alguien colocaba un reloj de pulsera delante para que pudiera ver que la hora era la actual.

—¿Qué significa esto?

—Significa que vamos a comer y allí te explicaré los detalles de lo que vas a hacer a continuación.

—Como le toques un solo pelo a Wade te denunciaré. Ya no tienes ningún poder sobre él. Su custodia la tengo yo.

—Siempre hay accidentes, querida.

¿Eso era una amenaza real? Real o no, la seguridad de su hermano quedaba fuera de toda discusión, su bienestar era lo primero. Por más que no quisiera, de momento iría a comer con

ella, trataría de avisar a Jen en el camino para que cuidara de Wade.

—Sus sucias y rastreras tretas solo han conseguido que coma con usted. Sabe tan bien como yo que no puede tocar a mi hermano mientras se encuentre en el recinto del instituto.

La anciana se veía complacida mientras caminaban fuera del despacho. Oh, qué ganas tenía de borrar aquella expresión de su rostro.

La llevó al restaurante de un caro hotel de la ciudad más cercana a su hogar, estaba claro que el encanto de las ciudades pequeñas y de los pueblos de la zona no eran lo suyo. Tras casi dos horas de trayecto, se encontraba ante una mesa reservada con antelación por aquella pérfida mujer. Su enfado no había hecho más que aumentar cuando, en el coche, al buscar su teléfono en el interior de su bolso fue informada de que había sido desechado en la mesa del distribuidor de su casa por el ayudante de su abuela.

Ella trató de entablar conversación con Lili, pero no se sentía especialmente colaborativa con alguien que aparecía de nuevo para amenazar la seguridad del que consideraba su único familiar. Después de un menú que se le hizo eterno, supuso que sería en la sobremesa cuando aquella dichosa mujer hablaría de lo que realmente estaba haciendo allí.

Para cuando llegaron los postres la paciencia se le agotaba a pasos agigantados. Imaginó que para la mujer del otro lado de la mesa todo giraba en torno al poder. Y el dinero garantizaba eso a quién lo tuviera.

Supo que estaba jugando con ella, tratando que perdiera los nervios y el imaginario juego de poder que suponía ser la primera en perder los papeles, del mismo modo en que sabían que antes, en su casa, Lili había sido la vencedora.

El café llegó, por la hora que era entonces, calculó que su hermano estaría saliendo del instituto. Entonces la anciana hizo un gesto con la cabeza y su ayudante dejó el mismo teléfono de antes sobre la mesa, delante suyo.

En esta ocasión veía la entrada del centro y a grupos de chavales que conversaban mientras otros se despedían y se marchaban.

—Está a punto de salir, lo has adivinado.

—Ambas sabemos que no le harás nada a Wade. Te denunciaríamos y eso te enterraría en papeleo. Un revuelo que, seguro, querrás evitar.

Mantenía un ojo puesto en lo que podía ver a través de la pantalla del teléfono. Detectó a su hermano saliendo sonriente y vio como se despedía de algunos compañeros antes de comenzar a andar para ir a casa.

—Vas a acompañarme y vas a hacer lo que se te diga. Dos días. ¿Merece Wade sufrir por tu cabezonería, niña? —Sorbió indolente su taza de té.

Lili no se atrevió a sacar las manos que había escondido debajo de la mesa y que apretaba con fuerza contra sus muslos para evitar que temblaran.

—Es un farol.

A pesar de la ira y del miedo que se acumulaban dentro de ella, respondió con una sonrisa

torcida en la cara.

—Xavier, ya sabes qué hacer.

El vídeo mostraba la imagen cada vez más cerca de la espalda de su hermano hasta que estuvo a un paso. Entonces la imagen se tornó borrosa.

—¡Eh! ¿Qué haces? ¡Suéltame!

—¡No! —Lili gritó y se levantó de la mesa.

—Siéntate —advirtió la mujer con mirada acerada.

—Me da igual montar una escena. Dile que deje en paz a mi hermano.

—Cuando aceptes venir conmigo. Dos días —Lili valoraba las diferentes opciones mientras las exclamaciones de su hermano le llegaban a través del teléfono—. En estos momentos Wade se encuentra en un coche, tú decides a dónde irá. Al aeropuerto, donde puedo hacer que lo lleven tan lejos donde no puedas encontrarlo o a casa de tu amiguita, la pueblerina esa.

—Se llama Jennifer —habló con una inusual calma dadas las circunstancias—. ¿Cómo sé que no mientes? ¿Cómo sé que si acepto ir esos dos días contigo, no harás que se lleven a Wade?

—Xavier, a casa de la amiga de mi nieta. Porque vienes conmigo, ¿no? Sabes tan bien como yo que ya lo has decidido —le devolvió sus palabras con retintín.

—Cuando mi hermano esté con los Buckard, quiero hablar con Jennifer.

Tomó asiento y esperó unos minutos. Vio como sacaban a su hermano del coche en la entrada de la casa de su amiga. Llamaron al timbre mientras su hermano no dejaba de preguntar al hombre que grababa, sin recibir respuesta.

Rina abrió la puerta.

—¡Wade! —aulló contenta, aunque se quedó mirando extrañada al hombre que sujetaba a su hermano por el cuello de su chaqueta.

—¿Jennifer Buckard? —Era la primera vez que escuchaba la voz del tal Xavier.

—Es mi hermana, está haciendo la cena con mi padre. —El corazón de Lili se encogió un poco al escuchar a la pequeña hablar de Luke. Esa mañana, cuando había salido enojado de su vida, parecía tan lejana en el tiempo—. ¡Jenny! Preguntan por ti.

—Su amiga apareció secándose las manos con un trapo.

—¿Es usted Jennifer Buckard? —preguntó en tono plano el hombre.

—Sí. —Su amiga miraba extrañada del tipo a Wade y viceversa.

El hombre empujó a su hermano, le entregó un sobre a Jen y el vídeo se cortó.

—¡Espera! Ese no era el trato. Tenía que hablar con ella —exigió.

—El trato era que, si tú aceptabas venir conmigo, tu hermano sería llevado a casa de tu amiga. Podrás hablar con ella dentro de dos días. Cuando vuelvas. Ahora tenemos que irnos. No hay tiempo que perder.

Intentó mantener la compostura, sin embargo, conseguirlo le costó grandes dosis de energía.

Su hermano se encontraba bien, ni Jen ni el sheriff dejarían que nada malo le ocurriera. Luke, se marchó considerablemente enfadado esa mañana, dijo cosas que la hirieron, aunque no le

faltaba razón. Llevaba cinco años huyendo. En concreto, huía del yugo que esa mujer trataba de imponerle; ahora que había regresado, la había encontrado y debía aprender a combatirla, tanto si le gustaba como si no. Ya no era una niña, era una mujer que protegería a su hermano menor por cualquier medio que fuera necesario.

CAPÍTULO 9

—Wade, ¿qué ha pasado? ¿Quién era ese hombre?

Escuchó que preguntaba su hija mayor mientras doblaba la esquina que lo llevaría al recibidor donde, efectivamente, se encontraba el hermano pequeño de Lili con la misma cara de pasmo que Jennifer y Rina.

—No lo sé. Iba camino de casa y ese tío apareció, me agarró y me metió en un coche. No sabía qué pasaba. Me tuvieron dando vueltas hasta que me dejaron aquí. Por más que intenté no me respondieron.

Un miedo visceral atravesó su cerebro. Se acercó al chico y lo tomó por los hombros.

—¿Y tu hermana?

—No lo sé. Debería estar en casa —respondió el adolescente que estaba comenzando a temblar. —¿Crees que le hayan podido hacer algo?

Sacó su teléfono del bolsillo y llamó a Lili. No hubo contestación.

—No responde.

—Papá. —Jenny leía un papel que parecía un pergamino, solo que era de un tono beige en lugar de amarillento.

—¿Qué? —Leyó lo que estaba escrito al acercarse y mirar por encima de su hombro.

Cuida de Wade.

Tengo que irme unos días.

—Esta no es la letra de Lili. —La voz de su hija mostraba todo el miedo que había empezado a sentir.

Cogió las llaves de su coche y se puso la cazadora. No había tiempo que perder.

—Cerrad todo en cuanto haya salido, ten el teléfono a mano —ordenó—. Lleva a tu hermana y a Wade a la cocina, cenad sin mí.

—¿A dónde vas?

—A casa de los Rogers.

Salió como una exhalación, alcanzó la manecilla de su coche y saltó al interior. El camino que separaba sus casas fue más corto que nunca. Tenía que verla, necesitaba saber que estaba bien, que nada le había pasado. Qué estúpido por su parte haberla dejado sola con aquella arrogante mujer que entró en su casa como si nada. Si no se hubiera sentido profundamente herido por las

palabras de Lili, si hubiera aceptado la situación y su rechazo como un adulto y no como un adolescente... Rezaba por llegar a su casa y encontrarla allí, en el despacho. Tenía que encontrarla.

Dejó el coche de cualquier forma en frente de la entrada de su casa y sin apagar el motor ni las luces corrió hacia la gran puerta. Tocó el timbre sin descanso hasta que la puerta se abrió.

—Oh, sheriff Buckard, es usted.

Frank fue el que abrió la puerta, no su mujer.

—¿Y Lili? —Entró sin esperar a que el hombre terminara de abrir o pudiera hacerse a un lado —. ¡Lili! —La llamó.

—No está aquí, Luke —Barbara Newman se encontraba sentada en una silla acolchada en un rincón del comedor, parecía un animal pequeño al que han hecho daño.

—¿Qué quieres decir con que no está aquí? —Estaba perdiendo los estribos a causa del miedo de que la mujer con la que había discutido más temprano hubiera desaparecido o a que le hubiera ocurrido algo.

—Se fue con ella. Ella se la llevó —susurró el ama de llaves.

—¿La anciana? ¿Esa mujer con la que me crucé aquí esta mañana? ¡Dime!

—Es la abuela de los chicos —respondió Frank—. Apareció aquí después del entierro del señor Rogers hablando de abogados y de dejarlos sin nada si la señorita no dejaba de pelear contra ella. Mandó al joven lejos de su hermana porque quería que su nieta fuera con ella. En cambio, la señorita Lili desapareció.

—Cinco años. —siguió Barbara—. Cinco años evitando a esa mujer. Solo lleva aquí tres días y...

—Mantengamos la calma. ¿Dónde? ¿A dónde se la quería llevar? Tal vez estén allí. Solo hay que ir a buscarla.

—No lo sabemos —repuso Frank compungido.

Vio el teléfono de Lili sobre la mesa y se abalanzó sobre él.

—Este es su teléfono.

—Sí.

—Pero nadie puede secuestrar a una chica así como así sin esperar que se interponga una denuncia.

—No lo entiende, sheriff. Lili no ha sido secuestrada. Ha ido con ella.

—¿Sin su hermano? ¿Sin su teléfono móvil? No creo que haya ido por su propia voluntad.

—Esa gente tiene formas de conseguir que uno haga lo que ellos quieren.

—¿Qué quieres decir, Barbara? —¿Cuánto frío podía llegar a sentir una persona a causa del miedo? Tanto su corazón como su cuerpo se helaron cada vez más—. ¿Lili está bien? ¿Le han hecho daño?

—Cuando te fuiste y la puerta del estudio se cerró, me preocupé. Así que me acerqué a escuchar. No es algo que haga, nunca he hecho algo así.

—¿Y?

—Al principio casi no pude escuchar nada, pero luego las oí discutir. La señora Halstrom — pronunció el nombre con asco—, le exigía que la acompañara o la obligaría. Lili se negó al principio, pero al cabo de un momento la escuché gritar el nombre de Wade y advertirle a esa mujer de que no pusiera sus manos sobre él. Minutos después se fue con esa señora y el hombre que la acompañaba.

Sabía que no se había ido por propia voluntad. Así que ese era el pretexto bajo el que había conseguido llevársela, utilizando lo que más quería, la persona a la que llevaba protegiendo toda su vida.

Golpeó la mesa con furia. ¿A dónde diablos se la habría llevado? ¿Serían realmente unos días o no volverían a verla? ¿Y si Lili conseguía zafarse y volvía a desaparecer, pero esta vez para siempre?

—Barbara, Frank, Wade está bien, está con nosotros. No os preocupéis por él. Un tipo extraño lo llevó allí y nos lo confió, también dejó una nota .

—¿Él está bien? ¿De verdad?

—Algo asustado por lo sucedido, pero sí.

—Oh, es un alivio.

—De momento va a quedarse en mi casa unos días. Si esa mujer está utilizando a Wade para coaccionar a su hermana, lo mantendremos siempre vigilado y a salvo.

—Sí.

—Voy a prepararle una bolsa con ropa. La va a necesitar.

—Gracias.

El camino a su casa nunca le había parecido tan oscuro y falto de vida, miró la bolsa de deporte que llevaba en el asiento donde unas horas antes había estado la joven ahora desaparecida.

¿Tanto poder podía tener aquella anciana? ¿Qué era lo que quería de Lili para tomarse tantas molestias? ¿No le había dicho ella que su abuela se estaba muriendo? ¿Qué diablos estaba ocurriendo?

Llegó a casa, todas las luces estaban encendidas. Entro y se encontró con cuatro pares de ojos esperando noticias. Sacudió la cabeza sintiendo la derrota aplastar sus hombros.

—Barbara ha preparado algo de ropa para ti, Wade. —Lanzó la bolsa a los pies del chico que parecía a punto de llorar.

El chico sería un adolescente, pero con el miedo y el dolor tomando cada línea de su rostro, ese que tantas similitudes guardaba con el de su hermana, como la peca junto a la nariz, parecía un niño pequeño desamparado.

Puso una mano en su nuca pretendiendo confortarle y como si supusiera un modo de sentir alguna conexión con Lili, con aquel simple gesto, rozó su peca con el pulgar.

—La encontraremos. Ella es fuerte, seguro que está bien.

—Sí.

—Mientras tanto, te quedas con nosotros. Ella querría que lo hicieras. Aquí estarás a salvo. Nadie va a hacerte daño, ¿me entiendes? —El chico respondió con la cabeza—. Bien. Todo irá bien, no te preocupes. Jennifer, tu hermana y tú dormiréis juntas, Wade puede instalarse en la habitación de Rina. O en la tuya, me da igual.

—Claro. Rina, ve arriba y dile a Wade donde puede dejar sus cosas.

—Te dejo mi cuarto —dijo la niña muy seria mientras tomaba al adolescente de la mano y lo llevaba hacia el piso de arriba.

Cuando los dos estuvieron lo suficientemente alejados Sean, que había llegado mientras él estaba fuera, y Jenny se acercaron para hablar entre murmullos para no preocupar más a los pequeños.

—¿Qué ha pasado? —quiso saber su hija mayor.

—¿Lili está bien? —añadió su prometido.

—No lo sé. Barbara dice que se fue con ellos. Pero su teléfono estaba en la mesa de la sala, así que no hay forma de que nos comuniquemos con ella a no ser que consiga acceso a un teléfono y llame.

—Pero es su abuela, ¿no? Quiero decir, no le haría daño... —comentó Sean.

—Hay muchas formas de hacer daño —espetó Jennifer a su prometido.

—Tendremos que mantener la calma y no perder de vista a Wade. No quiero que vaya solo a ninguna parte. Mañana yo estaré con él, luego tendremos que organizarnos.

—De acuerdo —respondieron a la vez con convicción.

El hecho de que un lacerante dolor estuviera partiendo su cuerpo en miles de pequeños pedazos en aquel momento era irrelevante. Debía velar por la persona a la que Lili más amaba, la persona por la que era capaz de hacer algo en contra de su voluntad con tal de mantenerlo a salvo.

El egoísmo que había mostrado esa mañana, le avergonzaba. Ni siquiera la dejó hablar, solo se fue hecho una furia y ahora tal vez no encontrara el modo de pedir perdón por sus hirientes dardos en forma de palabras. Esas palabras lo mortificaban ahora, sí había estado huyendo, pero no del modo que él creyó, no de lo que él pensaba, todo parecía indicar que se había alejado por el bien de su hermano. Todo lo que esa mujer había hecho era pensando en el adolescente que se preparaba para dormir en la planta de arriba.

Lo que estaba ocurriendo entre ellos era secundario, algo inesperado. ¿Y si lo que sentían la había afectado a ella del mismo modo que lo afectaba a él? Con el añadido de que su vida no era tan sencilla y simple como podía parecer desde fuera.

Salió a la oscuridad del porche, su lugar para poner los pensamientos atribulados en orden.

—Voy a encontrarte, Lili Rogers —prometió.

Luke no tenía por costumbre hacer promesas que no estuviera dispuesto a cumplir y aquella no sería la primera.

Después del largo vuelo nocturno, llegaron de madrugada a su destino. Allí les recogió un coche

que los llevó a un hotel donde le dieron una habitación tan opulenta como la anciana que la acompañaba. Por suerte, pensó, no tendría que compartir habitación con ella.

La suite era enorme con muchos detalles dorados, demasiados para su gusto. Cristal, madera noble y oro se mezclaban con tapizados recargados y caras obras de arte. Encontró la cama sobre la que había dispuestos un par de pijamas de alta calidad con el nombre del hotel bordado. Se desvistió para ponerse una de aquellas prendas que acariciaba su piel y sin miramientos se dejó caer en la cama con la fuerza del cansancio que sentía.

De pronto, cayó en la cuenta, allí debía de haber algún teléfono. Buscó por todas partes, pero no halló ninguno. No podía ser. Un hotel tan lujoso y que no dispusiera de un solo teléfono en la habitación. Rendida, se sentó en uno de los sillones donde se le cerraron los ojos mientras lloraba de impotencia apoyando la cabeza en sus rodillas.

Una mano en su antebrazo la despertó en estado de alerta, tomó la muñeca, la retorció y se levantó de un salto quedando por encima de la persona que tenía reducida a sus pies.

—Soy yo, señorita Rogers. —Abel hablaba con dificultad con la cara contra el suelo. Dándose cuenta de su reacción, lo dejó ir con una disculpa. El hombre se levantó y sacudió su ropa, luego recogió la agenda de piel negra que siempre llevaba del suelo.

—No tiene que disculparse. Le he traído algo de ropa limpia.

—Tengo la mía, gracias.

—Ah, verá... Se volvió sin esperar a que terminara la frase buscando el lugar donde dejó cada prenda que había vestido una sobre la otra.

—¿Qué ha pasado con mi ropa? ¡La dejé ahí!

—En la tintorería. Sarah, de la boutique del hotel ha traído algunas cosas para que pueda elegir. Tenemos que irnos en cuanto se vista.

Observó hacia la mujer que podía ver a través de la puerta abierta de su habitación, de pie junto a un perchero repleto de lo que estaba segura serían costosas prendas en mitad de la sala de estar de la suite en la que la habían alojado.

—Está bien, quiero mi ropa de vuelta hoy mismo —advirtió antes de dirigirse al perchero a buscar algo que poder ponerse. Observó por el rabillo del ojo que el hombre permanecía allí de pie sin moverse—. No voy a vestirme mientras sigas aquí. Si tanta prisa tenéis por que cumpla vuestra agenda, déjanos solas.

—Está bien, señorita Rogers. Sarah la ayudará en aquello que necesite.

En cuanto la puerta se cerró detrás del hombre sin apenas escucharse el sonido, Lili se volvió hacia la mujer y la sorprendió al agarrar sus hombros.

—¿Tiene teléfono móvil? —susurró por si el ayudante de su abuela estuviera escuchando desde el otro lado de la puerta.

—Sí —respondió la sorprendida dependienta.

—¿Podría dejármelo? Es urgente.

—Me encantaría, señorita, pero me pidieron específicamente que lo dejara abajo, en la tienda.

—¡Mierda!

—¿Se encuentra bien señorita? ¿Tiene problemas?

—Más de los que imaginas —entonces una idea cruzó su mente—. Tienes internet en la tienda o en tu teléfono? ¿Podrías enviar un correo electrónico por mí?

—Claro, señorita.

—Bien. Pero que no se entere nadie. Es muy importante, ¿de acuerdo?

Salió corriendo hacia el escritorio de su habitación, arrancó un folio del bloc de notas y utilizó el bolígrafo para escribir un mensaje a toda prisa.

Dobló el papel y se lo entregó a la chica que lo escondió en un bolsillo interno de su chaqueta, sin dudar.

—De acuerdo, ahora tengo que vestirme rápido.

—Si me permite, he visto las prendas que han llevado a la tintorería. ¿Le gustaría un *look* similar.

—Sí, por favor.

Sarah rebuscó entre las prendas y extrajo unos tejanos pitillos, unos zapatos negros de tacón bajo, una blusa holgada azul cielo y una parka verde militar.

Se vistió como el rayo, terminó de calzarse cuando la puerta se abrió y Abel hizo acto de presencia.

—Lista —dijo—. ¿Qué quiere la señora Halstrom que haga ahora? ¿Debo dar la patita, saltar a la pata coja o algo así?

—Nada de eso.

En el mismo coche privado de la noche anterior, la llevaron a una peluquería donde, por el aspecto del lugar, uno ya podía imaginar qué tipo de clientela elitista tendría. Lo único bueno que estaba resultando de aquel día era que su abuela no la estaba acompañando. El encargado de mantener la vigilancia sobre ella era Abel, su perrito faldero.

Sentada delante de uno de los puestos, le enfadó que nadie le preguntara qué quería.

—Como intentes teñirme o cortarme el pelo, pondré este lugar patas arriba —profirió su amenaza con una sonrisa estudiada de lo más dulce, consciente de que el hombre que la había llevado observaba sus movimientos desde la sala de espera.

—De acuerdo, entonces, solo el recogido —dijo la peluquera—. Pase por aquí, lavaremos su cabello y ¿qué le parece un tratamiento revitalizador para potenciar el brillo de su cabello?

—¿Tiene un teléfono móvil?

—En la sala del personal, aquí no.

—¿Podría dejarme usarlo? Tengo que hacer una llamada. —La mujer observó de reojo a Abel—. No quiero que él lo sepa. De verdad, es muy importante.

—Está bien, vaya hacia el fondo como si fuera al baño, justo enfrente verá la sala de personal, mi teléfono está sobre la encimera, es el que tiene unas orejas de conejo rosas, toda la funda es así.

—Gracias. Si pregunta, dígame que tenía que ir al baño. No tardo nada.

Siguió caminando con calma, cuando supo que no podía ser vista, entró en la sala de personal y agarró el teléfono que la mujer le había dicho, no había equivocación posible, y se encerró en el baño.

Por suerte en el lavabo había varios compartimentos, parecían los servicios de un centro comercial, pero con más *glamour*.

Se encerró en el último, el más lejano a la puerta y al encender la pantalla, respiró aliviada por no tener que introducir un código o un patrón porque no había recordado preguntarle por ello.

Marcó de memoria el teléfono de los Buckard y esperó. No hubo respuesta pero su llamada fue desviada al contestador automático.

—Wade, Jen, soy yo. —¿Qué más podía decirles? ¿Qué podía decir que no los preocupara?— He tenido que irme, estaré fuera un par de días así que no os preocupéis, ¿vale?

Escuchó la puerta abrirse y colgó a toda prisa, apagó la pantalla y escondió el teléfono entre la cinturilla del pantalón ajustado que llevaba y su estómago.

—¿Señorita Rogers?

Escuchó a Abel llamándola. Tiró de la cadena y abrió la puerta del cubículo con indiferencia. Miró al hombre que lucía una expresión de alivio y se dirigió al fregadero a lavarse las manos.

—¿Es que no puedo tener intimidad ni en el baño?

Poniéndose colorado, el hombre balbuceó una disculpa y salió a toda prisa. Cuando volvió con la mujer que se había presentado como estilista, le puso una toalla en los hombros y una larga bata negra que le cubría hasta las rodillas. Aprovechando la amplitud de la prenda, extrajo muy despacio el teléfono de la mujer y con disimulo se lo devolvió echando el brazo hacia atrás. Ella lo cogió al tiempo que se agachaba para coger un bote de champú.

—¿Ha podido hacer la llamada? —susurró.

—Sí, gracias, aunque no he tenido demasiado tiempo.

—Lo sé, se empeñó en ir tras usted, no pude pararlo.

—Muchas gracias. De verdad.

Las manos de la estilista volaban entre su cabello, la mujer realizó un semirecogido con una trenza que ordenaba su pelo hacia atrás y terminaba en un moño con forma de rosa cuyo tallo caía por encima de su hombro izquierdo. Algo sencillo y al mismo tiempo espectacular.

Abandonaron el salón de belleza y su estómago comenzó a rugir, ni sabía cuántas horas llevaba sin comer. En el hotel no pudo tomar ni un triste desayuno y en la peluquería le ofrecieron café, nada más.

Para su alivio y el de su estómago, su siguiente parada fue un restaurante.

Dejó a Wade en el instituto aquella mañana, la verdad era que el chico estaba llevando aquello mejor de lo que pensaba. Trató de imaginar qué podría estar pasando por su cabeza y ninguna de las opciones era alentadora.

Pensó en ese chico al que, de un momento para otro, alejaron de su hogar, de su familia y de sus amigos y metieron en un lugar desconocido, un internado. Cuanto más lo pensaba, más furia sentía. ¿Cómo había permitido que ocurriera aquello cuando los Rogers habían sido tan cercanos? ¿Cómo no vio lo que estaba sucediendo?

No tener noticias del paradero de Lili era insoportable, al margen de lo que sentía por ella, Luke quería su bienestar por encima de todo. Tenía muy claro que si volvía a ver a aquella anciana escucharía lo que tenía que decirle.

Dio vueltas vagando por los alrededores del pueblo, intentando aclarar sus ideas y alejar los fantasmas de lo que podría ocurrir si no regresaba esta vez.

Él aceptaba sus sentimientos por ella, más allá de los años que los separaban, más allá de lo que los relacionaba con los demás, por primera vez en su vida, su cabeza, su cuerpo y su corazón tiraban de él en una misma dirección. Y si no podía estar con Lili, sí podía velar por ella y por sus seres queridos.

Aparcó en el camino de entrada de su casa, podía escuchar el sonido del teléfono de casa mientras buscaba las llaves en el bolsillo, su móvil empezó a vibrar y a sonar también. Como un resorte se lo llevó al oído.

—Sheriff Buckard.

—¡Wow! Qué velocidad. —Se trataba de Megan—. Llamaba para ver cómo te encuentras, jefe. ¿Estás bien para volver mañana?

—¿Dos días en mi sillón y ya quieres quitarme el puesto, agente Prim? —Bromeó.

—Puedo esperar a que te jubiles —continuó ella.

—Seguro. Mañana empezaré mi turno sin falta, así que nada de acomodarse en mi oficina.

—De acuerdo, jefe. Nos vemos mañana.

El tono bajo que utilizó la mujer para despedirse, chirrió en su cabeza. Entonces recordó lo que Lili le dijo después de conocerla. ¿Podría ser que tuviera razón?

Fue al teléfono que se encontraba en la sala, no sin antes echar un vistazo a su reloj, pronto terminarían las clases y debería ir a buscar a Wade en el instituto, la luz parpadeaba indicando que había nuevos mensajes. Miró las llamadas entrantes, excepto un número, reconoció el resto en seguida. Anotó aquel teléfono desconocido en la libreta que tenían junto al teléfono y se dispuso a escuchar los mensajes.

Después de escuchar dos mensajes de su hija Jennifer respecto a que llegaría a casa para hacerle la comida y otro en el que decía que se iba y que había dejado su plato cubierto en la nevera, saltó un nuevo mensaje, el más reciente.

Wade, Jen, soy yo. He tenido que irme, estaré fuera un par de días así que no os preocupéis, ¿vale?

La voz de Lili salió del aparato sorprendiéndolo. Volvió a escuchar los detalles de la hora de llamada. Maldijo su suerte al comprobar que debía tratarse de la llamada que escuchó cuando

estaba llegando hacía solo un momento y que dio por perdida al pensar que quién llamaba a su teléfono móvil podía ser ella.

Marcó el teléfono desconocido en el aparato y esperó. No hubo respuesta. Siguió llamando hasta que fue el momento de ir a por el hermano de la joven que se las había ingeniado para llamar. Debido al tono bajo de su voz, como si temiera que alguien la descubriese, dedujo que no debió ser fácil encontrar la forma de llamar y por la forma abrupta en que terminaba la corta llamada, con un ruido de fondo previo, era fácil pensar que tal vez alguien la hubiera descubierto.

Prefirió guardar la información acerca de ese mensaje para él, aunque sí le diría al preocupado adolescente que su hermana había llamado y que se encontraba bien.

Ella lo había hecho. Había llamado. Sonrió orgulloso.

Esperó en la misma puerta del instituto a que el chico saliera, en cuanto lo vio subió al coche despidiendo a sus amigos.

—Eh, colega —golpeó su hombro, no podía evitar estar contento por haber recibido noticias—. Tu hermana ha llamado.

—¿De verdad? ¿Cómo está? ¿Está bien? ¿Dónde está?

—Te manda saludos y dice que quiere que sepas que está bien y que solo estará fuera un par de días.

—¡Genial! ¿Puedo hablar con ella?

—Lo siento, no he conseguido volver a contactar con el número que ha utilizado. Pero, eh. ¿Son buenas noticias o son buenas noticias?

—Sí. —La sonrisa aniñada y feliz en su rostro era más que suficiente para él.

Esa noche, después de la cena en la que sus hijas, su futuro yerno y Wade mantuvieron una animada charla tras conocerse la llamada de la joven, Jennifer quiso hablar con él en privado en cuanto los niños se fueron a dormir y su prometido se despidió para ir a casa.

—¿Qué pasa? ¿Qué ocurre? ¿Por qué de pronto estás tan nerviosa?

—Lili ha enviado un mensaje.

—Sí, ya lo sé.

—Ese no. Otro. He recibido un correo electrónico, fue directo a la bandeja de *spam* por lo que no lo he visto hasta esta tarde.

—¿Cómo dices? Déjame ver.

Su hija fue en busca de su ordenador portátil, se sentaron juntos en el sofá de la sala poniéndolo en la mesa de centro. Abrió la aplicación y buscó el mensaje. La dirección de correo les era desconocida. En el asunto se leía: Lili Rogers.

Más abajo podía leerse el mensaje que les había hecho llegar.

Querido Wade y familia Buckard,

Un asunto inesperado me ha obligado a dejar la ciudad un par de días, volveré cuanto antes.

Hermanito, cree que no quería tener que hacerlo, pero pronto estaré contigo.

Pórtate bien con Jen y los demás. Sheriff, Jen, gracias por cuidar de mi hermano mientras estoy fuera.

Espero no haber causado demasiados inconvenientes.

Prometo compensaros a todos. Besos y abrazos, Lili.

—¿Crees que sea ella de verdad? —Jennifer manifestó sus dudas.

—¿Quién más, habiendo sido obligada a irse de la noche a la mañana trataría de tranquilizaros a ti y a Wade y se disculparía por ello?

—Lili.

—Exacto. Es más, creo que ella sabe la forma en que el chico llegó. No quiere que su hermano se preocupe, por eso ha enviado esto, sabrá Dios cómo.

—¿Entonces, se lo enseño?

—¿A quién? ¿A Wade? Deja, yo lo haré.

Esa chica, pensó algo más tranquilo mientras subía las escaleras con el portátil entre las manos, sería capaz de atravesar un infierno sonriendo con tal de que ni su hermano, ni su mejor amiga se preocuparan.

CAPÍTULO 10

Después de comer platos que parecían tan solo una muestra de un plato real y más grande, pasó la tarde en un salón donde le hicieron la manicura y la pedicura después de que masajearan sus pies y sus manos. Abel la acompañaba, regresaban a su habitación en el ascensor.

Se detuvo delante de su puerta con la tarjeta de su habitación en la mano.

—¿Es que vas a seguirme dentro? ¿Qué puedo hacer? ¿Escapar por la ventana? —Dejó que el sarcasmo tiñera sus palabras.

—Dentro se encuentran nuestros atuendos para esta noche.

—¿A qué te refieres?

El hombre la invitó a abrir en lugar de responder.

En efecto, en la sala de la suite había unos lustrosos zapatos negros de vestir masculinos delante del sillón, al lado había un perchero dorado del que colgaban dos grandes bolsas portatrazes. Abrió la primera y se encontró un esmoquin de líneas rectas. Al abrir la segunda bolsa, halló un vestido de gasa verde coral.

—Creo que esto también es suyo.

Abel le mostró una caja. Lili la abrió y encontró unos zapatos de noche del tono exacto de verde del vestido.

—¿Qué es todo esto?

—La ropa que debemos llevar esta noche. Lo llevaré al dormitorio. Yo me cambiaré aquí. Salga cuando esté lista.

A punto de perder la paciencia, se encerró en su cuarto, no le concedería a su abuela el gusto de dar rienda suelta a su mal genio destrozando la habitación. En cambio, se desvistió y se puso el dichoso vestido que le llegaba a la altura de las rodillas. Con dificultad subió por completo la cremallera de la espalda. El vestido no era feo y junto con el peinado, se veía bonita al mirarse en el espejo. Tenía una apariencia de túnica romana, que resultaba agradable a la vista, con un escote en uve que realzaba sus pechos. Como para acentuar la cintura había un pañuelo del mismo color que el resto del vestido que no supo cómo atar. Cuando terminó de vestirse comprobó que había aun otro trozo de la misma gasa en la bolsa.

Escuchó la llamada de unos nudillos en la puerta.

—Señorita Rogers, la maquilladora ya está aquí. ¿La dejo pasar?

—¿Y si no quiero maquillarme? —preguntó a su vez.

En lugar de recibir una respuesta, la puerta se abrió discretamente y una mujer ataviada con un sencillo conjunto todo terreno apareció con un carrito que era en realidad un maletín repleto de cosméticos.

La mujer se presentó como Andrea y fue ella misma la que anudó el lazo de su vestido y le enseñó que la prenda restante se llevaba en realidad o en los hombros o alrededor de los codos, ofreciendo una sensación etérea.

—No quiero tener que estar toda la noche con los codos hacia afuera, parecería una gallina. ¿Si la paso por encima de mis hombros puedes anudarla detrás?

Después de solucionar los temas de vestuario, la mujer la maquilló en un periquete. Por suerte estuvo de acuerdo con ella en que debía lucir una apariencia natural. Cuando vio el resultado en el espejo, le encantó.

—¿Puedo hacerle una foto cuando se ponga los zapatos?

—¿Con su teléfono móvil?

—Ajá.

—Por supuesto. —Se puso los zapatos de noche y posó para la mujer que sacó fotos de su rostro y de cuerpo entero—. ¿Puedo pedirle un último favor?

—Sí, claro.

—¿Puede enviarme esas fotografías?

—Encantada.

Lili le dio su número de teléfono y observó como la mujer enviaba las fotografías, eran muchas así que esperó que el sonido de los mensajes alertara a Frank o a Barbara, supuso que a esas alturas ya habrían encontrado su teléfono.

—Ay, se me olvidaba, dejé mi teléfono en casa. ¿Le importa si llamo para comprobar que esté allí? Seguro que mi hermano lo ha encontrado.

—Ah, sí claro. Tenga.

—Si me disculpa.

Fue al baño donde se encerró, marcó su número de teléfono y cruzó los dedos mientras esperaba que alguien respondiera.

El sonido de un mensaje recibido empezó a sonar, lo hizo varias veces seguidas. Luke miró su teléfono, pero no tenía nuevas notificaciones. Una luz prendió en su cerebro y fue a la sala donde había dejado el de Lili, junto al fijo de casa. Encendió la pantalla, aunque, por desgracia se encontró con que le pedía un código de desbloqueo.

Frustrado por no poder ver quién enviaba tantos mensajes, decidió salir al porche. Hacía bastante que todos se habían acostado ya, pero él no podía dormir. No podía olvidar su rostro la última vez que la vio, cuando se fue enfadado de su casa.

De pronto, el aparato que había llevado consigo comenzó a sonar, un número que no estaba grabado en la agenda apareció en la pantalla. Descolgó sin estar seguro de a qué atenderse.

—¿Diga? —Su voz salió casi sin fuerzas.

—¡Oh, menos mal! —Exclamó aliviada una voz femenina nada más responder—. ¿Frank?

Un momento, ¿podría ser que...?

—¿Lili?

—Sí, soy yo. ¿Luke? ¿Eres tú? ¿Cómo es que tienes tú mi teléfono?

—Lili, por Dios —respiró aliviado sintiendo el nudo que se había instaurado en su pecho aflojarse un poco—. Estábamos muertos de la preocupación. ¿Cómo estás? ¿Estás bien?

—Estoy bien, pero no sé por cuánto tiempo puedo hablar. Ahora mismo acaban de terminar de prepararme y debo salir ya.

—¿Salir?

—Sí, no sé a dónde me llevan, a juzgar por lo que me han hecho ponerme debe ser algo importante.

—¿Ponerte?

—Sí, he convencido a la maquilladora para que me deje usar su teléfono y llamar. Ha enviado las fotos, pensé que el sonido haría que alguien prestara atención.

—Ha funcionado, pero no conozco tu contraseña.

—Tres, tres, trece.

El día de la muerte de su madre, recordó al instante.

—Es el día...

—Lo sé.

—Llaman a la puerta. Tengo que irme —apresuró.

—¡Espera! Recibimos tus mensajes. —Tenía que saber que les habían llegado y que todo estaba bien—. Wade está bien, es un chico fuerte, como su hermana.

—Gracias por cuidar de él.

—¿De verdad estás bien? —murmuró.

—En realidad he estado todo el día con Abel y no con la abuela. No puedo decir que me hayan tratado mal, aunque preferiría estar en casa y no aquí haciendo quién sabe qué. Ella dijo que, como su heredera, había cosas que tenía que hacer y gente que conocer, así que imagino que de eso va el juego.

—Está bien. Llama otra vez cuando puedas, llevaré tu teléfono encima.

—¡Ya voy! —dijo a alguien que parecía llamar de forma insistente a la puerta de donde fuera que se encontrara—. Luke...

—¿Sí?

—¡Espera! ¡No!

La llamada se colgó después de aquellas exaltadas palabras.

—¿Lili? ¿¡Lili!?

Estaba bien, se dijo. Respiró hondo tratando de aplacar su preocupación. Nadie le haría daño, estaba con su familia, al fin y al cabo. Ella misma le había dicho que la estaban tratando bien.

Entonces recordó los mensajes que habían estado llegando y que Lili confirmó, eran de ella.

Desbloqueó el teléfono con el código que le había dado y buscó los últimos mensajes. Eran todo fotografías suyas, como había dicho. Estaba preciosa.

Llevaba un peinado un tanto extraño, no obstante el recogido le sentaba bien, especialmente cuando su melena caía sobre el hombro. El vestido se veía caro, se preguntó cuantos meses de su sueldo podría costar. Continuó pasando fotografías hasta que una lo detuvo.

Era un primer plano de su cara. Lucía una ligera sonrisa en los labios, podía verse que estaba maquillada, sin embargo era tan ella, tan natural que solo acentuaba su belleza. Envió esa imagen a su propio teléfono.

¿Qué sería lo que había estado a punto de decirle antes de que la interrumpieran y se cortara la llamada?

Fuera lo que fuera que su abuela la estuviera obligando a hacer, sin duda ponía de manifiesto las diferencias entre sus mundos. Poco después se metía en la cama, puso su teléfono de pie en el cargador que tenía en el despertador en su mesita de noche y dejó en pantalla la fotografía del rostro que lo perseguiría allá donde fuera.

Al día siguiente, su falta de sueño se manifestó en forma de ojeras. Puso el teléfono de la joven en su bolsillo de la camisa por si llamaba o se comunicaba en cualquier momento.

Llevó y recogió a Wade del instituto en el coche patrulla y para cuando terminó su turno, todavía no había noticias de ella ni en uno ni en otro teléfono. Tampoco volvieron a recibir ningún mensaje por otros medios.

En la cena mostró las fotografías del teléfono de la joven a su hermano y a sus hijas, para que pudieran comprobar por sí mismos que nada malo le había ocurrido.

—¿Crees que volverá pronto? —El adolescente parecía necesitar a su hermana tanto como ella lo necesitaba a él.

—Es lo que ella ha dicho. ¿Te ha mentado alguna vez o ha faltado a su palabra?

—No. Nunca.

—Entonces no tienes nada que temer.

—Ella estará aquí pronto. —Jennifer trató también de animar al chico—. No puedo casarme sin mi dama de honor —añadió con una sonrisa para rebajar la tensión del ambiente.

La cocina se llenó de risas. Aquella situación los había tomado a todos por sorpresa y ninguno parecía saber muy bien cómo debía sentirse. La broma de su hija sirvió para distender el ambiente que se encontraba en una calma tensa.

—¿Me puedes explicar qué narices estoy haciendo aquí y por qué no ha venido la misma Aleida Halstrom? —susurró furiosa al oído de Abel quien sostenía su brazo en la gala a la que la hicieron asistir ese día.

La pasada noche tuvo que ir a una cena de gala donde se recogían fondos para un museo, donde el donativo era el precio del cubierto. Prohibitivo, si le preguntaban. En cambio, hoy la habían

hecho acudir a una subasta y a la posterior gala de no recordaba qué asociación.

Por supuesto, llevaba un vestido y un peinado completamente diferentes de la noche anterior, hoy habían dejado su cabello suelo y habían hecho unos rizos que recordaban las olas del mar. Tanto la noche anterior como en ese momento, Abel la llevaba de un grupo de personas a otro, susurrándole nombres al oído y presentándola. Le dolía la mano de tanto estrechar las de otros. Odiaba ese ambiente, todo tenía una pátina de oro o de plata, pero solo era una excusa para mirar al resto del mundo por encima del hombro. No sabía quién era esa gente ni quería saberlo. Quería volver a su casa con su hermano y ocuparse de los negocios de su padre y de sus inversiones.

—Ella tenía otros asuntos que atender. Por eso la envía a usted, su nieta, como su representante.

—Déjate de milongas. Eso puede colar con esta panda de ricos aburridos, pero conmigo no.

—Alégrese, después de la cena de esta noche, podrá irse.

—¿Así, sin más? ¿Sin trucos ni trampas?

—Sin trampa ni cartón.

—Genial. No creo que pudiera soportar llevar estos vestidos sin gritar mucho más tiempo.

—Pues si estos vestidos le producen esa sensación, espere a ver el de esta noche.

—¿Qué quieres decir?

El asistente de su abuela solo rió y continuó llevándola de un grupo a otro, donde todos parecían conocer y respetar el apellido Halstrom de su abuela. Que su nombre fuera Rogers no era más que papel mojado, para esa gente llevaba la sangre de Aleida y era, por tanto, una de ellos.

Después de ponerse el vestido para aquella noche, recordó la risita de suficiencia de Abel y se recriminó en voz alta.

—¿Por qué? ¿Por qué diablos pregunté? ¿Tengo que llevar esto? —preguntó al hombre al otro lado de la puerta.

—Así es.

—Pero es... Obsceno. —Fue la palabra que le vino a la mente después de verse en el espejo.

Era un vestido de noche azul marino con pedrería negra, de una exquisitez absoluta, con los hombros al aire y escote en forma de corazón.

—Ese vestido está hecho para usted, señorita Rogers.

Abel apareció detrás de ella mientras se miraba en el espejo y colocó sobre sus hombros una especie de estola de pelo blanco.

—¿Qué haces? ¿Qué es eso?

—Una estola.

—¿Eso es piel de verdad?

—Por supuesto, de la más alta calidad.

—¡Ugh! ¡Quítamelo! Quítame eso de encima. ¡No pienso llevar ningún bicho muerto!

—Está bien, está bien. Nada de pieles.

La fiesta de aquella noche fue igual de larga e insoportable que las anteriores, con el añadido de que allí no había un lugar donde poder sentarse.

Lili mantenía su cabeza puesta en que después de esto podría irse y dejar todo aquello atrás. Las charlas insustanciales con unos y las miradas peyorativas por parte de aquellos acaudalados tipos cuando participaba en conversaciones de negocios. Al ver que se trataba de una mujer y tan joven, ninguna de sus palabras era tomada en consideración. Nunca había soportado a la gente que menospreciaba a los demás por lo que tenían o dejaban de tener, pero lo peor, dentro de aquella clase de personas, era el comportamiento de algunos hombres hacia las mujeres. Parecían pensar que no servían para nada más que para gastar el dinero de sus fortunas y poco más.

No le sorprendía que su madre hubiera querido dejar todo aquello atrás.

Pensando en su madre y en la vida que había elegido junto a su padre, se encontró a bordo de un avión. Ni siquiera quiso pasar por el hotel a cambiarse. Quería regresar cuanto antes al hogar del que la habían arrancado.

Se despertó tan pronto como el avión tocó tierra. El cansancio del ajetreo del último día y medio le había pasado factura. Le sorprendió saber que era más pronto de lo que creyó que sería.

Abel continuaba acompañándola y seguía sin conocer el paradero de su abuela quien no había dado señales en todo el fin de semana, una pequeña parte de ella se preocupó, pero otra, la mayor parte, se alegró íntimamente de no haberla visto.

Subieron al coche que los esperaba y con estupor vio que cargaban una maleta y unas bolsas porta-trajes en el maletero.

—¿Te mudas? —Preguntó al hombre que había sido su guía y carcelero aquel fin de semana.

—Es su ropa.

—¿Mi ropa? Que yo sepa la ropa que llevaba cuando me fui no ocupaba tanto.

El hombre rió y cuando el chófer ocupó su asiento, le dio la dirección de su casa.

—No. A casa de los Buckard. Mi hermano está allí.

—¿Y sus cosas?

—Puedes dejarlas en la entrada de mi casa o puedes tirarlas. Me da igual. Ah, y Abel, dile a la señora Halstrom que si vuelve a intentar algo como esto o amenaza a mi hermano, utilizaré todo lo que tengo para hundir el apellido de su familia y su buena reputación.

—Transmitiré su mensaje.

A pesar de ser más pronto de lo que esperó al aterrizar, era noche cerrada; el coche la dejó en el camino de entrada de la casa de su amiga con aquel vestido de noche, los zapatos de charol negros de tacón de aguja y un minúsculo bolso.

No pensó en la forma de entrar hasta que el coche desapareció calle abajo. Respiró hondo y comenzó a caminar hacia el porche. Entre las sombras distinguió una figura que se encontraba junto a las escaleras. Cuando sus ojos se habituaron a la oscuridad, pudo distinguir que se trataba de un hombre.

—¿Luke? —preguntó solo para estar segura.

—Has venido.

—Dije que lo haría.

Continuó caminando hasta situarse al pie de los escalones. Él bajó y se quedó en el último peldaño.

—¿Qué llevas puesto?

—¿Esto? He tenido que asistir a otra fiesta antes de poder volver. Quería llegar cuanto antes así que ni he pasado por el hotel a cambiarme antes del vuelo.

Sus pasos terminaron justo delante de la escalera.

—No estoy seguro de que no seas una aparición —susurró él estudiando su rostro.

—No lo soy —aseguró.

De pronto los labios del hombre estaban sobre los suyos, sus brazos le ofrecían el calor que tanto añoraba y necesitaba. Había anhelado de una forma tan descarnada esa sensación que no dudó sumergirse en ella.

—Estás helada —dijo el policía al acariciar sus hombros—. Vamos dentro.

Lili se quitó los zapatos y los cogió entre los dedos de una mano, Luke entrelazó sus dedos con su mano libre y así, cruzaron la puerta, él echó la llave y luego, lo siguió escaleras arriba procurando no pisar el bajo del vestido y caer en medio de un estrépito.

En la planta de arriba, la guió hacia la puerta que se encontraba más alejada del resto, más allá del baño principal.

Sin encender las luces, cerró la hoja de madera sin hacer ruido y allí la rodeó entre sus brazos.

—Casi me volví loco cuando desapareciste. En verdad no sentía nada de lo que dije la otra vez. Lo siento. Perdóname. Lo siento mucho —habló sin dejarla interrumpir.

Su beso, su calor, sus palabras eran exactamente lo que necesitaba, el bálsamo que cubría cada minuto de incertidumbre.

—Soy yo quien lo siente. Tú... tenías razón. Estoy asustada —confesó—. De esto, de ti... De mí. No comprendo cómo puedo sentir algo tan fuerte que, si no es en tus brazos, no existe el calor en otro lugar.

En la oscuridad de la habitación, entre susurros se dijeron con palabras y caricias aquello que escondían del resto de miradas a la luz del día. Los labios se encontraron y las manos comenzaron una exploración que los llevaría a conocer cada sombra y cada matiz, cada monte y cada valle.

El vestido cayó al suelo, allí dejó también los zapatos que no hicieron ruido al caer sobre el mullido tejido. La sudadera de Luke y su camisa desaparecieron mientras trataba de adaptarse a la falta de luz para poder absorber todo de él con sus propios ojos. Inquietas, sus manos se afanaron en conocer cada centímetro de su torso, de sus hombros, los surcos y relieves de cada centímetro de su pecho... La boca del policía estaba haciendo estragos en su cordura, besaba su clavícula y lamía su cuello con diligencia hasta que inició un camino sin retorno por el valle

entre sus senos.

La alzó sin esfuerzo y al bajarla fuera del círculo que la suntuosa prenda que había llevado puesta hacía tan sólo unos instantes formaba delante de la puerta cerrada, sus cuerpos se acariciaron el uno al otro. Las manos de Luke asieron su cara con delicadeza y su frente sintió todo el calor depositado en un beso antes de que la cabeza de él substituyera a sus labios.

Lili acarició el anverso de sus manos, dejando allí las suyas.

—Solo tengo fuerzas para preguntar esto una vez —anunció él con la respiración tan entrecortada como erráticos eran sus latidos—. ¿Estás segura?

Las palabras no eran capaces de contener todo lo que su mente quería expresar, en lugar de usar su voz optó por acariciar su rostro con ternura como respuesta, y del mismo modo su boca fue al encuentro de la de él.

Probándose, lamiéndose, comiéndose, enredándose, las avariciosas bocas hallaron el lugar del que nunca quisieran alejarse, el lugar al que regresar para guarecerse de las inclemencias de la vida.

Besar no era suficiente, nunca sería suficiente cuando se tratara de él y de ella. Poco a poco, sin pasar por alto un solo centímetro de la piel del otro, cada vez se encontraban más cerca de la cama.

Despacio, como hacían todo cuando se trataba de ellos, saboreando cada paso, cada respiración sostenida, cada sensación contenida en el descubrimiento del placer propio y ajeno; terminaron recostados sobre el colchón que los acogió como el primer y último refugio de sus más hondos deseos.

Tiró de la cintura elástica del pantalón de deporte que él aún vestía, con ayuda de piernas y manos se deshicieron de la prenda, Luke apoyó un codo en la almohada y acarició su rostro mientras se besaban intensa y ardorosamente.

—No tengo preservativos —murmuró ella recordando que en aquel pequeño bolso ni siquiera pudo llevar un bolígrafo o su cartera.

—Yo sí.

—¿Sí?

—En el cajón de la mesita —confirmó.

—No estarán caducados, ¿verdad?

—¿Caducados? Te voy a enseñar yo... —Le hizo cosquillas a los costados—. Caducados...

—Shhh... Vale, vale. Era una broma. No me hagas reír o despertaremos a todos.

Él abrió el cajón de la mesita sin dejar de mirarla y dejó caer encima de la mesa tres pequeños sobres cuadrados cuyo contenido era evidente.

—¿Tres? —Arqueó una ceja—. ¿No está siendo muy presuntuoso, sheriff?

—Nos ha salido cómica, ¿eh, señorita Rogers?

Con movimientos enérgicos le arrebató el sostén y bajó su ropa interior deslizando la prenda por sus piernas mientras se ponía en pie junto a la cama y se despojaba de los bóxers que llevaba.

Incluso en las sombras que los rodeaban, podía distinguir la belleza del cuerpo masculino, Lili alargó una mano para tocarlo, encontró un muslo duro y firme que recorrió con las yemas mientras él abría uno de aquellos preservativos y se lo colocaba dejando su mano resbalar por la rugosa superficie de su miembro erecto.

Se mordió el labio, no podía esperar más a sentir todo aquel cuerpo encima del suyo, frotándose, amándose... No podía contener por más tiempo las ganas de sus muslos de tenerlo allí hasta que fueran una sola respiración, un solo latido, un mismo placer.

CAPÍTULO 11

La mano de Lili acariciaba su muslo en tensión por el esfuerzo de autocontrol que estaba realizando con tal de no caer sobre ella como un animal salvaje y famélico que ha encontrado el más dulce y abundante banquete.

El preservativo estaba colocado, su pene listo, pero su cerebro aún debía procesar aquella imagen, la de un ser celestial en su cama, presta a entregarse al placer que un hombre pudiera proporcionarle, dispuesta a compartir sus secretos mejor guardados con un pobre diablo como él.

Disfrutaba de aquella visión que exacerbaba sus sentidos, ella tomó su mano y se acarició el rostro con la palma ardiente, deseosa de tomar mucho más de lo que su ángel pudiera pensar en obsequiarle.

Volvió a colocarse encima, como antes, sus brazos lo recibieron como el regalo más deseado una mañana de Navidad. Con devoción, adoró cada parte de su cuerpo y con un hambre insaciable que no hacía más que crecer tomó su boca de nuevo y mientras sus lenguas se movieron al compás, la mano firme de la mujer guió su dureza hasta el lugar donde nacían y morían los más alocados deseos.

Entró en ella sin prisa, amando cada segundo como hacía con cada milímetro de su cuerpo que lo recibió gozoso, expectante, hambriento.

Sus movimientos, besos, sus latidos y cada nueva bocanada de aire se acompasaron a la del otro. El placer danzaba en el aire, pertrechándose, creciendo y alcanzando cotas insostenibles por el cuerpo humano hasta que, en un anunciado a la par que esperado instante, notó a la mujer constreñir su miembro y apretar brazos y piernas alrededor de su cuerpo al tiempo que ahogaba un grito mordiendo su pecho por encima del pezón y clavaba las uñas en su trasero; en ese momento conoció el más exquisito y puro éxtasis que un hombre podía llegar a conocer en toda su existencia.

Enterró la cara en su cuello y repitió su nombre una y otra vez como si aquello se tratara de un sueño y ella fuera capaz de desvanecerse, porque así lo sentía. Lili Rogers era un sueño que nunca se atrevió a tener.

Los restos del placer perduraron en él más que ninguna otra vez, disfrutó de aquel regalo del mismo modo en que había hecho el amor con ella, sin urgencia ni impaciencia, aquello era algo digno de saborear con cada célula de su ser.

Si no fuera porque debía deshacerse del preservativo, se quedaría como estaba en aquel

momento, enterrado en lo más profundo del cuerpo de su mujer.

Entre largos y húmedos besos, se distanció lo justo para retirar el látex sin problemas y desecharlo debajo de la mesita.

Continuaron amándose con lánguidas caricias y sugerentes besos hasta que los alcanzó el amanecer y se dieron cuenta del hecho de que una noche podía no ser suficiente para contener todo aquello que tenían para ofrecerse. Ninguno deseó que lo hiciera, pero su noche de amantes debía encontrar el camino de vuelta a la realidad de sus vidas.

—Se ha hecho de día —pronunció en un murmullo.

—Sí. Desearía que aún estuviera oscuro ahí fuera —reconoció ella.

—Y yo. Así podría seguir haciendo el amor contigo. —Mordisqueó sus labios—. Pero será mejor que me levante y vaya al sofá por si alguien despierta más temprano de lo normal.

—De acuerdo.

Abandonando el calor de su cuerpo por última vez aquella larga noche, se levantó también de la cama. Dejó caer el preservativo junto a los demás y caminó hasta la cómoda donde guardaba su ropa, extrajo un conjunto deportivo de color gris claro y una camiseta de manga corta, azul marino y los dejó a los pies de la cama.

—Puedes ponerte esto cuando salgas. Será mejor que eso. —Lanzó una mirada al escandaloso vestido que había llevado cuando llegó por la noche.

La mujer en su cama estiró los músculos, parecía un gato satisfecho después de haberse dado un festín, como si de una llamada a las armas se tratara su cuerpo reaccionó al instante y sin necesidad de nada más, ya estaba listo para ahondar en los recovecos del más profundo placer donde podrían perderse durante horas.

A toda prisa, antes de que sucumbiera a la tentación, buscó la ropa que se había quitado horas antes y se la colocó en un santiamén antes de abandonar la habitación, no sin probar por última vez los labios de la mujer que, sin pretenderlo, había alcanzado una parte de su ser que ni él conocía.

Bajó y se tumbó en el sofá con las manos detrás de la cabeza, agradeció al cielo por ser aquel el primer día de un fin de semana que tendría libre y podría permanecer en casa. A pesar de no haber sentido cansancio o fatiga mientras estuvo en los brazos de Lili, su cuerpo comenzaba a acusar los estragos de una noche sin dormir y de un ejercicio continuado. Ni en sus más alocados sueños, ni en sus años de juventud, hizo tantas veces el amor en una noche. Y lo mejor de todo era que apenas tenía sueño.

Tras dormitar una hora o dos, ruido de platos proveniente de la cocina lo despertó. Fue a ver quién estaba levantado y se encontró a Rina sentada en la mesa mientras Jennifer preparaba el desayuno, poco después Wade bajó las escaleras bostezando.

—¿Has dormido en el sofá, papá?

Fue hasta la encimera a por una taza para servirse café del que había recién hecho. Cogió dos.

—Sí —respondió con monosílabos. Era la mejor forma de no quedar al descubierto.

—¿Y eso? ¿No podías dormir?

Rellenó una de las tazas, luego la otra. Y se dio la vuelta para apoyarse en la encimera.

—No exactamente.

Entonces la vio, bajando los últimos peldaños, llevaba puesta la ropa que le había prestado. Estaba preciosa a pesar de que la camiseta, la sudadera y los pantalones le fueran grandes y tuviera los pies descalzos. Así, con el cabello ligeramente revuelto, era aquella una estampa que quería mantener en su mente como una diapositiva permanente.

El silencio reinó por un segundo y los ocupantes de la cocina parecieron sentir la nueva presencia porque sus cabezas se volvieron hacia las escaleras de forma secuencial y de pronto, el ruido de sillas arrastrándose, de utensilios chocando contra mármol y cortos gritos de alegría ocupó el espacio.

Wade fue el primero en abrazar a su hermana, sus hijas lo siguieron de cerca.

—¡Estás aquí!

—¿Cuándo has llegado?

—¡Lili!

Las reacciones eran de lo más comunes después de lo que habían pasado y las preguntas y exclamaciones de unos y otros se mezclaban en una suerte de maraña que quedaba sin respuesta por el momento.

—Está bien, está bien. —Trató de imponer cierta calma y orden. Recogió las tazas que había dejado en la encimera y caminó hacia ella—. Tenéis que dejarla respirar—. Poco a poco los brazos a su alrededor se fueron soltando. Le dio uno de los cafés que todavía humeaban—. Llegó anoche. Tarde —aclaró.

—Sí. Era muy tarde, pero quería regresar cuanto antes.

—¿Por qué llevas puesta la ropa de mi padre? —Rina y su curiosidad cualquier día lo pondrían en un aprieto.

—Porque tenía tanta prisa por venir que al acabar el último evento al que tuve que asistir, cogí el vuelo sin cambiarme. Y todo lo que llevaba era un vestido de noche. ¿Te imaginas que bajara a desayunar con él puesto?

Su hija de once años arrugó la nariz.

—No. Sería raro.

—Mucho —secundó él que le había visto puesta esa prenda.

—Podrías ponerte algo mío —propuso Jennifer.

—No, déjalo —descartó Lili—. Esto es cómodo. Ya me cambiaré en casa. Gracias, Jen. Wade, ¿todo bien?

La joven puso una mano en el hombro de su hermano, él respondió con un ligero movimiento de cabeza, parecía a punto de romperse. Como si leyera lo que el chico necesitaba exactamente, lo atrajo hacia sí en un apretón de un solo brazo pues tenía el café ocupando su otra mano.

—No volverán a molestarte nunca más. Ya me he encargado de eso ¿de acuerdo? —El

adolescente lloraba contra el hombro de su hermana—. Debiste pasar mucho miedo. Lo siento, lo siento mucho.

—Vamos, no fue culpa tuya. —Intentó rebajar la responsabilidad que ella estaba tomando por lo sucedido.

—Sí, en cierto modo lo fue. Desafié al apellido Halstrom —explicó—, aunque fueron demasiado lejos. Pero eso ya pasó ¿me oyes? —Miró a su hermano a la cara—. Nada de esto volverá a suceder.

Con aquella promesa que él estaba dispuesto a ayudar a cumplir, la normalidad retornó y desayunaron todos en la cocina, Lili ocupó el asiento contiguo al suyo en la mesa y, aunque nadie lo adivinaría por su comportamiento con el resto, por debajo de la mesa, sus pies se acariciaban el uno al otro buscando el contacto que ansiaban.

—¡Dentro! Otra canasta de la gran Lili Rogers... El público vitorea su nombre.

Desde que habían vuelto a casa después de desayunar con los Buckard, pasó todo el tiempo junto a su hermano. Esa mañana habían salido a montar en bici, al cabo de un rato, le pareció que alguien les vigilaba, no quiso alertar de eso a su hermano así que le propuso una carrera, cuando creyó que ya no les seguían, pararon en el pueblo a tomar un helado, pero un hormigueo le dijo que continuaban siendo observados. Le pareció ver una sombra inmóvil, mirando en su dirección en una esquina cercana así que propuso a Wade regresar a casa. Comieron en el patio trasero cuando volvieron de su paseo y en ese momento jugaban al baloncesto con la canasta en la que su padre solía desfogarse y aclarar sus dudas junto al garaje.

—Como quieras, pero te sigo ganando.

—Ah, pero aunque vaya perdiendo, lo hago con estilo, enano...

Bromeaban y reían, había echado tanto de menos esas cosas propias de hermanos.

—¿Qué querrás hacer luego? —preguntó.

—No tienes que pasar todo el tiempo a mi lado.

—Pero quiero hacerlo.

—Está bien. Hay una peli nueva en el cine. Podríamos ir...

—De acuerdo. Hecho.

—Pero tendrás que cambiarte —la miró con sorna—. Esa ropa del sheriff te va realmente grande.

—¿Te cuento una maldad que estoy pensando?

Rebotó el balón contra el suelo y se lo pasó a su hermano, él lanzó y dio en el aro.

—Dime.

—¿Y si no se la devuelvo y me la quedo como pijama?

Wade recogió la pelota que había salido despedida. Y se la lanzó a las manos.

—No puedes hacer eso.

—Bueno. —Lili probó un nuevo lanzamiento—. Siempre puedo preguntárselo. Va, ya está

bien, me he cansado de dejarme ganar —dijo mientras pasaba un brazo por el cuello de su hermano quien había recogido el balón y se lo colocó en la cadera.

—¿Dejarte? No te lo crees ni tú.

Sacó la lengua a su hermano pequeño y lo despeinó.

Llevaba todo el día pensando de forma recurrente en el sheriff y, que Wade la perdonara, pero a pesar de no mentir cuando decía que quería pasar tiempo con él, no podía evitar que su mente evocara constantemente al hombre del que se había enamorado irremediabilmente.

¿Qué diría su hermano si le explicara la situación?

Aquella era una conversación que deberían tener más pronto que tarde.

Entraron en casa y cada uno fue a sus respectivas habitaciones para ducharse y prepararse para ir a ver la película al cine del pueblo. Si en verdad alguien les seguía la pista, supuso que sería alguno de los hombres de su abuela y no consentiría que les impidieran hacer una vida normal. Si Aleida persistía en su acoso, interpondría una denuncia.

Cerró la puerta de su dormitorio y vio, en el rincón, la maleta y los portatrajes que la señora Newman había dejado allí después de encontrarlos en la puerta por la mañana.

No era algo que le apeteciera continuar viendo, así que empezó a guardarlo en el armario. Al sostener en alto una de las fundas de los vestidos vio que un trozo de tela verde coral sobresalía; lo colgó en su vestidor y con cuidado subió la cremallera pensando que tal vez alguien había pillado el vestido con ella al guardar las cosas a toda prisa. No era así. Miró el vestido y le pareció que algo faltaba pero no supo adivinar qué era. Encogiéndose de hombros, cerró la funda correctamente y guardó el resto.

Se tomó su tiempo para ducharse, imágenes de la noche con Luke Buckard la asaltaron mientras se enjabonaba, ese hombre hizo que su piel se tornara altamente sensible.

Con una sonrisa que nada podría borrar, se vistió. Iban al cine así que optó por usar sus zapatos planos negros con un pantalón tejano un poco elástico, y un jersey blanco con un bordado que parecían ojos durmiendo que le encantaba. Era grande, le llegaba hasta la cadera y debía enrollar las mangas, la hacía sentir comfortable y además la mantenía caliente. Debajo del jersey se puso una camiseta de algodón de tirantes anchos.

Wade y ella caminaban hacia el cine cogidos del brazo a un ritmo de paseo, acordaron decidir dónde cenarían después de ver la película.

—Eh, ¡Lili!

Le sorprendió escuchar la voz de su amiga que ya cruzaba la calle con su prometido, Sean, a la zaga.

—¡Jen! ¿Qué hacéis por aquí?

—Venimos de la prueba de su traje —explicó su amiga—. La semana que viene, tengo la mía, tienes que acompañarme.

—Por supuesto.

—Además, así podrás probarte los trajes que he apartado para mi dama de honor. ¿Y vosotros,

a dónde vais?

—Al cine. Queremos ver esa película nueva.

—Podríamos acompañarles, cariño. Así descansas un poco de todos los preparativos —propuso Sean.

—Ah, no creo que... —Jen empezó a excusarse

—Podéis acompañarnos, no pasa nada —intervino Wade, supuso que para demostrarle lo que le dijo más temprano, que no hacía falta que permanecieran juntos todo el tiempo. ¿Podría ser que lo estuviera agobiando?

—Claro, Jen. Venid con nosotros. Así te distraes.

—Está bien, de acuerdo.

Una vez dentro del cine, ellas fueron a buscar asientos mientras Sean y Wade compraban las palomitas a petición de su mejor amiga.

Los muchachos no tardaron en llegar y como ellas se sentaron juntas, ellos se pusieron uno a cada lado.

—Oh, mira eso, Jen. Nuestros chicos trayéndonos las bebidas y las palomitas... —dijo en tono exageradamente meloso.

—Oh, calla —la respuesta azorada de su hermano les arrancó una risotada.

Había logrado su objetivo de hermana mayor que era avergonzar de vez en cuando en público a su hermano pequeño.

La película, de acción, fue bastante entretenida. Al salir, en la puerta del cine, un grupo de chicos se acercó a saludar a Wade. Eran unos amigos que se iban a quedar a dormir en casa de uno de ellos para poder pasar la noche jugando a videojuegos, por supuesto, lo invitaron a unirse a ellos.

—¿No te molesta si voy?

—No, claro que no me molesta. Anda ve.

Despidió a su hermano pensando que quizás demasiado tiempo juntos tampoco sería bueno para él o para su vida social.

Jen y Sean salieron entonces del cine, habían ido al baño y por lo visto, la cola era algo larga.

—¿A dónde va Wade? —preguntó Jen.

—Oh, se ha encontrado con unos amigos, van a hacer una maratón de videojuegos. Se quedará a dormir allí.

—Vaya —murmuró Sean.

—¿Y qué vas a hacer ahora? —quiso saber su amiga.

—Pues ahora me voy a casa. Gracias chicos, ha sido divertido. Y no olvidéis tener citas como esta solos, de vez en cuando —recomendó mientras se alejaba.

De vuelta en casa, se estiró en el sofá de la sala, ya era de noche y no le apetecía volver caminando al pueblo a cenar algo. Se prepararía algo con lo que tuviera en la nevera, pensó.

Con esa idea fue a la cocina. Desde la mañana no había hablado con Luke, fue a buscar su

teléfono para llamarle, sin embargo recordó que lo tenía él y que no había tenido oportunidad para devolvérselo. Daba igual, aquella sería la excusa que le permitiría verlo al día siguiente. Se puso un vaso de agua y mientras bebía abrió la nevera para ver qué podría cocinar para uno.

Una sensación extraña erizó los cabellos de su nuca. Dejó lo que hacía y miró alrededor. Estaba sola en casa, antes de salir al cine, los Newman le dijeron que cenarían y se acostarían temprano. Y Wade se había ido.

Desechando aquella sensación que seguramente era debida a que por primera vez experimentaba el peso de la soledad en aquella casa, volvió su atención hacia el interior de la nevera de donde extrajo lo necesario para hacerse una tortilla con verduras salteadas y jamón.

Mientras cortaba las verduras no lograba quitarse de encima la sensación de estar siendo observada, llegó a molestarla hasta tal punto que dejó lo que estaba haciendo y fue a comprobar ventanas y puertas. Todo estaba en orden.

Llamó a su hermano en su vuelta por la casa; como era de esperar, no obtuvo respuesta.

Regresó a la cocina, a continuar picando las verduras que iba a cocinar, se colocó delante de la tabla y no sabía decir qué, pero había algo extraño.

—¡Estoy en casa!

La voz de Jennifer seguida del ruido de la puerta al cerrarse anunciaron la llegada de su hija mayor.

—En la cocina —avisó.

—Estamos cenando pizza —anunció Rina contenta.

Su hija mayor cogió un trozo de la caja abierta y mordisqueó la punta de su porción antes de sentarse con ellos.

—¿Cómo ha ido? Pensé que terminaríais más temprano.

—Sí, es que luego nos encontramos a Lili y a Wade. Iban al cine y decidimos apuntarnos. Ya sabes, para dejar de pensar en todo esto de la boda por un momento.

—¿Al cine? —protestó Rina con envidia.

—Sí. Fuimos a ver una peli que no podrías ver, de todos modos. Esa nueva de acción. —Volvió el rostro hacia él para explicar esto último.

—Bien. ¿Ha sido divertida?

Procuró no mostrar lo perturbado que estaba al recibir noticias de la joven en quién no podía dejar de pensar, lo que le recordó que aun no le había devuelto su teléfono. Eso lo mortificaba porque no había podido hablar con ella en todo el día.

—Bueno... Entretenida.

—¿Y no fuisteis a cenar después con Lili y su hermano?

Quería preguntar tantas cosas, aunque debía hacerlo de tal modo que no sobresaliera su propio interés.

—Oh, no. Wade se fue con unos amigos que se encontró nada más salir del cine. Creo que iban

a pasar la noche jugando con uno de esos videojuegos nuevos y ella quiso volver a casa.

—Entiendo.

—Esta pizza está buenísima —anunció Jenny.

—Yo he elegido todos los ingredientes.

Rina había llamado sola por primera vez a la pizzería para pedir y estaba orgullosa de sí misma, tan inflada como un pavo.

—Ah, ¿sí?

La conversación continuó entre sus dos hijas, aunque solo prestó atención a medias, su cabeza se encontraba en otra parte. Quería verla, poder hablar de lo que había sucedido, aclarar en qué términos se encontraban y decidir qué iban a hacer.

Después de cenar, vieron un rato la televisión juntos, hasta que Jennifer decidió retirarse y se llevó con ella a su hermana que se había quedado frita en la primera media hora de película. Dio un paseo por los distintos canales, tratando de encontrar algo que fuera lo suficientemente entretenido para una noche de sábado, encontró una película que le gustaba, aunque ya había visto demasiadas veces, debía llevar unos diez minutos desde que había empezado y la dejó. No tenía nada de malo, volver a verla.

Llamaron a casa, extrañado, miró la hora, apagó el televisor y se acercó a coger el teléfono.

—¿Diga?

—¿Luke? Soy yo, Lili.

—Lili —se irguió de forma automática—. ¿Qué...?

—Sé que igual esto suena un poco raro. ¿Puedes hacerme un favor? Necesito que vayas a comprobar si Wade está bien. Ha ido a casa de unos amigos, pero...

—¿Pero...? ¿Ha pasado algo? Pareces alterada.

—No. Bueno, no lo sé. Tengo una sensación muy rara.

—¿Qué sensación?

—Como si me estuvieran vigilando. ¿Y si mi abuela ha vuelto a molestar a Wade?

—A ver, ¿estás en casa, no?

—Sí. Sé que es extraño. Iría yo misma a comprobarlo, pero creo que he visto algo fuera. Y sé que no era Frank, porque él hubiera encendido las luces —añadió antes de que él le preguntara por el matrimonio que vivía allí, en la casa de la piscina.

—No te muevas. Comprueba que todo esté cerrado. Ahora mismo voy para allá.

—Solo quiero saber que Wade está bien.

—Voy a colgar y a llamarte desde el móvil.

Colgó y recogió su teléfono y el de ella, guardó el de Lili en el bolsillo de la cazadora que se puso antes de coger las llaves y salir hacia su casa.

Esa mujer era increíble, era ella la que se sentía observada y le llamaba para pedir que comprobara como estaba su hermano. Tendría que darle una charla acerca de prioridades. No podía continuar anteponiendo a los demás incluso por encima de su propia seguridad.

Llamó al mismo tiempo que saltaba dentro de su *pickup*.

—Estoy de camino, ¿dónde estás?

—En la cocina. He comprobado las puertas y las ventanas otra vez.

—Ya llego. No te preocupes.

Condujo tan rápido como pudo.

—Estoy aparcando en la entrada. Voy a ir hacia la parte de atrás, llevo la linterna. ¿Puedes encender las luces de fuera?

Dejó el coche en la entrada, apagó las luces y el motor y cerró con llave. Antes de bajar, se hizo con la linterna que llevaba en la guantera que podría servirle como un arma en caso de necesidad. Aun así, abrió el maletero y asió la palanca de hierro que tenía guardada.

—¿Todas?

—Sí.

—Voy.

—Bien. Voy a echar un vistazo.

Con la línea en silencio, todo lo que podía escuchar era la respiración de Lili. No dejó un solo rincón por recorrer, el patio era grande, no obstante tratándose de su seguridad no quiso dejar nada al azar. Cuando comprobó que todo estaba correcto, decidió que echaría un vistazo dentro de la casa.

Claro que, pensó, también podría haberse tratado de algún gato que pasara por allí y la asustara. Aun así, no estaría de más comprobarlo.

—Aquí fuera está todo bien. Voy hacia la puerta de atrás. ¿Estás cerca?

—Sí, estoy en la cocina.

Cuando alcanzó la puerta, golpeó ligeramente el cristal con la culata de la linterna. Ella llegó, se estaba frotando un brazo con la mano contraria. Le abrió la puerta y lo dejó pasar. Entró y se aseguró de cerrar de nuevo dejando el seguro puesto.

Cortó la llamada y guardó el teléfono en el bolsillo de su pantalón antes de abrazarla y besar la parte superior de su cabeza.

CAPÍTULO 12

Luke había llegado. Al verlo al otro lado de la puerta de cristal reforzado, sintió a partes iguales, alivio y vergüenza.

—Estás bien.

Suspiraba él mientras la envolvía con su cuerpo.

—Gracias por venir. No sabía a quién más llamar.

—¿Qué ha pasado exactamente? Vamos a la cocina, tienes que sentarte.

Caminaron sin dejar de abrazarse por la cintura hasta la mesa de la cocina donde la ayudó a sentarse y él permaneció de pie, mirando a todas partes.

—Seguro que es una tontería... Estaba buscando algo en la nevera para prepararme la cena y sentí algo en la nuca. Una sensación. Como cuando te miran, levantas la vista y compruebas que era así —él cabeceó—. Solo que no había nadie. Los Newman duermen y Wade no está en casa. Pensé que eran cosas mías. Por estar sola, ya sabes, pero lo seguí notando. Fui a comprobar ventanas y puertas. Todo estaba bien, sin embargo, al volver algo no encajaba.

—¿Al volver a dónde?

—Allí, estaba cortando unas verduras, lo dejé a medias y luego volví. —Señaló la encimera donde aún estaba la tabla.

Luke, en su papel de policía, caminó hasta donde ella le había indicado.

—¿Qué era lo que no estaba bien? —Observaba las cosas sobre la madera. Supo al momento que se había dado cuenta del vaso roto en el suelo.

—Pues no lo supe hasta que, al ir a cortar un poco de pimiento, tiré el vaso.

—Se te cayó el vaso.

Lili sabía que sonaba estúpido y, cuando él lo repetía, todavía más, pero aun así nada podía borrar la sensación que había tenido y que continuaba atravesando su cuerpo.

—No. Lo tiré al mover la mano hacia la izquierda. Había estado bebiendo agua y dejé el vaso en la encimera mientras sacaba las cosas para la cena y luego comencé a cortarlas. No lo volví a tocar.

Lo miró a los ojos, era normal que no entendiera lo que trataba de explicarle, a ella también le costaba de entender. Entonces se acercó.

—Estoy convencida de que dejé el vaso aquí —señaló el lugar—. Pero cuando fui a coger el pimiento, estaba aquí. Fue cuando lo golpeé con el brazo y acabó en el suelo. Además, yo no me

había acabado el agua —afirmó—. ¿Ves agua en el suelo?

—Es una casa grande. Toma, tu teléfono. Llama a Barbara y a Frank y que no se muevan.

El sheriff tenía ya su móvil en la mano.

—¿Qué vas a hacer?

—Llamar a comisaría.

Despertó a los Newman como le dijo y les transmitió sus órdenes. Mientras tranquilizaba a Barbara y a Frank escuchó que pidió que uno de los agentes fuera a comprobar a Wade.

—¿En casa de quién está? —La miró en busca de su contestación.

—Jimmy. Simmons —respondió.

Repitió la información a su interlocutor y poco después finalizaba la llamada.

—Enseguida llegarán.

Como ella todavía estaba al teléfono con el matrimonio que cuidaba su casa, Luke tomó el control de la situación y les dijo qué hacer mientras llegaban el resto de agentes.

El matrimonio comprobó su casa de arriba abajo y poco después se presentaron en la puerta de atrás. Luke abrió para dejarles pasar y ambos corrieron a abrazarla.

—¿Por qué no llamaste antes?

—No sabía qué hacer. Pensé que igual eran imaginaciones mías y solo quería saber que Wade estaba bien.

—Bueno, el sheriff está aquí. Todo va a estar bien —predijo Frank.

—Barbara ¿por qué no le prepara una infusión a Lili?

—No hace falta —declinó—. Aunque si van a venir más agentes, podríamos prepararles un poco de café —repuso.

—Puedo hacer ambas cosas. —El ama de llaves le sonrió.

—Vigila, no toques nada de la encimera y no te cortes con los cristales del suelo —advirtió el policía—. Frank, será mejor que os acomodéis en el salón.

El sheriff había tomado el control de la situación y, aunque lo único que quería era enterrar la cabeza en su pecho y abrazarlo hasta que se le durmieran los brazos, hizo caso de cada orden que dio para facilitar las cosas a pesar de que se sentía una estúpida por ser la causante de la movilización de tanta gente.

Cuatro agentes llegaron antes de que la señora Newman terminara de preparar las bebidas; Luke los puso a revisar la casa de la piscina, acompañados por Frank, y el patio de nuevo.

Poco después llegó Megan, la agente que conoció hacía unos días en la comisaría.

Luke la hizo pasar a la sala.

—El chico está bien —anunció.

—Pero no le has dicho nada ¿no?

—No. Hice lo que me pediste. Dije que alguien se había quejado por el ruido y que pasaba para comprobar el volumen. Estaban todos allí.

—Gracias, Megan.

—Sí, gracias. No quisiera que Wade se asustara.

—Solo hago mi trabajo —le respondió con voz y miradas igual de gélidas.

—Falta por comprobar el interior de la casa —interrumpió el sheriff.

Cuando volvieron los agentes tras comprobar el exterior y la residencia de los Newman, Luke organizó a los policías para registrar la casa.

—Bien, iremos por parejas. Prim, conmigo. Empezaremos por arriba e iremos bajando.

La mujer se agachó y sacó un arma de su bota.

—Jefe. Tenga, mi pistola de repuesto.

—Menos es nada —miró el objeto. En su mano se veía pequeña, como si fuera de juguete—.
Quedaos aquí. Juntos.

Siguieron sus instrucciones al pie de la letra.

Pasaron los minutos y no había noticias, los agentes continuaban en la planta superior, revisando cada rincón.

Lili hacía mucho que había terminado el té y tanto ella, como Barbara, estaban retorciendo sus dedos en el regazo. Alargó la mano para confortarla.

Las luces se apagaron de repente, dejando tanto la casa como el jardín sumidos en una profunda oscuridad.

Los tres se asustaron, ellas emitieron un grito ahogado.

—No pasa nada. Se ha ido la luz. No pasa nada —repetía Frank.

La sensación que la había perseguido antes de que llegara Luke, estaba regresando con más fuerza en esta ocasión.

—¿Quién anda ahí?

Habló en voz alta.

—Somos nosotros Lili, estamos aquí —respondió Barbara asiendo su brazo.

—No, es otra cosa. —Se levantó haciendo que la mujer la dejara ir—. Noto que hay alguien más aquí.

—Ay, no digas esas cosas. Madre y señor mío —por sus susurros no le hacía falta la luz para saber que su ama de llaves se estaba santiguando.

Sus ojos tardaron unos segundos en acostumbrarse a la oscuridad de la sala, pero en cuanto lo hicieron vio algo que estaba fuera de lugar. ¿Cómo había llegado allí uno de los agentes que revisaban la planta superior sino había escuchado las pisadas en las escaleras, que además quedaban en el otro lado de la habitación y esta figura estaba en medio del pasillo que venía del estudio?

Estaba convencida de que, por la silueta, solo podía tratarse de un hombre

—¿Luke? ¿Eres tú?

Avanzó dos dubitativos pasos, aunque no quiso alejarse demasiado del sofá. La figura comenzó a correr en su dirección y su miedo estalló en ese instante en forma de grito.

Se dividieron para entrar en las estancias de la planta de arriba, desde luego aquella casa era más grande de lo que parecía. La agente Prim y él entraron en una de las habitaciones, por el perfume que podía percibir en el ambiente, y por los detalles que salpicaban las cómodas aquí y allá, debía tratarse del dormitorio de Lili. Revisó el vestidor mientras su compañera entraba en el cuarto de baño de la suite. Todo parecía correcto allí, se giró hacia Megan para decirle que salían ya. Observó su postura envarada y siguió el curso de su mirada, la ropa que había prestado a Lili estaba en un cesto que supuso era el de la ropa sucia.

—Todo bien por aquí —dijo en voz alta.

—Sí, aquí también —confirmó la mujer.

—Sigamos.

Dejaron el cuarto atrás y continuaron, sus hombres hacían lo propio en el otro lado.

No encontraron nada fuera de lugar, cada ventana, cada puerta permanecía intacta. Giraron la manecilla de lo que parecía una sala de estar, muy parecida a la suya; al fondo había dos grandes puertas blancas que abrió y descubrió una habitación más grande que la de Lili, se trataba del dormitorio de sus padres.

—Esto es enorme —murmuró su compañera.

—Sí. Shawn siempre quiso lo mejor para Leila —recordó la conversación acerca de ellos que mantuvo con la hija de sus vecinos. Y la forma en que hablaba de su mujer cuando se habían cruzado.

De improviso se apagó la luz.

—¿Has tocado algo? —preguntó en voz alta.

—No.

Se dirigió a un costado de la puerta, usó su linterna para encontrar el interruptor. No pasó nada al activarlo.

—No funciona.

—¿Un corte de luz?

—Demasiada casualidad, ¿no crees?

La preocupación que había visto en el rostro de la joven al explicarle lo sucedido, la sensación que había tenido, regresó a su cabeza. Esto parecía la confirmación de que ella había estado en lo cierto.

El grito llegó desde la planta de abajo alto y claro, reconoció a la dueña de esa voz enseguida.

—¡Lili!

Corrió hacia el pasillo en pos de la escalera, se encontró con los agentes que venían del otro lado.

—¡Vamos!

Todos se apresuraron en la oscuridad hacia el salón donde habían dejado a la dueña de la casa con sus empleados.

—¡Lili! ¿Qué ha pasado?

Enfocó al sofá con la linterna, los Newman se abrazaban uno a otro mientras que la dueña de aquella casa y de sus desvelos se encontraba de pie a un paso de la pareja abrazándose a sí misma.

—Por allí —entonó temblando visiblemente. Señaló hacia su izquierda. No fue necesario enfocar con la linterna para ver que la puerta de la calle estaba abierta de par en par.

Se acercó a ella y la atrajo hacia sí, temblaba como una hoja seca en otoño azotada por el viento.

—Id a ver —ordenó con aspereza. Cuatro agentes se dirigieron al exterior—. ¿Estás bien? ¿Te ha hecho algo? —Lanzó las preguntas habituales, aunque en su mente clamaba venganza contra la persona que había asustado a su mujer hasta ese punto.

—Yo... Lo vi allí, por aquel pasillo... Y me extrañó. Luego corrió hacia aquí me asusté y grité.

—¿Por allí? —Megan que se había quedado en el salón, buscó la confirmación cuando él enfocó con su linterna el lugar.

—Sí.

Sin palabras, su compañera le pidió la linterna y fue a investigar. Luke se quedó junto a Lili, frotó su espalda con la esperanza de que pudiera entrar en calor, parecía estar helada en aquellos momentos.

Poco después, los agentes que habían salido en busca del intruso, regresaron.

—Nada, jefe.

—Ni rastro.

Maldijo en voz alta. Miró hacia el ventanal del salón, a través del que se veía el jardín también a oscuras, pero del lado más lejano se veía parte de la casa de la piscina donde sí había luz.

—¿Por qué allí sí hay luz? —quiso saber.

Frank respondió a sus dudas.

—La casa de la piscina tiene su propio circuito eléctrico y generador de repuesto, como la casa.

—¿La casa tiene un generador de emergencia?

Ese dato llamó su atención.

—Sí —respondieron los tres a un tiempo.

—¿Entonces por qué no ha saltado?

Se cuestionó en voz alta. Las luces volvieron a encenderse.

—Porque alguien ha cortado el cable. Con esto. —Megan regresó con una cizalla en las manos—. El cable del generador estaba cortado y la caja de fusibles abierta, algunos cables parecen arrancados, otros... Solo hacía falta volver a colocar el fusible.

—Terminemos de revisar el resto de la casa —propuso a sus hombres—. Lili, siéntate.

No podía soportar la mirada asustada que reflejaban sus ojos, le producía ganas de infligir un castigo que supusiera mucho dolor al responsable de aquella situación.

—¿Qué es lo que viste?

La agente Prim empezó el interrogatorio que él se estaba tomando su tiempo en comenzar.

—Señor y señora Newman, ¿por qué no acompañan a uno de los agentes a la cocina? Él les tomará declaración.

—No sé. Una figura, una silueta.

—¿Hombre, mujer?

—Recuerdo que pensé que podía tratarse de uno de los agentes. Hombre.

—¿Algo más? ¿Algo que pueda sernos de utilidad?

—Megan —advirtió a la mujer. Estaba siendo innecesariamente dura.

—Son preguntas que tenemos que hacer.

—Hay formas de hacerlas —amonestó.

—Tiene que responder si quiere que encontremos al sospechoso —expuso con visible molestia.

—Lo sé. Lo hará.

—¿Y usted qué estaba haciendo en la escena, sheriff?

Nunca había visto a su compañera tan belicosa como la estaba viendo en ese momento.

—Me llamó para pedirme que fuera a ver a su hermano. Se sentía vigilada y se preocupó por él.

—¿Por qué? ¿Y por qué llamó al sheriff en lugar de a la comisaría?

—Agente Prim, basta. Vamos fuera. Enseguida vuelvo —dijo a Lili.

Salieron al frescor de la noche y caminaron hasta detenerse delante de su camioneta.

—Sea lo que sea lo que te pasa, déjalo fuera de esto. Te estás comportando de forma inapropiada con la que, te recuerdo, es la víctima de toda esta situación.

—No has contestado a mi pregunta, sheriff. ¿Qué hacías en la escena?

—¿Me lo preguntas como policía o como algo más?

—Vi tu ropa en el cesto de la ropa sucia, en el cuarto de baño de su habitación.

—Sí. ¿Y qué? No tiene nada que ver con esto.

—¿Te acuestas con ella?

—Ayer volvió tarde de viaje, su hermano estaba durmiendo en mi casa y ella pasó la noche allí. Le dejé esa ropa para que pudiera cambiarse. —Obvió responder a su pregunta—. Ahora deja de meterte en asuntos que no te incumben y céntrate en lo que ha ocurrido.

—Sí.

—Me llamó a casa, sentía que la observaban, me dijo que comprobó ventanas y puertas y, al volver a lo que hacía, sintió que algo no estaba bien. Se dio cuenta al tirar un vaso de agua al suelo. Estaba movido y vacío. Ella no se lo había terminado, entonces se asustó y me llamó.

—Dices que volvió de viaje ayer noche.

—Sí.

—¿No es mucha casualidad que justo cuando vuelve pase esto?

—No lo creo. Hay alguien que, sospecho, puede estar detrás de todo esto. Pero necesito pruebas.

—¿Quién?

—Un familiar, en realidad.

—¿Su hermano?

—Su abuela. Por lo visto la mujer es muy rica —Megan miró con suspicacia hacia la casa—. Mucho más rica que los Rogers. Con amenazas veladas hacia Wade, consiguió que ella hiciera ese viaje que te he mencionado antes. Principalmente para asistir a varias galas y demás reuniones con gente rica e influyente.

—¿La obligó? Yo iría sin pensarlo dos veces.

—Pero ella no quiere eso. Lo hizo solo para proteger a su hermano, ¿entiendes? Al volver dijo que ya estaba todo solucionado y que no volverían a molestar al chico, lo asustaron para que ella accediera.

—No lo entiendo ¿Por qué no lo denunciaste?

—¿El qué? ¿Que una joven y rica heredera está de viaje por los negocios de su familia? ¿Que un joven muchacho ha sido amablemente escoltado? Esa mujer es retorcida, sabe muy bien lo que hace y cómo lo hace. Necesito los informes de todos los agentes sobre mi mesa.

—Sí.

—Y... Agente Prim.

—¿Sí?

—Mañana hablaremos de lo que ha pasado hace un momento.

—Sí, jefe.

Su compañera regresó al interior con la cabeza gacha. Luke tomó aire con fuerza y observó los alrededores con las manos en la cadera. Era la primera vez que alguien le montaba una escena de celos en su vida y encima se trataba de alguien con quien ni siquiera mantenía una relación. Tras comprobar que la sospecha de Lili era cierta y que parecía que Megan tenía algún tipo de sentimientos por él, ahora debía aclarar esa cuestión con ella cuanto antes. Lo ideal sería decirle que ya tenía una relación, con ella, precisamente. Pero antes quería poner las cosas en su lugar y, en todo caso, tendrían que decirlo a sus familiares antes que a ningún amigo o conocido.

Estaba en una situación que no le gustaba un pelo, sin embargo las circunstancias los habían llevado hasta allí del modo en que lo habían hecho.

Despidió a los agentes, agradecida por su ayuda aquella noche. Vio como Luke daba órdenes a unos y otros, ejerciendo su profesión y se preguntó cómo no se había fijado en el pasado en lo bien que le sentaba ser la figura máxima de la autoridad de la zona.

Después de cerrar la puerta, envió a los Newman a dormir de nuevo a su casa.

—¿Y ahora qué?

Preguntó sin saber muy bien qué debía hacer.

—Ahora decide. ¿Vienes a mi casa o prefieres quedarte aquí?

—Sé que he estado mucho tiempo fuera. Pero esta es mi casa y no pienso dejar que me amedrenten y me hagan dejarla. No quiero sentir miedo de estar en mi casa.

—Está decidido, entonces. Nos quedamos.

—¿Nos?

—Ni pienses que voy a dejarte sola después de lo que ha pasado.

El policía tomó su mano, juntos apagaron las luces desde el interruptor situado junto a las escaleras para, acto seguido, subir al piso de arriba.

—Mañana tendré que llamar a un técnico para que arregle la caja de fusibles —comentó anotando mentalmente esa acción en una lista imaginaria.

—Y a una empresa de seguridad para instalar un buen sistema de alarma.

—Sí, supongo que también debería hacer eso.

Llegaron delante de la puerta que daba a su habitación, él tiró de su mano deteniéndola.

—Siento lo que ha pasado antes. Con Megan.

—No tiene importancia.

—Sí, la tiene. No debería haberte hablado así.

—Está bien. Lo entiendo. No te preocupes.

Abrió la puerta y pasaron dentro.

—Hablaré con ella.

—De acuerdo. Como veas.

El hombre tiró de ella y la atrajo a un estrecho e íntimo abrazo.

—Lo mejor sería decirle directamente que ya estoy viendo a otra persona, que estoy saliendo con alguien. Y que ese alguien eres tú. Dejar las cosas claras.

—¿Estamos saliendo?

—¿No se dice así ahora?

—No. Quiero decir, sí, se dice así, pero... ¿Tú... crees que estamos saliendo?

—Eso es lo que deberíamos determinar ¿no?

—¿Cuándo hemos llegado al punto de tener que determinar si esto es o no una relación? Quiero decir, ¿no es un poco pronto?

—Entonces tú... ¿No quieres salir conmigo?

—Sí que quiero. Solo que me descoloca esto. Normalmente, la gente empieza a verse, sale a bailar, a cenar y con el paso del tiempo ya ven si quieren seguir haciéndolo.

—Conozco el funcionamiento. Aunque estarás de acuerdo conmigo que, en esta ocasión, las cosas tienen diferencias sustanciales con las relaciones de otras personas.

—Para empezar eres el padre de mi mejor amiga.

—Sí.

—Y el sheriff.

—Ajá.

—¿Y si no sale bien? ¿Y si decimos a todos que estamos saliendo y luego rompemos?

—¿Dejarías de ser amiga de Jenny?

—No. Pero ¿y qué pasa si afecta a tu trabajo?

—No veo en qué tiene que afectar a mi trabajo con quién salga o deje de salir. Sería diferente si lo hiciera con una compañera. O con una mujer casada. Pese a todo, incluso en esos supuestos, tampoco debería afectar a mi trabajo mientras siga teniendo un correcto desempeño en él. ¿Qué más?

—¿Qué más?

—¿No hay más dudas que tengas para poder decidirte a estar conmigo?

—En realidad no, pero...

—¿Pero?

—Me gustaría que las cosas fueran más despacio, a nuestro propio ritmo.

—No te preocupes, mañana hablaré con Jennifer.

—¿Mañana? ¿No es muy pronto?

—Hombre, igual se sorprende cuando vengas a cenar y te bese así. —Luke la besó con fuerza. Sin que tuviera que pedírselo, su lengua salió a su encuentro—. ¿No crees? —dijo al separar sus labios momentos después.

—Sí. No tengo ni idea de cómo hacer esto —reconoció.

—Ni yo. Por el momento, necesitas descansar. No sabes cuánto me asusté al escucharte gritar. Con pensar que podría haberte pasado algo y que no hubiera podido protegerte.

—Luke...

—Ven —cortó él—. Solo vamos a tumbarnos en la cama y a dormir. Mañana será otro día.

Así lo hicieron. Dejando sus zapatos a un lado, se metieron entre las sábanas, apagaron las luces y se abrazaron en el centro de la gran cama. Lili posó su cabeza en el centro de su pecho y cruzó una pierna por encima de las suyas, él la mantenía apretada a su costado colocando sus manos en su espalda y acariciando su melena.

CAPÍTULO 13

Día y medio más tarde, se encontraba en la cocina de los Buckard consolando a Jen. Se encontró dando palmadas a la mano de su amiga mientras esta lloraba desconsolada sobre su hombro. Las flores que había traído la floristería no eran las que ella pidió, los del *catering* pedían confirmación de invitados y, pese a haber enviado las invitaciones, pocos eran los que habían respondido y, para colmo, hacía unos minutos que la modista llamó a la ya de por sí nerviosa novia para cambiar de día su prueba del vestido. Lo que, según ella le explicó, suponía cambiar el día y la hora de la prueba del maquillaje y la mujer a la que había contratado no podía atenderla en el día y la hora nuevos.

Todo esto bañado con muchos gritos al principio que terminaron por hacerla explotar en sollozos incomprensibles.

Cuán lejos quedaba la última noche que Luke durmió en su cama, en su casa, pensó. Esa noche en que tomaron la determinación de hablar con su amiga al día siguiente, pero resultó ser imposible hablar con ella acerca de su reciente relación porque los padres de Sean se presentaron de improviso en el pueblo y, cosas que pasan cuando dos familias están a punto de unirse, novios y consuegros fueron a comer juntos. Ella se hizo cargo de Rina, por supuesto.

Desde aquel día cada vez que intentaban hablar con Jen del tema aparecía un contratiempo que no se lo permitía y tal como veía a su mejor amiga últimamente, estresada con los preparativos de su boda, tal vez sería conveniente que dejaran aquella conversación para más adelante. Para después de la boda o, ¿quién sabe? Para después de su luna de miel.

—¿Oye, no crees que hay demasiadas cosas que salen mal?

Sus palabras tuvieron por respuesta un llanto más escandaloso.

—Quiero decir que igual deberías intentar centrarte en hacer una cosa a la vez. —Los sollozos de su amiga descendieron algunos decibelios—. Ya has comprobado que intentar encadenarlo todo no ha funcionado. Haz cada cosa cuando tú puedas. No cuando puedan los demás.

—¿Crees que es una señal? ¿Y si el universo está intentando decirme algo y yo no lo estoy entendiendo?

Y ahí estaban, de nuevo los sollozos desconsolados. El timbre de la puerta la salvó de perder la audición de su oído derecho para siempre.

—Voy a abrir la puerta. Tú no te muevas y ahora cuando vuelva seguimos.

Nunca había visto a su amiga en ese estado. Si casarse suponía pasar por todo aquello, ni loca

pasaría por el altar.

Entristecida por cómo se estaban complicando las cosas para su amiga de la infancia, abrió y encontró al novio sonriente. Tomó a Sean del brazo y salió al porche para hablar con él antes de que la desconsolada novia supiera que estaba allí

—Jennifer me ha enviado un mensaje de voz y he venido en cuanto he salido del trabajo. No he entendido demasiado.

Su amiga enviando mensajes de voz mientras lloraba era peor que haciéndolo estando borracha.

—Intenté decirle que era mejor escribirte. Ya la conoces, dijo que no veía las teclas con las lágrimas —excusó el mensaje—. Te pongo al día. A ver, flores. La floristería ha traído las que no son. *Catering*. —Empezó a enumerar con los dedos—. Quieren confirmar los invitados y por lo visto están presionando por ello, pero pocas personas han respondido. Vestido. La modista ha cambiado el día de la prueba y no sé por qué eso implica que deba cambiar también el día de su prueba de maquillaje. Ah, y en el nuevo día de la prueba del vestido, la maquilladora, no puede hacerle la prueba. Creo que no me he dejado nada.

—¿Y cómo está ella?

—Como si le hubiera caído un mueble en un pie, puedes imaginarlo.

—Sí. Será mejor que vaya a su lado entonces.

—Sí. Os dejaré un poco de intimidad e iré a la cocina a prepararle una infusión para que se relaje.

Entraron en la casa y se dividieron, cada uno tomó un camino. El novio acudió junto a la novia y la dama de honor a buscar algo que pudiera consolarla o tranquilizarla, en aquel caso.

Su teléfono empezó a vibrar con el sonido de la canción que utilizaba como tono de llamada.

—¿Sí, diga?

—¿Has podido hablar con ella?

Era Luke, bajó la voz para que no escucharan su conversación desde la sala.

—No, aún no. La situación es un desastre por aquí.

—¿Por qué?

—Porque casarse parece ser una carrera de obstáculos en la que la novia termina exhausta. O llorando a moco tendido.

—¿Qué ha pasado ahora?

—La floristería, el catering, el vestido y la maquilladora, ese es el resumen. Ella te lo explicará mejor.

—¿Y Jennifer? ¿Está bien?

—Tú me dirás. Sean ha llegado hace un momento ahora es él el que la está consolando. Yo estoy en la cocina preparando algo que calme sus nervios. Creo que será mejor si dejamos esa conversación para después de la boda. La veo demasiado afectada. Tal vez esto termine de hundirla, qué se yo.

—Eso tenemos que hablarlo. Con calma.

—Te dejo, creo que viene alguien.

Colgó la llamada y guardó de nuevo el teléfono.

Sean entró y abrió uno de los armarios de la cocina. Al cerrar tenía las galletas favoritas de Jen en la mano. Las que comía sin parar cuando estaba seriamente deprimida.

—¿Tan mal está? —preguntó al ver la caja.

—Eso me temo.

—Deja que primero se tome el té y se calme. Si empieza a comer eso ahora, sé que luego se arrepentirá.

—Como quieras.

Puso lo necesario en una bandeja y lo llevó a la sala.

—Cariño, tómate esto. Te ayudará. Yo voy a dejar que tú y Sean habléis en privado, ¿de acuerdo? Estaré fuera, en el porche.

—Gracias, Lili. Eres una gran amiga. —La mujer emitió un sonoro lamento y comenzó a llorar de nuevo.

Dedicó a ambos una mirada compasiva y salió fuera de la casa, donde los gimoteos y los amargos sollozos se veían amortiguados por las paredes que las distanciaban.

Llamó a su hermano para que supiera dónde se encontraba y que, una vez más, cenarían allí. Estaba triste por todo lo que ocurría con la boda de su amiga, debía de haber un modo de que las cosas fueran mucho más sencillas, o eso creía. Aunque, como ella no conocía nada de todo aquello, tal vez estaba equivocada.

Rina y Wade llegaron de estudiar en casa de sus respectivos amigos y al ver el panorama se quitaron rápido de en medio, ambos fueron a la habitación de ella a jugar en el ordenador hasta que les avisaran para la cena.

Al cabo de un rato, se dio cuenta de que ya no escuchaba lloros ni gemidos ahogados provenientes del interior, quizás eso era todo lo que Jen necesitaba, el hombro de la persona que quería para llorar y dejar que todas sus dudas, frustraciones y miedos salieran. Si lo que su amiga sentía por Sean era algo similar a lo que ella experimentaba cada vez que el sheriff estaba cerca, comprendía que él fuera el único capaz de hacer que su malestar se transformara o que, al menos, se aplacara con su mera presencia.

La relación con el policía era un tanto caótica, ambos parecían andar de puntillas alrededor, aunque ninguno pudiera evitar lo que sentía; sin embargo, siendo aquella una relación con tantos implicados, si se diera el caso de que no funcionara, eso resultaba sofocante y, por momentos, abrumador para Lili.

Pero si pensaba lo que supondría no poder ver a Luke, ni hablar con él, prefería enfrentar a mil novias desquiciadas antes que resignarse.

La reacción que pudiera tener su amiga la tenía francamente aterrada, y es que no todos los días su mejor amiga le dice a una que se ha enamorado de su padre y es más, que es algo

correspondido y que está saliendo con él. La situación en la que su relación con el policía dejaba a su amiga de la infancia tampoco era plato de buen gusto para nadie.

¿Pero qué podría hacer si él era la primera persona por la que sentía algo como aquello, con tal potencia que se le doblaban hasta las rodillas con una caricia?

—Bueno, se está bien aquí...

Sean había salido y se detuvo a su lado en la barandilla donde Lili miraba hacia el horizonte.

—Sí, empieza a refrescar, ya se nota —corroboró—. ¿Jen se ha calmado?

—Eso parece. Ha ido a darse una ducha.

—Genial. No soporto ver lo mal que lo pasa con todo esto. ¿Tú como lo llevas?

—Pienso que hay que tomar las cosas como vienen.

—Esa es una buena filosofía —reconoció.

—Eso creo. Vaya —suspiró él—. Creo que es la primera vez que hablamos más de dos palabras seguidas desde que nos conocemos.

Descolocada por sus palabras, no supo qué responder.

—¿En serio? ¿Tú crees?

—Ajá. Y eso que también fuimos juntos al instituto —continuó el prometido de su amiga.

—Sí, con Jen. Es cierto. —No sabía a qué venía mencionar algo como aquello tan de repente.

—¿Sabes? Muchos chicos estaban colados por ti —añadió desconcertándola aún más.

—¿Por mí? —repuso asombrada—. ¿Qué dices? La que arrasaba entre los chicos era ella. —Se dio cuenta de lo que dijo cuando ya no había tiempo de retirarlo—. Pero al final fuiste tú el que robó su corazón. —Intentó arreglarlo.

—La mayoría solo se acercaban a ella porque era el único modo de llegar hasta ti.

¿De dónde diablos había surgido esa conversación y por qué la estaban manteniendo? ¿Y por qué en aquel momento y en ese lugar?

¿Y, pensándolo mejor, a qué venía decir aquello? Sean salía con Jen desde hacía mucho, antes incluso de que se fuera lejos de casa todos aquellos años. Y esas palabras no eran nada halagüeñas en lo que a su futura mujer respectaba.

—Creo que te equivocas. Además que tú, precisamente su prometido, digas eso de la que será tu mujer, no me parece correcto, ni de buen gusto, la verdad.

La cortante respuesta quedó suspendida en el aire al escuchar y ver la camioneta del sheriff llegando por el camino lateral de la casa. Aparcó cerca de la entrada y bajó. Con el uniforme era un hombre todavía más imponente.

Pudo sentir su desconcierto al verlos hablando en el porche, aun así sonrió y saludó con la cabeza.

—Hola. Sean, ¿todo bien?

Luke subió los escalones del porche hasta situarse a su altura. Se saludaron con un apretón de manos.

—Sí, Jennifer y las cosas de la boda, que no van como ella esperaba, ya sabes.

—Entiendo. ¿Te quedas a cenar?

Preguntó con toda naturalidad mientras abría la puerta y lo invitaba a entrar.

—A ver cómo se siente cuando salga de la ducha y lo que quiera hacer.

Sean entró cuando el policía se hizo a un lado y torció a la derecha, hacia la cocina; Lili, que se encontraba detrás, se dispuso también a cruzar el umbral mientras Luke le cedía el paso.

—Eso está bien, hombre —respondió a su yerno mientras agarró su brazo para detenerla.

Se volvió automáticamente hacia él y recibió un beso, profundo y húmedo, aunque corto. Demasiado—. Hola. —Le susurró después al oído, seductor.

Ella miró, suspicaz, en la dirección por la que había desaparecido Sean en el interior, Luke liberó su brazo y la invitó a continuar situando una mano en su espalda que dejó resbalar hasta acariciar casi como por accidente su trasero. Llegó a la cocina, Sean estaba sacando una cerveza de la nevera, Rina y Wade bajaban las escaleras.

—Tengo hambre, ¿qué hay de cena? —La pequeña no se andaba con rodeos.

—¿Qué os parecen unas brochetas de carne con verduras asadas? —Propuso pensando en el surtido habitual de la nevera y la despensa de los Buckard.

—¡Bien! —gritó Rina entusiasmada.

—¡Genial! —exclamó su hermano.

—Pues ya podéis empezar a buscar los ingredientes. —Dio una palmada para que comenzaran con la acción.

—Voy a cambiarme y preparo la barbacoa fuera —anunció Luke.

—Oh, puedo ir sacándola por ti —ofreció Sean.

Cuando estaban cada uno enfrascados en sus tareas previamente asignadas, Jen apareció en la cocina. Su rostro se veía hinchado, sus ojos eran la parte más acusada y la que más resaltaba porque además los tenía enrojecidos, al igual que su nariz.

—¿Qué hacéis? —preguntó al ver el despliegue que tenían los chicos y ella en la encimera. Mientras ella cortaba cebollas, pimientos y zanahorias y el pollo para ensartar todo junto, su hermano salpimentaba cada ingrediente y Rina había comenzado a colocarlo todo en coloridas brochetas.

—Preparamos la cena —respondió su hermana pequeña.

—Brochetas de pollo con verduras. ¿Te apetece? —Sonrió con amabilidad a su amiga—. Sean está fuera peleándose con la barbacoa de tu padre —dejó escapar una risita.

—¿Puedo ayudar?

—¡Claro! —dijeron los tres a coro.

Poco después, el sheriff bajaba mientras terminaba de ponerse una camiseta de manga corta de algodón, roja, que había conjuntado con unos tejanos desgastados. Se agarró a la parte de arriba del marco de la puerta dejando sus bíceps al descubierto, cuando echó una rápida mirada en su dirección sintió su boca secarse de inmediato.

Fue consciente de cada uno de sus movimientos, de cuando tomó una cerveza de la nevera y el

modo en que comenzó a beberla mientras caminaba por detrás de ellos observando lo que estaba haciendo cada uno hasta llegar a ella. Dejó la cerveza a su lado y se dio la vuelta, apoyándose en la encimera ligeramente.

Escucharon maldecir a Sean en el exterior.

—Creo que será mejor que vaya a echarle una mano —murmuró el sheriff. Notó el calor de su mano en el centro de su espalda, retuvo el aire en sus pulmones por una fracción de segundo de más mientras lo sintió pegar su cuerpo al de ella y acercar el rostro a su oído—. Ha sido una gran idea. Todo tiene una pinta estupenda.

Y aunque sus palabras iban dirigidas a los cuatro, sintió que de alguna forma íntima iban especialmente enfocadas hacia ella.

Después de cenar las brochetas que, entre todos, habían preparado y de una agradable sobremesa en la que no pocas veces tuvo que retenerse para acariciar a Lili como hubiera deseado o para invitarla a sentarse en su regazo, la joven y su hermano indicaron que había llegado el momento de regresar a su casa.

—Yo ya me voy, también —intervino Sean—, puedo llevaros... —propuso.

—Cariño, pero aún tenemos que decidir qué hacemos después de lo que ha pasado. —Jenny tiró del brazo de su novio—. Esperaba que pudiéramos hablarlo. —Hizo un puchero mientras lo miraba a los ojos con cara de cachorrito.

—No es necesario, de verdad. Podemos volver andando.

—No vais a ir andando a estas horas de la noche. Os llevaré —manifestó Luke, tomando la oportunidad que se le brindaba—. Rina, lávate los dientes y a la cama.

—Sí, papá —acató de inmediato la pequeña.

—No estaremos demasiado —prometió Jennifer—, mañana tenemos que trabajar.

—Bien. Vamos —dijo dirigiéndose a los hermanos Rogers.

Descolgó se puso la cazadora antes de salir. El camino hacia la residencia Rogers fue silencioso y tranquilo, vio que Lili miraba al asiento trasero con una sonrisa, siguió su mirada a través del retrovisor, su hermano dormía con la cabeza apoyada en la ventana cerrada. Aprovechando la circunstancia, tomó la mano de la mujer sentada a su lado y se la llevó a los labios donde dedicó discretos besos en cada nudillo.

Cuando el motor se detuvo el adolescente despertó, aunque continuaba algo adormecido, le dio las buenas noches y entró en la casa sin mirar atrás.

Una vez a solas, la acompañó hasta la puerta tomando su mano de nuevo.

—¿Vas a invitarme a pasar a tomar una taza de té? —Mordió su propio labio para refrenar las ganas de hacer lo que su mente y su cuerpo se habían aliado en desear.

—¿Quieres tomar una taza de té, sheriff? —preguntó ella entornando la mirada, componiendo una sonrisa jactanciosa solo para él.

—No, pero es una buena excusa para estar más tiempo contigo —pronunció obligándola a

darse la vuelta y a caminar hacia el interior de la casa delante de él, antes de que dejara de contenerse y cometiera una locura allí mismo.

La siguió hasta la cocina donde, como buena anfitriona, relleno con agua una tetera y la puso a calentar.

El juego de sus cruces de miradas durante la cena y ahora lograban encenderlo y despertar al depredador que llevaba dentro. De una forma sexy, aunque desgarbada, apoyaba la cadera en la encimera, él la mantenía allí, en aquella posición, con las dos manos a cada lado de su cintura procurando contener las ganas de tomarla sin pensar en nada más. Alargó el brazo y tiró de ella asiéndola cariñosamente de su nuca, ella aceptó el gesto y sus bocas se encontraron en una lucha de pasiones asilvestradas que no conocían rival.

Con las manos en las caderas de Lili y las de ella en sus brazos, pegaron sus cuerpos tanto como permitían las leyes de la materia.

En medio del beso que aumentaba el calor que pudiera haber en el ambiente y el suyo propio, hizo lo que moría de ganas por hacer desde que la vio en el porche al llegar a casa, apretó su trasero con fuerza sintiendo la dureza que había crecido en sus pantalones rozarse contra su pubis. Escuchar su gemido, aquel sonido fue su perdición, la levantó para sentarla sobre la encimera, momento en el que sus piernas se enroscaron alrededor de su cintura mientras Luke disfrutó del peso y del tacto de su melena en la palma de su mano, luego cerró la mano y tiró ligeramente del cabello de la parte de atrás de su cabeza sometiendo la boca femenina a sus deseos.

—Oh, ¡Dios mío! ¡Lo siento!

Al escuchar la exclamación que sesgó el momento se volvieron en la dirección de la voz, y hallaron el rostro atónito del adolescente, que creían durmiendo, en la entrada de la cocina completamente estupefacto.

—¡Wade! —Lili lo empujó al tiempo que él se llevaba el pulgar derecho a los labios, frustrado por haber sido encontrados en tan delicada situación.

—¡No he visto nada!

El chico, con los ojos a punto de abandonar sus cuencas, se dio la vuelta y comenzó a andar. Su hermana lo siguió sin dejar de llamarlo.

Luke no se quedó atrás, en la sala la joven dio alcance a su hermano.

—¡Espera, Wade! —Tomó al chico por los hombros—. Déjame que te lo explique. Ven, vamos a sentarnos.

Guió a su hermano hasta el salón donde se sentó con él en el sofá.

—Pues, verás... —empezó a decir la mujer.

—¿Estás saliendo con el sheriff? —espetó el menor a bocajarro.

—Podría decirse que sí.

Podía ver cómo la mente de Lili trabajaba a contrarreloj para buscar la forma de minimizar la conmoción que encontrarlos podría suponer para él. Rodeó el mueble y se sentó delante del

adolescente, utilizando la mesa de centro para ello. Decidió que lo mejor sería tomar las riendas de la situación y ser honestos.

—Wade, quiero a tu hermana. Y quiero estar con ella —declaró sin tapujos.

—Pero tú eres viejo —alegó.

No era una afirmación que hubiese descartado de las posibles reacciones de su entorno y de sus familiares, Luke ya había asumido que los demás verían lo evidente, igual que lo hacían ellos. También tenía claro cómo responder a ese respecto.

—¡Wade! —amonestó su hermana al chico.

—Soy considerablemente mayor que Lili, tienes razón. Sin embargo, la quiero.

—¿Soy el único que no sabía nada? ¿Rina y Jennifer lo saben?

—Oh, no, cielo. Eres el primero al que se lo decimos —tranquilizó el ego herido de su hermano.

—El primero en pillaros, dirás —repuso el menor con cierta amargura.

—También. Lo siento por eso —se disculpó Lili—. Hemos intentado hablar de esto con Jen, pero tal y como están las cosas últimamente, no hemos creído conveniente para ella añadir otro sobresalto.

—Ya.

—Verás, Wade —habló con él de tú a tú—, mis hijas aún no saben nada, queremos decírselo, pero cuando estemos seguros de que la sorpresa no les hará daño. ¿Entiendes? Lo último que tu hermana y yo queremos es haceros daño a ti o a ellas.

—¿Podrás aceptarlo? ¿Lo que hay entre Luke y yo?

—¿Puedes no llamarlo así? Me pone los pelos de punta.

—Lo siento. Sheriff, entonces.

—Eh. —Llamó su atención para que alzara la cabeza, tomó la mano de Lili y dejó que asimilara la escena—. ¿Qué piensas? Los dos queremos saber qué te parece.

—Pienso que me va a costar acostumbrarme, lo siento.

—No, está bien —respiró hondo.

—Lo entendemos —añadió ella mirando con preocupación a su hermano—. ¿Pero no te parece mal? Me gustaría que pudieras contarme cualquier duda que tengas.

—A ver, sí tú lo quieres y él te quiere... No creo que yo pueda decir o hacer algo al respecto realmente. Pero me gustaría estar cuando se lo contéis a Jennifer.

—Sí, ese será un momento delicado —confirmó—. Tienes que saber que para tu hermana no hay nada más importante que tú. ¿De acuerdo? —Expuso aquella verdad irrefutable para que se diera cuenta de que sentirse amenazado por su relación con ella no tenía sentido.

—Es cierto.

—¿Esto quiere decir que el sheriff... que te quedarás a dormir?

—Algunas veces —contestó directo.

—Si eso no te hace sentir incómodo —respondió deprisa ella.

—Mientras no tenga que volver a ver algo como lo de hace un rato, de acuerdo.

—Gracias, chaval —despeinó su cabello.

Por fin habían atravesado el primer escollo, habían hablado de su relación con alguien y la había asumido y aceptado sin mayores contratiempos; por supuesto, Wade no se había enterado de la mejor manera, eso era algo que tendrían que vigilar mejor en el futuro, de forma que no se volviera a repetir.

Contaba con que sus hijas, al menos, una de ellas, aceptara la situación como el pequeño de los Rogers había hecho. En cuanto a la otra, no sabía qué pensar. Odiaba pensar que su relación pudiera afectar a la que ellas mantenían. Deberían esperar a verse en el momento para salir de dudas.

CAPÍTULO 14

La prueba de su vestido como dama de honor sí se mantuvo en la agenda original y, aunque pensó que tal vez la futura novia lo pasaría mal, podía verse en su cara que estaba disfrutando de lo lindo, haciendo que su dama de honor se probara los vestidos que había preseleccionado para ella.

Con tal de ver a su mejor amiga feliz, se probaría la tienda entera si era necesario.

—Este vestido dorado le queda espectacular —decía la modista mientras las dos analizaban el vestido y cómo le quedaba en los múltiples reflejos que los espejos, estratégicamente situados en el probador, ofrecían.

—No sé. —Jen había tomado una fotografía de cada conjunto que se probó—. No me convence. ¿Y a ti?

—Es tu boda. Lo que tú elijas estará bien para mí.

—Pero eres mi dama de honor. Debes ir espectacular, aunque sin eclipsarme, por supuesto. — La mujer la abrazó.

—Por supuesto. —Lili le devolvió el apretón.

—¡Qué bonito es ver a dos amigas que se quieren tanto! —añadió la mujer que las acompañaba en el probador y que las atendía ese día.

—Ay, es que ese tono parece muy de dibujos animados —protestó la novia.

—Tengo uno en color champán que, con su color de pelo, le quedaría precioso puesto.

La mujer salió un momento, dejándolas a solas, mientras continuaban analizando las fotografías de los que ya se había probado, decidiendo cuáles le quedaban mejor y descartando los que no les habían gustado nada.

—Ah, es una pena que vayas a ir sin acompañante a mi boda —suspiró su amiga dejándose caer en el sillón que había en el amplio probador para los acompañantes.

Observó su rostro a través del espejo sin decir nada. Una parte de su cerebro le gritó que aquel era el momento perfecto para hablar, pero la otra le gritaba al mismo volumen que no destrozara el paréntesis, recién encontrado, de felicidad de Jen.

—Pero ya sabes lo que dicen. Las bodas son el lugar perfecto para que las damas de honor solteras encuentren pareja.

—¿Eso dicen? Dudo que sea mi caso —musitó.

—¿Por qué? Eres joven, guapa e inteligente —enumeró.

—No creo que esté para muchos ligues. Es tu día, con verte disfrutar será suficiente.

—También quiero ver a mi amiga feliz, así que deja de encerrarte en el trabajo y empieza a tener citas.

Menos mal que no estaban en ningún cómic o dibujo animado, porque el goterón que sentía pesando sobre su frente sería visible de otro modo.

—Aquí está. —La modista entró al probador con un trozo de tela en un dorado reluciente que caía en cascada entre sus manos.

Jen arrugó la nariz.

—¿No es demasiado... sencillo? —Hizo una pausa para elegir la palabra.

—Es de líneas simples, pero una vez puesto creo que será de su agrado —replicó la mujer con una amable sonrisa.

—Está bien, me lo pondré.

Cuando cerraron las cortinas y se despojó de uno para ponerse el nuevo, sintió el tejido acariciar su piel con una suavidad que la maravilló.

—Qué suave.

—¿Verdad? Tiene mucha caída y, en la persona adecuada, resalta mucho más.

La mujer subió la cremallera, alzó la vista para ver su reflejo y quedó prendada de lo que encontró allí. En el lado derecho había una abertura que llegaba hasta medio muslo que quedaba medio escondido por las ondas que se formaban debido al peso del tejido. Era de tirantes finos con un escote en uve y dejaba la espalda al descubierto. Era bonito y muy sensual. Las cortinas se abrieron y la expresión de su amiga dijo todo lo que había que decir. Una lágrima empezó a rodar por su rostro.

—Es ese. Es tu vestido —balbuceó.

—Habría que retocarlo un poco en la cintura para que se ajuste a sus caderas —analizaba la mujer que estaba allí para hacer su trabajo—. Y tal vez, un poco el bajo.

—Pero no demasiado. Oh, ¡Dios! Vas a eclipsarme en mi boda —rió entre lágrimas la futura novia—. ¿Puedo casarme yo con ese vestido? —bromeó.

Después de salir de la tienda con el trabajo hecho y con los complementos elegidos y comprados, decidieron darse un homenaje e ir a tomar un yogur helado antes de volver a sus casas. Se despidieron en el centro porque la eternamente ocupada novia tenía algunos recados que hacer todavía y ella tenía trabajo pendiente con el que ponerse al día en el despacho de su padre.

Cada vez que miraba la bolsa que llevaba, recordaba cómo su amiga se había empeñado en que comprara unos zapatos dorados a juego con el vestido y un broche para el cabello del que se enamoró en un expositor.

Caminaba pensando en lo contenta que había visto a Jen y debatiendo consigo si había hecho bien o no al no mencionar nada acerca de su relación con Luke. Podría haberle dicho que estaba viéndose con alguien, o haber comentado que ya le gustaba un hombre, pero conociéndola como

la conocía, la hubiera acribillado a preguntas y habría querido saber todo acerca del tipo en cuestión, y había preguntas que seguramente le haría que no estaba dispuesta a responder tratándose «el hombre en cuestión», de su padre.

Todo aquello era un embrollo, cuanto más tiempo pasaba sin decirle nada, más culpable se sentía. Pasó por delante de un escaparate y un busto de terciopelo negro con una cadena de oro muy fina y un sencillo colgante que engarzaba una perla en forma de lágrima hizo que se detuviera en seco. La cadena de oro parecía envolver la preciosa y redonda piedra. Era la joya perfecta para lucir con el vestido que acababa de comprar. Entró y lo compró además de hacerse con unos pendientes también de oro amarillo, con cuatro finas tiras de distintas medidas que asemejaban una minúscula cortina. No podía esperar a probarse todos los complementos junto con el vestido para ver el efecto que todo ello, unido, creaba.

Dos cortos golpes de claxon la sorprendieron al salir de la joyería, al mirar alrededor, encontró el coche de policía que llegaba a su altura y se detenía. La ventanilla se estaba bajando y se acercó.

—¿De compras? —preguntó Luke.

—Sí. Jen y yo ya hemos decidido qué vestido voy a llevar y acabo de comprar el collar y los pendientes que harán juego con él.

—Me alegro. Me dejarás verlo, espero. —Debería haber una ley que prohibiera la devastadora sonrisa socarrona que le dedicó.

—Lo están arreglando.

—Qué mala suerte la mía. ¿Te llevo?

—En realidad iba a acercarme a la tienda de Marjorie para comprar unas zapatillas nuevas de estar por casa.

La tienda de Marjorie, eran en realidad unos almacenes donde uno podía encontrar todo lo que necesitaba para vestir su hogar. Desde mantas a pijamas, pasando por toallas, cortinas o zapatillas.

—¿Zapatillas?

—Sí. No me preguntes cómo, las que tenía han desaparecido.

—Paso por delante, sube y te dejo en la puerta.

Aceptó el ofrecimiento y montó con él en el coche.

—¿Cómo desaparecen unas zapatillas?

—Eso me gustaría a mí saber. Tal vez las tiráramos por error Barbara o yo.

—Hemos llegado.

—Gracias.

Abrió la puerta para salir.

—Lili —la llamó.

—¿Sí?

—¿Vas a comprarme unas para mí también?

—¿Las tuyas también han desaparecido?

—No, digo para tu casa —aclaró con una pícara sonrisa antes de irse dejándola atónita en la acera tras despedirse con la mano.

Al llegar a casa, guardó en seguida las joyas en la caja fuerte de su vestidor junto con el adorno para el cabello. Luego dejó la caja con los zapatos nuevos en el suelo, en un rincón.

Extrajo de la bolsa que aún colgaba en su mano dos pares de zapatillas, unas para ella, blancas y sencillas, no le hacía falta más y otras, más grandes aunque iguales, para Luke.

Era la primera vez que compraba algo para su casa para otra persona que no fuera su hermano. Pensar, además, que hacían juego con las suyas ponía en su rostro una tonta sonrisa.

Llamaron al teléfono de casa. De camino a la planta de abajo, respondió en el terminal que podía encontrarse en la torre de carga del pasillo principal.

—¿Diga? —Podía escuchar que la línea estaba descolgada—. ¿Diga? ¿Quién es? —Silencio.

Después de preguntar un par de veces y no obtener respuesta, colgó pensando que habría algún problema con las líneas telefónicas.

Entró en el despacho que había sido de su padre, desde el incidente que ocurrió días atrás siempre cerraba aquella puerta con llave cuando no estaba trabajando dentro, miró la pila de documentos que le quedaban todavía por leer. Tenía gestores que se encargaban de diferentes ámbitos de los negocios de sus padres y de los suyos, aunque evitaba que todo pasara por una sola persona, eso era lo que Shawn Rogers no se cansaba de decir cuando aún estaba con vida. Si todo el caudal de dinero y las operaciones pasaban por una sola persona, se corría el riesgo de que su avaricia creciera y le llevara a hacer cosas que de otra forma serían impensables.

Tras sentarse en el sillón que se negaba a cambiar, volvió a levantarse, no se veía con ánimo de encerrarse el resto de la tarde allí. Cogió una parte de los documentos y los llevó consigo al patio para poder disfrutar del aire libre mientras leía todo aquello.

Se fijó en que junto al ventanal que daba al comedor había una mancha roja que parecía sangre. ¿Y si Frank o Barbara se habían hecho daño? ¿Y con qué? Por allí no había nada con lo que pudieran haberse herido para dejar un charco como aquél. Se fijó en que había un reguero de pequeñas gotas que se alejaban. Al seguirlas con la mirada vio a los señores Newman venir hacia ella secándose las manos.

—¿Estáis bien?

—Oh, Lili. Sí, claro, estamos bien.

—¿Qué es toda esta sangre? ¿Qué ha pasado?

—Menos mal que no has tenido que verlo. Cuando estaba limpiando la sala, vi algo ahí, inmóvil. Me acerqué para ver mejor y vi que se trataba de un pobre animal. Estaba muerto y había mucha sangre.

—Parecía un mapache, debió vérselas con algún otro animal o un perro del barrio y terminó muriendo aquí —agregó Frank.

—¡Qué lástima! —El final de aquel pobre animal la entristeció. Ningún ser vivo merecía morir

solo y de una forma tan brutal.

—Ahora mismo iba a lavar eso.

—Sí, claro. Yo iba a ponerme a leer esto aquí fuera. No me quiero encerrar esta tarde.

—Últimamente están pasando cosas de lo más extrañas, ¿no te parece? —Escuchó que Barbara murmuraba a su marido mientras se alejaban.

Cuando la mujer regresó con lo que iba a necesitar para lavar la sangre de la piedra del patio, se acercó a ella que se había acomodado en uno de los sillones de exterior frente a la mesa de centro, con las manos metidas en el enorme bolsillo de su delantal.

—Ah, perdón por interrumpir, como no he podido dejarlas en el despacho casi se me olvida darte la correspondencia —extrajo un pequeño fajo de sobres que le extendió para que cogiera.

—Vaya, si hay algo malo en hacerse mayor es la cantidad de facturas que pagar —comentó medio en serio medio en broma tomando las cartas.

—No te equivocas, no señor —corroboró el ama de llaves mientras se disponía a limpiar el lugar donde un desafortunado animal había encontrado el fin de su vida.

Revisó los sobres, abrió de uno en uno, algunas facturas, invitaciones a eventos de caridad, entradas y confirmaciones para eventos que no conocía y que probablemente su abuela se había encargado de que le hicieran llegar la notificación; una carta de una pareja que conoció en Brasil con los que había trabajado que le arrancó una sonrisa, le enviaban una fotografía de ellos dos con una ecografía. Leyó la carta que acompañaba la imagen y se emocionó al leer la historia de lo que habían sido sus vidas desde que dejaron de verse. Se habían casado y esperaban su primer hijo. La dejó a un lado para responderles más tarde.

La última carta le pareció extraña, tenía sello pero no estaba timbrado, le dio la vuelta para comprobar el remitente, pero no lo tenía.

—Qué raro —murmuró mientras la abría.

Lili, he esperado, paciente a que te dieras cuenta, pero te empeñas en no ver que tu destino es estar conmigo. Ahora vas a sufrir tanto como tú me has hecho sufrir a mí todo este tiempo.

P.D: te devuelvo a tu gato, el Señor Sonrisas, ya no lo quiero.

A medida que su mirada iba descifrando el contenido de aquella carta, pudo percibir cómo sus brazos se convertían en estatuas vivas de mármol, o podría decir de hielo pues el frío la embargó desde la punta de los dedos con que sujetaba aquel fino papel hasta la raíz del pelo. ¿Qué quería decir todo aquello? ¿De dónde salía aquella carta? ¿Quién la escribía? ¿Y por qué alguien le escribía con tanto odio? Además, mencionaba al Señor Sonrisas, el gato que se escapó de casa cuando aún era adolescente. ¿Devolverlo? ¿No habían perdido al gato? ¿Se lo habían robado? ¿Y dónde estaba si se lo habían devuelto?

—Barbara —llamó a la mujer que continuaba limpiando con fruición la piedra del patio—. Hay una carta... ¿Venía con algo más? ¿Un paquete?

—No. No ha llegado nada más con el correo.

El ama de llaves regresó a su tarea y el frío que había sentido recorrer su cuerpo, se concentró en la parte de atrás de su cabeza.

—Barbara. El animal que encontraste, no era un mapache ¿verdad? —Se detuvo a mitad de un movimiento y lo supo—. ¡Dios mío!

Se levantó del sillón con un salto dejando caer la carta alejándola de ella como si fuera un bicho repugnante que la hubiera tocado. Sintió su cuerpo sucio, tan sucio que quiso lavarse con un estropajo la piel hasta estar segura de estar limpia.

La pena que sintió cuando creyó perdido al Señor Sonrisas regresó ahora multiplicada por el peso de los años que habían transcurrido y el profundo amor que le tenía a su mascota. Tanto, que nunca más quiso volver a tener otra.

—¡Lili! ¿Qué ocurre?

La señora Newman dejó lo que estaba haciendo y corrió a su lado.

—Era... Era... Ese gato era el Señor Sonrisas. —Abrazó su cuerpo como si ese gesto pudiera borrar el dolor, el miedo, la ira y el enorme desconcierto que sentía. Su ama de llaves ahogó un grito y se santiguó para, acto seguido, llamar a su marido a gritos.

¡Qué ganas tenía de dar el día por terminado!

Cerró el informe que hacía diariamente al finalizar el turno y apagó el ordenador. Abrió el cajón de su mesa con la llave y la caja fuerte que contenía, desenfundó el arma y desmontó el cargador para depositarla a buen recaudo hasta el día siguiente. Escuchó el teléfono sonar y maldijo para sus adentros. Con suerte se trataría de algo menor que no requeriría su presencia ni alargar el horario de los agentes que habían estado trabajando en el mismo turno.

Omar fue quien respondió a la llamada y tomó nota. Lo observó y por su expresión supo que no podría dejar el arma guardada al menos por el momento. Volvió a montarla y le puso el seguro antes de colocarla en la funda de su cinturón. Cogió la chaqueta y salió del despacho con resignación.

—¿Qué es?

—Una mujer ha recibido una carta sin remitente aparentemente con una amenaza y han dejado un gato muerto en su patio.

Frunció el labio ante la imagen que esa información creó en su mente.

—¿De quién se trata?

—Lili Rogers, señor.

—¿Li...? —Vio el momento exacto en que su mente se cortocircuitó, sus funciones neuronales se apagaron por un segundo. Buscó la salida de inmediato tras pronunciar una sola palabra—. ¡Vamos!

Todos los agentes de la comisaria a excepción de Corey, que era quien tenía el turno de noche, lo siguieron.

Con las luces encendidas llegaron a la residencia de los Rogers donde encontró el coche de su

hija aparcado en la entrada. Al llamar a la puerta fue quién los recibió.

—¡Oh, papá! Qué miedo. Pasad.

Omar, Raisha y él ocuparon el recibidor.

—¿Dónde está? —preguntó con la urgencia propia de la situación, o eso se dijo.

Fueron al salón donde estaban reunidos todos, Frank, Barbara, Wade, Rina y Jennifer, salvo la dueña de la propiedad, no veía a Lili por ninguna parte.

—La carta está fuera, en el sofá del patio —informó su hija mayor. Con un gesto de la cabeza le indicó a Omar que fuera a ver—. Barbara, ¿puedes acompañarlos? Allí encontraron al gato también.

—¿Quién? —quiso saber.

—Nosotros, mi mujer y yo —anunció Frank.

—¿Y Wade, y Lili?

—No, ellos no estaban.

—Yo he llegado hace un rato —intervino el adolescente. Luke puso una mano en su hombro para mostrar su apoyo.

—Yo llamé a Lili, pero Barbara respondió al teléfono y en cuanto conseguí que me explicara lo sucedido vine de inmediato —explicó su hija en cuanto la miró.

—¿Dónde está? —Quiso saber.

—En el despacho de papá —respondió Wade.

—Se ha encerrado allí. —Frank confirmó las indicaciones del adolescente.

—Bien, quedaos todos aquí, Raisha os tomará declaración para que podamos terminar con esto lo antes posible. Iré a ver cómo se encuentra y a hablar con ella.

Con un vistazo a su agente, vio el gesto de confirmación que le dio conforme había entendido lo que debía hacer antes de enfocar sus pasos hacia la mujer que necesitaba ver en aquel instante.

Dos toques con los nudillos en la hoja de madera noble fueron suficientes para anunciar su llegada, entró sin esperar respuesta y la imagen que allí encontró devastó su corazón.

Lili, sentada en el sillón que un día fue de su padre, abrazaba sus rodillas detrás del escritorio con la mirada perdida en un punto indefinido en el suelo, daba igual porque sus pensamientos no se encontraban realmente allí si no en el vacío. Sus preciosos ojos azules estaban hinchados y enrojecidos y podía ver que en una mano sostenía un pañuelo en el interior del puño que apretaba con fuerza.

Se acercó con pasos cortos y lentamente, como cuando debía acercarse a un animal herido, tal era la imagen que presentaba su mujer.

—¿Lili? Soy yo, Luke.

Llegó a su lado y se agachó para poner su mirada al alcance de la de ella. Funcionó, sus ojos se encontraron y ella emergió de esa especie de catatonía en la que había estado sumida. Se lanzó a su cuello y enterró la cara en su cuello. El policía la agarró con fuerza, quería que sintiera el abrigo de sus brazos, iba a protegerla de todo cuanto fuera necesario.

Hasta al cabo de un momento, su cerebro no alcanzó a procesar la frase que ella pronunció en un susurro tan bajo que pareció el roce de la ropa con el sillón.

—El Señor Sonrisas está muerto. Es por mi culpa.

—No es tu culpa. —Apretó sus brazos alrededor de ella con fuerza—. Nada de todo esto lo es.

—Esa carta... Tanto odio... Era para mí. Pensé que lo había perdido, que escapó de casa pero... Me equivoqué. —Un sollozo quebró su voz—. Me equivoqué. Debí continuar buscando.

—Tranquila. No podías saberlo. Ssshsh... Estoy aquí. No estás sola. Estoy aquí.

Acarició su cabello que caía libre y algo enmarañado por su espalda.

—¿Quién haría una cosa así, Luke? ¿Quién sería capaz de hacerle algo como eso a un ser indefenso?

Si algo le había enseñado su profesión era que la gente no siempre era buena, que cualquiera podía cometer un delito o una locura y que las personas que uno menos pensaba eran capaces de esconder atrocidades que sus vecinos jamás hubieran creído posible que hicieran.

Después de conocer bien cada aspecto de los hechos, se planteaban muchas cuestiones, entre ellas, ¿quién robaría un gato para, años más tarde, matarlo y devolverlo a su dueño original después?

Si algo podía deducirse de aquella carta era que quien fuera el perpetrador, en el momento de la desaparición del gato, se encontraba en el pueblo. El robo de la mascota se produjo unos tres años antes de que, siendo prácticamente adolescente, abandonara su pequeño pueblo natal. Dada su ausencia a lo largo de los últimos cinco años, y teniendo en cuenta que quien fuera no había actuado hasta ese momento, podían asegurar casi con toda probabilidad que se trataba de un vecino, alguien a quién conocían. El problema que debían afrontar era el gran número de sospechosos que esto les dejaba.

Desde aquel momento, no iba a ir sola a ninguna parte, lo había decidido.

Cuando la parte oficial de su trabajo hubo terminado, despidió a los agentes él mismo antes de volver a la sala donde habían conseguido que Lili se reuniera con el resto y ahora estaba en el sofá, entre su hija mayor y su hermano mientras que su otra hija, la pequeña, sentada en el suelo, abrazaba sus piernas para confortarla como podía. Era como si hubieran detectado el repentino y profundo frío que se había adueñado de la mujer y trataran de devolvérselo.

—¿Cuándo van a instalaros esa alarma nueva?

En un momento como aquél era de imperiosa necesidad que lo hicieran cuanto antes.

—El agente comercial de la compañía dijo que, con todo lo que había que hacer, vendría la semana que viene. —Barbara Newman fue la encargada de responder.

El teléfono decidió que aquel era el momento para sonar, el ama de llaves se avanzó a cogerlo, pero después de preguntar varias veces quién era, colgó sin escuchar nada. Algo le decía que aquello era irregular por mucho que la mujer protestara de algún tipo de problema con los teléfonos últimamente.

—¿Tenéis problemas con la línea?

—Sí, a veces llaman y no se escucha nada. Tengo que llamar a la compañía —afirmó Lili.

¿Esta mujer no se daba cuenta de las cosas más simples? ¿Y si no tenían un problema con la línea? ¿Y si quien llamaba era el mismo sujeto que había enviado la carta y que había hecho esa carnicería con el gato de su infancia?

—Haz eso —dijo guardando las especulaciones para sí mismo.

Tampoco quiso crearle más miedo del que ya debía estar sintiendo. El aparato inalámbrico que había sido dejado en la mesa de centro frente a Lili volvió a interrumpir el silencio.

—¿Tienes opción de responder en manos libres? —preguntó.

—Sí.

—Ponlo ahora y responde —propuso.

Por la atónita mirada que le dedicó su hija por encima de la cabeza de su amiga, ella ya había comprendido la situación.

Ella tomó el teléfono y pulsó el manos libres al contestar.

—¿Diga?

Como pensó, la línea no tenía problemas, eso que se escuchaba, aunque costara distinguirlo, era la respiración de alguien.

—¿Te ha gustado mi regalo?

Las miradas de todos los presentes se clavaron en el teléfono como si fuera un insecto enorme y peludo que pudiera saltarles encima en cualquier momento. La voz, gutural y algo ronca del tipo, no le sonaba. Agradeció mentalmente porque no se le hubiera ocurrido usar uno de aquellos aparatos que podían distorsionarla. Aunque estaba convencido de que él mismo estaba modificando su tono para que no lo identificaran.

—¿Quién es? ¿Qué quiere?

—¿Que quiero? A ti, Lili. Siempre has sido tú.

Ella giró su cabeza y lo miró, el miedo estaba grabado en cada centímetro de su rostro. Le hizo un gesto con la mano para decirle que continuara hablando con él. Si lo hacía hablar podrían obtener pistas acerca de quién era o de su paradero.

—¿Por qué robaste mi gato?

—¿No es evidente? Si quería estar cerca de ti debía acercarme a lo que más querías.

—Si querías acercarte a mí solo tenías que hablar conmigo.

—¿Crees que no lo he intentado muchas veces? ¿Crees que no lo hice? Pero tú... Mantienes a todos los que no son de tu pequeño, estúpido y reducido círculo, lejos. Ya he tenido suficiente, has agotado mi paciencia. Ahora voy a hacer que me veas. Da recuerdos al sheriff.

La línea se cortó de forma abrupta.

—Tu hermano y tú os venís a casa hasta que tu alarma esté instalada. Señores Newman, ¿tienen con quién quedarse?

Frank negó con la cabeza.

—Prometimos a Leila antes de morir y a la señorita Lili cuando se fue que cuidaríamos de su

casa. Y eso haremos. Usted proteja a los chicos.

—Haré que una patrulla pase por la zona a menudo —aceptó.

Queriendo o no, el acosador de su mujer había dicho algunas cosas que podrían ser interesantes para la investigación y descubrimiento de su identidad. Debía averiguar de quién se trataba. Y debía hacerlo cuanto antes.

CAPÍTULO 15

Llegaron cuando el coche de Jen ya estaba aparcado. Ella había ido en el coche patrulla, con Luke. Su amiga llevó su equipaje, el de Wade y a su hermano en el suyo. Mientras la señora Newman preparaba algunas cosas, Lili acompañó al sheriff a comisaría donde dejó hecho el informe de lo sucedido y su arma.

A pesar de su aversión a las armas, verlo guardar aquel instrumento de metal en una caja fuerte bajo llave hizo que una punzada de angustia atravesara su esternón.

—Tengo otra en casa —dijo él como si leyera su mente—. Luego te enseño dónde.

Esas habían sido sus palabras. En ese momento, apagó el motor, en una especie de acuerdo tácito, ninguno se movió ni trató de salir del vehículo.

—Tenemos que hablar con Jennifer —formuló él.

—Sí.

Después de lo sucedido aquella tarde, la conversación acerca de su relación con su amiga parecía una nimiedad en comparación.

Entraron en la casa, sus maletas estaban al pie de la escalera, no así las de su hermano; siguieron el olor de la salsa de tomate hasta la cocina donde las hijas de Luke y su hermano estaban cabizbajos en el más absoluto silencio. Los chicos mirando el mármol, su mejor amiga cocinando.

—Lasaña. —Entró y abrazó a su hermano por la espalda mientras dedicaba lo que pretendía fuera una sonrisa, a su mejor amiga. La culpabilidad le carcomía desde dentro, en unos minutos estaba a punto de cambiar la concepción que Jen tenía de ella, puede que también de su padre. Solo esperaba y rezaba porque su amistad no quedara hecha añicos.

—Media hora y estaremos cenando —anunció la mujer cuando introdujo la bandeja en el horno y colocó el temporizador.

—Sentémonos en la mesa —expuso Luke a su espalda—. Tenemos que hablar —anunció.

Todos obedecieron y ocuparon los lugares habituales en la mesa; de algún modo, se dio cuenta, su asiento y el del sheriff siempre habían estado uno al lado del otro, aunque hasta ahora no se había percatado de eso.

Las dos hermanas observaban a su padre, Wade estaba al lado de Luke también, a su derecha. Al lado de Lili se encontraba Rina, junto a la mayor de las dos, que ocupaba el extremo contrario.

—¿De qué se trata, papá?

Preguntó la futura novia con semblante severo.

—Hace un tiempo que... estoy viendo a alguien —aventuró a decir el sheriff.

—¿Viendo a alguien? —Su amiga se veía confusa, seguramente por la seriedad con la que el hombre afrontaba esa charla.

—¿Como una novia? —preguntó Rina, igual de desorientada.

—Sí. Exactamente como eso. —Lanzó una apreciativa sonrisa a su hija menor.

—Ah... Me habías asustado, papá —intervino Jen ahora aliviada por tratarse de algo distinto a lo que habría imaginado—. Bueno, ya era hora de que rehicieras tu vida. Me alegro por ti.

—Y yo —añadió la pequeña como si pretendiera no quedar atrás.

—¿Y quién es?

—¿La conocemos?

—¿Es simpática?

Las preguntas se sucedieron de una hermana a la otra sin que ninguna diera tiempo a responderlas.

—Antes de continuar... Tenéis que saber que yo no esperaba nada de esto, tampoco lo buscaba.

—Lo entendemos, papá —respondió, comprensiva, Jen—. Sabes que siempre te animé a que salieras y conocieras a gente nueva. Me alegro de que, por fin, me hicieras caso.

—No se trata de eso exactamente —empezó—. La persona de la que me he enamorado tampoco buscaba nada de todo esto ni pretendía que sucediera y, como yo, no quiere que nadie salga herido. No queremos haceros daño, ni a vosotras, ni a su familia —terminó.

—Qué forma de ponerse en lo peor —recriminó su amiga—. ¿Por qué iba a hacernos daño el que tú tengas una relación?

—Porque esa persona... —La miró insuflándole valor con la mirada azul que poseía el poder de calmar o avivar su espíritu y tomó su mano antes de continuar—: es Lili Rogers.

La sentencia quedó suspendida en la habitación. Al contrario de lo que esperaron, no hubo reacción.

La mujer al otro lado de la mesa estaba tan quieta como una estatua de hielo. Su expresión se congeló en el tiempo e incluso tuvo miedo porque hubiera dejado de respirar o algo por el estilo.

—¿Lili? —La hermana más joven reaccionó tras unos segundos de asombro en el que solo observó a su padre y vieron su rostro iluminarse mientras asimilaba la noticia—. ¿De verdad?

—Sí —continuó Luke apartando la vista de Jen a su otra hija solo un momento.

—Eso es fantástico. No me lo esperaba.

—Tampoco nosotros —intervino ella entonces.

La niña de once años se levantó para abrazarlos, se colocó entre los dos y tomó a cada uno del cuello acercándolos a su pecho.

—Te quiero, papá. Y a Lili.

Azorada, devolvió la atención a su amiga que continuaba impertérrita e inmóvil en la silla.

—Jen, di algo —pidió.

Había empezado a sudar de preocupación pensando en qué reacción podría tener, no sabía qué esperar, aunque estaba convencida que había esperado cualquier cosa menos aquello.

La silla rechinó al retirarse de prisa cuando la mujer a quien quería como una hermana se levantó en silencio. Su mirada clavada en las manos de su padre y la suya unidas.

—Yo... No puedo. Lo siento no... puedo.

Salió de la cocina a la carrera, subió las escaleras y se escuchó el portazo que dio al encerrarse en su habitación.

—Pues no ha ido tan mal como esperaba —pronunció irónico Luke, aunque su gesto era sombrío.

Entendía la sacudida que su mundo acababa de sufrir, comprendía que la relación con su padre podría ser un mazazo para su entorno. No podía culpar a su amiga por haber salido huyendo.

La cena se produjo en la más completa normalidad, salvo por la ausencia de su hija mayor. Jennifer estaba sometida a una gran presión con la preparación de su boda y aquella no era una situación fácil de asimilar, supuso, para ella.

Cierto que habría preferido, gritos, golpes, llantos, con eso sí podía lidiar, pero silencio, eso no lo vio venir.

Rina hizo un par de preguntas acerca de si a partir de entonces Lili dormiría con él, extrañamente, muy parecida a la que les formuló el hermano pequeño de ella en su día y se interesó también por saber si el hecho de que salieran juntos quería decir que ella fuera parte de su familia.

—Cielo, Lili ya es tu familia. Estemos saliendo o no —aclaró.

—¿Creéis que Jenny saldrá algún día de su cuarto? —preguntó la pequeña a todos y a nadie en concreto.

—Lo dudo —afirmó Wade con sorna.

—Iré a hablar con ella en un momento —anunció la amiga de toda la vida de su hija.

—Rina, me sorprende lo mayor que te has hecho ya. Estás llevando muy bien la noticia que os acabamos de dar —comentó a su vez.

—Claro. —la niña los miró y luego su expresión cambió a una pensativa—. Quiero a papá, y quiero que sea feliz. También quiero a Lili y quiero que sea feliz y que no se vaya. Si vosotros estáis juntos, los dos seréis felices, ella se quedará y no volverá a marcharse nunca más —explicó con detalle su razonamiento.

—Oh, Rina... —Lili abrazó a la pequeña.

—Es una forma de verlo —aceptó. Alzó la cerveza que había abierto para tomar con la cena en señal de brindis por sus palabras y bebió después de agradecer a su hija aquellas ternas palabras —. Gracias.

Lili preparó un plato con lasaña y lo dispuso en una bandeja para llevarlo a la planta superior.

—Iré contigo —suspiró.

—Creo que será mejor hablar a solas con ella.

—Entonces deja que sea yo quién vaya primero.

—De acuerdo.

Tomó la bandeja de sus manos y enfrentó con resignación el camino que le llevó delante de la habitación de Jennifer. Por más que pensó, no halló una forma correcta de hacer aquello, golpeó la puerta con los nudillos una vez y abrió después de sostener la bandeja con una sola mano.

Su hija estaba sentada en la silla del escritorio de su dormitorio, mirando hacia la ventana, aunque dudaba que realmente viera algo.

Se acercó y dejó la bandeja en la esquina de la mesa de madera antes de sentarse en la cama. Apoyó los codos en sus rodillas y frotó sus manos.

—Creo que tenemos que hablar —inició la conversación—. Como he dicho antes no era nuestra intención hacerte daño. También me costó asumir lo que estaba sintiendo. Era nuevo, algo que acarrearía situaciones complicadas. Intenté negarlo, cariño, quise encontrar otra explicación para esas nuevas emociones. Pero no se puede combatir contra uno mismo, contra el corazón.

—¿Desde cuándo?

—Entre unas cosas y otras, hará apenas dos semanas.

—¿Desde cuándo sientes... eso por ella? —reformuló la pregunta.

—Desde la fiesta de cumpleaños de tu hermana.

—La fiesta de Rina fue hace algo más de un mes.

—Sí.

—Podrías haberme dicho algo, podrías...

—¿Qué iba a decirte si ni yo mismo entendía nada? Solo sé que la quiero, Jennifer.

—¿No hay mujeres en el mundo, en el pueblo? ¿Tenía que ser mi mejor amiga?

—Lamento que eso te duela. —Se disculpó—. Pero no voy a pedir permiso para poder sentir algo, ni siquiera a vosotras, por mucho que os ame. Una vez que entendí qué era lo que sentía, decidí que no me escondería de ello, no me avergüenza amar a Lili. Pero los dos entendemos las circunstancias especiales de nuestra relación y antes de hacerla pública queríamos que lo supierais.

—Podría ser tu hija. Tiene mi edad, papá.

—¿Crees que no lo sé?

—La gente hablará.

—La gente es libre de pensar y decir lo que quiera. Las únicas personas que me importan se encuentran en esta casa ahora mismo.

Después de sostener un largo silencio entre ambos, suspiró, pasó una mano por su cabello, contrariado y solo dejó que sus pensamientos salieran a través de su boca.

—Nunca te he pedido nada, Jennifer. Ahora te pido que trates de comprender y puedas asumir

la nueva situación. No voy a engañarte, me gustaría que fueras capaz de alegrarte por nosotros, pero sé que esa es una petición que no te puedo hacer ni es algo que te pueda exigir.

—¿Vais a... dormir juntos mientras ella y su hermano estén aquí?

—Por el momento creo que lo mejor para todos es que me instale en el sofá. —Se puso en pie, aquella conversación no parecía avanzar así que pensó en dejarla asimilar lo que habían hablado y ceder el turno a Lili pues también quería hablar con ella y como su amiga, debía hacerlo—. Espero que puedas pensar con tranquilidad acerca de esto.

Pronunció la última frase mientras sostenía el pomo de la puerta, a punto de abrir, para regresar abajo.

—¿Por qué?

—¿Por qué, qué?

—¿Por qué ahora? ¿Por qué nos lo decís ahora?

—Podría darte un millón de motivos, pero lo cierto es que quisimos que lo supieras nada más asumir que lo que sentíamos no iba a desaparecer y que decidimos arriesgarnos con ello, aunque no pudimos debido a todo lo ocurrido con respecto a los preparativos de tu boda y cómo te estaba afectando eso. Queríamos esperar a que estuvieras más tranquila. Pero hoy, con todo esto del acosador, no podíamos continuar postergándolo.

Al no recibir respuesta, abandonó la habitación.

Una vez en la cocina, encontró a los chicos ayudando a Lili a quitar la mesa y lavar los platos. Fue hacia ella y besó su hombro.

—Así de bien, ¿eh? —dijo ella apoyando la mejilla contra su cabeza que había dejado recostada allí.

—No lo sé. Sabía que sería difícil. Aun así...

—Lo sé. Los chicos me han preguntado, les he dicho que Rina puede dormir conmigo para dejarle algo de espacio a Jen. Y Wade en su cuarto, como iba a ser en un principio.

—Sí, yo... Me quedaré en el sofá.

—Voy a subir a hablar con ella —anunció—. Deseadme suerte.

Tener que dar explicaciones acerca de sus sentimientos era algo que nunca hubiera creído posible que tuviera que hacer. Aunque igual que pedía comprensión a sus hijas acerca de su relación con una mujer mucho más joven, también él debía ser comprensivo con ellas y darles tiempo para que lo asimilaran.

No era un hombre que escondiera quién era del resto del mundo, nunca lo había sido y no iba a empezar ahora ni con sus hijas ni con nadie.

Del mismo modo en que era leal a la gente del pueblo, haciendo cumplir las leyes y protegiéndolos, era leal a su familia y consigo mismo no sería distinto.

La puerta cerrada ante la que se encontraba era como una muralla fortificada ante la que enfrentarse. Dudó entre llamar y esperar una respuesta, entrar sin más o llamar y entrar sin dar

tiempo a la mujer del otro lado de reaccionar.

Optó por esta última opción, entreabrió la puerta y se asomó anunciando quién era a la espera de que algo volara en su dirección.

Cuando no fue así, se atrevió a pasar y cerrar a su espalda.

—Rina va a dormir conmigo esta noche —informó mientras avanzaba con lentos y cortos pasos hacia su amiga—. Así que tendrás el cuarto para ti sola.

—No me dijiste nada —pronunció severa la otra mujer cuando se encontraba a los pies de su cama. Ella estaba sentada en la silla de su escritorio, mirando sin ver por la ventana.

Lili se sentó a los pies de la cama de su amiga dejando caer su peso.

—Eres mi mejor amiga y no me dijiste nada.

—No sabía qué decir. O cómo.

—¿Desde cuándo te gusta mi padre?

—No lo sé —admitió—. Solo... Yo... Cuando volví había algo, distinto. Raro. Algo que no había sentido antes. Creo que ambos lo sentimos. Por favor, Jen, mírame —rogó.

—Tienes veintidós años, él va a cumplir cuarenta. ¡Casi te dobla la edad!

—Lo sé. Soy la primera sorprendida por tener estos sentimientos por él. Pero no puedo alejar esto de mi pecho, de mí, igual que no he podido elegir por quién me siento así. Siento todo esto, no quiero que sufras por mi culpa, ni que dejemos de ser amigas.

—¿Estás de coña? —Su amiga se volvió hacia ella—. Eres mi familia, Lili Rogers, desde siempre, eso no cambiará, pero esto... Esto es distinto.

—Lo sé.

—¿No había otros hombres? ¿Tenías que salir con él, con mi padre? —Se quejó la otra mujer.

—Lo siento. No hay nadie más con quien quiera estar.

—¿Estás... enamorada de él? ¿Lo quieres?

—Más de lo que creo que alguna vez podré reconocer delante de él —expuso.

—Dios, esto es en serio.

—Eso me temo.

—Me gustaría que me dijeras que es una broma pesada o que estoy soñando.

—Me temo que no puedo.

—Lo siento, Lili. Ahora mismo no puedo... No puedo con... Yo... No puedo afrontar esto. Y no quiero ver a nadie —añadió—. Espero que podáis entenderme.

—Entiendo. —Dejó la cama y con tristeza se enfrentó de nuevo a aquella hoja de madera—. Espero que puedas perdonarnos el herirte, no era nuestra intención. Te quiero, Jen.

Abrió y cerró la puerta con suavidad después de salir. Permaneció inmóvil asimilando los sentimientos que la abrumaban, hasta que no pudo contenerlos más y la desbordaron en forma de lágrimas de impotencia, miedo, pena y aflicción.

En la planta de abajo, solo encontró a Luke en el salón, terminando de ponerse la camiseta de algodón para dormir. Ni su hermano ni la hija pequeña del sheriff parecían estar en ninguna

parte.

—Wade se ha ido a la cama hace un rato. También Rina. Está en mi cama, durmiendo. Se la veía emocionada de poder dormir contigo, no puedo culparla por ello.

Mientras hablaba, alargó su brazo, la atrajo hacia él tirando por su cintura y ambos se desplomaron en el sofá, sentados uno al lado del otro.

—Creo que me odia —pensó en voz alta.

—No te odia.

—Yo no estoy tan segura. Me ha dicho que no quiere ver a nadie.

—Entonces dejaremos que piense en ello hasta que decida salir y hablarlo de nuevo. Todo irá bien.

—Normalmente, me llamaría para explicarme todo y analizar juntas cada aspecto. Es la primera vez que me deja fuera. Quiero decir, lo entiendo, pero duele que me haya apartado.

—No lo hará para siempre. Cando salga, nos comportaremos normal, como siempre, y poco a poco las cosas volverán a la normalidad.

—A una normalidad donde su mejor amiga y su padre están juntos, creo que va a tardar en digerir algo como esto.

—Miremos el lado positivo, ahora dejará de pensar en la boda un tiempo.

—No hace gracia.

—No. Mira, no esperaba que Rina se lo tomara tan bien y es cierto, esperaba algún grito por parte de Jennifer o que algo terminara roto, pero no ha sido así. Creo que hay una parte de ella que ya nos entiende.

—Lo que yo creo es que hay una parte de ella que no deja de querernos y ese es el motivo por el que no ha estallado. Creo que al unir dos cosas que ella creía bien definidas y separadas, la ha conmocionado.

—¿No es eso mismo lo que nos ha pasado a nosotros? Si hemos podido aceptarlo, ella también lo hará. Hay que dejarle espacio y darle tiempo.

—Sí, supongo que tienes razón.

—Claro que la tengo. Y ahora ven aquí. —La hizo sentar en su regazo—. Llevo toda la tarde queriendo hacer esto.

La besó con ternura, con sosiego, apreciando ese momento como si fuera único y especial, él hacía que se sintiera así siempre. Disfrutar de aquel beso en el que sus cuerpos se acompasaban a sus emociones, era todo lo que necesitaba para refrenar el miedo, la impotencia y el abatimiento.

Tenían muchas cosas a las que hacer frente, tal vez demasiadas, pero por un segundo, ese en que estaba junto a él, todo lo demás perdía relevancia. Luke conseguía ofrecerle seguridad en todos los sentidos y por primera vez se dio cuenta de que era cierto lo que le había dicho a Jen. Lo quería mucho más de lo que sería capaz de reconocer alguna vez en voz alta. El sheriff, Luke Buckard era el hombre del que se había enamorado y si él era capaz de afrontar las consecuencias que tener una relación con ella podría acarrearle, ella podría estar a su lado y

afrontar la parte que le tocaba.

No sabía a ciencia cierta a donde los llevaría su relación, ¿pero acaso alguien podía saberlo? ¿No trataban de aquello las relaciones, de explorar juntos el mundo?

Lamentaba profundamente no haber podido hablar antes con su amiga, explicarle sus sentimientos, pero dudaba que aquello hubiera ayudado a minimizar su daño.

Estaba segura de que conocía a su amiga lo suficientemente bien como para saber que en aquel momento se sentía traicionada por dos de las tres personas que más quería en este mundo.

Como había dicho Luke, tendrían que esperar para ver si su amistad se había roto irremediabilmente o si, por el contrario, resistiría este nuevo rumbo en sus vidas.

CAPÍTULO 16

Dos días más tarde, su hija mayor continuaba encerrada en su cuarto. Su hermana era la única que había entrado a dejarle bandejas con la comida que preparaban. Por suerte, no debía preocuparse de que hubiera dejado de comer. «Así que no estaba tan enfadada por la noticia», se decía.

Su turno había terminado, llegó a casa y se encontró con que Lili había recogido documentación que tenía en el despacho de su casa sin mencionarle nada. Añadió que le había pedido a Frank que la fuera a buscar y la acompañara porque no había querido molestarlo mientras trabajaba, ni a ningún agente. Besó su frente, lo que suscitó una risita vergonzosa de la menor de sus hijas que jugaba a los videojuegos con Wade, ocupando la alfombra delante del sofá.

Subió a su cuarto a darse una ducha rápida y cambiarse. Al pasar por delante de la habitación de su hija, estuvo a punto de llamar a la puerta y entrar, pero se contuvo. Desde que dijo a su amiga que no quería hablar con nadie, no habían vuelto a intentar hablar con ella. Ya se encargaría de buscarlos cuando estuviera preparada.

Bajó y se sentó junto a Lili en el sofá. Estaba enfrascada leyendo y, de vez en cuando, anotaba algo con el lápiz que tenía en la mano o tomaba notas en una libreta aparte. Dividió su atención entre la pantalla donde se veían los avances de los chicos en el juego y la mujer a su lado. Solo mirarla era todo un privilegio.

Aquello le gustaba, pensó, llegar a casa, encontrarla trabajando, los chicos jugando después de haber hecho las tareas...

Cuando el timbre sonó, ella solo levantó la cabeza y lo observó esperando claramente a que fuera a ver quién era.

Abrió la puerta, Sean estaba esperando en el porche.

—Ah, Sean. Cuanto tiempo.

—Sí, he estado liado con el trabajo. Ya sabes —respondió.

—Sí, escucha. —Puso una mano en su hombro y lo apartó de la puerta que dejó entreabierta, alejándolo del interior. Lo llevó junto a la barandilla—. Jennifer lleva un par de días encerrada en su habitación. No quiere ver a nadie —informó a su prometido de la situación actual.

—¿Por lo de la boda? —preguntó perplejo.

—No. No es por eso. Es porque Lili y yo anunciamos que estamos juntos.

Lo dijo mirando a sus ojos, no tanto para ver su reacción, más bien como una señal de que no le costaba decir aquellas palabras a otras personas ahora que tanto sus hijas como Wade conocían su relación.

El prometido de su hija quedó atónito, en su rostro aparentemente tranquilo podía ver a través de sus ojos cómo trabajaba para mantener la sorpresa contenida.

—Sí —continuó ya que el hombre no abría la boca—. Así que no creo que este sea un buen momento para ver a mi hija. Dejemos que lo digiera a su ritmo.

—Comprendo —recuperó la voz—. Us... ¿Usted y Lili, sheriff?

—Sí, ¿parece increíble, verdad? Por cierto, hay algo que quería preguntarte. —Sean asintió con la cabeza—. Tú fuiste al instituto con ellas, ¿recuerdas si había alguien extraño alrededor?

—¿Extraño? ¿Alrededor de las chicas? No sé, Jennifer y ella siempre estaban juntas, como el pan y el aceite, por lo que recuerdo. ¿Por qué?

—Parece que alguien ha estado acosando a Lili, solo quería saber si recordabas algo que te pareciera extraño.

—No sé, sheriff, han pasado muchos años.

—Es verdad.

—Pero no recuerdo a una sin estar la otra al lado, eso es todo. Lili no solía acercarse a otras personas, solo a su hija. A ver, ya sabe cómo son los chicos cuando les gusta una chica, intentan estar cerca, pero de ahí a que ocurriera algo inusual... No se me ocurre nada.

—Claro, claro, entiendo. Me refería más a si alguna vez viste a alguien rondando los alrededores del instituto con actitud extraña o algo así.

—No, lo siento.

—No te preocupes. Es normal, ha pasado tiempo.

—Así que... Lili.

—Sí.

—Está bien, mientras los dos seáis felices... Ahora que no puedo ni imaginar cómo afectará esto a su relación con su mejor amiga.

—Deberemos esperar a ver —cerró el tema.

Despidió a su yerno, lo vio marcharse y regresó a dentro. Encontró a Lili camino de la cocina que iba a beber algo. La siguió, apoyó las manos en la encimera a lado y lado de su cuerpo, acercando la nariz a su melena, en la nuca y a su oreja.

—Vayámonos este fin de semana —propuso.

—¿El fin de semana? ¿Y Rina y Wade? ¿Y Jen?

—Vayamos a la casa que tengo en el lago, es una propiedad cerrada, no tendrás que quedarte encerrada. Los chicos pueden venir. Y Jennifer, si quiere. Si no, tiene a su prometido, que estará encantado de poder estar un rato a solas con su novia.

—Me gustaría que viniera.

—Entonces la meteré en el coche a la fuerza si es necesario —aseguró.

—Recuerdo la cabaña. Jen y yo nos sentábamos en la hoguera a asar malvaviscos para la pequeña Rina y para nosotras mientras ibas a pescar. Podías pasar horas allí.

—Sí, me relaja pescar.

—Vayamos. A todos nos irá bien el cambio de aires. —Ella recostó su cuerpo contra el suyo y lo besó torciendo la cabeza para poder hacerlo.

Su cuerpo, necesitado, buscó el calor que la joven le ofrecía, aunque recordó que no se encontraban a solas y se alejó para poder tranquilizar la libido que empezó a actuar por su cuenta.

—Entonces, está decidido.

—¿El qué está decidido?

La voz de su hija mayor proveniente de su espalda lo aturdió momentáneamente. Al volverse pudo comprobar que, efectivamente, estaba en la puerta de la cocina observándolos.

—Que vayamos todos a la casa del lago este fin de semana —informó a su hija—. Puedes invitar a Sean y utilizar la cabaña del abuelo.

La cabaña del abuelo era básicamente una cabaña para invitados que su padre construyó para cuando fuera de visita, de ese modo podría dejar intimidad a Luke y a su reciente mujer.

—De acuerdo —aceptó.

Lili se lanzó a abrazar a su amiga, quién se dejó llevar, aunque no pudo devolver el gesto por tener sus brazos aprisionados en el abrazo de oso que estaba recibiendo.

—Bien, se lo diremos a los chicos en la cena. Esto hay que celebrarlo. Voy a ir a El Alvarado a por algo de comida.

—¿Puedes llevarme a casa? Quiero dejar esos papeles en el despacho y coger otros para mañana.

—Podemos pasar e ir luego a donde Roman.

—Tardaríamos demasiado, tengo que revisar algunas cosas.

—Yo iré —interrumpió Jennifer—. Me quedaré con ella mientras tú encargas la cena. Rina y Wade pueden quedarse solos un momento.

—Está bien. Iremos en mi coche. Luego pasaré a recogerlos.

Después de avisar a los chicos acerca de los planes para la cena, partieron con la advertencia de que cerraran la puerta cuando se hubieran ido.

Dejó a las chicas en casa de Lili, esperó hasta que cerraron la puerta antes de ir a encargar la cena. Lo sorprendió la repentina aparición de su hija mayor. Estaba convencido de que aún tenían un largo camino que recorrer por ese lado, pero ella había dado el primer paso, eso lo hacía feliz.

Una vez en casa, después de asegurar que la puerta quedaba bien cerrada, buscó al señor y a la señora Newman alrededor. Al no encontrarlos sintió cierta decepción, aunque habiendo avisado por teléfono, entendió que fue suficiente para ellos si estaban ocupados.

—Barbara y Frank deben de estar ocupados. —Encogió sus hombros. Tornó sus pasos hacia el despacho, Jen y ella se habían dividido la carga de los documentos—. Gracias por acompañarme.

—No es nada.

Sí, había salido de su encierro, sí, les habló a su padre y a ella como si nada, aunque algo envarada, y sí los había acompañado, pero el silencio reinante pesaba entre ellas, no como otras veces.

Abrió el despacho, dejaron los papeles en la mesa. Lili dedicó su tiempo a ordenarlos correctamente y archivarlos, después empezó a preparar otro montón que debía estudiar a fondo.

Mientras tanto, su mejor amiga, sentada en un sillón, la observaba.

—Creo que solo estuve en este despacho un par de veces —comentó al fin.

—Sí, muy pocas. ¿Recuerdas cuando hicimos los deberes en esa mesa?

—Y tu padre nos riñó porque estábamos haciendo aquel proyecto y rayamos la madera con el cúter. —Los recuerdos conjuntos pesaban más que cualquier otra cosa en su relación, pensó Lili al ver cómo el rostro y la mirada de su amiga se iluminaba al recordar aquel momento.

—Es cierto. Creo que Barbara arregló lo que hicimos, ya no me acordaba.

Su amiga de tantos años fue a ver la mesa y la estudió de cerca.

—Ah, aquí está. Apenas se ve, pero si te fijas...

Las dos mujeres rieron, parecía que la normalidad volvía a instalarse entre ellas.

—Me alegro de que no hayas dejado de hablarme —dijo cambiando de tercio.

—Eres mi mejor amiga. Voy a ser franca, no consigo hacerme a la idea y creo que me va a costar un tiempo, pero os quiero demasiado a los dos y voy a hacer el esfuerzo. Aunque me aterra pensar en qué ocurrirá si no funciona lo vuestro, no puedo renunciar a ninguno.

—Son las mismas dudas que me asaltaron, me aterraba pensar en nosotros, en cómo podría afectaros a ti, a Wade y a Rina, pero por encima de todo, lo que más me asustaba era perderte, Jen.

Mientras hablaba con ella las emociones se hicieron cargo y sus ojos se anegaron en lágrimas con las que mantuvo una pugna para no derramar. La otra mujer se acercó a ella y rodeó su cuerpo con sus brazos, Lili hizo lo mismo creando un cálido momento como no había otro entre amigas.

—Nunca me perderás. He comprendido que debéis de sentir algo realmente fuerte si habéis arriesgado tanto los dos. No se puede culpar a alguien por amar a quién ama ¿cierto?

—Oh, te quiero.

—Y yo a ti, aunque me dé repelús pensar que si al final os casáis serás mi madrastra.

—Eso nunca, siempre seremos Jen y Lili.

—Aunque me gustaría que funcionara, siempre he querido que Rina tenga una madre de verdad.

—Tú y yo siempre cuidaremos de ella y de Wade, ¿recuerdas? Lo prometimos.

—Pase lo que pase.

Frotando las lágrimas que habían terminado por caer, su amiga fue hacia la ventana mientras ella continuaba examinando documentos.

—Creo que con esto será suficiente por el momento, me llevaré solo los que quepan en la carpeta, así cargo menos.

—¿Qué ha sido eso?

—¿Qué ha sido el qué?

—No sé, me ha parecido ver algo allí. —Su amiga señaló el lugar más alejado que se podía vislumbrar del patio, aunque al ser de noche podría tratarse de cualquier cosa.

—¿Un animal?

—No sé, parecía más grande, como una persona.

—Entonces es probable que hayas visto a Frank o a Barbara.

—Sí, supongo.

—Recojo y nos vamos —anunció.

Dejó el escritorio vacío, las carpetas y los archivadores en su sitio y de pronto escuchó el grito ahogado de su amiga. Al volverse a ver qué ocurría la observó retirarse de la ventana sin apartar la vista de ella.

—¿Qué ocurre?

Al no recibir contestación, se acercó a su amiga mientras buscaba ella misma la respuesta ojeando a través del cristal que las separaba del exterior. Allí no parecía haber nada fuera de lugar. Hasta que algo chocó con el cristal asustándola. La carpeta porta-documentos resbaló entre sus dedos, se agachó a recogerla y al ponerse en pie, una figura toda de negro se encontraba al otro lado de la ventana observándolas.

El grito de Jen y el suyo se enredaron en una sinfonía de genuino miedo, agarró el brazo de su amiga retirándola detrás de ella en un acto reflejo.

La figura que parecía un hombre, golpeó de nuevo la ventana con algún objeto duro que no distinguió; a pesar del grosor que tenía, dudaba de que aguantara demasiado con golpes como aquellos.

—¡Corre!

Empujó a su amiga hacia la puerta que se apresuró a cerrar con llave; apoyó la mano en ella un momento, aquella hoja de madera maciza también era gruesa, si conseguía entrar por la ventana, estaría un buen rato encerrado.

—Tenemos que llamar a la policía —apresuró Jen, atemorizada.

—¡Me he dejado el teléfono en tu casa! —Cayó en la cuenta de que con la alegría del momento por ver a su amiga después de dos días de encierro, como una tonta, había salido sin recoger el teléfono de la salita.

—¡Yo tampoco lo he cogido!

—Tiene que ser una broma. Espera, ¿oyes eso? —agudizó el oído.

—No escucho nada.

—Exacto. Ha dejado de golpear.

—¿Se habrá ido?

—Lo dudo. Vamos a por el teléfono del salón —alentó a Jennifer a seguirla sin dejar ir su mano, ella se aferraba a su brazo.

A los pocos pasos, escucharon un fuerte ruido tras ellas, el tipo estaba ahora en el ventanal del final del pasillo, había golpeado allí con una de las macetas del jardín. Aunque el cristal resistió, con aquello podía ceder en cualquier momento.

—¡Vamos, Jen!

—¡¿Podrá entrar?!
—¡No lo sé!

Llegaron al teléfono, descolgó y marcó el número de la policía.

—Necesitamos un arma.

—En mi casa no hay armas. ¿Qué le pasa al teléfono? —Colgó y se llevó el aparato al oído—. ¡Mierda! No hay línea.

—¿Y ahora qué hacemos?

Miró alrededor en busca de algo que pudiera ayudar, en busca de cualquier cosa que les pudiera servir o que le diera una idea. Miró la mesa pequeña y alta en la que tenían el teléfono y pensó que aquellas patas gruesas serían como un bate. Dejó caer el teléfono al suelo y todo lo que allí había y tumbó la mesa, luego pateó los gruesos listones de madera tallada justo por debajo del cajón. Rompió dos de ellas, le dio una a la mujer que observaba sus acciones con premura y tomó la otra.

Un estridente ruido de cristales rotos les anunció que ya no estaban solas.

—¡Corre! ¡Arriba! —apresuró a su amiga hacia las escaleras.

Su amiga tropezó delante de ella en la escalera, la agarró del brazo y la levantó como si de pronto una fuerza sobrehumana le hubiera sido otorgada. Jen se lanzó hacia las puertas de su cuarto, con una mano en el hombro la detuvo y, pensando deprisa, le pidió silencio con un gesto y le señaló la habitación del fondo del pasillo, la de sus padres. Ella abrió la puerta.

—¡A mi habitación, deprisa! —gritó y cerró la puerta de forma ruidosa echando la llave además.

Luego salió corriendo hacia donde su amiga aguardaba con la puerta de sus padres ya abierta. Entró y encajó la hoja de madera con sigilo y echó el cerrojo despacio para que no hiciera ruido tampoco.

Caminando de puntillas cruzaron la salita de la suite de sus padres, abrieron las puertas dobles que daban al dormitorio y se encerraron allí también.

—¿Qué hacemos ahora? —susurró Jennifer.

Eso mismo quería saber ella.

—No lo sé, déjame que piense.

—No creo que tarde en tumbar la puerta de tu habitación, se dará cuenta de que no estamos

allí...

Lili miraba a su alrededor, era la primera vez que entraba a la habitación de sus padres desde que había vuelto. La imagen de su madre tumbada en la cama, pálida, ojerosa, llegó claramente a su mente, como también lo hizo su sonrisa.

«Si alguna vez tienes tanto miedo que no puedes soportarlo, ve al armario de mamá, allí siempre habrá un sitio especial para ti y tu hermano.»

De dónde había salido el recuerdo de las palabras de su madre, no lo sabía, pero confió lo suficiente en él, en la palabra de su madre y en su profunda mirada.

—¡Al vestidor! —urgió.

—¿En serio, Lili? —protestó su mejor amiga—. ¿Es que no has ido al cine últimamente?

El sarcasmo rezumaba a través del tono y las palabras usadas por la mujer que la acompañaba.

—Cállate y entra.

Cerró la puerta detrás de ellas con cuidado. El vestidor era considerablemente grande, más que el suyo.

Los ojos se le humedecieron al oler el aroma de sus padres estando allí entre sus prendas. Se dirigió hacia la zona que era de su madre, empujada por lo que había recordado.

—El armario de mamá —murmuró.

Pero su madre y su padre tenían un vestidor, no un armario. Recordó las muchas veces que la había visto allí, delante de su ropa, eligiendo qué se iba a poner. Caminó hasta el mismo punto exacto, cada prenda que había allí la había visto en ella alguna vez. Junto al armario, a su derecha, a la altura de los ojos, había, enmarcada una fotografía de su hermano y ella en la cama junto a su madre cuando eran pequeños.

Alzó la mano y tocó la fotografía, quiso cogerla para sostenerla entre sus manos pero no pudo, estaba pegada a la pared. Entonces se giró hacia la derecha y un sonido mecánico se escuchó del armario que tenía enfrente. Este se movió hacia atrás.

—¿Qué haces? —Su amiga del alma se acercó a ella—. No creo que este sea el momento de jugar con los marcos.

—Jen.

—¿Qué?

—El armario.

Señaló con la cabeza la zona donde la madera con toda la ropa se había retirado hacia el interior.

—¿Qué ha pasado? ¿Qué es eso?

—No tengo ni idea. Pero escondámonos ahí.

—¿Soy la única que se siente como si fuéramos a entrar en Narnia?

—He ido poco al cine, pero esa la vi. Entremos. —A pesar del miedo, sintió la excitación por lo que acababa de abrirse ante sus ojos.

Empujó y la sección completa se movió hacia el interior llevándolas hacia otra habitación.

Ambas entraron y Lili se apresuró a cerrar el armario de nuevo. ¿Un cuarto secreto? ¿Cuándo habían construido aquello sus padres?

—Es una habitación secreta. —Su amiga hablaba mirando hacia todas partes, dejó la pata de madera que hasta entonces había sujetado con fuerza en el suelo y avanzó hasta el centro.

El lugar era como una pequeña y acogedora sala de estar. Decorada en tonos verde pastel y blanco, había multitud de estanterías rodeando la habitación con libros, como en la biblioteca de la planta de abajo; un asiento bajo la ventana, pero en lugar de ventana había una vitrina con fotografías, un par de sillones y un sofá tapizados a juego, incluso una televisión.

—Eso parece.

Ella también dejó la madera que portaba.

—¿Sabías que esto estaba aquí?

—No tenía ni idea —reconoció—. Y será mejor que no se lo digamos a nadie tampoco.

—Cierto. ¿Crees que ese tipo nos encontrará?

—No mientras estemos aquí dentro.

—¡Mi padre! ¿Y si viene a por nosotras y ese tipo le hace daño?

—No le va a pasar nada. —Tranquilizó a su amiga.

Confiaba plenamente en Luke, él era el sheriff al fin y al cabo. Desde donde se encontraban no podían escuchar nada de lo que ocurría fuera.

—¡Oh, Dios mío! —El pensamiento que cruzó su cabeza la estremeció.

—¿Qué? ¿Qué ocurre? —Se interesó Jennifer.

—El señor y la señora Newman. ¿Crees que Frank y Barbara estén bien?

—Es verdad. Me había olvidado de ellos.

En su huida, con el miedo pisando sus tacones y sin pensar en nada más que en poner a salvo a su amiga y a sí misma, había olvidado por completo a aquel matrimonio que tanto había ayudado a su familia y a ella.

La culpabilidad la dejó abatida por completo. ¿Y qué si les había ocurrido algo? ¿Y si les habían hecho daño?

No creía que le fuera posible perdonarse si algo como eso había ocurrido. Se dejó caer de rodillas al suelo, embargada por las emociones que sobrepasaron sus sentidos en una situación peligrosa y tan crítica como aquella.

—¿Cómo he podido olvidarme de ellos?

—Lili, no llores. Es normal.

—Solo pensé en ponerte a salvo, yo no...

—Tranquilízate. Seguro que están bien.

Los brazos de la otra mujer la envolvieron como un manto.

—Con todo lo que han hecho por mí y por mis padres y ¿qué hago yo cuando hay peligro?

—Tranquila. Además, no hay mucho que pensar cuando alguien intenta entrar en tu casa y te persigue.

—Solo espero que estén bien. Si les ha ocurrido algo por mi culpa...

—Están bien. Ya lo verás. Solo tenemos que quedarnos quietas y esperar a que venga la policía o mi padre, entonces podremos salir de aquí.

Sabía que Jen tenía razón. No podían salir hasta que fuera seguro por si aquel encapuchado todavía continuaba en su casa.

Oh, cuánto necesitaba en aquel momento a Luke, solo quería abrazarlo y encontrar esa seguridad y tranquilidad que hallaba en sus brazos y en sus besos.

Mentalmente, pidió al hombre que se apresurara en ir a por ellas, aunque rogaba por que se diera cuenta de que algo extraño ocurría y que tuviera cuidado.

CAPÍTULO 17

Cuando Troy preguntó qué complementos iban a querer con la cena, dudó por un momento y decidió que sería mejor consultarlo con Lili y con su hija. Marcó el teléfono de la primera, aunque tras dos tonos fue su hermano quién respondió y le informó que la joven se había dejado el teléfono en casa.

Pensando en recriminarla por su mala cabeza cuando siempre debía llevar el aparato encima, con sobrados motivos desde que sabían que un perturbado la estaba acosando, llamó al de su hija. Después de escuchar cuatro tonos, fue Rina la que respondió. Jenny también había dejado su teléfono en casa, en su habitación.

Resignado con la actitud de las dos, marcó el número de casa de los Rogers. No había señal. Empezaba a sentir la intranquilidad que llegaba y crecía con cada oleada.

Algo no andaba bien. Buscó el teléfono de Frank Newman en la agenda y llamó también. Los tonos continuaron hasta que saltó el contestador.

No se dejaría llevar por el miedo, no era su estilo. Además seguro que todo estaba bien y era su mente la que estaba empezando a jugarle una mala pasada.

Llamó a comisaría y pidió que el agente que patrullaba la zona, se acercara a la casa para confirmar que todo andaba correctamente allí.

Un rato más tarde, el agente lo llamó de vuelta.

—Jefe, estoy en casa de los Rogers. He llamado un par de veces al timbre, pero no hay respuesta.

Un escalofrío lo dejó helado. Jenny y Lili estaban en esa casa. ¿Por qué no iban a responder al timbre?

—Eso no es posible. Vuelve a intentarlo. Voy de camino.

Miró el reloj de pulsera y calculó el tiempo que le llevaría llegar desde El Alvarado mientras sorteaba a la gente que esperaba en la barra por una mesa libre para poder salir.

—Sheriff, su comida —lo llamó el encargado—. Iba a dejársela.

—Sí, gracias. Tengo prisa, luego paso a recogerla y te pago, Troy.

—Cójala. Ya lo arreglaremos.

—Gracias.

Tomó las bolsas y salió tan rápido como pudo del atestado local, subió al coche dejando el contenido en los pies del asiento del copiloto y arrancó un rugido al motor. Las ruedas chirriaron

en el asfalto al dar la vuelta a toda prisa. Por dentro llamaba a Lili y a su hija, rezaba por su bienestar y porque todo aquello no fuera más que un inoportuno malentendido.

Conducir de noche por las afueras era algo peligroso si se traspasaban ciertas velocidades, siendo consciente, trató de manejar sus temores mediante el control del vehículo; en lugar de pisar a fondo como le hubiera gustado, se mantenía solo un poco por encima del límite de velocidad.

De pronto, giró en la curva que lo llevaría hacia la zona donde se encontraba la casa de los Rogers y se encontró de frente a un vehículo sin luces, dio un golpe de volante y terminó incrustándose en la zanja que había más allá del arcén en esa zona.

Protegió su cabeza con una mano mientras sostenía el volante con la otra. El cristal del parabrisas se rompió, pero no saltó en pedazos, se quedó en el lugar, aunque tan resquebrajado que no podría ver nada.

El cinturón de seguridad había hecho su trabajo e impidió que se hiciera más daño, en ese momento sentía arder su pecho por la fuerte sacudida.

¿Quién diablos conducía de noche sin luces? ¿Y por qué le parecía que se había lanzado contra él?

La casa de Lili no quedaba demasiado lejos, tenía que llegar allí, comprobar que ella y su hija estaban bien. Tuvo que patear la puerta para poder salir, el choque la había dejado encajada.

Cogió la linterna de la guantera y después de poner a toda prisa las bolsas con la cena en el maletero, con dificultad por el dolor de la laceración del cinturón en el pecho, volvió a la carretera. Comprobó que el coche que había provocado su accidente no se había quedado para complimentar el parte, se dio a la fuga. Luke estaba convencido de que ni se volvió, ni se detuvo un solo segundo.

Llamó al agente al que pidió que fuera a echar un vistazo a casa de Lili, pero este no respondió. ¿Era la noche de no contestar cuando el sheriff llamaba?

Empezó a caminar por el arcén, haciendo uso de su linterna. Al fin llegó al camino de entrada de la bonita mansión donde vivía la mujer que amaba y pudo ver las luces del coche patrulla encendidas en la lejanía.

Al llegar al vehículo, comprobó que estaba cerrado, no veía al agente. Llamó al timbre pero, como le dijera por teléfono el policía, nadie abrió. Rodeó la propiedad, pensaba entrar entonces por el patio de atrás. Al girar la esquina, halló a Omar tendido en el suelo, el policía al que había enviado parecía inconsciente.

Comprobó su respiración, aliviado percibió que su pulso y sus inspiraciones se mantenían de forma regular. Un fuerte ruido lo obligó a dejar allí al agente, aunque volvió a extraer su teléfono y llamó a Raisha, a pesar de que se encontraba fuera de turno. Esperaba que en esta ocasión, sí le respondieran. Y así fue.

—Raisha Cameron —contestó la llamada.

—Soy Luke. Escucha, necesito que llames a los demás y que vengáis lo más rápido posible a

casa de los Rogers.

—¿Qué ha ocurrido?

—Todavía no lo sé. Hace un rato llamé, pero no hay línea. Envié a Omar y acabo de encontrarlo inconsciente en el suelo.

—Vamos enseguida, jefe.

—Raisha.

—¿Sí?

—Daos prisa.

Colgó y guardó el aparato antes de seguir el sonido de aquel ruido que escuchaba cada vez más cerca.

Vigilando el perímetro saltó la puerta cerrada que daba al patio. El ruido lo alejaba de la casa, hasta la caseta de jardinería cerca de la casa donde vivían los Newman. Al acercarse vio oscilar algo metálico, el candado estaba puesto, sin embargo la puerta se movía.

—Habla la policía —alzó la voz con autoridad.

—¿Sheriff? —Escuchó la duda en la amortiguada voz de Barbara Newman.

—¿Barbara?

—Y Frank. También está conmigo, pero inconsciente.

—Aléjate de la puerta, voy a intentar abrirla.

Colocándose de lado en la puerta, apuntó el cañón de la pistola de cerca a la parte más fina del candado y disparó. Con un disparo no fue suficiente para que se abriera solo, no obstante sí pudo romperlo y tironear de él para abrir.

En efecto, el pobre de su marido se encontraba tumbado en el suelo, Barbara se había agachado a su lado.

—¿Qué ha pasado?

—No lo sé —visiblemente nerviosa comenzó a sollozar—. Vi el cobertizo abierto y me acerqué a cerrarlo cuando me di cuenta de que Frank estaba dentro. Alguien me empujó y cerró la puerta. No pude abrir.

Mientras la mujer le relataba los hechos, había comprobado las constantes de su marido, su pulso era fuerte y respiraba con normalidad.

Una vez más, sacó su teléfono, esta vez se lo tendió.

—Quiero que llames y pidas una ambulancia. Di que hay un agente herido además de tu marido.

—¿Un agente?

—Sí, envié a Omar a comprobar la zona, está inconsciente. Como Frank.

—¡Oh, Virgen Santa!

—Haz esa llamada y quédate con él, ¿has entendido? La policía está en camino —advirtió.

Dejó al ama de llaves en el cobertizo y caminó en dirección a la casa. Desde el patio podía ver las luces de toda la casa prendidas. Se acercó a comprobar la puerta de la cocina, estaba cerrada,

enfocó la linterna, había arañazos en la cerradura, pero la puerta permanecía cerrada.

Con paso lento alcanzó la cristalera que daba al salón, allí también se encontró con que las puertas estaban bien cerradas, miró al interior, vio la mesita del teléfono en el suelo, rota, el terminal también estaba allí junto con otras cosas. Apretó el paso, siguió buscando una forma de entrar en la casa. Tenía la confirmación visual de que algo había ocurrido y no podía avistar a ninguna de las dos mujeres que buscaba.

Pasó por delante de la ventana del despacho, algo que podría haber sido una maceta en otros tiempos yacía roto en el pavimento; casi lo hace caer, miró al cristal y vio signos de violencia en él. No había nadie en el interior. Lili debía de haber pasado por allí, las dejó expresamente para que cogiera unos documentos y guardara otros.

En seguida vio, al llegar al siguiente recodo, un estropicio de cristales rotos en el suelo; se acercó para encontrar la cristalera del pasillo en el que se encontraba el despacho hecha pedazos en el suelo. Allí también habían usado una de las pesadas macetas del jardín.

Entró con cuidado, comprobó cada puerta. Encontró la biblioteca abierta, vacía no obstante, el despacho permanecía cerrado con llave, continuó avanzando, el baño estaba vacío; la puerta del sótano, sin embargo, estaba abierta, bajó a echar un vistazo y aparentemente todo parecía en orden. Llegó al salón y vio la mesa rota de nuevo, desde esa nueva perspectiva se dio cuenta de que algo no cuadraba, la encontró rota, sin embargo faltaban trozos.

Llamaron al timbre en el momento en que se alejaba de los sofás. Abrió desde dentro, los refuerzos habían llegado y una ambulancia entraba en aquel momento.

—¿Qué tenemos? —Corey y el resto de agentes habían desenfundado.

—Hay signos de violencia en el salón y en el pasillo de la izquierda, el que conduce a la biblioteca —informó—. He observado, desde el exterior, signos de forcejeo en la puerta de la cocina y violencia contra la ventana del despacho. Los Newman habían sido encerrados en el cobertizo, el pobre Frank se encontraba inconsciente, como Omar. He usado el ventanal del pasillo roto para entrar. Ni rastro de mi hija Jennifer o de Lili, por el momento. Hay que terminar de revisar la planta, uno de nosotros bastará, Fred; para asistir a los heridos, Megan, ve tú. El resto, conmigo. Vamos arriba.

—De acuerdo —respondió el coro de voces.

Subieron las escaleras y se dividieron la planta, Corey fue hacia la derecha, la agente Cameron y él hacia la izquierda. Vieron la puerta de la habitación de Lili.

Había un agujero en la madera cerca de la cerradura, los restos de astilla se repartían por el suelo. Entraron, pero allí no había nadie.

Desesperado empezó a llamarlas mientras Raisha ojeaba el cuarto de baño y él el vestidor.

—¿Lili? ¿Jennifer?

Su compañera lo imitó. Las llamaron una y otra vez, con cada nueva mención, aumentaba el tono.

—No parece que haya sangre —comentó Raisha—. Es una buena señal.

La agente se unió a él en el centro de la habitación.

—Pues eso no me tranquiliza demasiado —admitió—. ¡Jennifer! ¡Lili!

—He revisado todas las habitaciones, aquí no hay nadie, jefe —resolvió Corey que llegaba desde el otro lado.

—¡Lili! ¡Jenny! —vociferó de nuevo.

Alcanzó la puerta que sabía lo llevaría hasta una sala de estar antes de llegar a la habitación de los Rogers, con sus compañeros flanqueándole. Cerrada.

—Qué raro —habló sin pensar.

—¿El qué?

—Esta puerta. No estaba cerrada la otra vez que inspeccionamos la casa.

La agente llamó a la puerta igual que él.

—¡Lili! ¡Jenny! ¿Estáis ahí? —llamaron a la vez.

No hubo respuesta.

—Vamos a entrar —propuso la mujer.

—A la de tres —estuvo de acuerdo.

—Uno, dos y tres —contaron juntos y al llegar al tercer número, su talón impactó en la cerradura mientras que Raisha golpeó con el hombro una de las puertas que, en un esfuerzo conjunto, se abrieron.

Nada más entrar las puertas que daban al dormitorio se abrieron y, como una visión, las dos mujeres aparecieron ante ellos.

—¡Papá!

—Menos mal que estáis aquí —aliviado hasta lo más profundo dejó ir el aliento que había comenzado a contener.

Su hija se lanzó a su cuello, la apartó para comprobar que no tenía ningún daño y la abrazó con fuerza antes de centrarse en Lili que estaba de pie detrás de ella.

Tomó sus hombros y buscó su mirada, antes de poder pensar en contenerlo, sus labios ya buscaban los de ella con intensidad. Había tenido tanto miedo por ellas, porque algo les hubiera pasado, que el alivio se quedaba corto en esos momentos.

—¿Estás bien?

—Sí. ¿Y tú? —Le tomó el antebrazo que desde el accidente que tuvo un rato antes, sangraba.

—No es nada. Vamos abajo.

Al darse la vuelta para acompañarla a la salida fue consciente de lo que habían visto los demás, no pensaba avergonzarse, aunque sí tuvo un poco de apuro al olvidar la presencia de su hija por un segundo, era la primera vez que Jennifer los veía actuar de aquella forma, juntos, sin embargo, no vio en ella indicios de enojo.

Los dos policías, en cambio, desviaron sus miradas. En el salón, dejó que fueran los agentes Cameron y Saint-John los que tomaran declaración a las mujeres.

El relato de lo sucedido era cuanto menos escalofriante. Gracias al cielo que Lili tuvo la idea de

romper la mesita para poder tener algo con qué defenderse y de engañar al intruso que fue directo a su cuarto donde destrozó la puerta.

Uniendo los puntos, se dio cuenta de que quién lo había sacado de la cuneta podría ser quién había entrado a la fuerza en su casa, y trató de hacer memoria del incidente. Cualquier detalle podría ser crucial.

Por desgracia, la oscuridad, la falta de luces del otro vehículo y la sorpresa del encontronazo, evitaron que pudiera retener la información necesaria para realizar una identificación del individuo o del coche con el que huyó de la escena.

Antes de terminar su trabajo allí, Raisha lo llamó a parte, alejándolo de ellas. Lo invitó a seguirla fuera.

—Jefe, el sujeto es sumamente peligroso. A saber qué le habría hecho de haber podido dar con ella.

—Lo sé.

—Quería decirle que en el baño de la habitación de la señorita Rogers había algo. En el espejo.

—¿En el espejo?

La agente confirmó con la cabeza.

—Un mensaje.

—Di. ¿Cuál? —apresuró en vistas de que le costaba proseguir.

—Eres mía, puta.

Luke frotó su rostro, cansado, preocupado, aquella situación empezaba a sobrepasarle.

—He observado que parece muy unido con la señorita Rogers.

—Estamos saliendo, Raisha, sí —contestó a la pregunta implícita.

—¿Sabe si tiene algún exnovio que pueda estar haciendo esto?

—No. No es así. Además ella lo habría mencionado después del incidente de la carta.

—Puede. Puede que no lo relacionara. Tengo que preguntárselo jefe, pero ¿puede ser alguien que sepa de su relación con la víctima?

—No hace tanto que estamos juntos y solo lo saben unas cuantas personas por el momento. No creo que sea probable. Aunque tampoco es que nos hayamos escondido —pensó en voz alta—. ¿Quién sabe si alguien nos puede haber visto? ¡Dios! Todo esto es...

—Duro. Sí. Lo imagino.

Recordó el comportamiento de su compañera, la agente Prim.

—Podría tratarse de alguien que nos viera juntos y extrajera conclusiones, no lo sé. Con cada nuevo incidente, en lugar de reunir información para descartar sospechosos, el abanico se amplía.

—Sí, es de locos. ¿Y si se tratara de casos diferentes?

—¿Qué quieres decir? ¿Que hubiera más de un acosador tras Lili?

—Piénselo. El ama de llaves nos contó todos aquellos incidentes que no le llegó a mencionar a ella, las flores, los gusanos, las plantas del jardín echadas a perder...

—Ya no sé qué pensar. Ella y su hermano están quedándose en mi casa, quiero que te

encargues de la investigación y me informes directamente. Solo a mí. No compartas información con nadie. Habiendo tantos sospechosos, ya no sé en quién puedo confiar y en quién no.

—De acuerdo.

—Jefe. —Megan apareció cuando terminaban la conversación—. Los sanitarios han llevado a Omar y al señor Newman a urgencias.

—Bien, ve y que te informen de su estado. Llama a Cameron. Ella se encargará de la investigación a partir de ahora.

—Ah... jefe, la señorita Rogers se empeña en tapiar la ventana rota, aunque tenga que hacerlo sola —anunció Corey Saint-John desde la entrada.

—Dadme un momento —se excusó.

Regresó al interior, encontró a Lili que salía del sótano cargada con unos listones anchos de madera seguida por Jennifer que cargaba su parte también.

—Cariño, cariño —la llamó mientras aceleraba el paso para darle alcance—. ¿A dónde vas con eso? ¿Qué estáis haciendo? —Impidió su paso al colocarse delante y poner una mano en su mejilla—. Vamos, dejadlo.

—Voy a tapiar ese estropicio —habló resuelta.

Puso las manos en sus brazos.

—Lili, han pasado muchas cosas esta noche. Vamos a irnos. A mi casa.

—Lo sé, pero déjame hacer esto, Luke. No puedo irme dejando eso tal como está.

Con el peso de la impotencia amenazando su resolución, cedió.

—Está bien. Pero deja que yo lo haga, cariño. Ve a sentarte con Jennifer al salón y descansáis.

—No puedo hacer eso, lo siento —descartó.

Lo esquivó y fue con las maderas hasta la ventana. Se volvió hacia su hija que había observado la escena con una sonrisa de suficiencia.

—Y tú la vas a ayudar, ¿me equivoco?

—Para nada. —Siguió a la primera mujer hacia los cristales rotos.

Levantó la cabeza, los cuatro agentes estaban allí y habían sido testigos de toda la escena.

—Si habéis terminado, podéis iros, pero necesito que alguien se quede, mi coche está en una zanja como a un kilómetro de aquí y necesitaremos que alguien nos lleve.

—Jefe, yo me quedo. Voy a ayudar a las señoritas, con permiso —anunció Fred y cogiendo un martillo y unos listones se dispuso a tapiar el agujero desde fuera.

—Yo también me quedo, jefe —anunció Corey.

Las otras dos agentes lo miraban con rostros muy distintos. Una con cólera y resentimiento, la otra con simpatía.

Megan salió de nuevo, tanto la agente Cameron como él la siguieron. Antes de que subiera al coche con el que había llegado, trató de retenerla diciendo su nombre en voz alta. Ella se detuvo y se volvió hacia ellos.

—¡Lo sabía! ¡Te lo pregunté! ¡Lo pregunté! Y me lo negaste.

—No. Te dije que no era de tu incumbencia, agente Prim. Y sigue sin serlo.

—¡Lo es! Lo es. No tienes ni idea de cuánto hace que intento que te fijas en mí y llega ella, ¡esa niña! Y...

—Megan, estás un poco nerviosa. Vamos a tranquilizarnos —intervino Raisha.

—Ahora no me quiero tranquilizar, ¡maldita sea!

—El sheriff no es responsable de tus sentimientos —recordó la otra agente con pragmatismo.

—Lo sé. Pero es que... ¡Es una niña! ¿Qué tiene ella que no tenga yo?—respondió a su compañera—. ¿Es que no ves cuánto tenemos en común? —Lo encaró.

—Megan, hemos sido compañeros mucho tiempo. Nunca te vi de otra forma y sé que no podré hacerlo. Lamento que te sientas así, pero es mi vida privada y hago con ella lo que me da la gana. No le debo rendir cuentas a nadie ni tengo por qué dar explicaciones.

—Vamos, te acompañaré a casa —ofreció Cameron a su compañera—. Yo me encargo, jefe. No te preocupes. Toma, las llaves de mi coche patrulla.

—Gracias.

—No hay de qué.

La cabeza le iba a cien por hora, con el caso de Lili había olvidado por completo los recién descubiertos sentimientos de su compañera.

¿Por qué tenía que ser todo tan complicado?

¿Por qué la gente no entendía que si un hombre y una mujer adultos querían estar juntos, no necesitaban el consentimiento de nadie más?

En su caso sentía deferencia por la opinión de sus hijas al respecto, pero por la de nadie más. Faltaría más que tuviera que tener en cuenta la opinión del resto del mundo para poder hacer lo que quisiera o para poder estar con la persona a quién amaba.

Regresó y ayudó a colocar los últimos trozos de aquella tapia improvisada y al terminar envió a sus hombres a casa. Como Raisha le dejó las llaves del coche patrulla, se encargó de llevar a las chicas. Las dos ocuparon el asiento de atrás, faltó de energía para discutir nada más por aquella noche, condujo y nada más. Al llegar a su coche accidentado, paró y recogió la cena que había dejado en el maletero donde no se pondría mala ni llamaría la atención de ningún animal, la colocó en el asiento del copiloto y no se detuvo hasta llegar a su casa.

CAPÍTULO 18

Lili vio un coche negro, elegante y distinguido, aparcado en la calle delante de la casa de los Buckard, su vello se erizó. Al alcanzar el camino de entrada y detenerse el vehículo, no esperó a que Luke apagara el motor para abrir la puerta que no cedió bajo sus intentos. Por un momento había olvidado que se encontraban en un coche patrulla. En la puerta de la casa vio que su hermano y Rina abrían a dos hombres desconocidos, el sheriff le abrió sin dejar de observar la misma escena que ella estaba viendo.

Saltó al suelo y empezó a caminar con paso firme hacia ellos.

—Wade, cierra la puerta y entra en casa —ordenó—. No tienen nada que hacer aquí, ya pueden irse.

—Oh, señorita Rogers. Lamento discrepar, pero su abuela quiere hablar con el joven Wade.

—Mi hermano no tiene nada que discutir con esa mujer sin mi presencia o autorización, no tiene que enviar a nadie a molestarlo, que contacte conmigo.

—Es que usted no responde a sus cartas ni llamadas.

—¿Por qué será? —repuso sarcástica.

—La señora Halstrom quiere ver a su nieto. Y a usted, pero dado que usted ya ha rehusado en numerosas ocasiones...

—Dejen en paz a mi hermano.

—Lo que me recuerda... Su abuela tiene un mensaje para usted.

—Dígalo y márchese.

Abel extrajo un papel de alta calidad, doblado, de su carpeta y se lo entregó. Desdobló la nota y leyó.

¿Ya has comprendido el problema o tengo que terminar lo que he empezado? Debes aprender a afrontar todo tipo de cosas cuando estás al frente de un apellido como el nuestro.

—¿Qué es esto? ¿Qué se supone que significa?

—Si quiere puede preguntárselo a ella —ofreció el ayudante de aquella pérfida mujer al tiempo que le entregaba una invitación—. En la gala de mañana por la noche.

Después de aquel último gesto, Abel y el chófer que lo acompañaba subieron al vehículo aparcado frente a la casa y se perdieron en la noche.

—¿De qué iba eso? —Jen fue la primera en preguntar.

—Mi abuela. Sigue haciendo de las suyas.

—¿Estás bien?

Luke masajeó sus hombros con suavidad.

—Sinceramente, no lo sé —respondió.

¿Qué quería decir aquella nota? ¿Que lo que había sucedido esa noche en su casa era cosa suya? ¿Cómo era que Abel había ido a casa de los Buckard y no a la suya? ¿Sabía esa mujer que se estaban quedando allí?

¿Acaso su abuela había tenido algo que ver con lo sucedido en su casa esa noche? ¿Era eso posible? ¿Tan vengativa podía llegar a ser por su negativa a aceptar introducirse en el mundo en el que ella se movía?

¿Tanto podía costar entender que Lili quería vivir como lo habían hecho sus padres, en el pueblo que eligieron, acudiendo solo a eventos en las proximidades?

—Vamos dentro. Deberíamos cenar —añadió el hombre a su espalda.

—Sí. No le mencionéis a mi hermano lo que ha ocurrido esta noche, por favor.

—No lo haremos —prometió su amiga antes de entrar en la casa.

Todos estaban tensos y nerviosos con los sucesos recientes, aun así se esforzaron por aparentar calma ante los chicos que se preguntaban qué era lo que querían aquellos hombres de la puerta.

—Pues si lo que quiere es hablar conmigo, iré. Y le diré que no quiero tener nada que ver con ella.

—Ya lo sabe, Wade. No te preocupes. No tendrás que verla. —Daba vueltas a la invitación entre sus dedos—. Tal vez sea mejor que acuda a esa gala mañana y hable con ella cara a cara, hay un par de cosas que quiero averiguar.

—Te acompañaré.

—No. No voy a darle la oportunidad de ponerte las manos encima. Lo que sea que quiera, puede decírmelo a mí.

Después de cenar, el policía subió a ducharse y a cambiar su ropa por algo más cómodo, y su hermano y la pequeña de la casa Buckard se retiraron para dormir, esta última subió acompañada por su hermana que le confirmó que podría dormir con ella en su habitación. Por su parte, preparó un té y salió al porche para intentar ordenar sus ideas.

—No deberías estar aquí sola con todo lo que está pasando.

Luke ocupó el lugar a su lado en el peldaño superior de la escalera.

—Necesitaba respirar un poco.

—Ya veo.

Sujetaba la taza humeante entre sus manos intentando que algo de aquel calor pudiera llegar hasta sus dedos y aportarle algo del calor que necesitaba desesperadamente.

—Tengo que ir a esa gala, tengo que decirle cuatro cosas a mi abuela. Si todo esto que está pasando es cosa de ella, necesito saberlo. Voy a enfrentarla en su terreno, veremos qué cara pone cuando la deje en evidencia en su círculo social.

—No tienes que hacerlo sola.

—Tendré que pasar la noche fuera —sentenció—. Pero no quiero irme y dejar a mi hermano otra vez.

—Lo entenderé. Ahora mismo lo que me preocupa es tu seguridad. Si es cierto que ella está haciendo esto, no puedo dejar que vayas sola a meterte en la boca del lobo.

—No puedes dejar tu trabajo para acompañarme. Tranquilo, estaré bien. Estoy complicando demasiado tu vida con todo esto.

—No estoy tranquilo. La última vez que fuiste con esa mujer casi me vuelvo loco pensando que a lo mejor no te volvíamos a ver.

—Eso no va a ocurrir.

—Cierto, porque voy a acompañarte.

—¿Y tu trabajo? ¿Y Jen, y Rina?

—Pueden apañárselas dos días sin mí. Haré que una patrulla esté pendiente de ellos por si acaso, mientras estamos fuera.

—En ese caso habrá que hablar con ellos por la mañana. Tendremos que irnos antes del mediodía —informó.

—Eso haremos. —Acercó su frente a la de ella hasta quedar apoyadas.

Suspiró, cuando él estaba con ella no había nada que pudiera hacerla sentir insegura, Luke era la primera persona que hacía que su mundo se tambaleara sin destruir todo a su paso. Torció su cabeza y lo besó, para sentirlo, para agradecerle, para transmitirle lo que no podía decir aun con palabras.

Sus besos eran generosos, tiernos, exigentes y realmente calientes. No tenía claro si su cuerpo reaccionaba a su presencia, su contacto o a la misma idea de ello, pero el caso era que lo hacía y esa sensación era como una droga, cuanto más la experimentaba más quería continuar haciéndolo.

El beso los mantuvo unidos largos minutos que escapaban veloces de entre las agujas del tiempo, con sus lenguas buscándose, hablando en el lenguaje que solo los amantes podían interpretar; tenía suficiente para recargar su necesidad de él hasta que pudieran gozar de la intimidad que necesitaba para conectar plenamente el uno con el otro.

—A pesar de lo que dije, tenía mis reservas.

La voz de Jen los sorprendió, buscándola con la mirada rompieron el tierno envite de besos y la encontraron apoyada en el marco de la puerta, observándolos. ¿Cuándo había llegado allí sin que la vieran o escucharan?

—Pero ahora sé que podré acostumbrarme —anunció y lanzando una mirada repartida entre ellos, volvió dentro y cerró la puerta.

Se miraron pasmados por lo que acababa de suceder.

—¿Cuánto llevaba ahí? —preguntó el policía.

—No tengo ni idea —respondió—. ¿Ha dicho lo que creo que ha dicho?

—Creo que ya no tenemos que preocuparnos por que pueda sentirse molesta al vernos juntos —remarcó Luke.

—Eso parece.

Juntos, buscando las luces de las estrellas en aquella oscuridad que la noche ofrecía, se quedaron allí sentados hasta que terminó su té. El brazo de él atrayendo su cuerpo hacia su costado era todo cuanto necesitaba en un momento de reflexión y silencio como aquel para sentirse feliz.

Cuando entraron, la casa estaba en completo silencio, procuraron dejar bien cerrada cada ventana o puerta en la planta inferior. Acompañó a Lili arriba, él mismo comprobó las ventanas de su habitación, donde ella pasaría la noche, antes de volver al sofá en la sala.

—Ventanas cerradas, cierres asegurados, cortinas echadas, todo correcto por aquí.

Al volverse, la mujer que le robaba el sentido se había deshecho de la sudadera que hasta entonces portaba abrochada y en ese momento lucía una camiseta de tirantes de algodón, blanca, y unas mallas negras que se adaptaban a su figura. La imagen mandó cualquier pensamiento fuera de su cabeza, todo lo que quedaba en él era un deseo que, cuando se encontraba junto a esa mujer, se transformaba en necesidad. Acarició su cintura, no era consciente de cuándo sus pasos lo habían llevado a estar tan cerca de ella, reprimió la acción que su cabeza y todo su cuerpo se morían por llevar a cabo.

—Dudo que pueda dormir hoy —pronunció ella más como una invitación que como información.

—No debería quedarme. —Sabía que aquello sería lo que diría su sentido común de quedar algún resto en algún recóndito lugar de su cerebro que, en aquel momento, estaba inundado hasta el borde de la sobrecarga de imágenes de Lili y él haciendo el amor en múltiples formas y posiciones. Definitivamente, no podría encontrar un maldito pensamiento coherente allí dentro, como para buscar el sentido común...

—Solo hasta que me duerma. —Lo besó y cerró la puerta.

—No debería —repitió alargando el brazo hacia la puerta, sintiendo la mano de la siempre imponente mujer acariciar su torso, jugueteando con uno de sus pezones, y luego ascender hasta su cabeza donde enredó los dedos entre su cabello.

Su mano rodeó el pomo de la puerta y echó el seguro. Asaltó su boca, levantó a la joven en una suerte de frenesí, ella tiraba de su camiseta hacia arriba y le permitió quitársela; tenía los muslos de Lili rodeándolo, él mantenía las manos en su cintura. Disfrutó admirando cada centímetro de ella.

—Quítate la camiseta.

Acató su petición y luego bajó la cabeza para besarlo. Él lo rehusó.

—El sujetador también —exigió.

Ella se irguió, echó los brazos atrás y pudo escuchar el chasquido de las presillas abriéndose.

La prenda salió despedida, la mujer apoyó las manos en sus hombros y observó la reacción que su desnudez causaba en él con mirada retadora. Era imponente, orgullosa y suya. Lamió su ombligo y trazó un camino en línea recta desde allí hasta su barbilla pasando por la planicie entre sus pechos. La mujer salió al encuentro de su lengua, todavía unidos se apoderó de la goma del pantalón que llevaba, la dejó sobre la cama y al erguirse llevó con él la prenda que dejó caer al suelo sin preocuparse de nada más. En seguida, sus pantalones hicieron compañía a los de ella, él fue en su busca.

Sus firmes piernas se enredaron alrededor de su cuerpo, apenas podía aguantar más por sentirla aprisionándolo por completo.

—Espera, necesitamos...

—Necesito sentirte. Ahora. —No era una petición. Era una exigencia que estaba dispuesto a cumplir.

Con un rápido movimiento abrió el cajón de la mesilla de noche de donde extrajo una caja de preservativos que lanzó a la mesita.

—Quedan pocos.

—Habrá que comprar.

—Mañana.

Durante el breve intercambio de palabras, colocó el preservativo en su lugar, la mujer completamente desnuda, acariciaba su trasero con el pie, incitándolo a darse prisa y regresó a su anterior posición tan rápido como su cuerpo le permitió. Con la punta humedecida de su lengua buscó sus labios, tomó la boca entreabierta y en el mismo momento en que sus lenguas se encontraron, lo hicieron también sus cuerpos. En aquel duelo de amantes en el que el principio y el final se desdibujaban, cada gota de sudor, cada caricia servían para crear un lenguaje privado e íntimo, tanto como lo era la unión que alcanzaban al buscar saciar la sed que tenían él de ella y ella de él.

Hicieron el amor; lento, sin apresurar aquello que crecía y pulsaba desde su interior mientras sus cuerpos se encontraban en un viaje sin fin, ni retorno; donde los sentimientos por la mujer que hallaba, sorprendido, entre sus brazos, aumentaban con cada beso, con cada respiración, con cada embestida.

Ahogaban gemidos en el hombro o en la boca del otro, conscientes de que había más personas en la casa, aunque no dejaron que ese conocimiento les impidiera disfrutar plenamente de las sensaciones que solo sus cuerpos unidos, con el fin de compartir el placer con su acompañante, creaban.

Al alcanzar la culminación, continuaron acariciando, besando, lamiendo, alargando ese placentero momento tanto como fuera posible.

Con su ronroneo satisfecho deshizo la cama para introducirse entre las sábanas, la siguió y estiró el tejido hasta que solo quedaron fuera sus cabezas.

—Podría quedarme aquí para siempre. Así —declaró la joven en tono soñador.

—Es tentador —admitió.

El fino índice de Lili recorrió su frente, nariz, sus cejas y pómulos, perfiló también sus labios.

—Tengo miedo —dijo de pronto tornando su rostro habitualmente risueño en uno sombrío—. De todo lo que está pasando —confesó—. De que no sepamos quién está haciendo todo esto y podamos detenerlo; de que os pase algo. —Rozó la rosada herida de su frente, sus puntos habían caído, no obstante la cicatriz permanecía—. Pero lo que más me aterra es que te arrepientas de esto, o te canses. Soy una cobarde, ya ves —finalizó.

—Eso no va a pasar.

—¿Cómo lo sabes?

—Porque yo tengo el mismo miedo —reconoció—. Todos los días, a todas horas. Soy una persona sencilla —explicó—, sin más aspiraciones que mantener a mi familia y hacer bien mi trabajo. Y tú eres una mujer con tanta proyección, con un futuro tan brillante, que cuando te des cuenta de lo aburrido que soy...

Verbalizar la terrible idea que siempre lo asaltaba cuando estaba a solas provocó que sus pupilas se humedecieran.

—Shhh... —Posó un dedo sobre su labio—. Eres un hombre increíble, Luke Buckard. Lo que a ti te parece sencillo para mí es extraordinario, tienes una fuerza de voluntad y una perseverancia que pocos conocen. No sé lo que me deparará el futuro, pero nunca lo he visto lejos de Wade, Jen, de Rina, ni de ti. O de este pueblo. No quiero ir a ninguna parte.

—Eres lo mejor que me ha pasado en la vida, Lili Rogers. —Besó su dedo emocionado al ver el convencimiento con el que hablaba en su mirada.

—Prométeme una cosa, sheriff Buckard.

—Lo que pidas.

—Si alguna vez tus sentimientos hacia esto que tenemos, hacia mí, cambian... —Lo instó a dejarla proseguir, acallando con su mano la protesta que iba a lanzar—. Si lo hacen, me lo dirás. No quiero que puedas llegar a sentirte atrapado en esta relación por compasión o lástima. Promételo.

No comprendía muy bien a qué se refería con aquello, pero eso nunca iba a ocurrir, por lo que no tuvo dudas en responder con la certeza que habitaba su corazón y en su mente.

—Lo prometo. A cambio, te pido algo egoísta.

Era su turno para hacer la petición que rondaba su mente desde que la besó por primera vez.

—¿El qué?

—Que te quedarás y serás feliz. Incluso si algún día me dejas —continuó—, porque sería el único modo de que esta relación terminara y eso quiero que lo tengas claro, incluso entonces, te quedarás en el pueblo y serás feliz —explicó su ruego.

Si pensara que la mujer que tenía el privilegio de abrazar, besar y estrechar entre sus brazos podría ser alguien con quien mantener una relación pasajera, jamás habría movido un dedo en su dirección, ese tipo de relaciones no iban con él ni con la vida que quería.

—No voy a irme a ninguna parte, Luke Buckard.

La mujer abrazó su cuello y lo besó con algo más que interés, con algo más que cariño o respeto, lo besó con todo lo que era, con lo que tenía. Lo supo porque eso fue lo que recibió. Decidió que guardaría aquel sentimiento, aquel beso, en lo más profundo de su mente para poder recordarlo el día que le faltara.

Explicaron su decisión de ir a enfrentar a su abuela a la gala de aquella noche por la mañana. Como iba a ser su acompañante, Luke dejó instrucciones de mantener ojo avizor y de prestar atención a los detalles. Advirtió a Raisha Cameron acerca de su repentino viaje mientras salían del pueblo. Nadie más supo que estarían fuera. Llamó a Barbara para saber cómo se encontraba su marido después del incidente. Por lo visto, lo habían dejado en observación toda la noche y esa mañana le darían el alta para poder ir a casa. Por suerte, no había fractura ni consecuencias más graves que una leve conmoción. Debía guardar reposo unos días y no sobreesforzarse. Con sus mejores deseos hacia su recuperación, finalizó la llamada y concentró la vista al frente hacia ningún lugar en particular.

En el maletero, una pequeña bolsa con una muda para cada uno, llevaban consigo lo imprescindible.

El viaje en avión se produjo sin incidentes, hablaron poco, estaba concentrada en las muchas cosas que rondaban su cabeza que quería ordenar para poder exponer sin trabas, el policía la acompañaba respetando su espacio y su silencio.

Una vez registrados en el hotel en el que realizó la reserva esa misma mañana, fueron a una tienda de vestidos de fiesta que conocía bien porque era una de las inversoras del grupo.

Eligieron un esmoquin para él y un vestido granate con escote barca para ella, decorado con un ribete de fantasía que simulaba plumas del mismo tono, fue a lo seguro, elegante, a la par que cómodo. Escogió allí mismo unos zapatos a juego, un pequeño bolso de fiesta, que más pareciera un monedero, y un collar en forma de flor con un zafiro en el centro rodeado de aguamarina como si fueran los pétalos, todo ello engarzado en plata. Junto al collar eligió unos pendientes que simulaban una enredadera con pequeños zafiros.

La incomodidad de su acompañante por tamaña compra era palpable, aunque no hizo comentario alguno al respecto.

No le gustaba despilfarrar el dinero en cosas tan banales como ropa, vestidos o complementos, pero si uno quería caminar entre animales salvajes, debía parecer uno de ellos si no quería que se lo comieran vivo. La tarde pasaba volando y la hora de presentarse al evento estaba demasiado cerca si tenía en cuenta lo que quedaba por hacer.

Solicitaron el envío urgente de lo adquirido a su hotel y siguieron con su ruta de preparación previa.

Buscaron un salón de belleza unisex con estilistas para él y ella, arreglaron el vello facial del policía y recortaron un poco su cabello, peinándolo después para la noche. Lili optó por un

recogido elegante y discreto sin excentricidades, el cabello peinado hacia un lado y todo recogido en un perfecto moño redondo. La cantidad de horquillas y laca para el cabello requerida para ello y para que resistiera toda la velada era increíble. En el salón también la maquillaron, en esta ocasión optó por los tonos rosados para labios y pómulos y pidió que marcaran su mirada. Nada de maquillaje *nude*, quería una mirada capaz de fulminar a alguien y cuando vio el resultado ahí estaba. De pronto se sintió más segura, tenía todas las armas que podría necesitar, eso reafirmaba su intención y su autoestima para hacer lo que había ido a hacer esa noche.

Ni quería ni pretendía pasar desapercibida en esa ocasión.

Para regresar al hotel tomaron un taxi.

—Llevas muy callada todo el día.

—Es que no me gustan los enfrentamientos. Mi cabeza no deja de dar vueltas a lo que quiero decir. Voy ordenando las ideas.

—¿Estás nerviosa?

—Sí, un poco. ¿Y tú?

—Me siento como un avestruz que no tiene dónde esconder su cabeza.

—¿Por qué?

—Porque yo no tengo nada que ver con esa gente.

—Tranquilo, eres mejor que el noventa y cinco por ciento de esas personas. Solo sé tú; correcto, educado, confiado, nadie con quién nos vayamos a cruzar esta noche te llega a las suelas de los zapatos.

A pesar de sus intentos, el sheriff continuaba nervioso. Decidió ducharse antes de vestir con la ropa que llevaría más tarde, así que le dejó el traje colgado de la puerta del baño por dentro y fue a prepararse ella. También estaba nerviosa, pero no por lo mismo que su acompañante. Esperaba que un vistazo al mundo al que su abuela la quería arrastrar no supusiera un motivo para alzar un muro entre ellos y, al margen de eso, necesitaba aclarar muchas cosas. Como que ni ella ni su hermano estaban en venta, ni se iban a doblegar ante el apellido Halstrom o su fortuna.

CAPÍTULO 19

Salió del lujoso cuarto de baño con el traje que Lili le había comprado puesto mientras se iba colocando las mangas de modo que no le molestaran y así permitir mejor sus movimientos. Se maldijo por no haber caído en la cuenta de traer unos zapatos con él, aunque su único par elegante, al lado de aquel atuendo, parecería viejo y destartado.

—Ah, ¿sabes lo que no he traído y no me he acordado de comprar?

Dijo sin alzar la mirada de sus calcetines negros.

—Lo sé, pedí a la tienda que te enviaran unos zapatos también. Pruébatelos, a ver cómo te van; están ahí, a los pies de la cama.

Cuando ella respondió, miró en su dirección y su boca cayó abierta. Casi como la otra vez cuando la vio con aquel vestido de fiesta. Aunque en esta ocasión su atuendo era más sencillo, saltaba a la vista que llevaba la clase en las venas. Estaba de espaldas a él, utilizando el cristal de la ventana como espejo mientras colocaba los costosos, aunque elegantes pendientes en su sitio.

Había visto su peinado y maquillaje antes, pero vestida, el efecto era hipnotizador.

—¿Pasa algo? ¿No voy bien?

—No, nada. Estás... Increíble.

—Gracias. —Se sonrojó.

¿Cómo podía una mujer sonrojarse ante tan tosco y atribulado piropo?

¿Cómo era posible que una mujer como ella no estuviera acostumbrada a recibir alabanzas por su belleza cuando esta era evidente?

Calzó sus pies con los nuevos y brillantes zapatos de vestir negros y quedó impresionado al comprobar que eran de su talla.

—Solo falta un detalle. Ven. —Lo llamó.

Fue hacia ella como un náufrago iría hacia una sirena que lo llamara, se detuvo a su altura y en un lenguaje no hablado le pidió que alzara las manos; lo que menos esperaba era que fuera a jugar con sus mangas o a arreglarlas. Rápidamente, ella terminó con una, la dejó ir y se dedicó a la otra, el brillo que reflejó en la ventana lo hizo bajar la vista hacia el lugar. ¿De dónde había salido aquello? Había puesto unos distinguidos gemelos plateados en su camisa. ¿Cuándo había comprado eso?

—¿Cuándo has...? ¿Esto no es plata, verdad?

—Pues si no lo es hemos pagado demasiado por ellos... —Las preguntas se le acumulaban.

La risita dulce que escapó junto a su respuesta lo hizo olvidar su próximo comentario. Acarició su mejilla con la mano libre.

—No tenías que hacerlo. No los necesito.

—Quería que los tuvieras. Y... Como pensé. Quedan muy bien con este traje —dijo con aires de satisfacción mientras observaba el resultado final.

Estaban listos, a punto de ir a una gala donde se codearía con gente cuya riqueza empalidecería la de cualquiera que conocía, sin contar con la mujer a su lado, y en lo que él pensaba era en arrancarle ese vestido y encontrar el modo de convencerla para no ir.

Por supuesto, no lo hizo, en cambio, ofreció su brazo.

—¿Señorita? ¿Lista para la misión de esta noche?

—Lista, sheriff, o ¿debería decir...? Señor agente.

Posó la mano en su antebrazo, con gracia, y salieron en busca de su objetivo. Acudieron a un hotel con cuatro veces más estrellas de las que él tenía como hombre al servicio de la ley, siguieron a la gente que iba vestida para la ocasión hasta la entrada de una sala donde un portero pedía las invitaciones y una chica comprobaba los nombres en una carpeta de piel, oscura.

Lili entregó la suya, los ojos de la chica leyeron su nombre y solo le faltó hacer una reverencia cuando la saludaba.

—Es un placer tenerla esta noche con nosotros, señorita Rogers. Y acompañante —añadió dirigiendo hacia él una mirada con la misma admiración con que la obsequió a ella.

El portero abrió el paso para ellos.

—El placer es mío. Muchas gracias. —La impresionante mujer a la que acompañaba saludó a ambos antes de avanzar hacia el interior agarrados del brazo.

Extrañamente, la imagen que tenía en su mente de lo que sería uno de aquellos eventos no distaba demasiado de la realidad. Los hombres vestían trajes, en su mayoría negros, y ellas lucían vestidos que competían unos con otros en opulencia.

A pesar de sus esfuerzos y de los miles de dólares gastados por cada una de las damas que pudo ver aquella noche, ninguna poseía la capacidad de ensombrecer a Lili. Ella brillaba entre la multitud allí donde estuviese y nadie podría opacar esa incombustible luz que desprendía.

Un camarero les ofreció una copa, la tomaron y caminaron alrededor con pasos pausados. No tardaron en aparecer los primeros grupos de gente que querían interactuar con ella, y no le extrañó.

—Lili Rogers... —Una mujer de mediana edad ataviada con un llamativo vestido negro recargado de pedrería, al que con solo mirar le dolía la espalda, e igual de recargada en joyas en brazos, cuello y orejas besó las mejillas de la joven en el aire—. Tu abuela no me había dicho que fueras a venir. Y tan bien acompañada... —añadió en tono jocosamente dedicándole una mirada lasciva de pies a cabeza que le hizo sentir un escalofrío.

—No podía dejar de apoyar esta causa —dijo con una naturalidad y una desenvoltura que lo sorprendió. No recordaba para qué era la gala de aquella noche, ni se había preocupado en

saberlo—. Le presento a mi pareja, Luke Buckard.

—Buena elección —afirmó la mujer que no le había quitado el ojo de encima—. Bueno, querida, dejo que sigáis. Estoy segura de que ya hay alguien apuñalando un muñeco con mi nombre por monopolizar al futuro de los Halstrom —se despidió.

—Me siento desnudo —murmuró.

—Sí, se me olvidó advertirte que algunas de estas mujeres pueden ser muy incisivas con lo que les atrae.

—Ahora tengo miedo —bromeó, a medias. Una risa ligera salió de ella que compartió una mirada con él. Vieron como un matrimonio abandonaba el grupo con el que conversaban para dirigirse hacia ellos, ambos dibujaron una sonrisa al reconocer a Lili.

—Por cierto, ¿para qué «causa» es todo esto?

—No tengo ni idea —reconoció la joven antes de que llegaran a su lado el hombre y la mujer que caminaban con la parsimonia que solo la alta sociedad podría tener. A punto estuvo de soltar una sonora risotada, pero se contuvo a tiempo simulando una tos que tapó con su mano—. Esta gente vive así —explicó—, de gala en gala, de una cena a otra, participando en obras benéficas que les reportarán beneficios fiscales... En realidad es un modo de mantener su estatus y su mundo alejado de la realidad del resto de personas que se encuentran por debajo de su poder adquisitivo. Las causas que dicen apoyar solo son una excusa —terminó su breve disertación—.

Escucharla hablar de aquel modo, siendo tan incisiva con todas aquellas personas por alguien que podría codearse si quisiera con ellos, alguien a quien claramente admiraban y buscaban, observando las reacciones que suscitaba su llegada, fue revelador.

Por primera vez supo sin lugar a dudas que, por más dinero que ella tuviera, jamás encajaría en un lugar así. No por lo que tenía, por quién era. Si alguna vez tuvo miedo de que su joven pareja pudiera decidir quedarse en ese mundo antes que con él, antes que con la apacible vida del pueblo en el que vivían, le había quedado meridianamente claro de que aquello era su propia autoestima jugándole una mala pasada.

Saludaron a unos y otros que se les acercaron, en cada ocasión ella lo presentó como su pareja, no como su acompañante, si es que eso tenía algún valor en ese mundo de apariencias que él distaba de comprender. No lo sabía, aunque esperaba que así fuera.

Lo sorprendió el modo en que algunas mujeres se atrevieron a acariciar su brazo, como si tal cosa, delante de su pareja; una incluso trató de pellizcar su trasero, gesto que pudo esquivar con relativa facilidad y gracia.

Encontraron a la anciana que habían ido a buscar, parecía dirigir la charla de uno de los grupos con las personas más peripuestas que había visto hasta entonces. Notó como Lili tomaba aire y erguía aun más su espalda; con aquellos tacones quedaban casi a la par en altura.

Se aproximaron al grupo, su abuela los vio llegar, caminando sin pausa en su dirección. Pudo ver cómo su rostro mostró una ligera reacción de sorpresa, los hombres y mujeres que se reunían en torno a ella se volvieron siguiendo la dirección de sus ojos, dejando una prueba evidente, para

todo buen observador, acerca de quién era la abeja reina del lugar. Ampliaron el abanico en torno a la anciana para darles cabida en su exclusivo grupo donde él era el intruso. Ambas mujeres se calibraron con la mirada, en silencio.

—Señores, creo que ya conocen a mi nieta. La heredera del apellido Halstrom —anunció la mujer.

Lili saludó con la cabeza sin dejar de prestar atención a los movimientos de la otra mujer. ¿Por qué sentía como si se encontrara ante un duelo de titanes?

—Él es mi pareja, Luke Buckard —declaró presentándolo a aquellos desconocidos.

Tras un saludo por su parte que pasó completamente desapercibido, la anciana retomó la palabra.

—Abel, haz que preparen otro cubierto en nuestra mesa. No estaba convencida de que mi nieta pudiera venir. Tampoco pensé que traería un... acompañante. —La mujer hizo una pausa donde estudió su rostro y, como si hubiera decidido atacar, terminó de hablar haciendo sonar aquella sencilla palabra como un insulto. No se inmutó.

—Como ya he dicho, es mi pareja. No un simple acompañante —remarcó envarada dirigiendo una mirada al ayudante de su abuela, había alzado el mentón en señal de desafío. Así que así eran las cosas en la alta sociedad, se lanzaban puyas que uno decidía o no responder, claramente, Lili había recogido el guante y devuelto el golpe con una mal disimulada mordacidad.

—Por supuesto. Usted era... sheriff, si no recuerdo mal.

—Tiene una memoria excelente —elogió a la anciana, aunque el tono que ella usó para dirigirse a él fuera altivo y desagradable.

—Debe de resultarle fascinante estar en un lugar como este, tan lejos de su pueblo.

¿Por qué sería que aquella frase, en apariencia, inocente sonaba a insulto, de nuevo? La traducción venía a ser algo así como: «¿Verdad que para un pueblerino paleta como usted, todo esto es abrumador?», sonrió sardónico.

—Abuela, ten cuidado, se te escapa el clasismo. —Lili se le adelantó en responder—. Es poco elegante. Y pasado de moda —reprendió a la anciana con una estudiada sonrisa irónica que arrancó carcajadas a las personas que los acompañaban.

—Con el debido respeto, señora, lo único que me resulta fascinante es la mujer que tengo la suerte de tener a mi lado —contestó mientras él y la abuela de su novia mantenían un pulso de miradas.

Alguien anunció que era el momento de ocupar su lugar en las mesas dispuestas para la cena. Abel, el hombre que siempre estaba cerca de la señora Halstrom, retiró una silla para que la anciana tomara asiento e invitó a la espectacular mujer a ocupar una silla cercana que comenzó a retirar, pero Luke se adelantó y terminó de llevar a cabo aquel gentil gesto él mismo. Lili se sentó y se percató de que ninguno de los hombres allí congregados tomó asiento hasta que cada mujer lo hubo hecho.

Aquella gente parecía tener normas que el resto de la sociedad no conocía siquiera. Decidió

que lo mejor sería actuar como el resto de hombres y tratar de pasar desapercibido, para no avergonzar a Lili ni darle armas a aquella mujer para atacarla por su culpa. Para su consternación, se fijó en la cantidad de platos dispuestos unos encima de otros y en los cubiertos y copas que había sobre la mesa, delante de cada comensal.

—Espero que le agrade el menú de esta noche, señor Buckard. Es de la más alta cocina, una exquisitez.

Ahí iba otro insulto disfrazado.

—Oh, no te preocupes tanto por él. O tendré que ponerme celosa —intervino Lili de nuevo haciendo uso de un humor punzante para devolverle el golpe dirigido a él y dejarla en evidencia ante el resto de invitados que emitieron risueñas y poco disimuladas risas.

—Señora, estoy acostumbrado a encajar todo lo que me echen —respondió de forma ambigua, pero dejando claro que no se dejaría amedrentar por ella, su posición social o su dinero.

El resto de la cena no fue mejor, la anciana aprovechaba cualquier oportunidad para remarcar que él era de una clase social inferior, ataques que su pareja respondía con una gracia y una elegancia que lograban desmontar los insultos de la mujer y, además, mofarse de ella enfrente de aquellos que la acompañaban.

Si la señora Halstrom pensó que su actitud altiva y prepotente podría hacer mella en él, estaba equivocada, además había encontrado a la horma de su zapato en su nieta que detestaba todo lo que ella simbolizaba a la par de que sabía cómo desenvolverse en su mundo.

Era agotador solo estar en medio de ellas, cada una magnífica en su esencia, como ver competir a las dos hermanas Williams en un partido que no tendría fin.

Tras la cena los invitaron a continuar el evento en el jardín, donde una banda de jazz amenizaría el resto de la velada. Iban del brazo cuando sintió un tirón, al girarse para comprobar qué le ocurría, vislumbró el brazo de su abuela sujetándola con fuerza al tiempo que el hasta entonces compuesto y recatado rostro de la mujer dejaba entrever una fría furia que en aquel instante, cuando nadie los podía ver, no se molestó en ocultar.

—¿Cómo te atreves a mostrarme tal falta de respeto?

—La única que ha faltado al respeto es usted, señora Halstrom, a Luke. A quien debe más de una disculpa.

Vaya, ahora que ninguna debía aparentar parecía que el tuteo dejaba de tener sentido. Interesante.

—¿Quieres que hablemos de él? Traes a este... hombre a compartir mi mesa, lo presentas a las personas más influyentes de la alta sociedad como tu pareja, nada menos, y te muestras insolente conmigo siendo irrespetuosa con todos.

—Este hombre tiene mucha más clase que tú y toda tu alta sociedad influyente, clase de la que has demostrado sobradamente carecer cuando aprovechabas cualquier excusa para atacarlo. Y sí, es mi pareja y no voy a presentarlo como lo que no es por complacer a nadie. Y ya que estamos hablando, deja en paz a mi hermano y déjame en paz a mí. Éramos felices cuando ni sabíamos

que existías, así que olvídanos. No nos interesas tú ni tu dinero, ni tu alta sociedad.

—Pero eres mi heredera.

—¡No! Lo era mi madre, tu hija, a la que le diste la espalda y a la que tú, y todos los que son como tú, tratasteis como a una paria por amar a mi padre. Con quien nunca le faltó de nada, por cierto.

—Ese no es el caso ahora —la anciana se veía contrariada.

—Sí, ese es exactamente el caso. Crees que puedes llegar y decirnos qué hacer y cómo actuar, a dónde ir o con quién relacionarnos, pero te equivocas, no somos objetos que puedas comprar ni muñecos que puedas manejar a tu antojo.

—¿Ah, no? ¿Y por qué estás aquí si no es por salvar esa estúpida compañía a la que he cercado y puedo ahogar económicamente hasta su desaparición?

—¿De qué estás hablando?

—Oh, ¿la niña no se ha dado cuenta aún, entonces? No te equivoques, todo el mundo tiene un precio. Incluso tú, que tan alto te valoras, corres hacia mí cuando una de las compañías de tu querido padre está al borde de la quiebra.

—¿De eso iba tu nota?

—¿De qué otra cosa iba a ir si no?

—¿No has contratado a nadie para que nos amedrente a Wade y a mí?

—¿Por qué iba a hacer yo algo tan vulgar? —Lili dedicó una mirada acerada a la anciana que decía que no le creía una palabra—. Hay otros métodos para lograr que la gente haga lo que uno quiere, no es necesario utilizar la violencia. No puedes pensar que yo he enviado a un matón a mis nietos.

—No sería la primera vez.

—Xavier es uno de mis chóferes. Y no le hizo nada al chico.

—No, solo asustarlo de tal modo que el chico no sabía si iba a volver a ver a su hermana — interrumpió él viendo que aquella mujer era una experta en echar balones fuera.

—Para que quede claro. —Lili retomó la palabra—. Ni tú ni tu ayudante habéis contratado a nadie para que nos acose a Wade y a mí, enviando cartas, haciendo llamadas...

—No.

—Hemos perdido el tiempo viniendo aquí —resolvió—. Nos vamos.

—¿A dónde vas?

—Vuelvo a casa. De donde no tenía que haber salido —se despidió.

—La gala aún no ha terminado.

—Seguro que eres capaz de hallar una excusa que no te haga quedar mal. Ah, y tu jugarreta a la empresa de mi padre, la vi venir hace tiempo. No está al borde de la bancarrota, ni mucho menos. Pero supongo que es algo de lo que ya te darás cuenta.

Caminaban hacia la salida mientras la anciana realizaba visibles esfuerzos por controlar su mal genio y no explotar, al tiempo que buscaba el sentido a las palabras de su nieta y heredera, como

no se cansaba de repetir.

—Estoy agotada.

Lili se desplomó en la cama tan larga como era después de haber guardado los pendientes y el collar en sus respectivas cajas.

—Ha sido una noche interesante. Tu abuela es...

—¿Snob? ¿Pedante? ¿Ególatra? ¡Maldita sea! Solo pensar en ella y en cómo trata a los demás, me hierve la sangre.

—Calma.

—¿Que me calme? La forma en que te hablaba, cómo intentaba humillarte con cada pequeño comentario envuelto en veneno...

—Lili. Me da igual. Conozco a ese tipo de personas y no todas tienen tanto dinero como ella, pero ya he tratado con ellos antes. Pueden decir lo que quieran, creer lo que quieran. No me afecta. Lo que tú piensas, lo que tú dices, como actúas conmigo, eso es lo que me importa.

—Yo... No quiero que pienses que soy como ella.

—No eres como esa mujer, como ninguna de las que había allí. Eres rica, eso es algo que no puedes evitar, lo eres. A pesar de que tu familia les diera la espalda, tus padres hicieron su propia fortuna, y tú hiciste lo mismo. Por tu cuenta. Pero el dinero no es algo que te defina, nunca has dejado que lo haga. Y nosotros nunca te hemos visto de otro modo más que el de la maravillosa joven que eres.

—Gracias. Lo sé. Pero... Tenía miedo de que al ver eso, pensaras cosas raras.

—Lo que pienso es que eres una de las personas más valientes que conozco, te da igual enfrentarte al mundo, te da igual enfrentarte a las grandes fortunas. Tú encuentras el modo de plantar cara; eso no lo da lo que uno tenga en el banco. Lo da esto. —Puso un dedo en su pecho—. Y esto. —Señaló su frente—. No voy a mentir, he tenido miedo, desde el principio, de que te dieras cuenta de que tu lugar es este y no otro, yo no soy Shawn, no soy tu padre que trabajó hasta amasar una fortuna. Solo soy yo, un sheriff sin más aspiraciones que la de llegar a casa después de un día de trabajo cuidando de mi pueblo y su gente. Sin embargo, hoy me ha quedado claro que tú no perteneces allí, eres como tu madre y tu padre, ellos nunca hicieron distinciones por lo que alguien tenía o dejaba de tener y estarían orgullosos de ver en quién te has convertido.

Su discurso improvisado removió algo en ella, sentimientos que todavía no habían salido y lloró. Lloró y se abrazó al hombre que estaba con ella, con el que sentía aquella conexión capaz de hacerla sentir de tantas formas, tan distintas, y todas a la vez.

Pasados unos minutos, la ayudó a desvestirse y la llevó hasta la cama donde la arropó. Él no tardó en ocupar el lugar a su lado, se abrazaron y continuó llorando la tristeza que ahogaba su espíritu desde hacía más de tres años, la que no se había permitido expresar mientras cuidaba lo mejor que podía de su madre enferma, de su hermano y de su afligido y afectado padre; tristeza que tenía acumulada y que no se había permitido exteriorizar porque siempre había algo que

hacer, alguien de quién cuidar, una situación que superar. Luke decía de ella que era fuerte, se equivocaba, nunca llegaría a saber cuán asustada estaba en realidad, cuánto miedo sentía ante cada nuevo desafío, ante cada paso que debía dar sola y sin el apoyo o consejo de alguien más sabio, sin la compañía y amor incondicional de sus padres. Ellos eran a quién quería recurrir; a su madre, cuando las dudas acerca de sus sentimientos la acechaban, y a su padre, cuando los temas de finanzas y los distintos mercados se le hacían cuesta arriba.

Por tanto, por todo ello, lloró hasta desgastar sus lágrimas, hasta que la tristeza arrasó con todo a su paso y el nudo que cargaba en su pecho se disipó.

En algún punto dejó de sentir que el frío y la desesperación la arrastraban a sus fauces y comenzó a sentir lo que la rodeaba, un inmenso calor, intenso como pocos, proveniente de los brazos del hombre que no la había dejado sola en ningún momento.

El peso de una mano en su hombro la despertó.

—Cariño, despierta.

—¿Mamá?

—Sí.

Con ojos desorbitados estudió cada parte de su rostro y de su cuerpo, era su madre, pero nada tenía que ver con la mujer que recordaba, con los huesos marcándose bajo su piel, las ojeras invadiendo su rostro, los labios cortados y agrietados. Era su madre, pero esa mujer... Era tal y como habría sido de no padecer aquella larga y agotadora enfermedad que le sesgó la vida.

—Pero... ¿Cómo?

—Mi pequeña me necesitaba —respondió de forma sencilla.

—¿Cómo... cómo es esto posible? Tú estás...

—Cuidando de mis hijos. Como siempre quise hacer.

—Oh, ¡mamá! —Se arrojó a sus brazos con los ojos anegados—. Te he echado tanto de menos...

—Lo sé, mi pequeña. Lo sé.

—Tengo miedo, mamá.

—¿De qué?

—De que te vayas. De despertar y que ya no estés.

—Lili, mi hermosa e inteligente, Lili. Ya hace tiempo que me fui, pero siempre estaré cuando me necesites. Aquí. —Puso una mano sobre su corazón errático.

—Siento no haber podido ayudarte. —La vista se le nubló.

—No puedes luchar las batallas de otros, solo las tuyas. No podías haber hecho nada por mí. Soy yo la que lamenta no haber podido estar ahí para ti cuando crecías. Te has convertido en una mujer fuerte y capaz, tan hermosa...

—Luke dice que papá y tú estaríais orgullosos.

—Y lo estamos. Siempre lo hemos estado.

—Mamá, estoy con él.

La mujer sonrió como solo una madre puede hacerlo, con aceptación, con cariño y con todo el amor que tenía para ella.

—Es un buen hombre. Merece tener a su lado a una gran mujer. Como mi hija.

—¿Y si...?

—¿Si no va bien y se acaba? —Afirmó con la cabeza— Yo tuve el mismo pavor cada día desde que conocí a tu padre. Así supe que era el indicado. Necesitáis afrontar lo que venga juntos, respetándoos el uno al otro.

—Te necesito tanto...

—Todo lo que necesitas recordar es que tu padre y yo os queremos. Tu hermano Wade y tú sois lo más importante para nosotros.

—Te quiero, mamá.

—Te quiero, Lili.

Los brazos que la rodearon le transmitieron toda la fuerza de aquellas poderosas palabras, el bienestar y el calor que tanto había necesitado.

Despertó en una oscura habitación de hotel, entre los brazos del hombre que amaba, con la cara pegada a su pecho desnudo y los rítmicos latidos de su corazón en su oído.

—¿Estás despierta?

Habló contra su pelo, en la intimidad que ofrecen las ropas de una cama compartida.

—Sí. He tenido un sueño —aventuró.

—¿Qué has soñado?

—Con mi madre. Nunca había soñado con ella.

—Entonces es algo bueno.

—Sí. Estaba tan guapa...

—Me alegro de que hayas soñado con ella.

—Luke.

—¿Sí?

—Te quiero. Sé que tú lo habías dicho alguna vez antes, pero yo no... podía.

—No tienes que darme explicaciones. No te haces una idea de lo feliz que me has hecho. ¿Puedes repetirlo?

La instó a mirarlo a la cara. Esperó a tener toda la atención que sus ojos podían darle en la penumbra y entonces lo dijo de nuevo.

—Te quiero, Luke Buckard.

Ya no tenía miedo, ya no tenía dudas. Amaba a ese hombre y no había nada que la pudiera disuadir de hacerlo.

El beso llegó con el cariño y la ternura por bandera. Y así, honrando el amor que sentían, hicieron el amor de la única forma que sabían, adorando cada momento, atesorando cada

instante; una y otra vez, hasta la llegada del amanecer.

CAPÍTULO 20

Abrieron la puerta de la casa, estaban de regreso un día y medio después. Jen, Rina y Wade acudieron a recibirlos. Las dos hermanas escucharon muy atentas el relato que su padre hizo acerca de la tienda donde compraron sus trajes para la velada, como de la gala y de lo que allí habían encontrado.

Con todo lujo de detalles les describió la disposición de las mesas, la decoración y cómo era cada plato que degustaron.

Sin entrar a profundizar acerca de la conversación, expusieron la conclusión a la que habían llegado; que ella no había orquestado nada de lo que había sucedido hasta el momento por allí.

—¿Entonces? —preguntó Jen.

—Volvemos al punto de partida —confirmó su padre.

—Sí. Por lo menos hemos podido descartar a alguien —dijo ella.

—Eso ya es algo —afirmó el sheriff.

—¿Y va a dejarnos en paz? —intervino Wade, deseoso de que todo aquello terminara. Tanto como lo estaba ella.

—Tienes que entender que está enferma, parece algo grave y ya es mayor. Para alguien como ella, debe ser difícil. No estoy defendiéndola, solo te digo lo que sé. Es una persona asustada que probablemente se ha dado cuenta demasiado tarde del daño que ha hecho y no sabe cómo arreglarlo.

—Porque es demasiado tarde.

—Seguro. No va a conseguir nada de nosotros y creo que aún no sabe cómo digerirlo.

—Pero a ver —interrumpió su amiga—, ¿entonces quién mató a tu gato? ¿Y lo de la otra noche en tu casa?

—Eso es algo que debéis dejar en manos de la policía. Raisha está al mando de la investigación y, tan pronto como sepa algo, nos lo comunicará —informó Luke—. Por lo pronto preparémonos para el fin de semana —continuó—. Nos vamos a ir a la casa del lago. Todos necesitamos airearnos y descansar un poco de todo lo que ha sucedido.

—¡Sí, al lago! —exclamó Rina.

—Pero ahora no, ya es tarde. —Jen atajó a su hermana—. Mañana después del colegio lo prepararemos todo para salir. ¿Iremos por la tarde o el sábado por la mañana temprano?

—Creo que será mejor para todos si vamos mañana y ya hacer noche allí. —El hombre

respondió a su hija.

—Estoy de acuerdo —coincidió.

Acordaron irse a la cama en cuanto cenaran, su amiga les había dejado algo de cena hecha en el horno para que no se enfriara. Ellos ya habían cenado cuando llegaron y se retiraron en cuanto Luke y ella fueron a la cocina.

Comían en silencio el delicioso pastel de carne cocinado por Jen, cada uno encerrado en sus propios pensamientos.

—¿De verdad crees que es lo mejor? ¿Ir al lago? —preguntó en voz alta.

—Llevas varios días encerrada en esta casa, salvo por este viaje exprés a ver a tu abuela. Rina y Wade también están preocupados, a pesar de conocer solo una pequeña parte de la historia. Y Jenny, entre lo de su boda y lo del otro día en tu casa... A todos nos vendrá bien un cambio de aires y de escenario.

—Está bien. Tienes razón. Solo me preguntaba si no estábamos siendo egoístas por continuar con esos planes.

Al día siguiente, Jen se preocupó de comprar y preparar lo que podrían necesitar para ir al lago. Cargó la nevera y el congelador de bebidas, carne y dulces para todos. Ella dedicó la mañana a revisar varios documentos y a hablar con algunos de sus administradores; dejó de trabajar cuando su hermano y Rina regresaron del colegio y cada uno dejó lista una maleta con su ropa, hubo un momento en que dudó si dejar la ropa del sheriff preparada también o si no debería inmiscuirse.

Al hacerlo tendría que abrir sus cajones y revisar entre su ropa y no quería que pensara que había estado husmeando. Se limitó a dejar la maleta de él abierta sobre la cama con algunas cosas que subió a su habitación, después de hacer la colada, al lado.

Su amiga estaba de lo más contenta, relajada como hacía tiempo que no la veía, en parte porque Sean iría con ellos aquel fin de semana y, como toda una soñadora, pensó que sería un gran momento para que la pareja pasara tiempo unida lejos de las presiones que suponía preparar una boda. Tendrían tiempo para volver a conectar en un entorno idílico y la privacidad de estar en una cabaña solo para ellos.

Para cuando Luke llegó y subió a cambiarse, Jen organizó a los chicos para que comenzaran a llevar los víveres y demás enseres a la parte de atrás de su furgoneta. Ayudó en todo cuanto pudo, estaba cerrando el maletero cuando el coche de Sean se detuvo en la entrada. Jennifer salió a su encuentro y lo abrazó por la cintura, componían una imagen tan tierna que su expresión se dulcificó sin siquiera darse cuenta. Unos brazos rodearon sus hombros desde detrás, era el sheriff que observaba a la pareja igual que ella y depositó un beso fugaz en su sien.

—¿Hay sitio para mi maleta?

—Creo que podremos hacerle un hueco —repuso coqueta.

Después de aclarar quién iría en qué coche, Luke apresuró al grupo para poder llegar antes de cenar. En un acuerdo tácito de dejar a la pareja tiempo a solas para charlar, su hermano y la hija menor del sheriff ocuparían los asientos de atrás con ellos, mientras que Jen y su prometido irían

en el coche de él a pesar de las objeciones de su amiga que había cedido a la petición de Sean.

La *pickup* encabezaba la marcha, mientras que el utilitario los seguía de cerca, los colores del atardecer fueron revistiéndose de naranja al poco de salir y para cuando llegaron ya era de noche.

El sheriff bajó para abrir la verja de la entrada a la propiedad y, cuando pasaron ambos vehículos, la volvió a cerrar. El terreno, como le recordó su pareja, debía acostumbrarse a llamarlo así, estaba vallado, era una propiedad privada con muchas hectáreas donde podría pasear con tranquilidad de nuevo.

Detuvo el coche en el lateral de la casa de madera y piedra y se volvió para comprobar si su hija y Wade continuaban durmiendo, o si al apagar el motor habían notado el cambio y despertaron. Dormían profundamente, el viaje se había hecho largo, no era algo que le extrañara. Lili sonreía al mirarlos también.

—Deberíamos despertarlos —susurró Lili.

—Ahora mismo. Pero primero...

Acercó su rostro al de ella y la besó como hacía horas quería hacer, imbuido por la intimidad de la noche y el silencio se dejó llevar un poco.

—Hala...

La voz de su hija pequeña y su tono avergonzado les indicó que se había despertado y los encontró en su particular encuentro de bocas. Lili desabrochó su cinturón azorada por haber sido sorprendidos y luchó por abrir la puerta.

—¿Hemos llegado? Tengo hambre.

—¿Y cuándo no? —contestó a su siempre hambrienta hija.

Wade se estiró haciendo un ruido ininteligible con la boca.

—¿Ya estamos?

—Acabamos de llegar —afirmó.

—Se estaban besando. —Su hija retransmitió lo que había visto.

—No es necesario que compartas esa información, cariño —replicó él con una mueca.

—Venga, en marcha. —Lili abrió la puerta en el lado de su hermano—. Cuanto antes entremos el equipaje y las cosas de la cocina, antes cenaremos —apresuró.

Bajaron las mochilas y maletas junto con todo lo demás de los vehículos y fueron guardando cada cosa en su lugar. Entre todos, quitaron las sábanas que cubrían los muebles y adecentaron las cabañas tanto tiempo cerradas. Tardaron algo más de una hora en ello. Luke subió a por mantas y las llevó atrás, a la hoguera de piedra que construyó junto a su padre hacía años y las colocó sobre los toscos bancos del mismo frío material; luego fue al cobertizo a por madera que dejó cortada la última vez que estuvo allí y preparó el fuego que en poco tiempo sería el encargado de ofrecerles calidez.

Cuando su futuro yerno y su hija aparecieron, les pidió que llevaran madera a las cabañas y que fueran encendiendo las chimeneas para que el interior empezara a calentarse.

Lili, su hermano y Rina llevaron la cena que su hija mayor había preparado para todos aquel día.

—Voy a deshacer la maleta. ¿Sabes dónde está? —preguntó la joven.

—Ni idea, creo que fue Jennifer quién entró la tuya.

—De acuerdo, voy a preguntarle.

Volvió dentro y al poco su hija llegó para sentarse junto a Sean, quién había llegado hacía solo unos minutos después de encender el fuego en la cabaña del abuelo, que compartiría con su hija y futura esposa.

—Lili buscaba su maleta —dijo repartiendo platos desechables para todos y dejando uno para ella que aun no regresaba.

—Sí, ya le he dicho que estaba en tu dormitorio.

La respuesta calmada de su hija mayor lo tomó desprevenido, la observó detenidamente y ella le sonrió. Después de que se encerrara por dos días en su habitación al conocer la noticia, no esperaba esa reacción en ese momento, a pesar de la multitud de cosas que habían sucedido en tan poco tiempo. Sin embargo se alegraba de aquel nuevo paso hacia la aceptación y que los llevaba hacia una normalidad que necesitaban desesperadamente.

Su novia fue la última en llegar, le indicó el asiento a su lado y le ofreció la cena que había apartado para ella en su plato. Comieron en silencio al principio hasta que su hija menor rompió el hielo y en seguida las chicas comenzaron a hablar de sus recuerdos por los alrededores.

Echando tierra por encima de la hoguera, la apagó antes de retirarse a dormir, los demás recogían, Sean permaneció a su lado observando sus movimientos.

—Entonces, Sean, ¿vienes conmigo de pesca mañana?

—¿A pescar? ¿Nosotros dos?

—Sí, Wade ya ha dicho que no le interesa para nada. Así que estaremos los dos solos.

—De acuerdo. Tendrás que enseñarme algunas cosas por eso.

—No te preocupes.

Las chicas salieron de nuevo antes de que llegaran a la puerta.

—¿De qué habláis? —Jennifer abrazó a su prometido.

Lili se quedó de pie cerrando el círculo que formaban los cuatro y colocando una mano en su hombro tiró de ella para que se situara en su costado. Apoyó su cadera en él en un sencillo gesto de complicidad.

—Mañana Sean vendrá a pescar conmigo —anunció.

—¿De verdad? ¿Pero sabes pescar? —Su hija le preguntó sin demasiado tacto al hombre a su lado.

—No demasiado.

—Tampoco es que sea un galimatías, te enseñaré lo que necesites aprender —restó importancia.

La preciosa mujer de rubia cabellera, que tenía la suerte de tener como pareja, escondió un

bosteza llevando una mano a su boca.

—Rina y Wade ya se han ido a dormir —anunció Jenny.

—Sí, todos deberíamos descansar. Ha sido una tarde larga —comentó.

—Buenas noches. —Se despidió Jennifer que comenzaba a tirar de su pareja hacia la cabaña del abuelo.

Entraron juntos a la calidez que el fuego que todavía crepitaba en el salón había proporcionado a toda la estancia. Se trataba de una construcción de dos plantas, abajo el salón, una terraza en la parte posterior con vistas al lago, y la cocina abierta al resto del espacio, había también un baño completo. Subiendo una recia escalera hecha con madera noble, uno se encontraba con una galería que resultaba ser el techo de la cocina y la zona de comedor desde la que se accedía a las habitaciones, de modo que, al salir de cualquiera de ellas, uno podía ver la planta inferior. Nada más subir, y a lo largo de la galería se encontraban cuatro puertas, tres de ellas eran habitaciones y la restante era el baño, cerca de las escaleras, separando y ofreciendo algo de intimidad a su dormitorio que se encontraba hacia el otro lado.

Subieron en silencio los peldaños y entraron en el dormitorio. Su maleta continuaba al pie de la gran cama de madera, la de Lili estaba en la esquina más cercana al pequeño armario ropero que tenía empotrado en la pared.

—Nunca había estado aquí —habló ella. Pasando de largo de la cama y dirigiéndose hacia la ventana que daba a un balcón en el que hace años colocó un sillón de madera, al cual solía poner un par de cojines que guardaba en el armario para que no se estropearan a la intemperie, y desde el que podía disfrutar de la tranquilidad de la zona.

—Cierto.

Se colocó a su espalda, mirando como ella hacia la lejanía, sin ver nada realmente, pues la oscuridad era tan profunda que apenas se distinguían las copas de algunos árboles.

—No quiero dormir en una cama que un día compartiste con otra persona —dijo Lili de pronto—. Sé que puede parecer estúpido ahora, después de haber dormido en tu cama, en tu casa...

—No es estúpido. Yo tampoco podría, te entiendo. Además, no debes preocuparte por ello, hace años tiré la cama que había aquí y la cambié. Hice lo mismo con la de mi casa. —Ella se revolvió en el abrazo con el que la había envuelto hacía rato y observó sus pupilas como si buscara en ellas la certeza que contenían sus palabras—. Eres la primera persona con la que comparto cualquiera de ellas.

—¿Está mal que me alegre por eso?

—No. Vamos a la cama.

Desvistieron sus cuerpos sin dejar de mirarse, cada uno entró en la cama que hizo más temprano por un lado y se encontraron en el centro. A pesar de la chimenea, la calidez en aquella parte de la casa no llegaba tan bien como en el resto y el ambiente era frío, aunque no le importaba demasiado porque el contacto de sus cuerpos proporcionaba todo el calor que necesitaban y mucho más.

Hicieron el amor. La sinfonía de sus cuerpos moviéndose al compás del otro no podría adquirir otro nombre, sus manos por debajo de la espalda, sujetando los hombros de Lili mientras ella lo abrazaba con cada extremidad y sus cuerpos unidos por completo, entrando una y otra vez en su interior, eran todo lo que importaba, lo que tenían.

Al terminar, ninguno había podido saciar aun su apetito, se tumbaron de lado, él abrazaba a su amada por detrás, dobló su brazo derecho para que ella pudiera usarlo como almohada y colocó su mano izquierda en su cadera.

—Inclínate un poco hacia delante.

Ella cumplió su petición, su trasero encajaba a la perfección en su regazo y así, en aquella posición igual de íntima que la anterior, la penetró completando una unión que no podía ser más perfecta.

Despertó envuelta en un confortable abrazo en el que se habían quedado dormidos y parecía que ni el sueño logró romper. Podía sentir cada músculo de su cuerpo en un delicioso estado de relajación. Se sonrojó, lo sabía, cuando recordó cada una de las veces en las que Luke y ella habían hecho el amor la pasada noche. Porque aquello que él y ella compartían en el dormitorio no se asemejaba con ninguna experiencia sexual que hubiera tenido hasta entonces. Aquel hombre que yacía junto a ella, apretando su cadera todavía contra él, tenía una forma de tocar su cuerpo, de adorarlo con cada caricia, con cada beso, que se convertía en cera derretida y maleable entre sus dedos.

No se movió, procuró no hacerlo puesto que no quería romper aquel momento, aquella placidez. Miró hacia el balcón, la luz entraba a través y en breve el haz llegaría hasta ellos. Vio que desde allí el paisaje era impresionante, la noche anterior no había distinguido gran cosa, pero las diferentes tonalidades que se observaban en ese momento eran inigualables a cualquier otro, otorgando majestuosidad al ya de por sí bonito entorno.

Escuchó la puerta de la habitación abrirse de golpe, se volvió no sin antes asegurarse de estar completamente cubierta.

—¡Lili! ¡Papá! —Rina corría hacia ellos como si nada y saltó sobre la cama a los pies de Luke que se frotaba los ojos tratando de despejarse.

Mientras tanto, ella se debatía entre esconderse debajo de las sábanas o tirarse al suelo y rodar debajo de la cama, su cuerpo incapaz de moverse le negó llevar a cabo cualquiera de las dos opciones.

—Sí que te has levantado con energía esta mañana, princesa.

La voz rasposa del hombre con el que había pasado la noche era, tal vez, lo más sexy que hubiera escuchado.

—Tenéis que levantaros. Vamos, ¡a desayunar! Prometiste hacer tortitas, papá.

—Está bien, está bien. Ya vamos. Deja que me despierte, al menos —repuso él.

—¿Estáis desnudos?

La pequeña hizo la pregunta a bocajarro después de haberse quedado mirando de uno a otro y observar que ella tenía los hombros al descubierto y su padre igual.

—¿Qué preguntas son esas? Vete, enseguida iré a preparar el desayuno.

Entre risas agudas, la niña, de once años, salió tan rápido como había entrado y cerró dando un portazo. Dejó escapar el aire que había comenzado a contener desde que escuchó la puerta de forma ruidosa.

—Creí que tendría que sobornarla para que se fuera —murmuró el sheriff acomodándose de nuevo en la cama, volviendo al abrazo en el que habían dormido.

—Tu hija acaba de entrar —dijo todavía pasmada por la escena que acababa de protagonizar.

—Sí.

—Nos ha visto.

—Ajá.

—En la misma cama. Juntos. —No salía de su estupor.

—Así es.

—¿Y no te parece extraño?

—Cariño, a partir de ahora hay muchas cosas a las que todos deberemos acostumbrarnos. El hecho de que nos vean juntos en nuestra cama, es una de ellas.

«Nuestra cama». Sonaba tan bien. Ridículamente bien.

—Será mejor que nos preparemos para bajar —razonó.

—Sí, pero primero ven aquí.

Atrapó su boca en un suspiro, tejiendo una red de sensaciones y pensamientos que consumían su capacidad para pensar en cualquier otra cosa que no fuera él.

—Buenos días. —Frotó su nariz con la de ella, jugueteón.

—Buenos días.

—Será mejor que salga ahora mismo de la habitación o la locura se adueñará de mí.

Decidido, apartó el cobertor junto con las sábanas y caminó hasta la cómoda de donde extrajo un pantalón de pijama azul marino que se puso en un par de movimientos, sin volverse salió de la habitación como estaba, a pecho descubierto.

—¡Dios!

Mortificada porque sus pensamientos acerca del sheriff eran como los de una quinceañera enamorada de su ídolo del momento, saltó de la cama y fue en busca de su maleta de donde sacó la ropa interior que había dejado allí y luego al armario a por un pantalón negro de punto, grueso y elástico, un suéter fino de manga larga y un jersey largo de punto grueso de color mostaza. En un abrir y cerrar de ojos estaba vestida y dirigiéndose al cuarto de baño para asearse. Lo encontró vacío y aprovechó para hacer todo lo que necesitaba, en un tiempo récord, se dijo al terminar.

Bajó las escaleras pisando con cuidado, las deportivas blancas que había escogido para el fin de semana resbalaban en algunas superficies y no quería sufrir un accidente.

El aroma del café era atrayente, casi tanto como el dulce olor a tortitas recién hechas que

flotaba también en el ambiente. Justo cuando Luke ponía una taza humeante y un plato que haría salivar a cualquiera y besaba su hombro, la pareja de novios entraba en busca de su ración.

Wade y Rina tenían la boca llena y farfullaban palabras ininteligibles sin levantar apenas la cabeza de la mesa.

—Id comiendo. He hecho para todos —anunció con alegría el policía a los recién llegados—. Voy a vestirme, en seguida bajo —habló para ella, esta vez—. Estás preciosa. —Besó su mejilla como si fuera un gesto repetido cientos de veces al que estuviera acostumbrado antes de subir las escaleras.

No se atrevió a levantar la cabeza para saber si alguien se había percatado de aquello, optó por llevarse la taza a los labios y tratar de actuar con naturalidad. ¿De eso se trataba, no?

Al terminar el desayuno, se dividieron en dos grupos, Rina y su hermano iban a ir a explorar y a jugar por ahí mientras que ellos se acercarían al lago donde Luke pretendía enseñar a pescar a Sean.

Su amiga y ella esperaron al principio del corto camino que se dirigía al lago a que Sean, que se había ofrecido a ir a por el equipo de pesca del sheriff al cobertizo, regresara antes de ir en busca del policía que se había adelantado para ir buscando cebo.

Cuando llegaron a la orilla, Luke estaba completamente mimetizado con los alrededores, había dispuesto dos sillas plegables de acampada y una nevera con bebidas para pasar la mañana sin tener que moverse de allí.

—Parece que va a hacer un buen día, no hay demasiada bruma en esta época del año. —Los recibió con una sonrisa. Caminó hasta él. que alargaba su mano para que la tomara. Jen y ella observaron a los dos hombres mientras montaban las cañas, Sean siguiendo al pie de la letra cada instrucción que el sheriff impartía con la paciencia intrínseca que poseía. Tenía un don para enseñar, lo creyera él o no.

Una vez que habían arrojado sus sedales al agua, su amiga le hizo señas de que se fueran y los dejaran solos.

—Bueno, chicos. Tenéis todo controlado por aquí. Nosotras nos vamos. —Jen fue la encargada de anunciar su retirada.

—¿A dónde vais? —preguntó el prometido, visiblemente preocupado.

Se miraron, una sonrisa nació en cada una de ellas, luego se volvieron casi al mismo tiempo.

—A asar malvaviscos —respondieron a la vez.

—Acabamos de desayunar —reflexionó Sean en voz alta como si le costase comprender la lógica de lo que estaban a punto de hacer.

Luke posó una mano en el hombro de su yerno antes de hablar.

—Déjalas. Es lo que hacen cada vez que venimos aquí. Encienden la hoguera, se tapan con un par de mantas, juntas, y hablan sin parar mientras acaban con las reservas de malvaviscos.

—Exacto —afirmó—. Pasadlo bien, chicos.

Con un beso en la mejilla se despidió, sin embargo no debió ser suficiente para su pareja

porque la atrapó con una mano y la atrajo para saborear con detenimiento, aunque sin profundizar, sus labios.

Sentía el pecho a punto de estallar de felicidad. No podía recordar alguna época en su vida en la que hubiera estado tan contenta. Era como si la fuerza de él y la suya se unieran para que nada de lo que parecía estar acechando pudiera afectarle, para ver las cosas con una perspectiva más serena y solo con saber que contaba con su apoyo incondicional era suficiente para afrontar lo que fuera.

CAPÍTULO 21

Hacía un buen rato que las chicas se habían ido a completar su ritual, como él lo llamaba, de fuego, dulce y charla, dejándolos a Sean y a él solos, pescando.

Le gustaba aquello, buscar el cebo, preparar el sedal, echarlo al agua y esperar. Cuando estaba allí no había necesidad de nada más que de respirar la tranquilidad y la paz del lugar y empaparse bien de ello para recargar energías que, debido a su trabajo, en ocasiones sentía bajo mínimos.

Su futuro yerno y él compartieron un rato de charla, interesándose por el trabajo del otro, que terminó rápido, luego pasaron a un terreno en el que quizás tenían más en común, su hija y la boda de ambos y todo lo que ello conllevaba.

—¿Te apetece algo de beber, Luke?

—Claro, hay cerveza en la nevera, y refrescos, por si no te apetece.

Observaba el punto en que el sedal se sumergía bajo la superficie del agua mientras escuchó los pasos de Sean ir y volver. Esperó a que este se posicionara de nuevo a su lado, pero al ver que no lo hacía y al dejar de oír sus movimientos, se extrañó y lo buscó con la mirada.

No había terminado de volverse cuando algo oscuro, muy cerca y a gran velocidad, se dirigía directamente hacia él. Sintió el golpe, que lo tumbó de morros contra el suelo, por todo el lateral izquierdo de su cabeza.

—¿Pero qué coño? —Aturdido, trató de levantarse aunque para ello primero tuvo que ponerse de rodillas.

¿Qué había pasado? ¿Qué narices era lo que había impactado contra su cabeza?

Continuaba a cuatro patas en el suelo, vio sangre sobre las hojas que los árboles habían dejado caer, secas, y que el viento había arrastrado hasta allí componiendo un manto otoñal, y se llevó una mano para comprobar si era suya. Lo era.

Atontado y desconcertado, trató de erguirse; seriamente mareado, su visión era inestable, borrosa y doble. Ante él, la imagen de su yerno, de pie, a poco más de un paso oscilaba y no era capaz de enfocarla.

—¿Sean?

—No puedes tenerla. Está hecha para estar conmigo. —Escuchó aquellas palabras cargadas de ira que no entendió.

—¿Qué dices? ¿Has sido tú?

Necesitaba saber de dónde había llegado el ataque.

—¿Cómo te atreves a ponerle las manos encima?!

—¿De qué estás hablando?

La confusión no le permitía comprender lo que le decía ni de qué le estaba hablando.

—Supongo que ya da igual. Desde hoy va a ser solo mía.

Poco podía ver, no obstante su cuerpo no le engañaba, el tirón que notaba detrás de la nuca cada vez que presentía peligro era innegable. A pesar de que no podía enfocar, sí vio que Sean forcejeaba con algo en su pantalón. El policía que había en él, apeló por pelear primero y preguntar después y eso fue lo que hizo.

Clavó un pie en el suelo y presionó con el otro para impulsarse hacia delante y tumbar al hombre en frente de él. Debido a su estado falló en sus cálculos y en lugar de caer sobre la parte superior de su torso, lo hizo más abajo.

Golpeó su hombro con algo duro y el inconfundible sonido de un disparo rasgó el aire, no sintió dolor, solo una punzada candente que terminó por desestabilizar su mermado sistema nervioso y todo se tornó oscuridad.

—¿Qué ha sido eso? —preguntó, sorprendida, a su amiga.

Un fuerte sonido había llegado lejano hasta ellas, se quedaron inmóviles, mirando y observando alrededor, esperando escuchar algún otro sonido, pero no fue así, de hecho el bosque estaba más silencioso que nunca, como un mal presagio.

—Ha sonado como un arma, ¿crees que pueda ser alguien cazando?

—¿Caza, en esta zona? ¿Y en esta época del año? Lo dudo.

—¿Entonces qué? Sonaba como un arma.

—No lo sé, Jen, déjame que piense. Vayamos a buscar a tu padre y luego a Rina y a mi hermano, para comprobar que todos estén bien —propuso.

Apartaron las cálidas mantas a un lado y las dejaron de cualquier manera sobre la piedra que rodeaba la hoguera para, acto seguido, encaminarse hacia el camino que llevaba al lago.

Antes de que pudieran poner un solo pie en el camino, Sean emergió por él, su amiga, nada más ver su rostro se lanzó a sus brazos.

—¡Oh, Sean! Menos mal. Hemos escuchado un estruendo. Ahora íbamos a buscaros.

—¿Dónde está Luke? ¿No ha venido contigo? —preguntó presintiendo que algo no andaba bien.

El prometido de su amiga no se movía, no hablaba, la mirada en su rostro tenía algo en esos momentos que provocó que todo su vello se erizara.

Jen se apartó de su prometido unos centímetros y entonces notó la mancha de sangre y se miró su propia ropa que también se había manchado. La cara de horror de su amiga debía de ser como la que ella misma tenía.

—¿Esto es... sangre? —A la otra mujer le costó formular esa pregunta.

Ella había perdido la capacidad del habla. Intentaba procesar la información, pero era como si

su cerebro hubiera cerrado porque estaba tan en blanco que solo le faltaba el cartel de «*Out of order*».

Agarró a su amiga del hombro y la alejó de Sean haciendo que diera un paso atrás.

—¿Estás herido? ¡Dios, mío! ¿Qué ha pasado? — Jennifer, preocupada, no dejaba de preguntar.

—Jen. —Empujó a su amiga y dio un paso atrás como cuando uno se encuentra con un oso, sin apartar la vista de él. No sabía qué había ocurrido, pero algo le decía que estaban en peligro y que debían alejarse—. Esa sangre no es suya. ¿Dónde está Luke, Sean?

—Luke, Luke... —Llevó una mano a su espalda y vieron que sostenía una pistola. Dieron otro paso atrás. Su mejor amiga horrorizada, se llevó las manos a la boca y se tragó un grito, produciendo un sonido extraño.

Su prometido levantó entonces el arma hacia ellas.

—¿Qué estás haciendo? —preguntó.

—¿No es evidente? Tu sheriff no va a venir. ¡Está muerto! ¿No te lo advertí? Mataré todo lo que te importa, hasta que solo me tengas a mí. —Apuntó a Jen, su intención estaba clara.

¿Estaba muerto? ¿Ese disparo había sido...?

—¡No! —gritó poniéndose como barrera delante de su mejor amiga—. ¿De qué va esto?

—¿Te has vuelto loco? —preguntó conmocionada Jennifer desde su espalda.

—¿Loco? Imagino que sí al pensar que el mejor modo de llegar a Lili era acercarme a ti. ¿De verdad creíste que me casaría contigo?

—¡Tú me lo pediste! —Jen lloraba furiosa, podía sentirlo en su voz.

—Vamos, Jennifer... Cuando los chicos te pedían salir, sabías que solo querían estar cerca de tu amiga del alma y te aprovechabas de eso, ¿verdad? ¿Creíste mis palabras cuando te dije que era diferente? Solo había que observarte un poco para ver tu desesperación porque alguien te quisiera.

—¡Eso no es cierto! —chilló en lugar de su amiga, que se había quedado callada.

—Mi mala suerte fue que poco después te largaste y tenía que continuar con mi farsa, al menos durante un tiempo antes de dejarla. Pero entonces ella me hablaba de ti, de tus cartas, tenía noticias que, de otro modo, no hubiera sabido. Y me quedé. Algún día tendrías que volver y si yo formaba parte integrante de ese estúpido grupo de personas que eran los únicos que tenían tu atención, podría alcanzarte. Pero no. Volviste y ¡empezaste a tirarte al sheriff!

Durante su discurso empezó a avanzar hacia ellas que fueron reculando para mantener la distancia.

—Id a la hoguera. —Señaló el camino y las llevó a punto de pistola.

Una vez llegaron allí, su cerebro empezó a trabajar a marchas forzadas. Estaban solas, nadie podría ir a por ellas, evitaba formular las palabras de Sean con respecto a Luke en su mente porque podría quebrarse y no era momento para aquello, debía poner a salvo a Jen como fuera. Y a sus hermanos. Si habían escuchado el disparo, ¿estarían a punto de regresar? ¿O estaban

demasiado lejos para oír nada?

—Sentaos —ordenó señalando la piedra que habían ocupado hasta hacía poco—. ¿Estás pensando en vuestros hermanitos? —La sonrisa que esgrimía bien podría ser la de un demonio—. Tranquila, los niños están bien. Encerrados en el cobertizo. Depende de vosotras que siga siendo así. Si hacéis alguna tontería, como intentar escapar, iré y los mataré.

—Eres un monstruo —espetó exaltada su hasta entonces prometida.

—¿Lo soy? Ella es la que me ha ignorado, la que ha pisoteado cada intento de acercamiento, la que, con su indiferencia, ha roto mi corazón una y mil veces.

—Tú robaste a mi gato —habló uniendo los puntos de todo lo sucedido hasta entonces—, y lo mataste.

—¿Por qué tenías que besar al sheriff? ¿Crees que nadie os vería? ¡Dejaste que te besara! —Acercó la pistola a su cara y bramó a escasos centímetros de distancia—. ¡¿Cómo puedes preferir a un viejo como él antes que a mí?!

—Sean. —Tragó saliva—. Baja el arma. Vamos a hablar de esto.

—Sí. —La agarró del hombro y la puso de pie con fuerza—. Vamos a hablar. —Apuntó a Jen—. Vas a quedarte quieta o le pegaré un tiro. Dios sabe que me tiene hartos con su lloriqueo sobre los preparativos de la boda que nunca quise.

—¿Por...? ¿Por qué le pediste matrimonio si no querías casarte?

Intentó ganar tiempo, hacer que se distrajera y pensara en otras cosas mientras encontraba una solución en la que ambas salían vivas de allí y pudieran rescatar a sus queridos hermanos.

—Era el paso que tocaba dar, como ella insinuó de forma nada sutil un millón de veces. Después de que aceptara, preparé un plan para que no se pudiera llevar a cabo y saboté cada uno de sus pasos.

—¿Fuiste tú? —La sorpresa se mezclaba con el rencor en la voz de su amiga.

—Sí, claro que fui yo. Yo cancelé el envío de casi todas las invitaciones, algunas ya habían salido. Yo cancelé la reserva, cambié las fechas de las pruebas del vestido, hice todo lo que pude, pero tú no hacías más que continuar. Y llorar. Como me desquicia tu estúpido llanto. Cuántas veces te hubiera estrangulado con mis propias manos...

Inconsciente y automáticamente, dio un paso al lado interponiéndose entre Sean y Jen, en sus ojos no podía encontrar más que desprecio y un peligroso vacío.

—Te he dicho que no te movieras. —En su tono traslucía la amenaza.

—Lo siento. Es que me da miedo que se pueda disparar sin querer —adujo.

—Quieta.

Se acercó a ella y con un solo brazo la rodeó e inspiró profundamente. Tuvo que combatir con la enorme repulsa que estaba sintiendo y que le impulsaba a golpearlo y alejarlo como fuera. Tragó la bilis que trataba de emerger hacia su boca y que tenía retenida en la garganta. Sintió que le acariciaba la cabeza y bajaba la mano por su melena despeinada.

—Cuántas veces quise hacer esto. Cuántas pensé mientras abrazaba a Jennifer, que eras tú...

Cerró los ojos, el terror y la repugnancia no conseguirían sacarlas de allí. ¿Cómo podía alguien llegar a hacer todo lo que Sean confesó? ¿Cómo podía nadie pensar de aquel modo?

No tenía ninguna clase de duda al pensar que aquel hombre estaba trastornado, debía de tratarse de algún tipo de locura porque llevar a cabo todo lo que hizo durante tanto tiempo, solo una mente perversa, calculadora y muy enferma podría ser capaz de hacerlo.

Notó sus labios en su cuello y en el lóbulo de su oreja y tuvo que reprimir una arcada que le sobrevino. Cerró los puños y los ojos con fuerza, pensó en su hermano, en Rina y en su amiga, quien estaba sentada en el suelo, detrás de ella.

—¿Dejaste al sheriff que te hiciera esto? ¿Eh? —Su voz era casi un susurro, debería haber sido agradable, pero sus palabras y sus actos eran aterradores—. También hizo esto ¿no?

De pronto, se encontró la boca tapada con fuerza por la suya, su lengua lamía sus labios intentando entrar. Apretó los labios para impedirselo.

—¿Al viejo le dejas besarte y a mí no?

La abofeteó con la mano que sostenía el arma, la fuerza del impacto la hizo caer sobre su amiga.

—¡Lili!

Le ardía la mejilla, desde la sien hasta la mandíbula todavía le retumbaba y comenzaba escocer por el golpe que le propinó.

—¡Mierda! ¡Y tú...! Deja de ser tan pusilánime. Eres patética. ¿Qué pensaría tu mejor amiga si supiera lo celosa que estás de ella? ¿Si conociera la verdad de lo que dices de ella en la intimidad?

—¡Calla! ¡Cállate!

—Oh, ¿qué ocurre, Jennifer? ¿Por qué no le dices lo mucho que odias que la gente solo se fije en ti por ella?

—¡Basta! —pidió. Por ella, por Jen.

—Es cierto, —Su mejor amiga comenzó a hablar con la voz agitada—. Odio que la gente me utilice para acercarse a ella, odio que me inviten a fiestas solo porque quieren que Lili asista y no soporto que le quede mejor la ropa que a mí. Pero eso no es su culpa, es mía y de los demás. Ella tiene un corazón tan grande y me quiere tanto que no concibe siquiera el que yo pueda haberme sentido así. Y lo de mi padre, no pretendas hacerlo pasar por un acto vil, sucio y premeditado, me costará más o menos entenderlo, pero ha pasado, no lo han buscado. Esas prácticas de bajeza moral, se las dejan a otros —atacó ahora dejando que la furia cargara sus últimas palabras.

—No me hagas reír...

—¿Quieres la verdad? —Añadió su amiga mirando con ojos centelleantes a su prometido—. Sabía que te gustaba ella. Era evidente, no era un secreto para mí, pero me gustabas.

—Oh, Jen... —compadeció a su amiga por haber aceptado tal cosa, por haber callado todo ese dolor para sí en lugar de compartirlo con ella.

—Me gustabas tanto que me dio igual. Pensé que llegarías a apreciarme y a quererme. Cuando

se fue, tú me consolaste. Estaba dolida por su marcha y porque creí que te perdería, pero te quedaste. Y yo, estúpida de mí pensé que fue porque habías comprendido que ella no te hacía caso y que yo sí te quería. Quería hacer mi vida junto a ti. Y pensar... —Se rompió y derramó lágrimas en cascada.

—Me tienes con el maldito llanto, con tus quejas y con tus charlas interminables...

Sean empezó a caminar de un lado a otro llevándose las manos a la cabeza.

—Intentaré despistarlo —susurró a Jen que la escuchó atentamente—, si nos separamos no podrá perseguirnos a las dos. A la que no persiga, que saque a los niños del cobertizo, los meta en el coche y se largue a pedir ayuda. ¿De acuerdo?

Jennifer asintió, dejando claro que había comprendido. Sabía que era un plan desesperado y una idea arriesgada porque contaba con que la perseguiría a ella, con quien estaba obsesionado y no a su amiga, pero ¿y si se equivocaba? Si se equivocaba, debería encontrar otra forma de resolverlo.

Obligó a su mente a pensar deprisa en alguna solución, un modo de distraer su atención sin que disparara el arma contra ellas.

Se sentó bien en el suelo, junto a su amiga, pues llevaba encima de ella desde que Sean la había abofeteado. Sintió el calor del fuego que todavía estaba encendido en la hoguera que más temprano hicieran las dos juntas, pensó en coger un tronco para tener algo con lo que atacar, pero estaban lejos de su alcance y las ramitas con las que calentaban los malvaviscos eran demasiado finas, se romperían fácilmente como para ser usadas a modo de arma.

Sean caminaba ahora hacia ellas, cabizbajo, frotándose la frente con el lateral de la palma de la mano con la que sostenía el arma, y supo que aquella era una oportunidad que no podía desaprovechar. Cerró el puño con fuerza cogiendo en él la arena y la tierra que Luke, siempre responsable, colocaba cercando la hoguera por seguridad y con la otra cogió una de las piedras que delimitaban el círculo del fuego y se levantó casi de un salto.

—Eh, Sean —llamó. Él levantó la cabeza y le tiró la arena a los ojos con fuerza. Intentó cubrirse, se llevó las manos a la cara y se acercó, piedra en alto, para asestar un golpe seco a la pistola y que la soltara—. ¡Corre, Jen! —Necesitó un segundo golpe para conseguir que el arma se escurriera de su mano hasta el suelo.

—¡Putá!

Trataba de agarrarla dando manotazos con los ojos cerrados. Pateó la pistola para alejarla de él, terminó cerca de unos matorrales junto a la casa.

Su amiga ya se había escabullido hacia el cobertizo.

—Jamás me tocarás, maldito loco, hijo de puta —escupió con toda la ponzoña que le había producido para asegurarse de cabrearlo y que se olvidara de Jennifer y los niños al tiempo que se alejaba unos pasos para asegurarse de poder huir.

—¡Voy a matarte!

—Primero tendrás que encontrarme. —Esperó hasta que él se volvió en su dirección y

comenzó a avanzar hacia ella a trompicones. Entonces echó a correr.

Y su cabeza no sabía qué era mejor, correr hacia el bosque y tratar de esconderse o bajar al lago.

No conseguía tener un solo pensamiento coherente, lo único que sabía era que debía correr y eso era lo que estaba haciendo. Se volvió varias veces para asegurarse de que la estaba siguiendo aún, la tercera vez que se volvió no lo encontró. Le costó un rato procesar y detenerse. ¿Y si había vuelto atrás e iba a por su amiga o los chicos? No consentiría que les tocara un pelo. Tratando de recuperar el aliento se detuvo, sin moverse, agudizó el oído para tratar de escuchar algún indicio que le dijera si debía regresar y comprobar que su familia se encontraba a salvo.

—Lili...

Escuchó la voz de Sean, procedía de su derecha, desde el lago, eso la sorprendió y no solo porque estuviera más cerca de lo que había creído que estaría. Sus pies comenzaron de nuevo una carrera desesperada saltando raíces y chocando contra ramas, adentrándose más y más en el bosque, alejándose de la cabaña.

Lo sentía cerca, podía notar sus ojos clavados en ella. Cada zancada que daba parecía tener eco. Un eco aterrador, que reverberaba en su cabeza. Estaba ganando terreno. A pesar de que ella era rápida, él lo era más. Supo sin lugar a dudas que antes o después la atraparía. Y tener esa certeza era casi más terrorífico que enfrentarse al hecho de que quizás Sean fuera lo último que viera.

—¡Te tengo!

Notó el empujón que la hizo trastabillar hasta caer de bruces en el suelo, golpeándose el hombro contra la base de un árbol.

Sin un minuto que perder, se abrazó al árbol para levantarse, pero un fuerte golpe en la espalda la retuvo allí.

—¿Creías que podrías huir de mí? ¿De tu destino? —La agarró del cabello y tiró de su cabeza hacia atrás para hablar con su cara pegada a su oído.

—Mátame si quieres, pero deja a mi hermano, a Rina y a Jen en paz.

—Oh, ahí está de nuevo. Lili, la protectora. Lili, la mártir; capaz de dar y hacer lo que sea por proteger a los suyos. Haremos una cosa, —Le dio la vuelta con fuerza, haciendo que su espalda chocara contra el árbol—. Vas a ser mía. Voy a tenerte, como siempre he querido y, si te portas bien, después de matarte dejaré a tu querido hermano, a tu amiga y a esa mocosa con vida.

—Estás más loco de lo que parece si piensas que voy a confiar en tu palabra.

Quería ganar todo el tiempo que pudiera, a esas alturas su amiga ya debería haber podido rescatar a los niños y huido en coche lejos de allí.

—Vas a darme lo que quiero por tu voluntad o a la fuerza. —La agarró por los hombros presionándola contra la corteza.

—¿Y te preguntabas por qué escogí a Luke? ¿A él por encima de ti, de todos los hombres? Él es más hombre que tú; no eres más que un gusano asqueroso.

La abofeteó de nuevo en el mismo lugar que antes, sintió la cara arder y la rabia apoderarse de

ella mientras caía al suelo junto al árbol.

Cuando notó que la levantaba, dejó el cuerpo laxo, haciendo que tuviera que emplear toda su fuerza. Estaba casi de pie contra él y vio su oportunidad, se impulsó de puntillas en el suelo para echar su cuerpo hacia atrás con firmeza.

El golpe en la parte superior de su cabeza fue potente y tan doloroso que creyó que podría haberse hecho sangre. Sean cayó de espaldas y ella casi lo hace también. Se volvió y al verlo allí no contuvo las ganas de ponerle los genitales de corbata. Utilizó toda la fuerza de la que su pierna era capaz para patearlo. Y volvió a correr, esta vez alejándose del lago, hacia el interior.

—¡Te destriparé como a tu gato, puta!

Continuaba persiguiéndola, se había recuperado más rápido de lo que pensó, aunque consiguió ralentizarlo. Tal vez, había una posibilidad, por minúscula que fuera, de lograr escapar de allí con vida. Tenía que pensar en eso, centrarse en ello; porque si lo hacía en que no volvería a ver al sheriff, corría el riesgo de dejarse atrapar solo para que terminara todo aquello de una vez y no tener tiempo de que la más absoluta oscuridad la engullera; porque sin él, sin el hombre al que amaba, la vida, su vida, carecía del sentido y del color que se supone debería tener.

Apartó aquel pensamiento, ya había perdido a demasiados seres queridos, su madre, después de una larga y agotadora enfermedad, a su padre, de un día para otro, y ahora...

No, no iba a pensar en ello, se centraría en Jen, en su hermana, y en su hermano. Los protegería, aunque supusiera el peor de los destinos posibles para ella.

Cambió de sentido un par de veces, buscando una ruta mejor para alejarse a mayor velocidad, pero Sean no parecía acusar tanto el cansancio como ella. De pronto apareció justo delante y chocó contra él. Lo empujó y emprendió la huida hacia el lado contrario.

En pocos metros le dio alcance, sus brazos la rodearon y cayeron al suelo, trató de rodar para quitárselo de encima, sin embargo Sean era más fuerte. Intentó volver a patearlo, pero no consiguió su propósito, se colocó a horcajadas sobre ella y cuando lanzó sus puños contra él, solo logró impactar en su pecho y en su cara un par de veces, en seguida la asió por las muñecas y la detuvo.

—Eres mucho más tonta de lo que pareces. ¿Pensabas que sacrificándote tú, ella y los críos se salvarían? Cuando termine contigo, iré a por ellos, los perseguiré hasta que los vea llorar de terror y luego los destriparé uno por uno.

—¡Suéltame! ¡No! ¡No te atrevas a ponerles una sola mano encima!

—¿Y quién va a impedírmelo? ¿El sheriff? Está muerto. ¿Tú? En cuanto termine contigo preferirás haber tenido una muerte tan rápida como la suya.

Sus palabras evocaban esos pensamientos que trataba de alejar, la espantosa imagen de ver a su amor frío y sin vida en un ataúd, como había tenido que ver a sus padres, era más de lo que podía soportar pensar.

—Basta. ¡Basta! ¿Por qué? ¡¿Por qué tenías que matarlo?! Él no te hizo nada. ¡Bastardo!

—¡Tomó lo que era mío! ¡Lo que me pertenecía!

—¡Yo no te pertenezco!

Su lucha era salvaje, trataba de golpearlo y de librarse de él con cada parte de su ser aun sabiendo que se encontraba en inferioridad.

Sean golpeó sus brazos contra el suelo ejerciendo la fuerza bruta, hasta que dejó de intentar pegarle. Juntó sus manos por encima de su cabeza y aprovechando la laxitud que los golpes le habían dejado en sus extremidades, las sostuvo con una de sus manos.

—Te equivocas —habló acercando su rostro al de ella—. Y voy a demostrártelo.

Aplastó su boca contra la de ella salvajemente, sin ningún miramiento, mientras manoseaba sus pechos y su cintura. Dio un respingo al notar la palma contra la piel de su estómago. Al abrir la boca por la sorpresa, la asquerosa lengua de él entró de golpe y sintió la bilis subir por su esófago y lo mordió para dejar de sentir esa cosa moviéndose en su boca.

Pasmado, se echó hacia atrás dejando libres sus manos. Aprovechó ese momento para cerrar el puño y sujetándolo con la otra mano para tener más fuerza, propinarle un fuerte golpe. Sean cayó de espaldas y ella se escabulló dándose la vuelta en el acto y tratando de levantarse, sin éxito porque las manos de él la sujetaron por la cintura, atrayéndola de nuevo. Intentó patearlo en aquella posición, pero fue imposible. Sintió cómo perdía la protección de los pantalones que la cubrían. La estaba desnudando, sin embargo ella solo quería huir.

CAPÍTULO 22

Miró hacia atrás y vio con horror lo que su cuerpo ya sentía, estaba bajando sus pantalones, pateó la cara del hombre que la soltó de inmediato y trató de levantarse mientras huía de él, haciendo que corriera a cuatro gatas con la cintura de los pantalones a la altura del muslo. No logró ponerse de pie, los brazos de Sean se aferraron a sus tobillos dando como resultado su caída. Percibió los arañazos en las piernas, le quería arrebatar la prenda, sin embargo, no estaba dispuesta a dejarle hacerlo. Agarró el pantalón elástico y luchó por subirlo, revolviéndose, pateando como podía debido a la incómoda posición.

De pronto él se le echó encima; debido a su impulso, su frente encontró el suelo y una piedra chocó violentamente contra su ceja derecha, aturdiéndola.

Todo estaba a oscuras, la cabeza le daba vueltas a un ritmo vertiginoso, apenas podía abrir su ojo debido al dolor, y lo poco que podía ver con el otro era bosque.

Un sentimiento de profunda soledad la embargó, jamás se había sentido tan sola como en aquel momento, quería poder llamar a gritos a su madre, a su padre, a Luke, con la certeza de que cualquiera de ellos podría ir a rescatarla, pero sabía que eso no sería posible. Nadie iría en su rescate. Estaba en manos de aquel loco y no había nada que pudiera hacer.

Lo más difícil de asumir fue la aceptación que le sobrevino, el conocimiento absoluto de que afrontaba sus últimos minutos, o tal vez horas, de vida. Y le dio igual. Solo quiso que terminara. Ya. En ese instante. Lo más rápido posible.

Sean levantó su trasero y presionó su entrepierna contra ella.

—Voy a hacer que disfrutes esto tanto como yo.

Podía oír que estaba hablando, pero ya no escuchaba sus palabras. Se había dado por vencida.

Luchó contra la oscuridad que quería engullirlo, poco a poco fue consciente de que estaba volviendo de alguna parte en donde no había conciencia ni pensamiento.

¿Qué había pasado?

¿Se había desmayado? Tratando de hilar un pensamiento coherente con otro, las imágenes borrosas de antes volvieron a su memoria. ¿Sean? ¿Sean había hecho aquello?

Recordó haber saltado sobre él y el dolor lacerante que lo dejó fuera de juego.

Abrió los ojos despacio, ahora veía con claridad, si bien estaba un poco mareado, aunque la cabeza le dolía horrores. Sentía su ropa húmeda, aunque no se encontraba en el agua.

El hombro le escocía y dolía a partes iguales y ninguna pequeña; sin usar el brazo debido a eso intentó ponerse en pie. ¿Qué narices estaba pasando? ¿Y por qué Sean haría algo así?

«No puedes tenerla. Está hecha para estar conmigo.»

«¿Cómo te atreves a ponerle las manos encima?»

«Desde hoy va a ser solo mía.»

Las palabras que escuchó antes y que volvían ahora a su mente, cobraban un sentido que no le gustaba nada, que implicaba mucho más de lo que cualquiera podría digerir de una sola vez. ¿Era él? ¿El acosador de Lili? ¿Por qué si estaba prometido con Jennifer?

A la sensación de peligro inminente anclada en su nuca, se le unió un sudor frío, un miedo profundo y acérrimo que le cerró incluso el paso de saliva en la garganta.

¿Cuánto hacía que estaba inconsciente? Tenía que ir en busca de las chicas y asegurarse de que ambas mujeres estaban bien, tendría que encontrar también a Rina y a Wade.

Observó lo que le rodeaba, las cañas continuaban en sus posiciones, las sillas de camping e incluso la nevera. En el suelo, cerca de él, vio una botella de cerveza tirada, con sangre. La imagen de él mismo llevando su mano a un lado de su cabeza volvió con fuerza, se observó las palmas y la vio. Oscura, sin embargo, todavía húmeda.

En ese caso no debería hacer tanto tiempo que se había desmayado. Palpó el hombro, cuyo dolor era apenas soportable, e intentó verse. Lo supo casi antes de corroborarlo, le habían disparado.

La necesidad de encontrar a su familia era imperiosa.

Le pareció escuchar algo y se volvió hacia la linde para comprobar si alguien se acercaba por el sendero, se agachó y caminó despacio, tratando de no hacer ruido, hacia los arbustos. No apareció nadie. Con cuidado de evitar el camino, se adentró entre la vegetación. A su juicio el sonido que había detectado se alejaba. Siguió el lugar por el que parecía escucharse algo, en la dirección contraria de la que estaba la casa, aunque era difícil distinguir si se trataba de un animal o no.

¿Y si su familia lo necesitaba en la cabaña?

Procurando no hacer ruidos que le impidieran escuchar con claridad; le pareció oír voces y no necesitó más, las siguió para encontrar su procedencia. Distinguió sonidos de refriega y aceleró el paso a pesar del dolor que sentía y de las arcadas que, junto con el mareo, le sobrevenían en oleadas. Volvió a escuchar lo que ahora sabía eran pisadas alejándose a toda velocidad y procuró trotar para poder ver qué era lo que estaba ocurriendo. Se acercó lo suficiente para distinguir una sombra, de espaldas a él, a más de cincuenta metros de distancia. Sujetando su hombro malherido con la otra mano intentó soportar el dolor que lo recorría de pies a cabeza cada vez que su pie encontraba el suelo en un lento trote que ralentizaba también porque pretendía no ser escuchado.

Volvió a escuchar voces y, aunque no podía distinguir las palabras, sí supo que se trataba de Lili, continuó avanzando, lo más duro fue escuchar cada vez más cerca el forcejeo que su mujer

estaba protagonizando y no poder llegar a la carrera y embestir.

Sean podría tener la pistola todavía y dispararle si lo escuchaba llegar. O peor, podría utilizarla contra ella.

No, debía ser más inteligente y, en el margen de lo posible, no permitir que su llegada fuera anunciada para poder sorprender con su repentina aparición.

Escuchaba ahora la lucha que parecía estar a pocos metros ya y su corazón empezó a bombear adrenalina, se asomó desde detrás de un árbol de ancho tronco y vio a Sean y a Lili en el suelo, ella tenía los pantalones por las rodillas, él la sujetaba por la cadera.

Una furia como nunca había sentido se apoderó de él, dejó de sentirse aturdido, el mareo desapareció y lo mismo ocurrió con los dolores que lo aquejaban.

—Voy a hacer que disfrutes esto tanto como yo —decía el prometido de su hija mientras se echaba mano al cinturón de su pantalón.

Aprovechando que se encontraba en una posición oblicua, caminó con cuidado de no pisar una rama que pudiera chasquear y, cuando el cabrón terminó su lucha particular con el cinturón y la bragueta de su pantalón, saltó sobre él haciéndolo a un lado y quitándoselo a su mujer de encima.

Confundido por su ataque, Sean no fue capaz de responder mientras lanzaba sus puños contra él. Mandíbula, riñones, estómago y rostro eran los puntos que golpeaba metódico.

—¡Hijo de puta!

Quería verlo convertido en una asquerosa papilla humana, que ya sería más de lo que merecía.

—¿Luke?

La voz de su mujer, como si no pudiera creer lo que sus ojos le decían que tenía justo en frente, le llegó al corazón y allí dio un vuelco, eso provocó que se ensañara más con los puños. Golpeó sin detenerse hasta que se cansó; el agotamiento llegó sin aviso y quedó sentado a horcajadas sobre su ex futuro yerno que, ensangrentado, estaba bajo él, sin moverse y completamente fuera de juego en el suelo.

—Estás vivo —susurró como si acabara de ver a un fantasma alzarse de la tumba—. Él dijo... que...

Como una presa que se rompe, su rostro sufrió una convulsión y sus manos acudieron raudas a cubrirlo, de entre sus dedos caían sobre su regazo, como lluvia, sus lágrimas.

Dejó vencer el peso de su cuerpo hacia un lado, tratando de acercarse a ella, a pesar de que el dolor había regresado multiplicado debido a su arranque de furia incontrolada.

—Lili, ¿qué te ha hecho? —Logró hablar de forma entrecortada a causa de sus heridas.

Ella se dio cuenta entonces del estado en que se encontraba su ropa, volvió a poner los pantalones en su lugar y se abrazó a él.

—Cuidado, cariño.

—Oh, ¡señor! Tanta sangre...

—Vas a tener que ir a la casa y llamar pidiendo ayuda.

—No pienso dejarte.

—Tienes que ir. No sabemos cuándo pueda despertarse y dudo que pueda manejarlo si lo hace.
—Ante la completa inacción de la muchacha, la apresuró—: Ahora.

—De... De acuerdo. Enseguida vuelvo.

Secando las lágrimas con las manos sucias de tierra, dejó la marca tiznada de sus dedos sobre la blanquecina piel. Observó cómo se marchaba, hasta que solo fue una sombra moviéndose entre los árboles, el frío que llevaba un rato reclamando su atención empezó a ser demasiado como para poder combatirlo.

Mareado, con la temperatura corporal más baja de lo que debería sentir en aquella época del año y tan dolorido como no había estado en su vida, dejó caer su cabeza hacia atrás, apoyándose en la cama de hojas y tierra, y esperó. El sol jugaba entre las copas de los árboles, allá arriba se veía un poco de cielo, azul, sin una sola nube.

—Qué... bonito —alcanzó a decir.

Y la imagen le arrancó una tierna sonrisa, pensó que era una pena que un día tan bonito se hubiera visto empañado de aquel modo, aunque nadie podría encontrar mejor modo ni mejor día para dejarse arrastrar y caer en el sueño más profundo. Ese del que nadie vuelve.

Corrió a la casa tan rápido como sus acalambradas piernas le permitieron, buscó con desesperación el teléfono, cuando logró llegar a él marcó el número de emergencias con dedos temblorosos, no obstante, al apoyarse en la pared mientras esperaba a que alguien respondiera su llamada, comprobó que no eran solo sus dedos los que no dejaban de temblar.

La teleoperadora respondió y, a un ritmo vertiginoso, describió lo sucedido y pidió una ambulancia para Luke. Se aseguró de decir que era sheriff, necesitaba que la caballería llegara cuanto antes a ayudarlo. Estaba malherido, su aspecto pálido y sudoroso distaba mucho de su habitual imagen.

—Tengo que volver, tengo que ver cómo está. Lo he dejado solo en el bosque con...él.

No podía ni mencionar el nombre del individuo que los había atacado, del tipo trastornado que había tratado de matarlos a todos.

Dejó el teléfono y salió de la cabaña. «Con lo magnífica que había sido la noche, y lo terrorífico que resultó el día», pensó.

Estaba a punto de adentrarse en el bosque cuando un sonido fuerte de motor llamó su atención, reculó y volvió a donde podría ver quién llegaba. Entonces escuchó las sirenas y tuvo que luchar por no dejarse vencer por el inmenso alivio que la recorrió haciendo que sus rodillas flaquearan, su valiente policía aún necesitaba ayuda y de forma urgente.

Cuando los vehículos se detuvieron en la entrada, cinco agentes emergieron de tres coches patrulla. Le advirtieron de que la ambulancia llegaría en unos minutos, pero ella los apresuró a seguirla.

—Luke. Tienen que ayudarlo.

Los llevó hasta el lugar donde había dejado a los dos hombres, el sheriff estaba mortalmente

pálido, tumbado boca arriba.

—¡No! ¡Luke!

Corrió a su lado, señaló a su agresor que permanecía tal y como el policía lo había dejado y lo esposaron por si acaso despertaba; puso una mano sobre la mejilla de su amado, su piel estaba tan fría que se lo transmitió a ella.

—No. No, no, no, no... ¡No! —Buscaba su pulso en su cuello, en su muñeca, nada.

Acercó su oreja a su nariz. No respiraba.

—¡No respira!

—Apártese, señorita. —Uno de los agentes la echó a un lado, otro colocó algo de ropa sobre su herida del hombro y el primero comenzó a realizarle un masaje cardíaco.

—¡Dios, mío! No me dejes. No me dejes... —murmuraba mientras observaba a los hombres trabajar sobre él.

En algún momento llegaron los técnicos de la ambulancia y se lo llevaron, uno de los agentes, el que había estado tratando de reanimarlo, le ofreció su coche para llevarla al hospital.

Sus temblores no cesaron en ningún momento, si acaso se hicieron más notables, ahora que sentía su cuerpo helarse desde dentro.

La hicieron pasar un control médico exhaustivo, el agente habló aparte con el doctor y luego le hicieron otro tipo de pruebas.

Cuando por fin la dejaron sola, recuperó su ropa, se deshizo de aquella bata y se vistió; apenas advirtió que tuvieron que darle dos puntos de sutura en la ceja y ponerle otros de tela en la mejilla después de tratar ambas heridas. Su inseparable amiga fue la siguiente en abrir la cortina.

—¡Lili! ¡¿Cómo te encuentras?! ¿Estás bien?

Su amiga se lanzó a abrazarla.

—Bien. Solo tengo este maldito frío. ¿Cómo está...?

—Lo están operando.

—Él me salvó, Jen. Tu padre... —De nuevo fue incapaz de contener el caudal que surgía de sus ojos.

—Lo sé, lo sé...

—¿Wade, Rina?

—Están esperando fuera. No quería que entraran sin ver primero cómo estabas por mí misma.

—Llévame con ellos, ¿están bien?

—Sí, ese cabrón los maniató y amordazó en el cobertizo.

Las palabras del prometido de su mejor amiga regresaron con violencia en ese momento a sus oídos, todavía no lograba entender cómo nunca se percató de nada hasta ese momento en que todo estalló y salpicó a todos sus seres queridos.

—Jen, lo siento.

—No lo hagas —replicó enfadada—. No es culpa tuya, ¿me oyes? Nada de lo que ha ocurrido es culpa tuya.

La exoneración por su parte fue más de lo que podía manejar en ese momento y se abrazó a la mujer que había crecido con ella, la que siempre había estado a su lado contra viento y marea, como si fuera una simple muñeca de trapo.

Todo su cuerpo dolía, no había una parte que no lo hiciera, pero todavía quedaban largas horas por delante para poder siquiera pensar en relajarse.

EPÍLOGO

—¿Vas a comerte eso?

La tremendamente atractiva voz de Luke la trajo de vuelta a la realidad, desde aquel día su mente se abstraía y la arrastraba al bosque donde estaba sola y a oscuras, sin nadie que pudiera ayudarla.

Su mejor amiga trataba por todos los medios que comiera y no dejaba de traer succulentos bocadillos, como aquel de albóndigas, que su estómago se negaba a aceptar. Aunque ver cómo había mejorado la salud del hombre que amaba y que la había salvado de un destino a punto de sellarse para siempre, le daba ese impulso que necesitaba.

Le habían pedido, por activa y por pasiva, que fuera a casa a descansar, pero aquella imagen de él, pálido, inmóvil e inerte la perseguía a todas partes y lo último que quería era separarse de su lado.

Su amiga le llevó mudas y comida de forma regular, además de que fue quien la ayudó a ducharse la primera vez en el baño de la habitación asignada para el sheriff.

Los ramos de flores no dejaban de llegar desde que la noticia de su ingreso hospitalario corrió por el pueblo, y él no dejaba de repetir que las flores y las ofrendas eran para los muertos.

Respondió con un gesto de la cabeza a su pregunta.

—Ven aquí.

Con la mano libre dio unos golpecitos sobre la cama. Tenía una costura en la cabeza, allí donde Sean lo atacó en un primer momento, y el brazo en cabestrillo. Después de la operación el médico les informó de la suerte que había tenido, puesto que el disparo entró y salió limpiamente de su cuerpo.

Se acercó como le pidió y apoyó el trasero en la cama.

—Túmbate conmigo.

—No quiero hacerte daño.

—Me harás daño si no lo haces —replicó.

A pesar de que el frío de aquel día no había desaparecido, con cada una de sus sonrisas recuperaba algo del calor que perdió.

—Si te comes la mitad, no le diré a Jennifer que la mayoría de la comida que trae acaba en mi estómago.

—De acuerdo —aceptó.

—Ya que eres una negociadora tan pésima, te propongo otro trato.

—¿Cuál?

—Cásate conmigo, Lili Rogers.

Se quedó en silencio, tratando de descubrir dónde estaba la gracia de aquella broma.

—¿Y bien? —preguntó él.

—¿Y bien qué?

Por la repentina seriedad de su rostro, supo que no era una broma, le acababa de pedir matrimonio y su cabeza solo gritaba una palabra. Por algún motivo que no atinó a resolver, la voz de su mente era una animadora con coleta, falda plisada y pompones que no perdía el ímpetu ni cuando realizaba acrobacias.

—¿Qué respondes?

—Estoy esperando que me expliques cuál sería el trato —repuso con una sonrisa, la primera que no debía forzar en varios días.

Las carcajadas del policía llegaron hasta su corazón permitiendo que se descongelara por completo, solo con verlo de aquel modo, tan lleno de vida y riendo a pleno pulmón, logró que cayera la escarcha que se había formado en sus sentimientos y comenzó a reír también a sabiendas de que junto a él se encontraba el lugar al que siempre querría volver, su refugio.

Fin

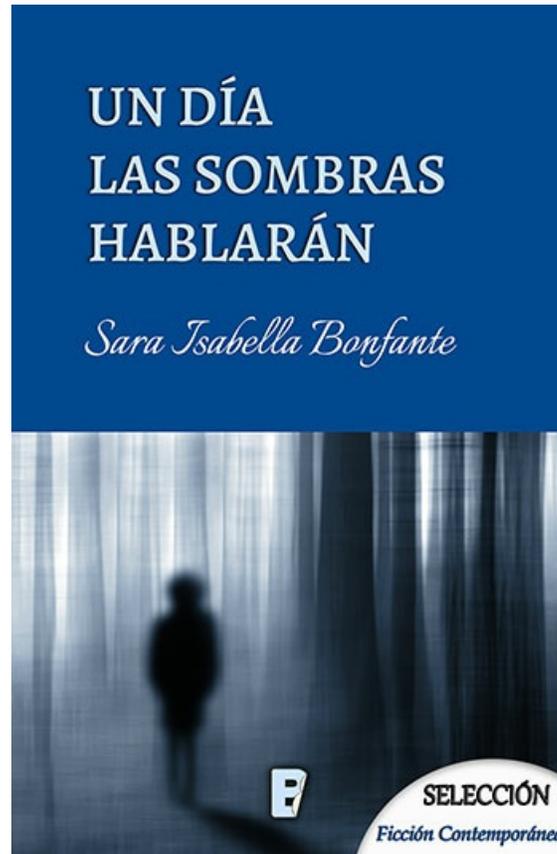
Si te ha gustado

Tras el largo viaje

te recomendamos comenzar a leer

Un día las sombras hablarán

de *Sara Isabella Bonfante*



CAPÍTULO 1

—¡Allá va!

—¡Adiós, Graziana!

—Es el oído del pueblo.

—¡Y la que más secretos debe guardar!

Así la saludan los comerciantes mientras ella camina de regreso a su casa. Graziana contesta con reservada elocuencia. Alta, morocha, de cabellos negros y unos ojazos del mismo color, de labios gruesos y dentadura perlada. Es bella sin serlo. Habla en voz baja. Su mirada es vergonzosa, aquella que mira de abajo hacia arriba sin levantar la cabeza. Una mujer sin estridencias. En ella todo es medido. Discreta es su belleza, así como lo son también sus emociones y el tono de su voz. En suma, una mujer de provincia, de un pueblo donde no hay más porvenir que un presente polvoriento, grisáceo y letárgico como la vida de Graziana.

Desde los dieciocho años trabaja de telefonista en la única empresa de la localidad. Cuántos secretos ha guardado a lo largo del tiempo, cuántos no hubiese querido oír. No le resulta fácil abstenerse de escuchar las conversaciones de los abonados cuando llaman al número 19 y solicitan el enlace de una comunicación.

Sus días comienzan a las cinco de la mañana cuando llega a obscuras a la Unión Telefónica, después de caminar sobre tacos bien altos —los que resaltan sus torneadas piernas— por calles polvorosas y veredas desperejadas. Prepara el té y recibe del sereno las indicaciones. Acomoda los auriculares, los accesorios y toma su lugar frente al tablero. Conecta los cables, enciende los comandos. Apaga luces. ¡En fin, un trabajo rutinario!

Su labor termina a la una de la tarde, hora en la cual desanda el mismo camino para llegar a su casa. En esta la espera su madre, una mujer de hablar bajo, y también su padre, un comisario jubilado que pasa las horas sentado en la vereda leyendo el diario. Solo se mueve para entrar a la casa y cambiar el agua del mate, su tisana preferida, y para correrse hacia el lado de la finca contrario a la rotación del sol en las caídas de la tarde. Fuera de las horas de trabajo, los días de Graziana son eternos, como eternas son las horas que pasa en la iglesia. Tres veces a la semana asiste a ella con su prima Gloria para coser la ropa que luego donarán a los pobres. Allí arman grandes bolsas poniendo especial cuidado porque no desean repetir las prendas. El producto de su esmero más tarde será repartido al azar por el cura de la parroquia.

Su existencia en ese pueblo sin ambiciones y sin ninguna posibilidad de cambio es circunstancia segura. Allí todo es estático. Ni siquiera resopla el viento, cada tanto lo acechan remolinos cenicientos y lentos, grises, bajo un calor asfixiante. El ambiente está plagado de mosquitos a toda hora.

Nada es excepcional en la vida de Graziana, tampoco se plantea ningún proyecto. Ella deviene con una gran lentitud, como las siestas que se alargan hasta las cinco de la tarde, momento en el que baja el sol ardiente. A esa hora sale junto a sus padres a la vereda. Ubican las sillas, se sientan y esperan a que alguna vecina se les acerque para versar sobre el sol y el calor y los mosquitos.

Graziana demuestra predilección por acercarse a un río fangoso y de color verde oscuro que, a unos cuantos kilómetros de su casa, deja correr unas pocas olas. En la ribera crecen ostentosos

árboles con ramas gruesas y trocos frondosos; ella, de tanto sentarse en uno de esos, dibujó la forma de su espalda. Trepada a su árbol se permite soñar y espiar a los pocos bañistas. La mayoría son gurruminos que se lanzan desde las copas para caer sobre las aguas como figuras acrobáticas. Ella no desea que la vean porque su hábito es mirar y admirar el pasar, el acontecer y la vida de los otros.

Absorta en sus pensamientos, en una de esas tardes calurosas y ahogantes, sube y se esconde entre las ramas del árbol, cuando de pronto ve acercarse a un hombre alto, rubio, de barba prolija y aspecto... ¿extranjero? ¿Será croata o ruso?, piensa. Todo aquel que tiene esa fisonomía, para ella, debe ser europeo.

El desconocido ronda como si estuviese buscando un lugar seguro. Ella se esconde aún más. Si hay algo que Graziana sabe es esconderse. El follaje espinoso la obliga a encorvarse. Puntas largas de tres centímetros quedan al filo de su rostro. Con sus ojazos oscuros sigue el movimiento del extraño. Este encuentra un lugar sobre la hierba, se sienta y mira hacia la orilla. Ahora sí que estoy en problemas, ¿cómo me bajaré sin que él me vea? Espera. Piensa que es tarde. El sol inicia su caída y refleja sus rayos de flechas sobre el río. Hermosos tonos verdoso aceitunados emergen como púas desde el agua sosegada.

Graziana está intrigada, nunca lo había visto. El extraño saca una lapicera del bolsillo de su camisa escocesa, se inclina hacia un lado y, apoyándose en el pasto, acomoda su cuerpo para escribir. Toma notas, parece dudar, vuelve a escribir. Repasa las hojas de una agenda o libreta. Ella experimenta una gran curiosidad, similar a la que siente cuando enlaza una comunicación, con esa tentación de escuchar las conversaciones y sentir las vibraciones de las voces. No alcanza a ver, es casi de noche. Cree que podría dar un salto y escapar por detrás de los matorrales, pero teme que el extraño escuche los ruidos que haría su cuerpo al caer, pesado como ella lo siente, entumecido.

El extraño se levanta, lentamente acomoda sus ropas y empieza a caminar por el sendero opuesto al que ella tomará. Graziana lo sigue con la mirada hasta que él se pierde entre los arbustos y los espinillos. Experimenta alivio. Por fin puedo saltar. Piso el tronco que está más abajo a modo de escalón y de allí pego el salto. Iré corriendo por el callejón de tierra.

Cuando llega a la ruta se percata de que está obscureciendo. Alcanza a tomar el último ómnibus, el coche arranca a toda velocidad. Al llegar a la parada, se baja y camina. Más rápido. Más rápido son cerca de las ocho de la noche. En casa estarán asustados. Nunca llego tan tarde y además no planché la pollera que llevaré a la telefónica mañana. Agitada, aminora los pasos ¿Quién puede ser ese hombre? Mañana pondré mayor atención en los llamados, quizás logre escuchar alguna conversación con voz diferente. Conozco casi todas las voces. Para su vida pueblerina cualquier asunto puede ser excepcional. Y este, a pesar de su carácter, tendrá consecuencias que para ella son inesperadas. Al día siguiente del vistazo fortuito, ya resuenan los comentarios en la Unión Telefónica. El sereno le da las nuevas:

—Anoche, muy tarde, atendí a un foráneo.

—Vaya nomás, don Esteban. Tomo mi puesto.

El hombre, con sus bártulos, se dirige hacia una de las puertas de salida ubicada en el patio trasero. Por un momento duda, no sabe si dejarla sola, los lugares como estos siempre traen sorpresas, aunque sus habitantes demuestren que nada ha ocurrido. Esta es una costumbre, no les gusta manifestar su interés. De modo que don Esteban, para irse tranquilo, dice:

—Cierre bien. No sea que la vigilen —grita desde la calle.

Graziana acomoda su cuerpo en la silla. No pasan tantos minutos hasta que recibe las primeras comunicaciones. Es un día convulsionado, pleno de llamadas cruzadas y de cables deteriorados que producen interferencias en las comunicaciones. No necesita esperar, a las ocho y media de la mañana ingresa el desconocido quien, con voz segura, le ofrece un número. Ella lo copia a una planilla, digita en la centralita los números y espera que se establezca el enlace.

El trámite es rápido. El hombre habla a la capital, sale apurado de la cabina y le extiende un billete sin mediar conversación. Graziana, mientras le ofrece el vuelto —entre otras funciones debe cobrar y anotar en una especie de balance diario—, le observa los ojos y se percata de que son azules y que con la piel bronceada lucen más profundos. Posee la fineza de un hombre de ciudad. Basta ver sus manos tan prolijas como si nunca hubiesen realizado tareas ásperas. Avergonzada, desvía la mirada con rapidez.

En verano, cuando el calor se impone, la actividad merma y esto le permite finalizar la tarea administrativa que tiene atrasada. Para Graziana su trabajo es su vida, es allí donde encuentra la libertad que desea, una libertad que presiente somera; es allí donde se siente partícipe de los vaivenes de la vida pueblerina, donde se asoma tímida al mundo de los hombres porque en su familia las mujeres tienen espacios vedados. Ellas deben callar sus deseos y admitir el destino que les han marcado sus mayores sin ofrecer resistencia.

Graziana entiende que por hoy es suficiente. Sale con paso lento. Abre la sombrilla para protegerse del sol y camina hacia su casa por la calle principal que, a esta hora, está desierta. Dobla hacia la derecha. Solo restan las cinco cuerdas que separan el centro comercial de su vivienda. A metros de la puerta de entrada de su casa, alcanza a ver a la Extranjera, que habla y gesticula junto a su madre. Doña Úrsula es inmigrante, de un país lejano. No sabe con certeza si es polaca, croata o rusa. A poca distancia logra escuchar la voz de la mujer entre llanto y desconsuelo: «Mi marido está enferrrrmo y mi hijo, que ha venido, se encargarrá de llevarrro a la capital. Con mi esposo hemos llegado a consecuencia de una guerra, huimos de prrroblemas políticos». Doña Úrsula se seca los ojos inflamados de lágrimas y corre hacia su domicilio. Graziana abre el portón de la casa. Su madre, a modo de saludo, le comenta:

—La vecina se va del pueblo.

—¿Ah sí?

Entran, en la mesa ya está dispuesto el almuerzo. Su padre, sentado en la cabecera, las espera. Con atención ha observado y comprendido la conversación entre las mujeres leyendo sus labios, aunque prefiere no hacer ningún comentario. Ellas no saben que él, a la distancia, las puede

controlar.

La criada, Chan, comienza a servir los platos. Comen en silencio. En general, son de exiguas palabras. Hablan acerca de la figura del elefante que pronostica el tiempo. La miran y explican que se torna de color violeta cuando anuncia un día lluvioso, y el color verde advierte un día claro y seco. A sus padres les complace versar sobre el tiempo. Graziana, en tanto, permanece callada, ausente. No es alguien misterioso el hombre que vi en el río. ¿Será el hijo de la polaca, croata o rusa?

Es la hora de la siesta, el calor asfixia. El techo de loza atrae mayor temperatura hacia los ambientes. Graziana abre la ventana de su dormitorio, ubicado en diagonal a la casa de la Extranjera, con la intención de que la brisa invada y produzca frescura. No veo gente entrar ni salir. No puedo mirar porque la madre selva que está en la vereda se interpone. A las seis de la tarde, el sol baja y Graziana sale con su silla a sentarse en la vereda junto a sus padres. Desde aquí puedo echar una mirada. Me llama la atención no ver movimientos. Tampoco preparan una mudanza.

Ya avanzado el crepúsculo observa entrar al hombre que vio en dos ocasiones. Lo reconoce. Desvía la mirada, se inquieta ante su lejana presencia. Los mosquitos pican de modo azuzado, de la zanja sube un olor nauseabundo, un tufo que se asimila a una pestilencia repulsiva. Es señal de que la humedad aumenta, así le ha dicho su padre en más de una ocasión. Quizás mañana habrá lluvia. Graziana y sus padres se levantan de las sillas. Una vez adentro les da las buenas noches y se encierra en su dormitorio.

Como es habitual elige la blusa y la pollera que usará en la mañana. Pone en el reloj la hora en la que se despertará al sonar la alarma. Retira las sábanas y se tumba sobre la cama. ¡A soñar! Es algo que concibo despierta mirando por la ventana. Mucho placer me produce aspirar el aire con perfume a madre selva. Tanto me gusta que compré una colonia con la misma fragancia.

Así tendida, sueña con paisajes lejanos muy diferentes al suyo: colinas verdes y un mar azul turquesa. Ella dilata en su imaginación toda esa amalgama de colores vivaces, es como una elusión que le permite tolerar el gris de su vida y de su pueblo. Con los brazos abiertos hacia el cielo, en forma de cruz, se regodea de esa visión, la vive en su cuerpo y en su interior. Una agradable y fresca brisa acaricia su piel morena, entreabre sus labios en una suerte de sonrisa. Siente un pequeño y atractivo escozor helado que la estremece. Una vista magnífica se presenta frente a ella. Es un atardecer de nubes azules con tintes rojos. Ve una cadena montañosa, con valles poblados de flores, con senderos que se bifurcan en pasadizos rodeados de árboles de colores que solo ella crea.

Su mente acaricia el rostro del amado que esculpió con sus deseos mientras escuchaba las conversaciones de los amantes. Amor, envenena mi cuerpo con el néctar preciado. Oscuro, el vino clava las penas. Y tú, ¿qué has hecho con tus manos? ¿Dónde están los besos que me negaste? Abandonaste mis ropajes navegando en la orilla de tu recuerdo. Besa mi piel espesa y

carmin. Regresa de ese Edén para encontrarnos en las aguas ávidas de una pasión de indómitos.
Es el día de los que aman. Y son felices los que saben cómo aceptar el deseo.

¿Existe veto alguno en el amor?



Regresar a casa tras cinco años de ausencia debería ser motivo de alegría. Sin embargo, Lili no ha olvidado los motivos que la obligaron a partir. Su encuentro con Luke Buckard, sheriff del pueblo y veinte años mayor que ella, provoca que empiece a sentirse mejor. Algo que, en un primer momento, no debería suponer ningún problema, salvo porque se trata del padre de su mejor amiga. Dos cosas que, unidas, pueden hacer tambalear sus esquemas y que empiece a cuestionarse los intensos sentimientos que están despertando en ella. Simultáneamente, otros aspectos de la vida que trata de recuperar se mezclan en toda esa nueva y desconcertante situación; como las insistentes peticiones de su adinerada abuela, la boda de su mejor amiga en pocos meses y las amenazas que ha comenzado a recibir. En todo ese tiempo nunca perdió el contacto con sus seres queridos; no obstante, sentimientos encontrados la embargan, y es que hay territorios que es mejor no explorar. ¿O tal vez...?

Resumen:

Cuando Lili abandonó su hogar, había perdido a sus padres, a su hermano y el control de la fortuna familiar.

Ahora regresa, después de haber viajado por todo el mundo durante cinco años, a pocos meses de la boda de su mejor amiga Jenny con Sean, un compañero de colegio de ambas.

Nunca ha perdido el contacto, sin embargo, volver despierta muchos sentimientos encontrados y no solo en ella.

No se siente realmente en casa hasta su encuentro con Luke Buckard, el sheriff y padre de su mejor amiga aunque hay territorios que es mejor no explorar. ¿O tal vez...?

Lisa Aidan De naturaleza curiosa e inquieta, nací en 1985 en un pueblo de Cataluña, aunque he tenido la gran suerte de poder conocer la mayoría de territorios de nuestro país y de enamorarme de todos ellos. Desde muy pequeña me aficioné a leer y a escribir y descubrí mi pasión. Estoy casada y soy madre de familia numerosa, con tres hijos no es fácil plasmar todas y cada una de las ideas, relatos y personajes que cruzan mi mente o viven, directamente en ella. Si no fuera por Mr Husband, mi compañero de vida, mi mejor amigo y mi marido que con su apoyo y respaldo hace que sea posible cumplir un sueño nunca pronunciado. Hasta 2014 no dije a nadie que escribía y debo decir que al mostrar mi trabajo me he sentido comprendida y muy bien recibida.

Edición en formato digital: mayo de 2018

© 2018, Lisa Aidan

© 2018, Penguin Random House Grupo Editorial, S. A. U.

Travessera de Gràcia, 47-49. 08021 Barcelona

Penguin Random House Grupo Editorial apoya la protección del *copyright*. El *copyright* estimula la creatividad, defiende la diversidad en el ámbito de las ideas y el conocimiento, promueve la libre expresión y favorece una cultura viva. Gracias por comprar una edición autorizada de este libro y por respetar las leyes del *copyright* al no reproducir ni distribuir ninguna parte de esta obra por ningún medio sin permiso. Al hacerlo está respaldando a los autores y permitiendo que PRHGE continúe publicando libros para todos los lectores. Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos, <http://www.cedro.org>) si necesita reproducir algún fragmento de esta obra.

ISBN: 978-84-9195-015-8

Composición digital: Plataforma de conversión digital

www.megustaleer.com

| Penguin
| Random House
| Grupo Editorial |

Índice

TRAS EL LARGO VIAJE

AGRADECIMIENTOS

CAPÍTULO 1

CAPÍTULO 2

CAPÍTULO 3

CAPÍTULO 4

CAPÍTULO 5

CAPÍTULO 6

CAPÍTULO 7

CAPÍTULO 8

CAPÍTULO 9

CAPÍTULO 10

CAPÍTULO 11

CAPÍTULO 12

CAPÍTULO 13

CAPÍTULO 14

CAPÍTULO 15

CAPÍTULO 16

CAPÍTULO 17

CAPÍTULO 18

CAPÍTULO 19

CAPÍTULO 20

CAPÍTULO 21

CAPÍTULO 22

EPÍLOGO

SI TE HA GUSTADO ESTA NOVELA...

SOBRE ESTE LIBRO

SOBRE LISA AIDAN

CRÉDITOS